

pon
un fantasma
en tu vida



ROSA GRAU

Índice

Portada

Sinopsis

Pon un fantasma en tu vida

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Agradecimientos

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La vida de Wilhelmina Josefina Frances Nelson, Willi para los amigos, cambiará por completo cuando pierde lo que nadie debería perder, su cuerpo.

Su espíritu nos va a contar lo sucedido: para empezar, tenía un novio guapo e impresionante que decidió casarse con su hermana y, para continuar, recibió la herencia de su tío Philip, una vieja granja en la campiña inglesa, que incluía a la peculiar ama de llaves, la Sra. Moony, y a unos siniestros primos que no tienen el menor escrúpulo en quitársela de en medio... aunque con tan poca habilidad que «solo» la dejan en coma.

La nueva Willi, audaz e incorpórea, con ayuda de Tommy, el fantasma de un proscrito del siglo XIX, intentará cobrarse venganza, arrebatarse un misterioso tesoro y recuperar su cuerpo. No contenta con eso, la joven conocerá el verdadero amor y el poder de los sueños.

ROSA GRAU

PON UN FANTASMA EN TU VIDA

mī

*A José y Carlos...
... y, por supuesto, a todos los que nos ayudan
a recuperar nuestro «yo».
¿Qué sería de nosotros sin vosotros?*

Hace aproximadamente doce días que me resulta imposible dormir bien, comer como es debido, y ni siquiera consigo vestirme con ninguna otra prenda que no sea lo que llevo puesto en estos momentos. Y no es porque le tenga un especial apego a mi vestimenta actual, es que no tengo ni idea de qué hacer para lucir un *look* un poco más acorde a las circunstancias. Lo cual me lleva al siguiente dilema: ¿debo realizar mi visita diaria al lugar al que asisto sin falta todas las mañanas, desde hace dos semanas vestida de esta guisa, o debo quedarme en casa, cruzada de brazos esperando que el tiempo siga su curso? También puedo decantarme por una tercera opción: agenciarme una buena botella de vino y olvidarme de todo lo demás hasta nueva orden.

Me encantaría explicártelo todo con pelos y señales, pero mucho me temo que no entenderías absolutamente nada. Considero más apropiado que te vayas enterando de las cosas a medida que yo también me vaya tranquilizando.

Sin embargo, te recomendaría que, desde este mismo instante, me siguieras a todas partes sin perder el más mínimo detalle. Tal vez de esa manera desentrañes el proceso misterioso en el que me hallo inmersa y puedas aportarme alguna solución. No te quepa duda de que yo te lo explicaría, pero ahora mismo estoy tan confundida que no creo que pueda servirte de mucha ayuda.

Está bien. Vamos allá.

Lanzo un profundo suspiro y me dirijo a la cocina de la granja, situada en Hampshire, donde me encuentro desde hace doce días retenida contra mi voluntad. Un momento, rectifico, esto no es del todo cierto. Puedo entrar y salir a voluntad, pero una serie de circunstancias desafortunadas me impiden abandonar el país. No tardarás mucho en entenderlo.

—Buenos días, osito —me saluda la señora Moon desde la otra punta de la

amplia cocina, mientras termina de rellenar el lavavajillas.

—Buenos días, Mooni —le devuelvo el saludo, desganada.

La señora Moon es lo que en otros tiempos se llamaba ama de llaves. Ella se encarga de todo en esta casa. Desde los guisos diarios, que han mejorado notablemente desde que la obligué a ver el programa de Jamie Oliver, hasta la contratación de nuevo personal. Ha vivido y trabajado aquí durante toda su vida, y es una de las dos personas con las que puedo relacionarme.

—¿Hoy también vas a salir?

—No me queda más remedio. —Dejo escapar un largo suspiro, a todas luces molesta.

—¿Pero... —duda un momento— tú crees que tus visitas sirven para algo?

—Desde luego no van a empeorar la situación, ¿no?

—En eso llevas razón —musita mientras cierra el lavavajillas. Se incorpora y se pasa una mano por el pelo; cuando se sienta a mi lado, se le cripa el rostro.

Demasiado agotada como para aguantar una nueva retahíla de lamentos y exclamaciones de pesar, me adelanto y le hago una mueca de disgusto, haciéndole ver que no me apetece hablar del tema. Y no porque recientemente haya perdido unos cuantos kilos de peso y mi piel esté adquiriendo un ligero tono cetrino, sino porque otra vez me veo obligada a salir a patearme los senderos de la bella campiña inglesa. Pasearme bajo una suave llovizna que te cala hasta los huesos (aunque en mi actual estado, he de decir que eso es irrelevante) y tener que aguantar multitud de caras sonrientes ante la inminente llegada de la primavera ya no me atrae.

—¿Y bien? —dice nerviosa.

Me limito a mirarla con expresión seria sin darle ninguna contestación.

Hace un gesto de pesar con la cabeza, pero acompañado con una sonrisa forzada, lo cual me levanta un poco el ánimo.

Mooni es encantadora toda ella. Desde su pelo rubio y recogido en un rodete flojo sobre la cabeza, que le despeja la cara y le permite mostrar sus inigualables ojos azules como si de un rubio querubín se tratara, hasta su rechoncha figura de matrona inglesa de edad indeterminada, pasando por sus rojos mofletes que lucen así de saludables sin necesidad de añadirles potingues extraños.

—Me marcho —digo de pronto, poniéndome en pie—. Luego te cuento.

Dejándola con cara de preocupación, salgo a la lluviosa y verde campiña y

me dirijo a la parada del autobús. Decir que es un trayecto harto difícil el que tengo por delante sería quedarse muy corto. Ni más ni menos, tengo que coger dos autobuses y un tren de cercanías. Y no sé qué es lo que más me molesta: si que la gente mire a través de mí como si no me viera o ir por ahí paseándome en pijama de verano. ¿Entiendes ahora lo de mi atuendo?

Dos horas después de recorrerme medio Hampshire llego a mi destino. Me apeo del tren y me acerco, con paso ligero, hasta la pared de piedra que rodea el pequeño y cuidado recinto. Efectivamente, la primavera ha llegado. El suave repiqueteo de la lluvia ha cesado y las enredaderas que cubren parte de la muralla están cubiertas de capullos y de cientos de flores multicolores. Las gotas de lluvia centellean sobre las hojas como pequeños diamantes y huele a... a... Intento inhalar el agradable aroma de las flores con la esperanza de levantarme un poco el ánimo. Espero unos minutos hasta asegurarme de que no huelo nada y me doy por vencida. Francamente, no sé ni para qué me molesto. Total, igual me daría que oliera a perro muerto... Llego a la alta reja de hierro forjado y entro en los cuidados jardines de la casa de reposo y salud El Perpetuo Descanso.

Este establecimiento es un modelo atípico de centro hospitalario. No tiene quirófanos, ni servicio de urgencias, ni cafetería. Tan solo un largo pasillo con veinte habitaciones, y las salas y despachos donde el personal médico autorizado debate y pauta los tratamientos a seguir por los distintos pacientes.

Me acerco a la sencilla edificación con una vaga inquietud en la boca del estómago, sintiendo la emoción del momento. Tal vez hoy sea el día. Tal vez hoy pueda por fin recuperar mi vida. Cruzo el espacioso recibidor, sin saludar ni mirar a nadie, y me dirijo hasta la habitación número quince. Entro sin llamar y, de nuevo, vuelvo a echar de menos no poder pimplarme una botella enterita de tequila. Y el caso es que estoy segura de que, si lo intentara con todas mis fuerzas, igual lo conseguiría y todo.

La habitación sigue como siempre: limpia, con las paredes pintadas de color verde lima, una mesilla blanca de hospital, unas cuantas flores de exuberante primavera inglesa que Mooni se encarga de cambiar una vez a la semana y, en el centro de la habitación, la cama donde yace la persona a la que vengo a visitar todos los días desde que me enteré de que estaba aquí ingresada.

Es menuda, rondaba los cincuenta kilos de peso, pero ahora no creo que alcance siquiera los cuarenta y cinco. Tiene la media melena morena

desparramada por la almohada y es la hosti... —perdón, yo no digo tacos— de brillante cuando los esquivos rayos de sol consiguen colarse a través de las persianas de lamas y lo alcanzan. La miro con cariño y si pudiera llorar, lo haría.

«No te pongas a hiperventilar ahora, que con eso no ayudas a nadie. Vamos, respira hondo y cálmate», me digo a mí misma. Me acerco con cautela y me siento a su lado. Acercó mi boca a su oído y le susurro:

—¿A qué estás jugando? ¿Es que no piensas despertarte nunca? ¿No te das cuenta de que mi vida sin ti no tiene ningún sentido?

No, no pienses que esta preciosidad que se encuentra en coma desde hace doce días es mi novia, ni mi hermana, ni mi mejor amiga, ni nada por el estilo. Es muchísimo peor. Es infinitamente peor. Esta señorita, a la que no le da la gana despertarse, se llama Wilhelmina Josefina Frances Nelson. Pero todo el mundo la llama Willi Nelson. Willi para los amigos. Pero, para mí, simplemente es la muy egoísta que se ha quedado con mi cuerpo sin pararse a pensar qué va a ser de mí como no despierte pronto.

Efectivamente, lo has entendido bien. Sobre la cama, durmiendo como una bendita, mi cuerpo físico. Junto a ella, yo, una entidad etérea, o sea, su espíritu. Su ser incorpóreo. Su esencia. Su yo.

1

—¿Willi, cariño? —Estiro un brazo y me asusto al ver cómo me tiembla la mano. Al cabo de unos instantes, consigo posarla sobre mi antebrazo—. ¿No crees que es hora de que te despiertes? Estás empezando a preocuparme, ¿sabes? —Me acaricio con dulzura—. Si pudieras ver lo delgadas que nos estamos quedando, lo entenderías y te levantarías de esa cama más rápido que canta el gallo. ¡Por no hablarte de la piel, Willi! Esa piel suave y satinada color café con leche de la que nos sentimos tan orgullosas. ¡Se está quedando cetrina! ¡Sin brillo! Y sabes que eso nos molesta mucho. —Me inclino sobre mí misma e intento zarandearme por los hombros, sin mucho éxito—. Sabes que no puedo vivir sin ti. Willi..., preciosa... —suplico, mientras intento retirarle el mechón de pelo azul que le cae por la frente—. Para mí eres lo más importante del mundo. ¿Es que no tienes ganas de vivir? Si quieres, podemos volver a Nueva York. O a España. Podríamos regresar a España, sí. Nos gustó mucho cuando nos llevó mamá. Los españoles lo que más. ¿Recuerdas lo guapos y simpáticos que son? Willi, por favor, no puedes quedarte ahí, quieta, sin hacer nada. Porque si es eso lo que de verdad deseas..., que sepas que me vas a dar un disgusto enorme. Pero enorme. Sería un desastre de primera magnitud. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes que lo perderíamos todo? —Procuro que mi voz suene convincente y motivadora, pero nada. Mi cuerpo no reacciona.

«Déjalo ya, Willi, no te esfuerces más o terminarás tirándote de los pelos. Mañana será otro día. Sí, tal vez mañana la cabezota esta se digne a hacerte caso y abra un ojo».

Todavía no sé cómo lo he hecho, pero lo he perdido. He perdido la única cosa en el mundo que se supone que las personas no debemos perder: nuestro cuerpo. ¡Jesús bendito! Qué contrariedad.

Ojalá pudiese regresar en el tiempo. Si pudiese pedir un deseo, desearía que el tío Philip no me hubiese dejado la granja en herencia; entonces podría seguir viviendo en Nueva York tan tranquila. Sin trabajo, pero tranquila. Y

todo habría sido muy distinto si mi hermana, con la que no me hablo desde hace un año porque se saltó a la torera la más básica de las normas fraternofiliares, no se hubiera encaprichado de mi novio, que, por una de esas casualidades de la vida, resulta que es productor de cine, y ella deseaba ser actriz. Y no, tampoco hice caso cuando no paró de remolonear a nuestro alrededor, tan inmersa como estaba en mi propia burbuja de felicidad. Y, además, pensé que se trataba de la consabida admiración, propia de una hermana pequeña hacia su hermana mayor.

¿Me preguntas si no me percaté de su sucio juego?

Pues no, la verdad. Hasta, incluso, cuando me entregó en mano la invitación de boda, yo todavía pensaba que tenía un novio en edad muy casadera que no terminaba de arrancar (Frank tiene trece años más que yo. O sea, treinta y siete). También pensé, fijate tú qué coincidencia, que mi hermana pequeña iba a casarse antes que yo con un tío mayor y que también era productor de cine. Por otro lado, cuando mis padres o yo misma nos interesábamos y le preguntábamos por su misterioso novio, ella excusaba su mutismo diciendo que no quería hablar del tema, que no había que tentar al destino y que se le gafara la boda, que ya nos enteraríamos de su identidad el día señalado.

La boda fue un acontecimiento extraño, se mire por donde se mire.

Aquel sábado de mayo amaneció templado y soleado después de una semana ininterrumpida de lluvias, como si el sol se congratulara con la dichosa novia. Hasta el último momento no supimos adónde teníamos que dirigirnos. Mi madre estaba enfadada. Mi hermana tardó muchísimo en arreglarse y no dejó que nadie la ayudara con el vestido. La gente tardó una eternidad en aparecer. Y el novio... Bueno, el novio fue toda una sorpresa.

Sobre las doce de la mañana nos montamos en el coche y nos dirigimos a un piso situado frente a Central Park, propiedad de una de las amigas de mi hermana. Subimos nerviosos y con ganas de conocer al novio, por fin. Menos mal que no se me ocurrió emborracharme a horas tan intempestivas, cuando mi padre se empeñó en descorchar unas cuantas botellas de champán francés para obsequiar a los cuatro amigos que se reunieron en casa con nosotros. Y, por suerte, ese día llevaba un cómodo vestido de gasa que me dejaba total libertad de movimientos (los necesitaría para bajar los quince pisos a saltos un poco más tarde).

Nos encontrábamos todos reunidos en el gran salón, cuando anunciaron la llegada del novio. Me volví y lo examiné con curiosidad. El tiempo se detuvo

por una fracción de segundo; se nos puso cara de espanto y nadie dijo ni mu hasta que las copas de vino blanco que sujetábamos mis padres y yo cayeron al unísono sobre la moqueta clara en medio de un silencio sepulcral. Allí estaba mi Frank. Guapo, moreno, embutido en un esmoquin negro y luciendo pajarita al cuello. Hasta se había puesto una flor amarilla en la solapa y todo.

Le miré sorprendida, y él me devolvió una mirada seria desde la profundidad de sus ojos grises. Una mirada que sugirió: «Ojalá fueras como Lolita». Tras un segundo de incertidumbre, le devolví otra que decía a las claras: «Ojalá».

Por una parte, estaba convencida de que se trataba de un error. Que no podía ser cierto lo que mis ojos veían y que existiría una explicación, por inverosímil que fuera, de que mi hermana no podía ser tan... tan... ramera. Pero, por otra parte, me aferraba a la idea de que sí, de que me la habían jugado bien.

Miré a mi hermana, miré a mi novio y miré a mi madre. De pronto todo se volvió borroso, y sospecho que si mi madre no me hubiese sujetado por el bajo del vestido, podría haberme abierto la cabeza contra el canto de una mesa. Después, agarró a mi padre por un brazo y con voz enfadada dijo: «Vámonos de aquí, esto es una charada».

Ni que decir tiene que mi hermana no entendió nuestra reacción y se sintió muy ofendida cuando su familia abandonó su boda diez minutos antes del comienzo de la ceremonia.

La última frase que escuché de sus labios fue: «Nunca has podido soportar verme feliz, ¿verdad, Wan Tun?». Frase que, por supuesto, era tan veraz como afirmar que los niños vienen de París.

Desde entonces no nos hablamos. Para entender su manera de actuar un poco mejor, te explico cómo es en cuatro sucintas frases.

María Dolores nació dos años después que yo. Ella es rubia, yo no. Ella es alta, yo no. Ella es guapa, yo no. Ella es espontánea, yo no. Ella es graciosa, yo ni me lo planteo. Todas estas razones, junto con unos ojos de color mar Caribeño y unos labios como claveles rojos reventones, son las causantes de que crecer junto a ella fuera un verdadero martirio.

Mi primer recuerdo vívido de ella es el de una niña regordeta, con angelicales rizos rubios, soplando las velas de mi quinto cumpleaños mientras nuestra madre la reprendía con cariño una y otra vez. Con apenas tres años, mi preciosa hermanita hinchaba los carrillos, hacía palmitas y ya mostraba signos

de una marcada falta neuronal procedente, probablemente, de algún gen extraviado de vete tú a saber qué antepasado nuestro. Recuerdo que dijo mamá: «Cariño, tú no tienes que soplar. Deja que lo haga Willi. Hoy es su cumpleaños, ¿sabes?».

Suspiré resignada y dejé que soplara. Me negué a privar a una niña tan encantadora de un simple capricho que no hacía daño a nadie.

Te confesaré una cosa. Si volviese a cumplir cinco años, le metería la cabeza llena de rizos en toda la tarta y aguantaría hasta que se le quitaran las ganas de soplar las velas de otro.

Esa fue la tónica que marcó desde entonces nuestra relación.

A los once años le vinieron la regla y los pechos, y creció como los pepinos; de la noche a la mañana me sacaba quince centímetros.

A los catorce me puso el odiado apodo de «la Wan Tun» durante una fiesta en la que me vio flirteando con un chico que se interesó más por mí que por ella. A modo de venganza, y ante su insistencia en que la llamáramos Lolita, yo me refería a ella como María Dolores o Dolores a secas. Y, aunque reconozco que ese nombre le iba como un guante, me posicioné en mi posición de hermana mayor y me negué en rotundo.

No sabría expresar con palabras lo mucho que me afectó ver cómo María Dolores perdía la virginidad, una y otra vez, con todo aquel que le apetecía mientras yo me sumía en una pequeña crisis de identidad precisamente por todo lo contrario. Y en medio de esa dinámica de polvos en exceso por un lado y de polvos por defecto por el otro lado, las pullas solapadas y no tan solapadas por ambos lados, y las miradas asesinas miraras por donde miraras, los años fueron pasando.

Y aunque nuestras elevadas conversaciones solían ser del tipo: «Dolores, como estornudes se te van a ver las bragas», «Eso sería un milagro, porque no llevo»; o: «Oye, Wan Tun, el día que engañes a alguien y pierdas la virginidad daremos una fiesta», «¿Y quién te dice que no la he perdido ya?». «Ja, ja, ja. No, si algo de gracia sí que va a tener y todo», siempre pensé que el tiempo se encargaría de pulir nuestras pequeñas desavenencias y que algún día llegaríamos a tener una verdadera relación de hermanas en la que primaría la confianza y la ayuda mutua. No fue hasta los veintidós, cuando me quitó el novio y se casó con él, que me di cuenta de los verdaderos sentimientos de mi hermana y de cuán equivocada estaba. Definitivamente, me odiaba.

Aún hoy todavía me pregunto si ese comportamiento suyo tan errático e

inmaduro no será en parte culpa mía y en parte consecuencia del nombre que mis padres eligieron para ella.

Dolores una y Wilhelmina la otra. Nombres tan dispares como lo son nuestros caracteres y nuestro físico. María Dolores, la que siempre llevaba una plétora de hombres alrededor de ella dispuestos a complacerla. La que siempre podía echar mano de cualquiera de ellos, dependiendo de sus necesidades. La que el año pasado, y en un momento dado, necesitaba un productor de cine. ¿Para qué buscarse uno propio cuando disponía del mío al alcance de la mano? Lo que quiero decir es que María Dolores es la que siempre se sale con la suya, la impetuosa, la que cree que se lo merece todo, no importa a quién tenga que llevarse por delante. En este caso, a su propia hermana.

En fin, lo importante es que mi novio se casó, y no conmigo precisamente.

A decir verdad, aún no he superado que se quedara con Frank a pesar de no ser ninguna bicoca. Pero yo ya estaba acostumbrada a su pequeño problema de actitud dictatorial y a su obsesión extrema por la belleza y la perfección. Y ya puestos, a su monocromática indumentaria. Siempre iba vestido completamente de negro y se teñía el pelo de negro, porque cuatro canas delatoras en las sienes le hacían «parecer mayor de lo que en realidad era». Y en invierno..., en invierno se embutía en un abrigo negro que le daba un aire a lo George Clooney de lo más fascinante.

Pero aparte de esos pequeños detalles sin importancia, era alto, de espaldas anchas, dueño de unos ojos grises capaces de hacerte girar la cabeza, divertido y tremendamente culto. Perdona, he olvidado decirte que Frank no es un productor de cine al uso. Él produce películas de acción de mucho éxito. Lo que suele llamarse «taquillazos».

Gracias a Dios, a mí todo eso no me importaba.

Lo que realmente me molestó fue el hecho de mi despido. En esa época trabajaba como becaria en una emisora de poca monta de la televisión local. Todo iba como la seda hasta que mi hermana se enteró de que mi antiguo novio, y recién y flamante cuñado, acababa de adquirir dicha emisora. Entonces debió de pensar como el ladrón, que cree que todos son de su condición. Ni corta ni perezosa me mandó una simple carta de despido alegando, no te lo pierdas, «prevención de riesgos».

Poco después encontré un trabajo de chica del tiempo en otra cadena de televisión —fue una situación de lo más degradante—. Por lo visto, la gracia

consistía en hacer creer a los telespectadores que el próximo parte del tiempo lo daría Willi Nelson en persona. No mentían. Lo que ocurre es que no era el Willi Nelson que ellos esperaban ver, a pesar de la larga trenza postiza y la guitarra echada al hombro que me obligaban a pasear por todas partes.

Se me presentaba un futuro bastante incierto, oscilando entre tener un trabajo de mierda o no tener ninguno. Entonces, cuando más desesperada me encontraba, mis padres tomaron la decisión de llevarme con ellos. Desde luego fue una decisión meditada y discutida hasta la saciedad. Mi padre es el profesor William Nelson, especializado en el comportamiento animal —de todo tipo—, y mi madre es la doctora Josefina Reyes, un genio de la etnobotánica por la Universidad de Nueva York —es experta en plantas, desde el perejil hasta la flor cadáver, que solo florece cada siete años en las selvas tropicales de Sumatra—.

Pues bien, a mi madre, entusiasmada y encantada, se le ocurrió la genial idea de que, ya que me había quedado sin trabajo, lo mejor que podía hacer era acompañarlos durante su inminente expedición a Borneo. Después de tres fructíferos meses estudiando el comportamiento del orangután, pasaríamos otros tres meses rodeados de la exuberante vegetación de Sumatra, contemplando, extasiados, cómo florecía por fin la planta cadáver. Se llama así porque crece directamente de la tierra, alcanza el tamaño de un hombre adulto y huele a muerto en estado de putrefacción. Una flor mítica que conseguiría que mi madre tuviera un orgasmo en el momento en que le echara el ojo encima.

—Cariño, va a ser maravilloso tenerte con nosotros tanto tiempo —me dijo, emocionada, desde el otro lado de la mesa del comedor. Cogió el móvil e hizo unas cuantas llamadas rápidas, intentando solucionar el tema del pasaporte, los visados, las vacunas, la estancia...

—Osito (me encasquetaron el apodo nada más nacer; parece ser que mi diminuto cuerpo estaba cubierto por una fina capa de vello negro. No me disgusta del todo), confío en que sepas apreciar la oportunidad que se te presenta. —Mi padre me dedicó una sonrisa rebosante de felicidad, al tiempo que sus oscuros ojos azules chispeaban de anticipación—. No todos los días puede uno acariciar a un orangután y ocuparse de sus necesidades. —Me palmeó el brazo con cariño—. Te va a encantar alimentar a los bebés y cambiarles los pañales.

Había que ser muy lela para no saber leer entre líneas: iba a recoger mierda

de mono —por mucha fanfarria que le echaran— las veinticuatro horas del día durante tres meses, para después dar el gran salto y acabar impregnada de olor a muerto durante los tres meses restantes —no es que haya podido constatar en persona a qué huele un cadáver en estado de descomposición, pero cuando mi madre me lo explicaba arrobada le daba un sentido totalmente nuevo a la palabra realismo—. «¡Dios mío!, ¿a quién he matado?», pensé con ironía. Justo lo que necesitaba en esos momentos: pasar seis meses de mi vida con mis padres, perdida en algún recóndito lugar sin civilizar. No, gracias. Arrastré la silla hacia atrás y me estiré, dejando pasar el tiempo. Cuando ya llevaba un buen rato asintiendo y sonriendo como la tonta del pueblo, se me ocurrió que debía cambiar de táctica. Así que crucé las manos sobre mi abdomen e hice girar los pulgares a toda velocidad mientras seguía pensando en cómo escaquearme sin herir sus sentimientos. Contemplé con preocupación la cara ilusionada de mi padre y el gesto de felicidad de mi madre. Y aunque me considero una persona liberal y transgresora, no pensaba dejarme arrastrar hasta Dios sabe dónde sin saber exactamente en qué condiciones iba a dormir o si tan siquiera podría mantener una mínima higiene diaria, dentro de los cánones exigidos para las mínimas higienes diarias.

Y fue entonces cuando mi vida dio un giro radical.

Experimenté una sensación de alivio total cuando el timbre de la puerta sonó y, como es lógico, aproveché la ocasión para levantarme de la mesa a toda prisa. Abrí la puerta y un mensajero me entregó un sobre certificado a nombre del señor Nelson. Me extrañó que no viniera a nombre del profesor Nelson —siempre que recibíamos certificados eran a nombre del profesor Nelson o la doctora Reyes—. Estampé una firma y le acerqué el sobre de la carta a mi padre. La abrió, la leyó, le cambió el semblante y después la estrujó, antes de anunciar con voz contenida:

—Willi, cariño, ya no hace falta que vengas con nosotros. Seis meses se te pueden hacer muy pesados. —Hizo una pausa para carraspear—. Te vas a ir a Hampshire. Parece ser que mi hermano te ha regalado su casita de campo.

—¡Anda! —exclamó mi madre—. ¿Y cómo es eso?

Nos mantuvo en ascuas como diez interminables segundos.

—Ha... fallecido... —Volvió a carraspear y necesitó como otros cinco minutos más para poder seguir hablando—. Y te la ha dejado en su testamento —nos comunicó, con voz ronca, un segundo antes de echarse a llorar desconsoladamente.

Esta noticia me ocasionó, por así decirlo, dos reacciones muy diferentes. Por un lado, sentí alivio y alegría, y, por otro lado, un profundo pesar.

Que Dios me perdone, pero aún con el cadáver del tío Philip caliente una sonrisa mal disimulada cruzó mi cara de lado a lado.

¡No tiene nada de malo alegrarse por librarte de limpiar mierda de mono!

Y que conste que, una vez en la soledad de mi habitación, lloré un montón pensando en el pobre y querido tío Philip.

2

Recuerdo que, a partir de ahí, todo fue locura y confusión. Permisos de residencia, pasaporte, vuelos, entierro, flores, lluvia y más lluvia, reuniones con el notario para la lectura del testamento, buscar un hotel donde alojarnos mientras se solucionaban todos los trámites. Hasta que, por fin, hace tres meses, mis padres se marcharon a ocuparse de sus investigaciones y yo puse un pie en la granja y aposenté mi cansado cuerpo en una de las habitaciones.

Mi primera reacción al ver Cedar Farm —así se llama la casita de campo del tío Philip— fue de sorpresa. Siempre pensé que se trataría de una de esas pequeñas y pintorescas casitas de campo con gallinero y vacas incorporadas.

Nada más lejos de la realidad, está claro que me falta imaginación.

Se trata de una antigua y elegante edificación bastante más grande de lo que yo imaginaba. Las paredes, de ladrillo caravista, están recubiertas en algunas zonas de hiedra que se enreda hasta el mismo borde de las ventanas del segundo piso. En el jardín crecen unos cuantos robles, a cuyos pies florecen libremente los narcisos, y un gran seto de azaleas rojas rodea la práctica totalidad de la casa. La puerta principal, en forma de arco, es de madera maciza grabada con motivos florales. Todos los marcos de las ventanas están pintados de blanco y, según me informó Mooni orgullosa, la casa se construyó alrededor de 1850.

El interior también me sorprendió por lo acogedor que era. Las paredes estaban revestidas de papel pintado, que mandé quitar para poder darle un toque de pintura más actual, y los suelos de madera estaban cubiertos de alfombras persas, que envié a la tintorería y ahora aparecen de nuevo relucientes y preciosas sobre el pulido suelo de madera. Y, sí, efectivamente hay un gallinero, pero también es una construcción antigua y hermosa que se encuentra situada a unos doscientos metros detrás de la casa. Y por supuesto que también hay vacas, pero pastan tranquilamente en el prado norte, que se encuentra separado del resto de la magnífica propiedad por un pequeño

bosquecillo de hayas, y un no tan pequeño río de plácidas y cristalinas aguas repleto de peces.

En cuanto posé la vista sobre la edificación de tres plantas de altura, con sus múltiples ventanas saledizas llenas de diminutos cristales y sus alerones del año de la polca, no pude evitar ponerme a dar saltitos y a aplaudir mientras exclamaba, haciendo honor a mi condición de medio española: «¡La leche, menudo caserón!».

A ver, que nadie me malinterprete, no vayas a pensar que no fue duro para mí. Recuerdo esa noche como un confuso remolino de dulces emociones teñido con un ligero matiz de amargura. Por un lado, mi propia felicidad era a costa de la desaparición de mi tío. Por eso me sorprendió y me dolió que la granja fuera tan magnífica. Y..., bueno..., ¿quién no se alegraría de que le cayera en suerte semejante maravilla? Por eso me extrañó tanto, porque —y aunque siempre había mantenido una estrecha relación con él—, nunca había visitado su mítica casita de campo, como tan modestamente se refería a ella cada vez que venía a visitarnos. Y, además, en mi defensa diré que mientras Mooni y yo limpiábamos la casa y nos deshacíamos de todo lo inservible, guardándolo con cuidado en cajas y más cajas para que mi padre decidiera qué hacer con todas aquellas cosas en el momento en que regresara de su expedición, no paraba de pensar en él y en la mala suerte que había tenido el pobre tío Philip, y en lo agradecida que le estaba por haberme dejado su preciosísima y pequeña mansión.

Y entonces, con la casa despejada y arreglada a mi gusto, lo que pasó fue que vinieron de visita mis primos segundos, Anthony y Margaret. Les conocí durante la lectura del testamento —cuando sus atractivos y expresivos rostros denotaron un más que profundo enfado—. Me alegré mucho de que ya se les hubiera pasado el berrinche y poder tener, por fin, una familia con la que relacionarme y llegar a entablar una buena amistad. Lo que quiero decir es que yo siempre he sido un pelín pánfila. Así que me dijeron que...

—Hola, hola, hola, preciosa.

El corazón me da un vuelco al escuchar voces. Me giro con rapidez para ver quién ha entrado en la habitación y descubro que son dos enfermeras del centro. Van arrastrando un carrito cargado de aparatos y botellas de todo tipo.

—¿Cómo has pasado la noche? —pregunta la delgadita pechugona.

No puede estar hablando en serio. ¿De verdad acaba de preguntarle a una persona que no reacciona a ningún tipo de estímulo cómo ha pasado la noche?

Me aparto de un salto, porque acaba de acercar el carro hasta la cama y parece muy dispuesta a utilizar todos esos aparatos de tortura contra mi inerme cuerpo.

—Un momento. ¡Un momento! —chillo, descompuesta, y me planto en medio de su camino.

Me atraviesan limpiamente.

—¿Esta chiquilla es la china? —pregunta la otra enfermera mientras se unta las manos con una especie de aceite con olor a limón; aunque esta es morenita, tiene la cara redondita y unos ojos azules que me recuerdan a alguien.

—Oye, bonita, que yo no soy china. Además, «china» no es la nomenclatura correcta. Se dice asiática americana —la corrijo, mosqueada, al tiempo que no pierdo detalle de lo que hacen. La fisioterapeuta sigue restregándose las manos como si tal cosa.

—¡Anda, pues es verdad! —exclama la rubia—. No me había dado cuenta hasta ahora que lo has dicho de que es china. —Se inclina y estudia mis ojos cerrados con una mezcla de interés e incredulidad.

Me parece que este es el momento apropiado para describirte mi aspecto.

Puede que, en algunas ocasiones, la forma rasgada y pelín oblicua de mis ojos induzcan a engaño. Pero yo no soy china. Soy americana de nacimiento. Lo que ocurre es que uno de mis antepasados era tailandés. En realidad, nadie de mi familia es americano. Mi madre es española y mi padre es inglés. Y mis abuelos son, por parte materna, ella francesa y él español, y por parte paterna, ella italiana y él inglés. Y otro de mis ancestros maternos, por la rama gala, creo recordar que era oriundo de Taiwán. La tátara, tátara de mi madre era la esposa del embajador. Corren rumores malintencionados de que le coló un hijo al embajador que fue concebido con su amante taiwanés. Y cuentan los mismos rumores que, una vez alumbrado el niño, la tátara le dijo a su sorprendido esposo que las facciones orientales del bebé se debían, probablemente, a que se le había pegado el aire del país, y que con toda seguridad y mientras siguieran viviendo por esos lares todos sus hijos nacerían con rasgos similares. Desde luego, fue una deducción ingeniosa y sorprendente. Aunque todavía fue más sorprendente que el embajador se la tragara.

El confiado esposo pidió rápidamente el traslado a Guinea; sería fácil

verificar las conjeturas de su esposa. Ciertamente, dos años más tarde les nació un nuevo vástago de piel de ébano y ojos como habichuelas negras. Comentan las mismas malas lenguas que después de cinco interminables minutos, durante los cuales el avisado esposo se dedicó a estudiar al recién nacido con aire taciturno, exclamó: «¡*Mon Dieu*, me he casado con una sabia!».

Al final creo que terminó sus días como embajador en Alemania. Si los rumores son ciertos, es verdad que por mis venas corre sangre oriental, de ahí la herencia de mis ojos y mi pelo lacio y negro. Pero yo no soy china. Y no es que tenga algo en contra de los chinos. No es eso. Es que, si no lo soy, pues no lo soy y punto.

—Venga, cariño, vamos a empezar con tu sesión de hoy. —La morenita de carita redondita levanta la sábana que me cubre y con aire de concienzuda meditación, y en plan superprofesional, me coge una pierna y tironea de ella de un lado a otro y de arriba abajo consiguiendo unos giros de una originalidad indescriptible. La otra se encarga de hacer los mismos ejercicios en los brazos. Mientras realizan su trabajo, me van hablando con cariño.

—Estos ejercicios te los hacemos para mantener tu musculatura fuerte y flexible. Así, cuando despiertes, no te costará nada volver a caminar y podrás comer tú solita.

A menos que no haya oído bien..., ¿me están diciendo que no podré caminar como siempre? ¿Que tal vez ni siquiera pueda sostener un tenedor?

Sobresaltada y nerviosa, pego mi boca a mi oreja y grito con todas mis fuerzas: «¡Despiértate ya, so lerda!».

—¿Sabes lo que deberíamos hacer al terminar con los ejercicios, Mari? —Mari es la morenita de ojos azules.

—No. ¿Qué piensas que deberíamos hacer, Teresa? —Lógicamente, Teresa es la rubita de las pechugas.

—Me parece que le haríamos un favor a la chinita si le cortamos ese mechón de pelo azul que le cae sobre los ojos.

Supongo que no hablarán en serio. No tienen ningún derecho a cortarme el pelo sin mi permiso. Y yo no pienso dárselo. Ni aunque pudiera.

Contrariada, veo que terminan con los masajes y dejan caer, con cuidado, tanto mis brazos como mis piernas. Me vuelven a tapar con la sábana y una de ellas, Teresa, para ser más precisos, se inclina sobre el carrito y cuando se vuelve a incorporar lo hace sujetando unas tijeras.

Lo malo de cuando te invade el pánico es que no piensas con claridad. De hecho, no piensas en absoluto. La mente se queda en blanco y tú sigues con la mirada cómo las tijeras se desplazan por el aire hasta tu pelo y, aun así, sigues sin creer lo que estás viendo. Piensas: «¡Esto no puede ser cierto! ¡Esto es una broma de mal gusto! No seas tonta, Willi, ¿cómo van a cortarte tu precioso mechoncito azul?». Pero cuando al cabo de medio minuto te das cuenta, atónita, de que sí, de que te van a rapar, te lanzas sin pensarlo sobre la peluquera en ciernes para detener semejante estropicio mientras clamas al cielo y a todo el que pueda oírte:

—¿Qué haces, chiflada?! ¡MI PRECIOSO PELO AZUL, NOOOO!

Y así es como terminas debajo del carro de las curas, con la cara aplastada contra la moqueta, buscando a tientas las tijeras que se supone le has arrebatado a la loca que pretendía cortarte el pelo y preguntándote cómo es posible que te hayas dado semejante guantazo, y encima sin conseguir tu objetivo.

—Mírala qué guapa está ahora.

¡Oh, Dios mío! Con el estómago encogido me incorporo de un salto y me doy cuenta, bastante alucinada, de que no me duele nada —alguna ventaja debe de tener ser un ente incorpóreo—. Me acerco con miedo a la cabecera de la cama y me echo un vistazo rápido. Compruebo, con absoluto horror, que el mechón azul ha desaparecido y en su lugar me han dejado un remolino de pelo negro apuntando al cielo, tieso como un pararrayos.

Y entonces, justo cuando siento como si estuviera en medio de un lago helado, con el hielo a punto de resquebrajarse bajo mis pies, es cuando la loca de Teresa le dice a Mari:

—¿Has visto?

—¿El qué?

—Se ha movido.

—Le habrá dado un aire.

—No. El pelo, no. La chinita es la que se ha movido. —Empuja nerviosa a su compañera y, pasando de nuevo a través de mí, se inclina sobre la cama y me demuestra que las cuerdas vocales le funcionan a la perfección—. ¡¡Eh, chinita!!! ¿Puedes oírme, chinita!?

—Se llama Willi —la corrige Mari con firmeza—. ¿De verdad se ha movido?

—Sí, sí. Ha torcido el gesto como si se hubiese enfadado y ha intentado

mover un brazo. —Habla a trompicones y cada vez parece más nerviosa—. Corre, llama al doctor Morton. Él sabrá qué hacer.

De pronto saco mis propias conclusiones sin necesidad de escuchar la opinión del doctor Morton: ha sido el cabreo que he pillado cuando me ha cortado el pelo lo que ha provocado mi reacción. Estoy segura. Lo cual quiere decir... que las emociones fuertes deben de sacudir algo por ahí dentro... que... me obliga a reaccionar.

No tanto como para levantarme y ponerme a bailar el *kazachok*, pero reacción al fin y al cabo. Y es en ese instante cuando el típico y tópico caos hospitalario se desata y lo que parece ser todo el personal de la clínica de reposo y salud irrumpe en mi habitación. Y yo, entre tanta algarabía y tanto alboroto, me encuentro un poco saturada de trabajo intentando esquivar a gente empeñada en toquetear mis órganos internos.

Gracias a Dios que puedo atravesar paredes.

De haber tardado un segundo más en salir al pasillo, creo que les hubiera denunciado a todos por abusos. No está bien que te palpen el hígado sin tu permiso. Me apoyo en la pared y me dejo caer al suelo, feliz y esperanzada, mientras intento asimilar mi propio asombro. Si llego a saber esto antes, yo misma le pongo las tijeras en la mano a la asombrosa fisioterapeuta.

Y hablando de asombrosas fisioterapeutas...

—¿Te vienes esta tarde al cine con algunas amigas? —Mari y Teresa también han salido al pasillo cargadas con el carrito de los masajes—. Luego nos acercaremos un rato al pub a tomar unas pintas.

—Gracias, pero no puedo —le contesta Mari distraídamente mientras termina de tapar todos los frascos de loción mágica—. Le he prometido a tía Mooni que durante las horas de visita me quedaría vigilando a Willi. —Y bajando la voz, añade—: No cree que lo que le ocurrió fuera un accidente.

—¿Quieres decir que alguien la dejó así a propósito? —murmura Teresa con cara de aprensión—. Pero si la han dejado que no sirve ni para mascar chicle.

¡Oh, por favor! ¿Pero qué le pasa a esta maldita idiota? ¿Acaso no se da cuenta de su falta de tacto para con una persona que se ha quedado «así»?

—La tía Mooni cree que su primo es el culpable. Y si ya lo ha intentado una vez... —susurra Mari, mirando en todas direcciones.

Todo el subidón de adrenalina de hace un momento acaba de esfumarse como por encanto. Me incorporo de un salto, dispuesta a hacer guardia mañana

y noche si es preciso. No pienso quedarme de brazos cruzados cuando mis primos se me vuelvan a acercar. ¡Haré lo que haga falta! Haré guardia a todas horas frente a la puerta y cuando los vea venir, les... les... Vale, cambio de planes. Aunque intentaran algo contra mi cuerpo, no podría detenerles. Y si no, mira cómo ha resultado el episodio de las tijeras.

—¿Sabes qué? —Teresa se coloca frente a Mari con aire digno y le sujeta las manos—. Yo me turnaré contigo.

Levanto la cabeza bruscamente. ¿Es posible que la insensible y ligeramente atontada Teresa quiera hacer eso por mí?

—No puedo pedirte que hagas ese sacrificio, Teresa. —Mari, que es sobrina de Mooni, niega con la cabeza a la vez que yo asiento con ímpetu.

—No es ninguna molestia. —Hace un gesto con la mano, restando importancia a su heroica decisión, y prosigue con seguridad—: No pienso dejar que nadie se acerque a esa preciosa chinita mientras yo pueda evitarlo. Bastante ha sufrido ya la pobrecita. —Se para a pensar un momento y añade—: Menos mal que no se entera de nada. Creo que si pudiera verse en ese estado vegetativo, le daría un soponcio y se volvería a morir.

No voy a enfadarme con Teresa porque no tenga dos dedos de frente. Cierto que se esfuerza por expandir el bulo de que las rubias pechugonas son tontas. Pero es una buena fisioterapeuta. Es una buena persona. Y no va a dejar que me pase nada malo —excepto raparme, claro—.

Mientras escucho a Teresa hablar y hablar sobre la mejor manera de proteger mi cuerpo, que abarca desde raparme al cero y hacerme pasar por un chico con serios problemas de alopecia hasta bajarme a la morgue y enfundarme en una de esas bolsas negras para difuntos, me doy cuenta de que acabo de aprender dos cosas. Aprendo que no se debe juzgar prematuramente a nadie por el color de su pelo —en parte, porque no podemos saber si lo llevan teñido, pero sobre todo porque si eres cabeza de chorlito, eres cabeza de chorlito— y aprendo que, digan lo que digan, en el mundo coexisten la maldad y la bondad a partes iguales.

3

Bastante animada por lo que acaba de ocurrir, me doy la vuelta y me encamino de nuevo al jardín. En cuanto vuelvo a poner un pie en él, aspiro profundamente. Parece que algo sí huelo... Me acerco a un macizo de flores blancas y aspiro con fuerza. Humm... Lo hago de nuevo. Humm... Juraría que esto son... ¿jazmines? Sí, seguro, lo que ocurre es que es posible que no desprendan la fragancia que deberían, me engaño a mí misma. En cualquier otra ocasión me sentiría abatida, sin embargo, y dadas las circunstancias..., dudo mucho que hoy pueda deprimirme. ¡Por Dios, he hecho una mueca!

Sigo caminando hasta la pequeña estación ferroviaria. Durante todo el camino dejo que mi mirada vague por la verde campiña, en un intento por encontrar algo que me sorprenda y poder comprobar una teoría.

Pongamos, por ejemplo, que si efectivamente el rebote que he pillado en la casa de salud y reposo El Perpetuo Descanso ha conseguido, aunque sea de manera inconsciente, una reacción favorable en mi recuperación, lo lógico sería pensar... que... si me llevo un disgusto detrás de otro, no tardaré mucho en recuperar la consciencia por completo. Hablando llana y lisamente: necesito con urgencia un par de disgustos de tomo y lomo. He hecho una lista mental y tengo plena confianza en que funcionará.

Necesito urgentemente:

Uno: que me atropelle un camión. Eso debe de ser impactante. En todos los sentidos.

Dos: hablar un ratito con mi hermana. Eso resucitaría a un muerto.

Tres: acudir a un concierto de Justin Bieber. Brutal.

Cuatro: ¿intentar de nuevo el truco del cambio de vestuario y volver a quedarme como Dios me trajo al mundo? No, demasiado arriesgado.

Con un cosquilleo nervioso en la boca del estómago, me siento en un banco a esperar la llegada del tren. Tal vez me tire a las vías en cuanto lo vea aparecer. Seguro que semejante impresión se merece por lo menos un par de

parpadeos. Y en cuanto llegue a casa, voy a hacer que Mooni llame a mi hermana y le diga cuatro verdades bien dichas mientras yo escucho cómo intenta justificar sus injustificables actos. Después de eso, con seguridad que llaman del hospital (para qué seguir engañándonos con el nombrecito que le han puesto; es un hospital y punto) para decir que, milagrosamente, he recuperado la consciencia de golpe y porrazo. Entonces, lo primero que haré será poner una denuncia como Dios manda en el puesto de guardia más cercano contra mis aborrecibles primos. Pero no antes de refrescarme el gaznate con media botella de tequila.

La necesito.

Con urgencia.

¡No me mires así y ponte en mi lugar!

A lo lejos, oigo el pitido del tren. Vaya, los dioses me sonrían. Esa es la señal que esperaba para saber que mi decisión es la correcta. Entusiasmada, me levanto y me acerco al borde del andén. Escucho de nuevo el inconfundible pitido del tren y, con el ímpetu y el coraje que proporciona la desesperación más absoluta, me arrojo a las vías con una sonrisa en la cara.

Vuelo por el aire y me estrello sobre el firme en posición de mosca sobre el cristal. Escucho, emocionada y en completo silencio, el traqueteo interminable de los vagones al pasar sobre mí. Inhalo con deleite el ligero aroma a aceite y gasolina. Ganas me dan de levantarme y salir corriendo para casa y comprobar si han llamado los del hospital para decir que ya me he despertado. En el momento en que me pasa por encima el último de los vagones, pongo las piernas en posición de arranque y arranco a levantarme. Me palpo el cuerpo impulsivamente en busca de alguna indicación de recuperación.

Vaya, mi gozo en un pozo. No sé qué es lo que me hizo pensar que el posible deterioro de mi cuerpo etéreo implicaría la recuperación de mi cuerpo físico. Y, pese a los buenos augurios, sigo teniéndolo todo en su sitio. Debe ser porque no he sentido nada: ni miedo, ni sudores fríos, ni ansiedad, ni retortijones varios, ni sufrimiento, ni siquiera una ligera corriente de aire o la más leve de las palpitations. Solo he conseguido perder el tren y ahora tengo que esperar al siguiente.

Después de mucho pensar mientras espero sentada en el banco, he llegado a la conclusión de que el secreto de mi recuperación está en sobresaltarme sin previo aviso. En cuanto llegue a casa tengo que decirle a Mooni que vaya dándome sustos y disgustos a la primera ocasión que se le presente. Y hacer

una lista detallada de todo lo que me da miedo. Es larga. Se le puede sacar mucho jugo.

También creo que sería una buena idea mantener a mis primos lo más alejados de mí. Y no por su olor corporal. En realidad, no huelen mal. Pero pueden llegar a ser muy insistentes.... Y muy psicópatas.

Y hablando de psicópatas... Acabo de recordar que hace un rato estaba poniéndote al tanto de lo que me ocurrió ese desventurado día hasta que las altruistas enfermeras nos han interrumpido.

Vamos a ver, estábamos en que me llamo Willi Nelson y tengo veinticuatro años. En que no me hablo con la egoísta de mi hermana porque me quitó el novio con muy malas artes y acabó casándose con él. En que heredé la granja del tío Philip y en que, una vez establecida en mi nueva residencia, unos primos segundos, de los que no había oído hablar en mi vida, se presentaron en mi casa y se autoinvitaron a tomar el famoso té nocturno, que por cierto yo no sabía ni que eso existiera.

Aquella noche... acababa de ponerme el pijama de algodón rosa estampado con nubecitas blancas que me regaló mi madre antes de marcharse a Borneo — ¿entiendes ahora por qué ando de un lado a otro en pijama?— y me disponía a subir a mi habitación, con un buen libro y una copita de vino blanco, esperando disfrutar del calorcito de la chimenea mientras me arrebujaba en la cama después de pasar todo el día intentando aprender algo de los entresijos de una granja de este tamaño, cuando el sonido del timbre me obligó a dejar de lado mis expectativas y no tuve más remedio que abrir la puerta a quien quiera que fuese.

Al principio pensé que sería Mooni, que había cenado en casa de una sobrina y se había olvidado las llaves. No le encontré ningún sentido a cambiarme de ropa, así que abrí la puerta ataviada con el pijama de verano y unas zapatillas de ositos. Sorprendida, me encontré con mis atractivos primos segundos, Anthony y Margaret. Oculté mi sorpresa tras una azorada sonrisa, les di la bienvenida y les invité a entrar mientras me disculpaba por mi poco ortodoxo aspecto.

—Esperamos no molestar. Te traemos un regalo a cambio de un té —dijo Margaret, adentrándose en el salón.

Me hice a un lado, abochornada. Mi primer té nocturno... y yo con esa

facha.

Cuando mis primos pasaron por delante de mí, no pude evitar fijarme en su aspecto. Anthony iba en exceso atildado y Margaret llevaba un traje de chaqueta gris entallado que hablaba a los cuatro vientos de poder y seguridad en sí misma. Por primera vez en mi vida me avergoncé del mal gusto de mi madre.

No sé qué dije antes de ofrecerles asiento. Seguro que algo inadecuado y deplorable. Pero es que me sentía en inferioridad de condiciones frente a ellos; los dos altos, pelirrojos y pecosos. Pero no de esos pelirrojos que parecen un pan de cereales. No, de esos no. Ellos son de ese tipo de pecosos en los que su piel luce un bonito tono dorado aunque no les haya rozado un rayo de sol en meses. Y sus pecas parecen como si un hada se hubiese cagado y hubiese derramado polvo de estrellas sobre sus narices y sus pómulos. Son unos pelirrojos llamativos y muy, muy guapos.

Me moría de ganas de decirles que volvieran cualquier otro día, pero... bueno..., el té nocturno parecía ser todo un clásico.

Media hora después, con la primera taza de té ventilada —por lo visto, el té nocturno consta de más de una—, Margaret empezó a alabar los arreglos que había llevado a cabo en la granja. Al cabo de diez minutos de cháchara intrascendente, prácticamente me obligó a mostrarle la casa desde el sótano hasta la buhardilla. No satisfecha con la inspección, me recomendó, con gesto serio, que le mostrara los libros de cuentas de Mooni, porque ella, que es la dueña de una consultoría de prestigio y tan solo como deferencia hacia mí, pensaba darme su opinión profesional.

Un poco atónita, hice lo que me pidió —ya sabes, no pretendía mostrarme grosera durante el ritual del mítico té nocturno—. En el momento en que Margaret ojeó el libro de marras, Margaret se atragantó con el último trozo de tarta. Margaret me fulminó con la mirada. Margaret me asustó.

—Mira. —Señaló el grueso libro de cuentas del tío Philip con un dedo de perfecta manicura—. Aquí hay un apunte que indica un incremento alarmante de los sueldos de los trabajadores a tiempo parcial. Y aquí... —pasó unas cuantas hojas con eficiencia de bibliotecaria— hay un apunte erróneo. Es imposible que la empresa de mantenimiento del señor Wilson te haya facturado material de construcción por valor de mil libras. Hay un error que no has sabido ver —constató, indefectiblemente satisfecha.

Como nada estaba más lejos de mi imaginación que empezar una discusión

con mis primos, que habían tenido la amabilidad de visitarme a horas tan intempestivas con el solo propósito de darme la bienvenida y traerme un regalo, suspiré hondo, me pasé las manos por la cara con gesto de cansancio y le di un sorbo a mi taza de té; por nada del mundo iba a mostrarme grosera.

—¡Puaj, qué asco! Vaya mierda.

—¡Yo no he venido aquí a que me insulten! —exclamó Margaret ofendida en cuanto escuchó el exabrupto.

Me levanté de mi asiento de un salto y empecé a parlotear nerviosa.

—Disculpa, yo me refería a la porquería esa. —Señalé la taza—. Bueno, no, al té nocturno, no. El té nocturno es excelente, para ser un aguachirri sin sustancia con sabor indeterminado. Me refería a que está frío.

Aceptó mis sinceras disculpas dando muestras de una generosidad de sentimientos que agradecí con toda mi alma. ¡Anda que si hubiera sabido entonces dónde terminaría mi alma, de qué me hubiera disculpado!

—Está bien —concedió Margaret mientras se recostaba de nuevo contra el sofá y yo le dedicaba una sonrisa agradecida—, no hace falta que te disculpes. Y para que veas que no te guardo rencor, me encargaré personalmente de las cuentas de la granja sin cobrarte ni un penique. —En ese momento me vino a la cabeza el popular dicho inglés: «*A penny for your thoughts*»—. Este libro de cuentas es un desastre —añadió, dejando de lado cualquier conato de cortesía.

¿Qué quieres que te diga? Me quedé bastante perpleja. Puede que no entienda nada del funcionamiento de una granja, ni de ordeñar vacas, ni de fabricar quesos, ni de nada de nada, pero no en vano corre por mis venas sangre oriental: soy brillante con los números.

—¿Y qué te hace pensar eso? —repliqué suavemente.

Me estaba cansando de ser amable.

Pestañeó varias veces y después se me quedó mirando fijamente; era evidente que la había ofendido mucho con mis impulsivas palabras.

—No existe tal error, Margaret —añadí en tono suave y comedido. No me gustaba la idea de haberla molestado y, además, tenía unas ganas horribles de que se marcharan y así poder hacerme un enjuague bucal a base de un buen whisky escocés—. He aumentado el sueldo a los chicos. Trabajan mucho... —empecé a dar explicaciones de manera inconsciente sin poder resistirme a la persuasión de las mágicas pecas— y hacía mucho tiempo que nadie les subía el sueldo. Y... el envío de material es para la construcción de un invernadero.

Siempre he querido tener un invernadero lleno de plantas exóticas —farfullé, incómoda—. Por mi madre. Mi madre es etnobotánica y..., en fin..., pero si te molesta mucho..., procuraré que sea uno muy pequeño, para que quepan unos tres o cuatro geranios. Como mucho.

—No digas tonterías, Willi, como si quieres dedicarte a cultivar todo el Amazonas y dejas un hueco libre para plantar unas cuantas plantas de maría —bromeó Anthony.

Me reí de su broma por educación, no porque me hiciera realmente gracia. Había dado de lleno con el tema de la maría.

Hacia las once de la noche, y después de haberse atiborrado de pastel de manzana, se empeñaron en que tenía que acompañarles hasta el gallinero para echarle un ojo al regalo de bienvenida a su preciosa, húmeda y verde tierra.

—Bueno, ¿vamos? —me animó Anthony a levantar el culo.

Asentí, haciéndome cargo de que ya era tardísimo; y aun convencida de que me iba a calar las zapatillas, no pude ni supe decir que no. Jamás, jamás, repito, volveré a salir al exterior de una casa calzada con zapatillas de ositos y en pijama.

El camino, empedrado y mojado, fue un suplicio. Pronto se me encharcaron las zapatillas. Tenía que pasarme las manos por los brazos continuamente para proporcionarme algo de calor. Hacía un frío que pelaba y me sumí en un mudo estupor, sin saber qué decir para obligarles a dar media vuelta, mientras no paraba de preguntarme por qué eran tan raros. ¿No podían darme la bienvenida con una caja de bombones o con unas flores? Les habría estado agradecidísima. Y no te digo ya nada si llegan a aparecer con una botella de *limoncello*.

—Te va a encantar la magnífica gallina ponedora que te hemos traído —comentó Anthony con una sonrisa.

Aquellas palabras supusieron una excelente distracción, fuera lo que fuese una gallina ponedora. Le hice una señal levantando el pulgar y aguanté el frío mientras caminaba confiada hacia el gallinero —por eso te decía antes que soy un pelín pánfila—.

—Sí, seguro que tienes un inmenso talento para descifrar los entresijos de las gallinas ponedoras. —Escuché la voz de Margaret a través de una bruma de sorna.

Por un momento me embargó el pánico. Tal vez, solo tal vez, Anthony y Margaret pensaban que yo no estaba capacitada para dirigir una granja de

semejante tamaño. Evidentemente, no lo estaba. Y tal vez, solo tal vez, Anthony y Margaret pensaban que tenían más derecho que yo a recibir la herencia del tío Philip. Evidentemente, no lo tenían. Y tal vez, solo tal vez, no sé cómo, pensé que la idiota de mi hermana les había dicho lo de mi odiado apodo y de un momento a otro me lo iban a soltar, y no me quedaría más remedio que ponerme en plan perra rabiosa y echarlos de mi casa con cajas destempladas.

Miré a mi alrededor, tratando en vano de encontrar alguna excusa creíble que me librara del paseíllo a la intemperie. ¿Y si digo que me he torcido un tobillo mientras me levantaba del sillón? ¿La tarta, que se me ha atragantado aunque yo no la haya probado? ¿El gato del vecino, que se dedica a atacar a los paseantes nocturnos? ¿Y si lo dejamos para mañana, cuando luzca un sol de mediodía capaz de alumbrar hasta el mismísimo averno?

¿Gripe aviar? ¿Vacas locas? ¿Peste bubónica?

Regresé a la realidad en el momento en que Tony se giró y me hizo un gesto persuasivo con su cuidada y varonil mano. Se la cogí como una autómeta, preguntándome qué grado de consanguinidad consideraría la comunidad médica aceptable para que dos parientes casi desconocidos, dejándose llevar por un arrebató de locura y pasión desmedida, pudiesen mezclar sus respectivos torrentes sanguíneos sin riesgo a tener los niños tontos.

Agité la cabeza de un lado a otro, desprendiéndome de tan perturbadoras imágenes, y decidí no malgastar el cupo de neuronas que tocaba perder ese día pensando tonterías. Al final me di por vencida y, cogida de su mano, me armé de valor para continuar caminando bajo la desapacible noche. Tal vez un poco de oscuridad, mucha humedad, bastante frío y la ligera llovizna primaveral británica con ligero tufillo a boñigas de vaca, a tierra húmeda y a vegetación me harían coger la cama con más ganas.

Tan solo se oía el ligero repiqueteo de las gotas de lluvia sobre las copas de los frondosos robles, y el no tan ligero repiqueteo de los tacones de la prima Margaret sobre el caminito empedrado.

—¿Y si entramos a estas horas no molestaremos a las demás gallinas? — recuerdo que dije con una sonrisa algo forzada. Se me ocurrió, de repente, que tal vez deberíamos esperar a la mañana siguiente. Las gallinas no iban a ir a ningún lado y, en el peor de los casos, se podría armar un buen revuelo si de pronto a todo el gallinero le daba por alborotar.

—Mira que puedes llegar a ser de ciudad —me espetó Margaret.

—Yo solo lo decía por si molestábamos... —me disculpé ante un argumento tan convincente.

Decir que Tony —«Llámame Tony, que somos primos»— y Margaret —«Ni se te ocurra llamarme Maggi, que seamos primas no te da derecho a tomarte esas libertades»— me intimidaban bastante es quedarse corto.

Se les veía tan seguros de sí mismos, tan capaces, tan altos y tan dignos que yo a su lado, luciendo mi flamante pijama de nubes e intentando no tropezarme con las malditas zapatillas de ositos, parecía un poquito fuera de lugar y, por qué no decirlo, en sintonía con el apodo que me puso mi hermana. No me gustó cómo me hicieron sentir. Porque, francamente, puede que yo no entienda nada del funcionamiento de una granja y puede que no sepa caminar con zapatillas de ositos en medio de un campo encharcado, pero a lucir un vestido ajustado sobre unos tacones de tres centímetros mientras sostengo una copa de champán en una mano y con la otra manejo un abanico con gracia y soltura, ¿no hay quien me gane!

Para paliar ese sentimiento de inferioridad que no había sentido nunca — pesar de ser durante muchos años la Wan Tun— y que ellos se empeñaban de manera muy poco ética en fomentar con comentarios sutilmente mordaces, empecé a sentirme como una verdadera estúpida. La cuestión es que empecé a regodearme un poquito con la preciosidad de granja que me había caído en suerte y les dije que sí, que efectivamente era una chica de ciudad, pero que el tío Philip había depositado en mí toda su confianza al confiarme su legado y que no pensaba decepcionarle aunque tuviera que ordeñar las vacas... a... a... adecuadamente.

Seguimos caminando en medio de una noche fría y sin luna, y a nadie parecía importarle excepto a mí. Pensé que tal vez ellos, al ser nativos de esta región, estaban más que acostumbrados a las inclemencias del tiempo y que si yo pretendía llegar a encajar alguna vez en la verde y lluviosa campiña inglesa, debía hacer ver como que no me importaba. Como que yo tenía por norma salir a pasear y gandulear un ratito todas las noches, con ligera llovizna o lloviendo a cántaros, por los alrededores de la casa. «Esto es de lo más tonificante, un bálsamo para el cuerpo», recuerdo que dije en un intento por levantarme el ánimo para sobreponerme a aquella sensación abrumadora de soledad y desdicha que se iba apoderando de mí poco a poco a medida que el humedecido pijama se me iba pegando al cuerpo y las chorreantes zapatillas producían un ruido de succión semejante al que hace un pez boqueando en

busca de aire —o de agua, según se mire—.

Justo al pararnos junto al enorme portalón, y mientras Anthony se peleaba con él —abrir la enorme puerta tenía su truquillo: se necesitaba fuerza—, me pregunté si debería informarme más a fondo sobre el misterioso mundo de las gallinas ponedoras. Decidí que no. Así que, frotándome los dedos con nerviosismo, tan entumecidos que apenas podía moverlos, volví a cavilar sobre los cuidados del nuevo sembrado de cebolletas que acabábamos de plantar. A saber qué cuidados necesitarían las dichosas gallinas ponedoras. Bastante tenía ya con la complejidad de los sembrados de cebolletas y con arrancar las malas hierbas que lo invadían todo en cuanto me descuidaba.

Una vez consiguió abrir la puerta, lancé un profundo suspiro de alivio. Muerta de frío y temblando, entré a trompicones, deseando que me envolviera el calorcito que desprendían los cuerpos inmóviles y medio hipnotizados de las gallináceas.

Ahora me consta que todo fue una trampa, pero en ese momento no me percaté de sus sucias intenciones. Recuerdo que pensé que Ismael —Ismael es el chico encargado del buen funcionamiento del gallinero: limpieza, recogida de huevos, administración del pienso... Eh... ¡Ah, sí!, también las saca al campo todos los días para que paseen y picoteen libremente— se iba a enfadar mucho si le alborotábamos el gallinero y a la mañana siguiente se encontraba con que las gallinas no habían puesto ni un solo huevo, cuando, de repente, Tony me dio un fuerte empujón y le ordenó a su hermana, en voz baja y cargada de animosidad, que me atizara con algo.

Mi instinto me dijo que huyera. Confiaba plenamente en él, pero todavía debía encontrarse en distinta banda horaria porque me envió las alarmas con retraso. De todas formas, todo sucedió tan rápido que, por muy bien entrenado que estuviera mi instinto, que no lo estaba, a mis entumecidas piernas no les hubiera dado tiempo a reaccionar. Las pocas palabras furiosas que alcancé a escuchar antes de recibir un contundente golpe en la sien derecha y caer desplomada sobre un lecho de paja fresca fueron: «Ni loca pienso tocar esa porquería con las manos. ¡¿Tú sabes de qué están llenos los palos en un gallinero?!».

No me dio tiempo a decir ni esta boca es mía. Caí al suelo con un ruido sordo. Por algún motivo que se me escapaba, mi prima había hecho de tripas corazón y acababa de dejarme KO con un asqueroso palo de gallinero. Traté de respirar, de aspirar, aunque solo fuera un ligero soplo de aliento, pero no

pude. Sentí cómo mi cuerpo salía impetuosamente de mí y se echaba a volar por encima de la estructura de madera.

El vacío se cernió sobre mí.

Una silenciosa luminosidad me envolvió.

La oscuridad desapareció.

La luz me atrapó.

Ya no sentía frío ni humedad. La constante y desagradable sensación de desasosiego también había desaparecido, como desaparece el rímel *waterproof* cuando le caen cuatro gotas. Y de pronto, no sé cómo, supe con total certeza que los desaprensivos de mis primos me habían matado y que mi alma había abandonado mi cuerpo, sin ser yo demasiado consciente de ello. Pero no me sentía como se supone que debe sentirse alguien a quien acaban de arrebatarse la vida. Sentirse incorpórea era tan natural que ni siquiera me di cuenta de ese hecho.

Como te he dicho, primero me encontré flotando por encima de la estructura de madera; después todo se tornó blanco a mi alrededor. El blanco brumoso me envolvía, mirase en la dirección que mirase. Me quedé parada en el sitio, sin atreverme a hacer ningún movimiento, y recuerdo que pensé: «Vaya, pues es agradable y no duele». Miré hacia abajo y vi a mis primos acumulando astillas y ramas secas, que mezclaron con un poco de paja que cogieron del gallinero. Primero hicieron montoncitos y después las introdujeron entre las pequeñas ranuras que encontraron en la estructura de madera, y por último, pero no por ello menos importante, les prendieron fuego con un mechero que Tony se sacó del bolsillo del pantalón.

Ese fue un acto ruin.

Una pequeña parte de mí todavía no acababa de creerse lo que mis ojos veían. Aquello ardía como un pozo petrolífero de las películas de acción y yo no podía hacer nada para detenerlos. De buena gana me habría gustado ser uno de esos enormes dragones de dibujos animados, de esos que se sueltan una meada con capacidad para rellenar una piscina. Habría apagado el incendio en un abrir y cerrar de ojos.

Incapaz de seguir presenciando el demencial espectáculo, me obligué a moverme. Todavía no había dado ni dos pasos entre aquella blanca y plácida luminosidad, cuando escuché una voz varonil desconocida que me decía: «No

puedes entrar. Debes volver».

Me da la impresión de que no debí de encontrar muy bien el camino de vuelta. Cuando vine a darme cuenta, me hallaba a unos veinte metros de distancia del lugar donde yacía mi cuerpo, observando espantada cómo el almacén de madera ardía por un costado mientras Mooni gritaba, hasta quedarse ronca, que la señorita Willi permanecía encerrada en su interior.

Y fue entonces cuando me percaté de que los amables primos no habían venido a hacerme ningún regalo después de todo. La visita se debía a causas más productivas. ¿Te lo puedes creer? ¿Se puede ser más chica de ciudad? Por fin entendí que lo de la gallina fue un burdo engaño.

Por alguna razón desconocida, Anthony y Margaret habían intentado deshacerse de mí.

—Bienvenida a mi mundo.

Me giré sobresaltada al tiempo que dejé escapar una exclamación ahogada. Justo a mi lado me encontré con un adolescente de unos diecisiete años de edad. Parecía muy serio y me miraba con una mezcla de curiosidad y pesar. Nada más verle llegué a la descabellada conclusión de que estaba allí para comprobar que, efectivamente, no salía con vida de aquel infierno. Nada más lejos de la realidad. Parpadeé un par de veces, antes de preguntar con el ceño fruncido:

—¿Contemplando el espectáculo?

—Más bien intentando echar una mano —me contestó adoptando una actitud inmóvil, refutando de esa manera sus anteriores palabras. Bueno, los brazos sí los movió, los cruzó.

Le miré con curiosidad. Parecía mayor de los años que yo le había echado. Adoptaba la típica pose chulesca de adolescente, pero en sus ojos podía apreciarse una sabiduría que ni quisiera mi abuelo poseía. Iba vestido con unos vaqueros de botones, que curiosamente casaban a la perfección con la antigua camisa blanca de anchas mangas y chorreras que llevaba abierta hasta medio pecho. El pelo lo llevaba recogido en una coleta baja, que sujetaba con una lazada negra. Era rubio, casi albino, y tenía los ojos más increíbles que había visto en mi vida. De un azul brillante, tanto que incluso a oscuras resplandecían como si una luz interior los atravesara. Me recordó a uno de esos héroes de las películas de aventuras, uno de esos que lo mismo te lo imaginas con un sable en la mano que empuñando una pistola de duelo. Por un momento, me pregunté si la misteriosa voz que había oído sería la de él.

—Bueno, ¿qué te ha pasado? —Me miró fijamente durante unos segundos —. ¿A quién has cabreado?

Le miré sorprendida. ¿De dónde se sacaba que yo había cabreado tanto a alguien como para que desearan verme ardiendo como una tea?

—¿Eres Él? —le pregunté, haciendo caso omiso a su pregunta.

—¿A qué Él te refieres? —contestó, todo candor e inocencia.

—Ya sabes, solo hay un Él para los católicos. ¿Has venido a transmitirme algún mensaje desde el más allá? —pregunté, horrorizada ante la posibilidad de que me fuera a dar una mala noticia.

Negó con la cabeza y sonrió de manera enigmática.

—No soy Él y no he venido a transmitirte ningún mensaje.

—¿Eres uno de los cuatro? —Entrecerré los ojos y le miré fijamente.

—¿Qué cuatro?

—¿Qué cuatro va a ser! Uno de los cuatro arcángeles.

Desde luego, si era un ángel, no me habían enviado al más espabilado.

—Tienes una imaginación desbordante —me dijo divertido.

El adolescente, salido de Dios sabe dónde, estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Pero un ángel... sí eres, ¿no? —Nueva negación por su parte—. Bueno, por lo menos estarás muerto —le espeté malhumorada.

—Depende de cómo se mire.

Te aseguro que si hubiese tenido mi cuerpo corpóreo a mano, le habría atizado con algo. Ese sentido del humor tan exasperante me estaba sacando de mis casillas. Si no llega a estar muerto, yo misma lo habría liquidado en ese mismo instante.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes muy poco sentido del humor? —inquirió con una sonrisa socarrona.

Parece mentira lo mucho que llegó a tranquilizarme esa sonrisa. Me hizo pensar que, en el momento en que me sacaran de debajo de la estructura, que amenazaba con derrumbarse de un instante a otro, yo regresaría a mi cuerpo con una anécdota curiosa que contar.

Reflexioné sobre qué motivo mantenía al chico a mi lado y si me diría cuál era su secreto para mantener el pelo tan brillante y sedoso antes de regresar a mi cuerpo. Lo cual esperaba que fuese de un momento a otro.

—¿Estás de paso por aquí?

—No, ya te he dicho que he venido a ayudarte —insistió, sin descruzar los brazos ni mover un pie. De pronto, dándome un codazo, dijo—: No te pierdas a Margaret.

Me giré con una mezcla de hostilidad y recelo y pude ver a mi prima sujetando a Mick por un brazo —Mick es otro de los trabajadores fijos de la

granja—. No paraba de repetirle angustiada que la prima Willi Nelson —dijo mi nombre con recochineo, se le notó a la lengua— permanecía encerrada dentro de esa trampa mortal y que no perdiese el tiempo y que se diese prisa en sacarla de ese horno.

Lo curioso es que, mientras lloriqueaba como una mala actriz —es incluso peor que mi hermana— no le soltaba el brazo ni por asomo. Lo mantenía sujeto a su lado sin dejarle dar ni un paso hasta que Mick, harto de tanto sinsentido, se zafó de un tirón y salió corriendo en busca de una manguera mientras Ismael, con ayuda de varios de los trabajadores de la granja, derribaba la pared trasera para que las gallinas pudieran escapar de la improvisada barbacoa. No sería plato de buen gusto comer gallina a la brasa durante todo un año. Reprimí el irrefrenable impulso de salir corriendo tras él; no creí que pudiera ayudar mucho tal y como me encontraba en mi nuevo estado etéreo. Contemplé con horror cómo las llamas se elevaban al cielo y escuché el crujido de la madera carbonizada al quebrarse y desmoronarse. Aparté la vista y me dirigí de nuevo al «eficaz y obstinado» adolescente.

—Entonces, si no has venido a transmitir ningún mensaje y ya me has dicho, dos veces, que estás aquí para ayudarme, ¿qué haces de brazos cruzados?, ¿por qué no sales corriendo a sacarme de ahí? —Me contestó con un ligero encogimiento de hombros—. ¿Quieres moverte de una vez? —le apremié, nerviosa.

—No hace falta —replicó mientras negaba con la cabeza—, ese armazón puede aguantar un incendio y lo que le echen.

Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para evitar decirle que cómo se notaba que no era él quien estaba a punto de achicharrarse en aquel horno casero.

—¿Acaso eres bombero? —pregunté en cambio.

Me miró con los labios contraídos, intentando en vano aguantar la risa.

—Sé todo lo que hay que saber sobre este lugar. Vivo aquí desde hace mucho, muchísimo tiempo.

Pues claro, ¡qué tonta!, cómo no se me había ocurrido que todas las casas antiguas inglesas vienen con fantasma incorporado.

Decidí aprovechar la oportunidad que se me presentaba y formularle alguna que otra pregunta sobre él. A la mayoría de la gente le gusta hablar de sí misma. Y bueno, a mí me chifla hacer entrevistas —periodista de profesión y escritora en mis ratos libres, esas son mis vocaciones—.

—Bueno... Yo soy Willi, Willi Nelson —me presenté—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Thomas Barlow. Tommi.

—Y bien, Tommi Barlow, ¿desde cuándo andas vagando por la tierra? —pregunté, orgullosa de mi ingenio.

Me miró fijamente durante un buen rato antes de volver la cabeza hacia el granero. Sin desviar la vista del infernal espectáculo, me contestó:

—Lo suficiente como para saber que no va a ser fácil relacionarme contigo. —Soltó una sonrisita sarcástica que reavivó en mí el deseo de soltarle cuatro frescas.

No hice caso de su impertinencia y volví a la carga.

—Ya, pero... ¿cuántos años tienes?

—Soy tan anciano como el roble más viejo que crece en esta finca y tan joven como aparento.

—¿Te importaría ser un poco más concreto?

—Dieciocho cuando morí.

—Ah, vale. —Si seguía siendo tan impreciso, acabaría pareciéndose al canal del tiempo —y sé de lo que hablo—.

—¿Y cuándo se supone que aconteció el deceso?

—En 1807.

—¿En serio? —Compuse expresión escéptica.

Le miré con más curiosidad todavía. Era imposible que me encontrara ante una... ¿persona? de más de doscientos años de edad. Me pregunté qué le habría ocurrido para padecer semejante destino. ¿Sería un delincuente y andaba vagando por la tierra como castigo por sus delictivas acciones? Antes de que pudiera analizar en profundidad las distintas connotaciones de semejante revelación, Thomas Barlow, Tommi, dio un paso y se plantó delante de mí con la intención de taparme el esperpéntico espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos. Se lo agradecí en silencio.

—¿Cuántos años tienes tú, Willi Nelson?

—Veinticuatro.

—Demasiado joven para morir.

Y eso me lo estaba diciendo un chico de dieciocho años.

—¿Te importa si te llamo Tommi, sin más?

—En absoluto, aunque... —Me volvió a lanzar la sonrisa pícaro acorde a su edad (bueno, a su edad real no, a la que aparentaba, o sea, una sonrisa de

chico de dieciocho años, no de un abuelo de doscientos)—, ¿te das cuenta de que podría ser tu bisabuelo?

—Podrías, podrías —concordé con él—. Pero como yo soy mayor, de ahora en adelante y mientras dure nuestra asociación, mando yo.

—¿Puedes desprenderte de ese pijama? —preguntó, imperturbable.

—Hmmm. No.

—En ese caso, mando yo.

—Pero puedo darte un buen tirón de la coleta —le amenacé mientras alargaba una mano y le agarraba la espesa mata de pelo rubio en un puño.

—Inténtalo —dijo con voz grave, volviendo la cabeza a toda velocidad, lo que ocasionó que el pelo se me escurriera entre los dedos—. Y mañana amanecerás con la cabeza llena de trencitas y sin pijama.

Vacilé, lo admito. Lo de las trencitas en el pelo me achantó bastante.

—Vale, olvídalo todo —dije, esforzándome por mantener la calma—. Vamos a llevarnos bien, ¿te parece?

Fingió pensar durante unos segundos antes de darme una contestación.

—Está bien, nada de trencitas, pero no te aseguro lo del pijama —bromeó, guiñándome un ojo.

Eché la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Por un momento pude ver al chico de dieciocho años que había sido en otro tiempo. Feliz, fuerte y con sentido del humor. De pronto, y olvidándome de todo lo demás, me uní a las risas del desconocido fantasma durante un rato. Eso me sorprendió bastante: yo no tengo sentido del humor.

En cuanto pudo controlar la risa, me cogió de la mano y me instó a acercarnos al montón de madera quemada y barro. Ismael acababa de salir, por lo que se encontraba en la puerta conmigo en brazos. Me quedé sin habla y completamente aterrada al verme sin sentido y toda chamuscada y sucia. Me eché una mirada ansiosa y comprobé que no había sufrido quemaduras graves. Aparentemente solo tenía un corte superficial sobre la sien derecha, del que todavía goteaban hilillos de sangre seca. Suspiré aliviada.

—Encantada de conocerte, Tommi —me despedí, inquieta—, pero ahora tengo que dejarte; me voy al hospital. —Levanté un dedo y señalé la ambulancia, que en esos momentos enfilaba el camino de entrada a la propiedad.

—Cariño, donde tú vayas yo voy.

—No, no te preocupes, Tommi, ya nos veremos. O no.

Me sujetó por un brazo con suavidad y me obligó a encararlo.

—Voy contigo —insistió—. ¿Qué crees que pensará Mooni de mí si te dejas sola?

Le lancé una mirada confusa. ¿Mooni? ¿Qué pintaba Mooni en todo aquello?

—Ah, también he olvidado decirte que Olivia es... —Se inclinó, como si de una representación teatral se tratara, y cruzando un brazo por delante del cuerpo al tiempo que echaba el otro hacia atrás, anunció—: pariente mía. Thomas Barlow a tu servicio. Y soy el tátara, tátara, tátara, tatarabuelo de Olivia.

—Genial. —Le dirigí una mirada azorada y me despedí de él de nuevo—. Saluda a la tal Olivia de mi parte. Un placer.

—Puedes hacerlo tú misma. —De verdad que no entendía por qué no hacía más que sonreír con un leve tonillo de burla. Fruncí el cejo, extrañada por sus palabras—. Olivia es Mooni.

Elevó una ceja al cielo al ver mi cara de asombro.

—Ah, claro, qué tonta. —Me di un golpe en la frente—. Pues no la saludes de mi parte. Ya la saludaré yo de la tuya en cuanto me despierte. —Dudé un momento al volver a contemplar la sonrisa de guasa—. La saludaré yo... puesto que ella no puede...

—Ahí es donde estás completamente equivocada.

Y así fue como me enteré de que la agradable y eficiente señora Moon tenía el poder de comunicarse con los espíritus; más concretamente, con el de su tátara, tátara, tátara, tatarabuelo, justo un segundo antes de que la dulce Olivia se me acercara y con alegría desbordante me dijera:

—Querida Willi, no sabes cuánto me alegra que hayas conocido a mi tátara, tátara, tátara, tatarabuelo, Tommi. ¿Verdad que es un chico encantador y muy guapo?

Y sucedió lo inevitable: me desplomé por segunda vez esa noche, pero en esta ocasión lo hice a la intemperie, sobre un lecho de hierba fresca —lo cual supuso una notable mejoría—, convencida de que mi luz vital se había apagado para siempre y, a partir de ahora, iba a tener que vérmelas a diario con un adolescente dotado de un agudo sentido del humor. En cualquier otra circunstancia no me habría importado pasar una temporada con semejante espécimen, pero en ese momento solo podía pensar: «¡Dios, cómo odio estar muerta!».

—¡Willi! ¡Willi! —Unas contundentes y sonoras bofetadas me volvieron en

mí. La rubicunda cara de Mooni, a dos centímetros de mi nariz, me terminó de espabilar de golpe—. Deja de hacer el tonto y acompaña a Tommi al hospital. Yo me quedaré vigilando el fuerte para que esos dos no vuelvan a hacer de las suyas. —Subrayó sus palabras ordenándole a Tommi que me diera un último guantazo, antes de girar la cabeza y señalar a mis taimados primos.

Todavía en estado de conmoción, parpadeé varias veces y dirigí una mirada aturdida hacia donde Mooni me indicaba. Grandes volutas de humo negro se elevaban hacia el cielo y, para mi consternación, comprendí que esto no era un mal sueño. Ni siquiera un lapsus tonto. Efectivamente, mi cuerpo andaba por un lado y yo, por otro.

Nunca digo tacos a no ser que sea absolutamente necesario, pero en esta ocasión reconozco que me costó un mundo reprimirme.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldición!

Efectivamente, regresar a mi cuerpo ya no era una opción. Rescaté los últimos vestigios de sensatez que me quedaban y me concentré en comprobar los daños colaterales que un incendio en grado 3.320 me hubiera podido ocasionar. No me dolía nada, pero... me encontraba bajo los efectos de un fuerte *shock*: la adrenalina segregada bien podría haber camuflado el dolor de algún dedo del pie amputado, o el dolor horrible de las quemaduras de primer grado que podrían extenderse por mis piernas, torso o brazos. Comprobé, aliviada, que mi espíritu no había sufrido ningún daño. La peor parte se la había llevado el pijama: seguía húmedo y sucio. *Peccata minuta* para lo que podría haber ocurrido.

En cuanto cargaron mi cuerpo sobre la ambulancia, Tommi y yo también nos subimos a ella. Nos refugiamos bajo la camilla; era el único lugar donde nadie metería mano en nuestros riñones sin darse ni cuenta. Tommi me dijo que nunca conseguiría acostumbrarse a que un cuerpo humano entrara en él por un lado y saliera por el otro; que eso era, como poco, antinatural y morboso.

Tumbados en el duro suelo de la ambulancia, con vistas a un magnífico entramado de hierros y muelles, pensé en cómo sonsacarle, discretamente, información sobre la persona que había sido y en qué circunstancias ocurrió su prematura muerte. La idea me puso nerviosa y me agité de un lado a otro del reducido espacio. Luego pensé un poco más y decidí que no debería haberseme aparecido si no estaba dispuesto a atenerse a las consecuencias. Eché mano de la discreción.

—Bueno..., ¿y tú cómo la diñaste? ¿A consecuencia de la peste?

Me lanzó una mirada risueña.

—Peste había. Mucha. Pero el mal olor nunca ha matado a nadie.

Intenté no echarme a reír e insistí de nuevo. No iba a dejar que se saliera por la tangente.

—A mí han intentado asesinarme mis primos, ¿y a ti?

—No insistas, no me gusta hablar del tema.

—A mí tampoco, no es un tema agradable, pero... ¿qué pasó?

—¿No me has oído cuando he dicho que no me gusta hablar del tema?

—Vale, me callo —contesté, dolida por su poco espíritu colaborador.

—Perfecto —coincidió.

¿Qué escondía Tommi? Seguramente era un pervertido sexual con mucho éxito y a duras penas conseguía mantener las manos lejos de mí. De ahí su mutismo. Me arriesgué.

—Si me lo propongo, puedo ser como una tumba: muda..., ciega... y sorda.

—Me giré y nos miramos a los ojos—. Pero... —insistí— sería bueno, para una futura relación de confianza mutua, que confiáramos mutuamente.

Lanzó un profundo suspiro de derrota y yo lancé un profundo suspiro de alivio.

Y eso que fallé, muy a mi pesar.

Una vez empezó a hablar, ya no hubo quien lo parara. Había nacido en 1789 y fallecido en 1807. Por lo tanto, y si las cuentas no me fallan, contaba tan solo con dieciocho años de edad en el momento de su muerte. Europa andaba sumida en plenas guerras napoleónicas, y el hambre abundaba por todas partes. Yo le escuchaba con los ojos como platos —entenderás, sin necesidad de que explique el porqué, que esto es una exageración. Yo jamás podré poner los ojos como platos. Como mucho... como fuente ovalada de aperitivos—.

Fue una narración tan impactante... Parece ser que acababa de contraer matrimonio —sí, yo también pensé en ese momento que alguien debería haber tenido una charla en profundidad con los padres de las criaturas sobre los inconvenientes de contraer matrimonio a edades tan prematuras— y vivía en perpetuo estado de felicidad con su joven, jovencísima y dulce esposa. Llevaban una vida tranquila y libre de pesadumbres, hasta el momento en que ella quedó embarazada —no, ya se lo pregunté, en esa época no existían los preservativos ni los dispositivos intrauterinos ni la pastillita del día después, ni ninguna otra medida de prevención contra los indeseados embarazos—. Cada día salía a trabajar sin descanso en los sembrados de su señor conde y

cada día se encontraba más agotado y pasaban más hambre.

Preocupado por su joven, jovencísima y dulce esposa, una mañana tomó una decisión drástica y, por cómo se vio más tarde, parece ser que también mortal. Un día, al caer la noche, se internó sigilosamente en los corrales del señor conde y robó una gallina y unos cuantos huevos para poder alimentar en condiciones a su joven, jovencísima..., aunque fuera por una única vez durante su delicado y prematuro embarazo.

Murió ahorcado una semana después. Perdió la vida a los dieciocho años por una miserable gallina y un par de huevos. Ni que decir tiene que, una vez superado el horror que me causaron sus palabras, no supe qué decir.

Perdón. Sí supe qué decir.

—¡Cabrón de mierda! ¡Hijo de la gran puta!

Si se sorprendió al oírme hablar —o más bien, a malhablar— no lo demostró, pero su expresión se suavizó bastante.

—No te sulfures, Willi —dijo Tommi usando un tono de voz distendido—, eso ocurrió hace mucho tiempo. Ya no pienso en ello.

—¿De verdad ya no te importa? —No podía creer que alguien a quien arrebatan la vida de manera tan ignominiosa, injusta y cruel, pudiera olvidar lo ocurrido con esa facilidad—. ¿Y qué pasó después? —pregunté, aparentando una tranquilidad que no sentía.

En ese momento me percaté de que los chicos de dieciocho años también podían ponerte los pelos de punta con una sola mirada.

—Hice de sus sueños verdaderas pesadillas. Pesadillas tan vívidas, crueles y espeluznantes que una noche no pudo soportarlo más y se pegó un tiro con su escopeta de caza preferida.

Le miré con una mezcla de horror y aprensión, y él lanzó un suspiro de impotencia.

—Sabía que no debía contarte nada —constató en tono amargo—. Eres demasiado... joven e impresionable.

Como no pensaba darle la razón, y tampoco pretendía hacerle recordar antiguas amarguras, no quise atosigarlo más con preguntas que le recordaran el asfixiante trance por el que había tenido que pasar.

Me incliné hacia él y adopté una estrategia diferente con la intención de animarlo.

—Solo tengo una pregunta más —le dije con una sonrisa malévola.

—Dispara —me dio permiso tras un breve silencio.

—¿Qué es un miriñaque y para qué se utilizaban?

—Una buena pregunta —contestó tras sofocar una risita—. Una tortura para las mujeres de mi época.

—Pero... —intenté protestar.

—Pero a ti no te hace falta. —Sonrió de nuevo de manera traviesa—. No tienes culo que querer disimular.

—¡Pues anda que tú!

Y fue entonces, gracias a sus sinceras revelaciones y a compartir la escasez de esa parte de nuestra anatomía, por la cual se han escrito pomposas obras de teatro, inspirado poetas e iluminado pintores para plasmar obras maestras sobre inmortales lienzos, que un «vínculo» invisible empezó a unirnos y a forjar unos lazos de cohesión tan robustos e inquebrantables como tan solo dos almas errantes unidas por este nexo en común pueden llegar a alcanzar.

Desde ese momento no hemos parado ni un segundo. Bueno, Tommi no ha parado. Está convencido de que se trata de dinero. «La gente siempre comete verdaderas aberraciones por dinero o por sexo». Le creo, eso está más que claro. Sus experiencias son, con mucho, superiores a las mías, aunque solo sea por los doscientos años que me saca y porque él no necesita trasladarse de un lado a otro en transporte público. Lo hace con el pensamiento, como buen espíritu añejo que es. También puede cambiarse de ropa cuando le da la gana. Incluso, si le apeteciese, podría cambiar mi aspecto. Lo que ocurre es que no le apetece. Sencillamente, lleva el sadismo grabado a fuego en la piel porque me anima todo el rato a que lo haga yo sola. Lo que exactamente significa: «Por nada del mundo pienso perderme el espectáculo».

Eso lo dice porque la única vez que seguí sus instrucciones para poder lucir otro atuendo que no fuera el de loca de atar terminé desnuda en medio de la cocina. Se trató de un error de cálculo que no pienso repetir.

Lo que ocurrió fue que me situé en el centro de la inmensa e iluminada cocina dispuesta a confiar en él.

—Venga, Willi, no seas tonta. Tú haz lo que yo te diga. —Sonrió con malicia antes de chasquear los dedos y cambiar de vestimenta más rápido que un parpadeo. Sustituyó su vaquero azul por unos negros y la camisa con chorreras por una camiseta también negra.

¡Qué guapo estaba para ser un anciano de doscientos años! Y parecía tan

sencillo...

—Vale —concedí.

Admito que tanto la sonrisa inocente como el posterior guiño animoso tuvieron bastante que ver en mi decisión.

—Cierra los ojos, imagínate desnuda y después te vuelves a imaginar vestida con lo que quieras.

—¿Con lo que yo quiera?

—Con lo que tú quieras —ratificó.

Un mundo de posibilidades se abrió ante mis ojos. ¿Vaqueros de marca? ¿De marca cara? ¿Vestidos de marca? ¿De la misma marca cara que los vaqueros? ¿Botas de lluvia? De marca cara, por supuesto —no me importa si son de la misma marca cara que los vaqueros y los vestidos. No soy exigente—. ¿Botas de tacón? ¿Una boa? Siempre he querido tener una boa de color rosa chillón a juego con unos tacones de vértigo.

Valía la pena intentarlo.

—Hummm —andaba deleitándome con la idea de qué ponerme cuando la voz chillona de Mooni me sacó de mi paraíso particular.

—¿Pero qué tienes ahí abajo? ¡Si parece la rodada de una bicicleta!

Abrí los ojos de golpe y si hubiera fabricado saliva, me habría atragantado con ella. Miré a Tommi, que parecía muy contento consigo mismo. Demasiado. De hecho, reía a carcajadas. Bajé la vista con la intención de comprobar de qué había acabado vestida. No llevaba nada puesto. Y cuando digo nada, es NADA. Crucé rápidamente el brazo derecho sobre mis pechos y mi mano izquierda bajó veloz hasta mi monte de Venus, actuando así como hoja de parra en prácticas, mientras las mejillas se me coloreaban de un intenso color carmesí.

Con los ojos fijos en mis sorprendidos acompañantes, me pregunté por qué demonios me había dejado convencer para hacerme una depilación brasileña. Muy brasileña, vista la reacción de esos dos.

—Oye, Tommi, quizá podrías ayudarme un poco...

Me respondió con un ligero encogimiento de hombros y cierto aire altivo.

—No sé a qué te refieres.

—¿Te importaría mucho dejar de sonreír como si te hubiera tocado el gordo de la lotería... —y añadió, súbitamente inspirada— y hacer eso que haces con la mano para ponerme algo encima?

—Si lo hago yo, no aprenderás nunca. ¿Quieres ir siempre en pijama?

—Puestos a elegir....

—Vale. —Chasqueó los dedos.

La verdad, no hacía falta que fuera tan considerado y siguiera mis palabras al pie de la letra, porque, de pronto, estaba tapada otra vez de pies a cabeza con el maldito pijama churretosos y las zapatillas de ositos.

Enterarte de esa manera tan brutal de que no sirves ni para cambiarte de ropa es duro. Pero cuando encima tienes que ponerte en manos de un adolescente para que te ayude incluso a vestirse, es bestial. Viene a ser lo mismo que cuando te pones en manos de tu esteticista y te aconseja con voz hipnótica: «Lo último son las ingles brasileñas. Confía en mí, Willi. Sé lo que me hago», y terminas con un pequeño mostacho a lo dictador y en posición vertical sobre tu monte de Venus. O como tan bien lo expresó Mooni: con una rodada de bicicleta.

Sin embargo, ahora que lo pienso bien, la situación, aparte de sus contras, también tuvo sus pros.

Contra: no había pasado tanta vergüenza en mi vida.

Pro: Mooni me dijo, cuando se le pasó el susto, que tenía un cuerpo muy bonito.

Contra: no había pasado tanta vergüenza en mi vida.

Pro: Tommi me dijo, cuando se le pasó el ataque de risa, que estaba de muy buen ver.

Contra: no había pasado tanta vergüenza en mi vida, aunque lo iba superando.

Pro: seguro que semejante bochorno me valió por lo menos un par de parpadeos o tres y algún que otro encogimiento del dedo gordo del pie.

Contra: todavía voy deambulando por ahí con el maldito pijama.

Bueno, y eso es, más o menos, todo lo que ha ocurrido desde hace unos doce días. Yo voy y vengo del hospital con la esperanza de recuperar por fin mi cuerpo, y Tommi va y viene de Londres intentando averiguar algo que nos sirva de ayuda para poder acusar a mis parientes de intento de asesinato contra mí. Por ahora, lo único que ha averiguado es que la empresa de consultoría de Margaret no va tan bien como quiso hacerme creer. Parece ser que ha perdido muchos clientes porque su socia se largó y se lo montó por su cuenta. Pero no se llevó con ella solamente el pisapapeles y la grapadora, no, también arrambló con la casi totalidad de la cartera de clientes. Lo que ha dejado a la prima Margaret en una precaria situación financiera.

Con respecto al primo Tony, no ha conseguido averiguar nada excepto que le van las titis más que a un tonto un lápiz. Varía de mujer mucho más que yo de vestimenta. Lo que significa, según Tommi: «¡Joder!, no sabes cómo folla tu primo. Estoy aprendiendo mogollón de cosas, y eso que en doscientos años me ha dado tiempo a aprender mogollón de cosas», o: «Willi, la próxima vez te llevo y después lo comentamos. Será divertido».

Ese chiquillo tan expresivo me va a volver loca. Pero no puedo negar que me divierte con él. Es tan... tan... decadente. Cada vez que pienso arrearle un par de merecidos cachetes, me acuerdo del maldito conde de las narices y me entran unas ganas locas de buscarle, encontrarle, triturarle y patearle el culo por lo que le hizo a un adolescente que lo único que pretendía era darle de comer a su familia.

¡Ojalá ande de espíritu errante! ¡Por... por... por casa de mi hermana!

5

Tras coger el tren y después el primer autobús, ahora voy sentada cómodamente en el segundo autobús y ando un pelín desesperada por llegar a mi destino. Tener que recorrer treinta y tantos kilómetros siendo la poseedora de un cuerpo incorpóreo no es de recibo.

Existen unas cuantas normas, absurdas, a las cuales debo atenerme a regañadientes, sin terminar de entender del todo cuál es el inhumano código por el que se rigen dichas normas.

Normas a tener en cuenta:

Primera: puedo avanzar, retroceder y desplazarme hacia los lados atravesando cual obstáculo se interponga en mi camino sin ningún problema. Para ser exactos, las más de las veces, atravieso dichos obstáculos sin yo quererlo ni pretenderlo. Tanto da si se trata de una pared, un mueble, una puerta o un toro cabreado. Lo de las paredes y las puertas lo llevo mal, pero lo del toro fue espantoso. Me provocó una impresión de órdago.

La semana pasada, paseando por el prado norte, me tropecé con una mala bestia negra de un millón de toneladas que, sin yo comerlo ni beberlo, de repente reparó en mí. ¿Que cómo lo hizo? Ni la más remota idea. Se supone que soy invisible. Pensé y pensé cómo era posible que el toro engordado con una dieta a base de estrógenos pudiera verme. Deduje, en una milésima de segundo, que tal vez los bóvidos poseían la misma facultad que Mooni: podían verme.

No me dio tiempo a pensar mucho más. La bestia en cuestión lo hizo por mí: clavó sus negros ojillos en mi persona, bufó, resopló, agachó la testuz, amagó, escarbó en la hierba, bramó y embistió contra mí a velocidad supersónica.

Enseguida tuve claro lo que debía hacer: clavé mis azules ojos en él, bufé, resoplé, levanté la cabeza, solté un alarido, giré sobre mis talones y salí corriendo en dirección contraria a velocidad «casi» supersónica.

Me atravesó limpiamente.

¡Ja! ¡Menudo pringado!

La bestia cornuda me miró con verdadero asombro y yo pasé un buen rato bailando un zapateado delante de sus narices y dando palmas mientras exclamaba bravuconamente: «¡Eh, toro! ¡A que no me pillas, toro! ¡Ven, torito, ven si te atreves!».

Por desgracia, se atrevió y de nuevo volvió a atravesarme. Me dio tal susto que ya no he vuelto por el prado norte.

Pero no todo es tan sencillo como lo de los obstáculos laterales.

Segunda: el suelo siempre es el suelo. Lo que significa que no puedo atravesarlo de ninguna de las maneras. Siempre acabo estrellándome contra él.

Tercera: me resulta imposible elevarme con la fluidez liviana que se me supone más allá de un metro de altura. Es más, una vez alcanzado este punto, no solo dejo de ser liviana, sino que mi cuerpo, ¿incorpóreo?, puede llegar a alcanzar el desagradable peso de cerda de exposición embarazada de una docena de hermosos lechoncitos. Lo que significa que termino estrellándome contra el suelo.

Considero que no me queda más remedio que mantener una charla seria y profunda con un reacio Tommi a mantener charlas serias y profundas sobre cómo sacarle un mayor provecho a mi recién estrenada cualidad etérea; pierdo un tiempo precioso viajando en autobús que debería invertir en autocondolarme y lloriquear por mi suerte. Mi mala suerte.

—¿En qué andas pensando con esa cara de mal genio?

Giro la cabeza y veo a Tommi. Le sonrío contenta. Desde ayer no sé nada de él. Se marchó a Londres en pos de Tony y el muy inconsciente no se da ni cuenta de cuánto me preocupo por él. Que sea un fantasma no quiere decir que no pueda sufrir un accidente, ¿no? Tony y Margaret podrían arreglárselas para hacerle algo. Algo como un exorcismo o una cosa así. Algo dañino y deliberadamente cruel. Me rebelo contra esa idea y ahuyento de mí esos lúgubres pensamientos; no podría soportar perderle ahora que tanto cariño le he cogido y que tanto le necesito. Y él no se merece que le hagan daño, no después de tanto como ha sufrido ayudando a los demás, aunque dicha ayuda no sea del todo desinteresada.

Me explico: el motivo por el que está conmigo es que tiene un trato con Él.

Después de ocasionar, de manera totalmente imprudente, que el maldito

conde se pegara un tiro, lo suyo hubiera sido que enfilara derechito hacia el infierno. Eso es, más o menos, lo que les ocurre a las personas que inducen a otras al suicidio. Pero no, no fue eso lo que le ocurrió. Parece ser que se le conmutó la condena eterna por servicios a la comunidad.

En los juicios eternos no existen las dudas ni las falsas interpretaciones y, ni por asomo, tienes derecho a revisión de juicio. Allí es todo o nada. Pero, sin lugar a dudas, en el caso de Tommi no fue así. El primigenio ángel custodio que se presentó en su busca se compadeció de él y pronunció un alegato en su favor. Un joven tan imaginativo, dotado de tal ímpetu e ingenio, merecía, en su humilde opinión, una segunda oportunidad. Al fin y al cabo, no había que llorar la pérdida de alguna buena persona; no había que remover cielo y tierra en busca de algún acto desinteresado y amable por parte del malvado conde; no había nadie que lamentara la desaparición de un ser tan pérfido. Por lo tanto, se encontraron con una de esas inusuales situaciones en las que lo mismo daba cómo o en qué circunstancias hubiese fallecido el presunto homicida. Era uno de esos casos que lo mismo servían para agradecerse —acababa de salvar a un montón de personas de un dolor totalmente gratuito—, que para mandarlo a la presencia de Satán en menos que se tarda en apagar una vela bajo una cascada.

Una de esas situaciones en las que aplicar la justicia convencional ayudaba a dicha justicia lo mismo que un infarto a un piloto en pleno aterrizaje. Los eximentes que se alegaron en su defensa para que pudiera librarse del fuego eterno fueron, por una parte, su juventud y, por otra parte, que al maldito conde le quedaba una pelada dado que, si Tommi no lo hubiese animado a coger la escopeta antes de tiempo, el malvado conde habría estirado la pata *motu proprio* tres noches después.

Según me contó, al avanzar hacia el alto tribunal celestial superior, no sintió ni miedo ni remordimientos. No le importaba nada cuál pudiera ser su destino, porque cuando vio los sesos del conde desparramados por toda la estancia, se alegró. Fue entonces y solo entonces cuando consiguió desprenderse de la capa de amargura que lo envolvía desde el plomizo amanecer de su ejecución pública.

Solo existe un pequeño contratiempo: yo soy su última misión. Si falla, no podrá entrar en el reino de los cielos y no sabe cuánto tiempo deberá pasar aún por aquí. Yo le animo a que confíe. A fin de cuentas, siempre ha salido victorioso en su búsqueda de la justicia. Creo. No me he atrevido a

preguntárselo directamente. Se le ve tan seguro de sí mismo que lo he dado por hecho.

—Hola, Tommi, ¿qué haces tú aquí? —pregunto en un susurro, tratando de no llamar la atención.

Va vestido con los vaqueros y la camisa blanca y, cuando consigue asomar la cabeza por encima de una anciana vestida con un traje verde y tocada con un sombrero adornado con pepinillos verdes y flores de temporada, advierto que no parece muy contento.

—He venido a prevenirte... Anda, ¿qué te ha pasado en el pelo?

Me llevo la mano al flequillo trasquilado.

—Nada, las enfermeras del hospital... —Hago un gesto con la mano restando importancia al asunto—. ¿De qué querías hablarme? —pregunto con preocupación, esperando lo peor.

No sé qué puede ser lo peor. Pero, con toda seguridad, si existe algo peor que la situación en la que me encuentro ahora, caerá sobre mí como la lápida sobre el difunto. Y no es que yo sea agorera, es que últimamente las cosas no me son del todo favorables. En realidad, las cosas son horribles. No tener ningún tipo de control sobre tu vida, o tu estado vegetativo en este caso, y las circunstancias que te rodean es horroroso. Y máxime teniendo en cuenta mi carácter.

Nunca he sido una persona espontánea. En ese aspecto, mi pequeña gota de sangre oriental se hace notar. Tanto mi vida como mis acciones diarias son rutinarias. A decir verdad, siguen un patrón milimétricamente pensado y organizado.

Para que te hagas una idea de cómo era antes de que intentaran hacer conmigo wan tun frito, te diré que nunca llegaba tarde a ningún sitio por mucho que me prometiera a mí misma que la próxima vez llegaría a mi cita —la que fuera, tanto si era con el dentista como si se trataba de una cena de gala de la emisora— con retraso y ligeramente achispada. No lo conseguí nunca. Desayuno siempre a la misma hora: las ocho en punto. Hago otro tanto con el almuerzo y la cena. Los domingos, yoga. Los sábados por la tarde, cine y después cena y copas con un par de amigas. Por las noches, antes de ir a dormir, copita de vino blanco y libro al canto. Nunca me he peleado con nadie, excepto con mi hermana. Nunca he defraudado a Hacienda. Nunca he fumado. Nunca he dejado a nadie en la estacada. Nunca se me ha ocurrido cantar en un karaoke. Ni ponerle la zancadilla a un anciano. De modo que... ¿por qué me

tiene que pasar esto a mí? ¡Era buena persona! ¡Tenía la esperanza de que me ocurriera algo bueno! A las buenas personas les pasan cosas buenas...

Sin embargo, también te diré que mi sentido del orden y del decoro ha disminuido de forma directamente proporcional al suceso acontecido. O si prefieres llamarlo de otra manera, desde que me abrieron la cabeza con un palo apestoso de gallinero, que a saber de qué estaría lleno, y me dejaron en estado de indefensión total. ¡Malditos animales! —las gallinas no, mis primos —.

Si quieres saber mi opinión, su sentido del orden y el decoro también deja bastante que desear. Y si quieres saber una segunda opinión, deberían electrocutarlos en una silla eléctrica con fallos en el sistema. Y si quieres saber una tercera opinión, después deberían enterrarlos en tierra no consagrada. Eso mejoraría notablemente mi humor.

La voz grave de Tommi me saca de mi ensoñación vengativa.

—Tenemos un contratiempo. Tony acaba de aparcar el coche frente a la puerta principal de la granja y le acompaña un hombre que no había visto en mi vida. Tiene pinta de pijo.

Elevo las cejas al cielo y pongo los ojos en blanco. Tommi no soporta a las personas que se consideran superiores a los demás o que él considera que lo son. Muy considerado por su parte.

—Vale, no pasa nada —le digo con gesto de fastidio—. Cuéntame qué aspecto tiene ese tipo.

—Ya te lo he dicho. Tiene aspecto de pijo. ¡De pijo viejo que piensa comprar la puta granja!

Vaya, eso sí que es un contratiempo en toda regla.

Vale, por lo menos, por una caída de baba, un ligero espasmo en un hombro y, si me apuras mucho, por una más que justificada descomposición de tripas.

No puedo creer que vayan a comprar la puta granja. Cuando vengo a darme cuenta estoy negando vehementemente con la cabeza. Durante un buen rato. Y no es que me haya vuelto loca y piense que agitando mis sesos vaya a expulsar las preocupaciones como quien se sacude las migas de la pechera, es que no puedo dar crédito a la crueldad de mis primos. Tenemos que hacer algo drástico ya. Efectivo. Incluso cruel. No... Es mejor ser comedida y dejar que las ideas bullan a fuego lento. En el momento en que tenga alguna idea, claro, porque ahora mismo me encuentro en estado total de mente en blanco por falta de ideas. Lo que me faltaba, perder la granja del tío Philip. Mi padre me mata. ¡Mi padre! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Le diré a Mooni que llame a los bosques tropicales de... ¿la Malasia oriental? ¿Oriente Medio? ¡¿Dónde narices se han metido mis padres?! ¡Bah, a la mierda el comedimiento y la olla en ebullición! Voy a coger al tipo que piensa comprar la granja y..., y..., y... ¡¡¡mamááááá, dónde estááááás!!!

Vaya, esta es una de esas frases que pensé que no volvería a pronunciar en mi vida, junto a la siempre socorrida: «Sí, sí, parece que sí me suena tu cara. Bueno, somos ciudadanos del mundo, ¿no? Y ya se sabe que el mundo es un pañuelo».

—Ya pasó. Ha sido un momento *poltergeist* —digo para tranquilizar a Tommi, que me mira con cara de preocupación, mientras trato de recuperar algo de dignidad.

—Genial. Ya me quedo más tranquilo.

Cuando el autobús llega por fin a nuestra parada, bajamos y recorremos el camino hacia la granja en silencio. El rostro de Tommi muestra una máscara de contrariedad, seguramente por estar tan preocupado como yo. De vez en cuando murmura algo así como: «Malditos pijos de mierda. Se va a enterar este de lo que es un fantasma cabreado. Si consigue comprar la granja, ya puede hacer méritos y organizar unas fiestas de las que hacen época».

Tras un breve instante en el que imagino cómo sería la fiesta en cuestión, cambio de tema para animarle y, de paso, olvidarme yo también del posible comprador que ahora mismo debe andar de expedición por mi casa esperando encontrar algún desperfecto para que los primos le rebajen el precio, y le pregunto:

—Oye, Tommi, ¿has averiguado algo en Londres?

—Qué va —contesta con amargura—. Ese primo tuyo es más escurridizo que el agua.

Me pregunto si los medio muertos podemos caer en las garras de una depresión. A través de unos labios temblorosos, digo:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Esperar, supongo, y pensar en cómo podemos frustrar sus planes de vender la granja.

Antes de dejar que el desánimo se apodere de mí, decido entrar a saco y hacerle una proposición que no va a poder rechazar. O eso espero.

—Estaba pensando una cosa... —Y continúo antes de que abra la boca para protestar. Siempre protesta ante mis sugerencias. Debe de ser cosa de la edad, que lo vuelve quisquilloso—: Estaba pensando... que ya va siendo hora de que me enseñes alguno de esos trucos que a ti te salen tan bien y así, mientras tú sigues a Tony, yo podría dedicarme a asustar al pijo. ¿Qué te parece? No es justo que apechugue con todos los inconvenientes de ser un fantasma y no pueda disfrutar de sus múltiples ventajas. Por ejemplo, tener que desplazarme de un lado a otro en servicio público es del todo impropio para fantasmas de nuestra categoría.

Se da unos golpecitos en los dientes mientras lo piensa; luego sonrío con esa sonrisa suya tan maliciosa.

—¿Fantasmas de nuestra categoría? —repite con arrogancia.

—Sí, de nuestra categoría —afirmo con convicción, después de dar un tropezón con las ya odiadas zapatillas de ositos—. ¡Mierda! —Sí, al igual que mi condición etérea va acrecentándose y ganando terreno, mi disposición para soltar tacos entra en su máximo apogeo—.

—Vale, pero con una condición.

—Lo que tú digas.

—No intentes el cambio de vestuario si no estoy yo presente.

Me habría encantado poder enfadarme con él, pero... ¿qué se le puede pedir a un chico guapo de dieciocho años que no ha echado un polvo en doscientos?

Una idea increíblemente insólita cruza por mi cabeza.

—Oye, Tommi, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Una pregunta... de tipo íntimo y personal?

—Sí, sí quiero.

—¡Genial! —exclamo, asombrada ante su rápida capitulación—. Si te parece bien, puedes explicarme cómo se hace ahora mismo.

Veo que se detiene de golpe, mira un momento a su alrededor y después baja tanto la voz que casi no puedo oírle.

—¿Es que no lo has hecho ya unas cuantas veces? —pregunta con cara de espanto.

—Sí, claro, pero es que no termino de encontrarle el punto. Y en la soledad de mi habitación... pues no es lo mismo. Aunque a veces practico, ¿sabes? Pero nunca obtengo el resultado deseado.

Parpadea y acelera el paso. Me quedo quieta mirando cómo se dirige hacia la casa con paso firme sin decir ni una palabra, y cada vez que pasa por delante de algún arbusto en flor les lanza una mirada asesina de supermegaentecabreado y las intimidadas flores se deshojan lánguidamente en automática respuesta. La espalda rígida y el ligero meneo de cabeza me indican que, en el mejor de los casos, mi proposición le parece un disparate.

—¿Vas a contestarme o qué?

—Yo no me acuesto con... con damas sin experiencia. ¿Y dices que tú sola...?

Aprieto los dientes y agacho la cabeza, aguantándome la risa. Menudo «fantasma» está hecho. No puedo ni quiero reprimir la tentación de quedarme un poco con él. Son tan pocos los momentos de diversión que tengo desde hace doce días que no creo que se enfade conmigo. Lo entenderá, seguro, segurísimo.

—Tú eres el mejor, Tommi. —Se queda paralizado en medio del camino—. Si no me enseñas tú, ¿en quién más puedo confiar? —Imprimo a mi voz un sutil tono sugerente. Me callo y dejo que rumie en silencio lo que acabo de proponerle antes de entrar a matar—. ¿Preferirías que cualquier otro me enseñara a hacerlo mal? A saber cómo terminaría.

—Está bien. Tú ganas —claudica con cierto deje de frustración mientras una sonrisa maliciosa le cruza su hermoso rostro—. Pero luego no vengas pidiéndome explicaciones como una amante despechada y reclamando algo que no podré darte jamás. Ya estuve casado una vez y no tengo intención de

repetir la experiencia.

—¿Qué? —pregunto con falsa inocencia—. No sé de qué me hablas. Pero no importa, casi nunca entiendo... ¡Venga! Enséñame a chasquear los dedos para poder volatilizarme y cambiarme de ropa en el proceso.

La mandíbula se le descuelga hasta las rodillas y los ojos se le abren de par en par. Me sorprende que haya tardado tanto en darse cuenta de mi juego. Respiro hondo y le pregunto muy seria:

—¿Te pasa algo?

—No..., es solo... que pensaba...

—¿Qué pensabas? —le interrumpo con falso gesto de preocupación.

—Pensaba que te referías a otra cosa.

—¿Y a qué pensabas que me refería? —le planteo la pregunta decisiva un segundo antes de percatarme de que le he herido en su orgullo de chico-anciano de doscientos años. Se queda callado, parpadeando incrédulo, y después me contesta:

—Pensaba que querías sexo empírico conmigo.

¿Sexo empírico? No tengo ni idea de qué es eso. ¿Tendrá algo que ver con el sexo tántrico?, con el que, por cierto, mis cuatro novios siempre se han manifestado en desacuerdo: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Mientras seguimos caminando, me quito cualquier tipo de sexo de la cabeza e intento arreglar su malherido orgullo sin que se note demasiado. Es decir, no me voy a echar a reír. No voy a poner cara de espanto —porque no sería ningún espanto, sino todo lo contrario—. No voy a echar a correr despavorida, como si hubiese dicho que nos están atacando los vikingos.

—Eso sería un honor, pero... yo no soy... virgen y no creo estar preparada para medirme con un amante de tu categoría. Doscientos años... —Suelto un silbido muy poco femenino—. Esa es mucha experiencia para mí. —Le lanzo una mirada de admiración y compruebo que su expresión se relaja y me guiña un ojo con picardía.

—Me habías puesto en un compromiso, ¿sabes? —Se coloca a mi lado y me coge de la mano—. Nunca mezclo el trabajo con el placer. Como tan sabiamente dice el pópulo: «Donde tengas la olla, no metas la polla». —Qué bien hablado es mi chico. Qué dominio de la sabiduría popular—. Pero, por ti, habría hecho una excepción. Te echaré de menos cuando me marche. —Se gira y me lanza una mirada triste, justo medio segundo antes de añadir con socarronería—: ¡Pero si te empeñas mucho...!

Me quedo observando sus bien formadas facciones, su abundante pelo rubio brillando bajo la luz del sol, sus vaqueros rotos y su estrafalaria camisa con chorreras. Sus palabras acaban de emocionarme y entristecerme a un tiempo. Han sido un cruel recordatorio de que nuestros caminos terminarán separándose más tarde o más temprano. Vaya, ¿quién iba a imaginar que en tan pocos días iba a cogerle tanto cariño al desvergonzado adolescente? Yo creía que los fantasmas carecían de sentimientos. Me equivocaba. Los tenemos. Y muy profundos.

Me habría encantado poder darle un abrazo si hubiese podido.

Un momento... ¡A él sí puedo achucharle!

Me lanzo a su cuello con un ímpetu arrollador y le abrazo con fuerza y... ¡el muy idiota reclusa asustado!

—¿Qué haces? —me espeta sulfurado—. ¿No sabes lo que es una broma? ¡Chica, tú estás mal!

Me habría encantado poder darle un buen tirón de la coleta, pero la amenaza de las trencitas todavía planea sobre mi cabeza. Le hago señas para que baje la cabeza y se inclina con cierta timidez, o con miedo, no lo tengo muy claro.

—Oye, Tommi, con respecto a lo que iba a preguntarte antes... —susurro—. ¿Tú... tú... nada en doscientos años?

Me habría encantado hacerle una foto y colgarla en la red. La cara que acaba de poner es digna de ver.

—Quizá pienses que... porque no tengo un cuerpo sólido... —me explica con cara de ir a vomitar de un momento a otro por culpa de la indignación— no puedo disfrutar de los placeres de la carne. Nada más lejos de la realidad, niñita. Disfruto y vivo un sexo apasionado desde la profundidad de los sueños de las personas.

Decididamente, este chico me encanta, aunque no entiendo ni la mitad de lo que dice.

De repente se me enciende la luz.

—¿Practicas sexo cuando los demás duermen? ¿Y ellas lo saben?

—¡Por supuesto que lo saben! ¿Quién crees que me reclama? —contesta con irritante seguridad.

—¿Y cómo lo haces? —pregunto, realmente interesada.

Me mira indeciso antes de empezar a hablar.

—Imagínate... que, por ejemplo, vas en un autobús y, de pronto, te das cuenta de que estás desnuda. —Me examina con la mirada para comprobar que

el relato me interesa y al reconocer que sí, que me interesa mucho, se anima a seguir con él—. Imagínate que todo el mundo se te queda mirando, y no precisamente por tu carisma. Les llaman más la atención tus tetitas y tu culito. —Hace una pausa dramática para ver mi reacción. Disfruta escandalizándome—. ¿Qué estarías dispuesta a hacer por conseguir la manta que lleva el guapo desconocido que hay junto a ti?

—¿Qué tipo de manta? —inquiero con curiosidad.

—¿Y eso qué tiene que ver? —contesta sorprendido.

—Mucho. Perdona, pero si es una manta de tu época..., no la quiero ni regalada.

—Vale, es una manta de esta época.

—¿De cachemir?

—Sí, de cachemir —dice impaciente.

—¿De flores o a cuadros rojos y azules?

—La que más te guste. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué estarías dispuesta a hacer en agradecimiento por haber conseguido esa manta? —pregunta en un tono de voz irritado.

—Se la compraría.

—¡La manta no está en venta! —Entorna los ojos y me mira con expresión amenazadora.

—¿La alquilaría?

—¡NO! ¡NO! ¡NO! Piensa un poco, Willi.

—Hummm... ¿Se la birlaría?

—Piensa con un poquito más de ganas.

—Ehhh... Ahhh... Ahhh... ¡Ah!, ya caigo.

—Te ha costado, ¿eh?

—Perdona, Tommi, pero a eso se le llama chantaje.

—¡A eso se le llama sentido de la oportunidad! No soy yo quien está soñando que va desnudo en un autobús.

—Pero... ¿nunca, nadie, se ha ofrecido a comprarte la manta?

—Pues no. Y antes de que vuelvas a abrir la boca, te diré que tampoco se han ofrecido a alquilármela ni a robarla. ¿Satisfecha?

Otro mundo nuevo de posibilidades acaba de abrirse ante mis ojos. Necesito que me enseñe el truco de los sueños. Se le puede sacar mucho partido a eso. Pero antes debo convencerle de que lo haga en serio. No quiero

que ocurra lo mismo que con el truco de la ropa. Con su sentido del humor, seguro que podría engañarme y terminaría pasando la noche metida en los sueños eróticos de un mandril de culo rojo. ¿O es azul?

En ese momento, tomamos el recodo que conduce hasta la verja de la granja. Allí, al final del camino, aparcados en la rotonda frente a la puerta principal, veo el deportivo rojo de Tony y un todoterreno azul marino casi negro. Noto que me invade una ira ciega. Odio en estado puro. La cabeza me duele y los párpados me pesan. Intento verle el lado curativo a tanto rencor acumulado en mi interior y eso me tranquiliza un poco. Tal vez, después de todo, Tony me esté haciendo un favor sin pretenderlo. Me paro en medio del camino. Cada vez que intento dar un paso en dirección a la puerta principal, una fuerza externa me lo impide. Creo que es miedo. Sí, es miedo.

—No soporto al primo Tony —le digo a Tommi, parada bajo un inmenso roble—. No creo que pueda entrar en la casa hasta que él se haya marchado.

—No te preocupes, yo tampoco lo soporto. Esperaremos aquí —replica Tommi antes de volverse y susurrarme—: Lo único que tienes que hacer es creer en ti. No tiene ningún misterio. Ten confianza en ti misma y todo lo que se te pase por la cabeza se cumplirá al instante. No dudes.

La imagen de Carolina Herrera cruza por mi mente: sola, exhausta, inclinada sobre su costura a la luz de las velas para poder abastecer al mundo entero con sus maravillosas creaciones. No me extraña que tenga esos precios, ¿tú sabes qué dedicación?!

Emocionada, visualizo los vaqueros de la marca cara, una camiseta de manga larga negra —de la misma marca cara que los vaqueros— y unas zapatillas de deporte negras —de distinta marca cara; no hay que abusar—. Será agradable volver a vestir como una neoyorquina. Y, aunque ya te he dicho que no soy dada a manifestaciones espontáneas, hay veces en las que un fantasma tiene que hacer lo que tiene que hacer un fantasma. Chasqueo los dedos con decisión y *voilà!*: Willi Nelson sigue en pijama.

—Tommi... —suplico con impotencia.

Para mi sorpresa, Tommi chasquea los dedos al tiempo que baja la voz y empieza a murmurar indirectas, no tan indirectas, sobre hábitos de monjes, monas con vestidos de seda y que las peras son las peras y las manzanas son las manzanas.

—¿Te parece bien así?

¡Ay, Dios mío! Este es el momento más feliz de mi vida —si no cuento el

orgasmo de película que tuve con Ben el Chungo durante la fiesta de su vigésimo cumpleaños—. Voy vestida con los vaqueros de ensueño, con la camiseta de marca —cara— y con las zapatillas negras. Y, para más inri, una boa rosa chicle me rodea el cuello y las plumas se me meten en la boca y no puedo parar de estornudar y de escupir. Es perfecto, perfecto.

¡Por fin! Por fin un tío que sabe hacer las cosas bien. No me sorprende, acarrea a sus espaldas doscientos años de meteduras de pata con las mujeres. Anda que no habrá tenido que aguantar rapapolvos ni nada hasta aprender a entendernos.

Y no, no me refiero a rascarse la entrepierna mientras nos lanzan guiños, que ellos consideran seductores y excitantes.

Justo en este momento, comprendo cuán importante es la vida que vivimos, el tiempo del que disponemos, las personas que nos rodean, los objetos de los que hacemos uso y con qué facilidad nos olvidamos de todo y de todos cuando lo damos por supuesto. Tengo un armario lleno de ropa que no he sabido valorar jamás. Unos padres que me quieren y protegen, que estaban empeñados en llevarme con ellos a la aventura y a los que taché de pesados, cuando debería haberme complacido que estuvieran dispuestos a hacer ese sacrificio por mí —porque cargar con una chica cuyos héroes son Patience y Fortitude, los leones que custodian las escalinatas de acceso a Biblioteca Pública de Nueva York, hubiera sido, qué duda cabe, una de las mayores muestras de amor paterno—. Un novio al que amaba y que di por hecho que me merecía todo su amor sin esforzarme en conservarlo. En fin, una vida desperdiciada que, si Dios quiere y el tiempo me acompaña, no tardaré en recuperar, exnovio incluido. Pienso recuperar su amor, y a mi hermana que le den. Tengo mucho trabajo por delante, pero lo primero es lo primero.

—Gracias, Tommiiii —exclamo feliz antes de lanzarme a sus brazos. Momento que él aprovecha para dar un giro de noventa grados y termino estrellándome contra el suelo.

A eso me refería cuando he dicho que los tíos... Bueno, ya sabes a lo que me refería, ¿verdad?

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta, ayudándome a incorporarme—. ¿Cómo has podido caerte con las zapatillas de goma y todo?

—Con que no te hubieras apartado, sobraba —le espeto con cierto deje sarcástico.

Finge que no me ha oído y me saca la boa de la boca con delicadeza.

Me sacudo la ropa y miro hacia la casa, deseando que mi primo se marche. Ha dejado de llover y el sol derrama su cálida luz por todo el jardín. Una verdadera lástima que yo no pueda apreciar esa agradable sensación sobre mi propio rostro. Sí, una verdadera lástima que no pueda cerrar los ojos y deleitarme en un sinfín de sensaciones bajo la cálida y añorada luz del sol.

—¿Sientes nostalgia? —Asiento con la cabeza—. No te apures, preciosa, cuando regrese de un viaje que debo hacer nos iremos de marcha tú y yo. Te enseñaré un montón de trucos para convertirte en lo que quieras —propone, en un intento por animarme—. Vaca, cerdo, rana cornuda, escarabajo pelotero. Nada se me resiste.

Sonrío con ganas. Este chico es el demonio.

—¿Y adónde vas, si puede saberse?

—Tony tiene pensado marcharse a Escocia dentro de unos días. Los últimos tres meses ha viajado a Edimburgo todas las semanas. Unas veces solo y otras en compañía de Margaret. Veré qué puedo averiguar antes de que lo haga y después le seguiré. Esto no pinta bien.

Vaya, si pensaba que ya nada podía sobresaltarme más... ¿A Escocia? ¿Para qué? ¿Se marchan así, sin más, y me dejan con vida? ¿Se habrán dado por vencidos y...? ¿Y qué? ¿Y me van a dejar en paz? ¿Y ya está, así de fácil? ¿Es que... acaso ya no quieren la granja?

Huy, Señor, ¡qué dolor de cabeza y cuánta complicación!

Tommi sigue con la vista fija en la casa y yo apoyo la frente en el tronco de un árbol. La verdad es que los dos estamos bastante jodidos. Ya no se nos ocurre qué más hacer. Le dije que utilizara sus poderes para darles un susto de muerte a Tony y Margaret y así nos los quitábamos de encima. Se lo dije. Mira que se lo dije. ¿Me hizo caso? Pues no. Y ahora van a vender la granja y ya no sé qué más hacer. Ya no sé qué más hacer...

De pronto, idea luminosa.

—Oye, Tommi, tengo una idea. ¿Por qué no aprovechamos que el primo Tony se encuentra aquí y nos pasamos por su oficina? A lo mejor averiguamos algo.

—No me convence —murmura por lo bajini mientras se rasca la inexistente barba.

—¿Por qué? —inquiero mosqueada. Que no valore mis planes me mosquea.

—El plan más obvio no siempre es el más inteligente.

—¿Pero de qué hablas?

—Estrategia, querida Willi, estrategia —dice, dándose unos golpecitos en la cabeza.

Antes de poder preguntarle a qué estrategia se refiere, veo a Mooni salir de la casa resollando; la rubicunda cara, roja como un tomate. Va restregándose las manos y desprendiendo una extraña combinación de angustia, entusiasmo y alivio. Haciendo caso omiso de su sobrepeso, empieza a saltar matas de azaleas, cual ligera gacela, mostrándome de una forma irritantemente cruel que no padece de los problemas gravitacionales que me aquejan a mí.

Al llegar a nuestro lado se detiene, resopla, toma aire y vuelve a resoplar. Tras una larga pausa en la que respira con dificultad, mientras yo me pregunto si sus arterias, por fin, han decidido dar el do de pecho, empieza a soltar sonidos incoherentes e incomprensibles.

Compongo un gesto divertido. No es tan ligera ni tan bien hablada como pretende hacernos creer.

—Tenemos un problema —anuncia angustiada—. Me parece que van a derribar la casa.

Aparto las plumas, que me obstaculizan la visión, y clavo la vista en Mooni a través de un mundo suave y rosado.

—Repite lo que has dicho.

—Van... Van a derribar la casa.

Mierda, lo sabía. Sabía que las satisfacciones duran menos que un helado bajo el sol. Debería haberme marchado con mis padres. ¿Quién iba a decir que limpiar culos de mono se me antojaría como la mejor de las opciones?

—Puede que esté equivocada —prosigue entre resuellos—, pero yo, para mí, que el tipo que ha venido con tu primo es un constructor que pretende derribar la casa para construir un hotel de lujo. Oh, Tommi, ya no sé qué pensar... —lloriquea—. Ya no sé qué creer. Ya nada tiene sentido desde la muerte de Philip. Es como si todo el mundo se hubiese vuelto loco. Y ahora... ahora... ¡van a derribar mi hogar!

No sé por qué, la confirmación de lo que ya imaginaba ha hecho que me den ganas de vomitar.

Y eso que llevo doce días sin comer nada.

Por tácito acuerdo, Tommi y yo soltamos una exclamación ahogada, nos miramos las caras durante unos segundos y después salimos corriendo, a la vez, horrorizados. Entro a la casa por la puerta principal mientras él lo hace por la cocina. Nos encontramos en el vestíbulo sin habernos cruzado con los intrusos. Le miro esperando instrucciones mientras me dedico a jugar con las plumas. En realidad, las voy arrancando una a una.

—No entiendo nada —digo incrédula—. ¿Por qué querrían derribar la casa?

—No lo sé... —Se encoge de hombros con expresión de, efectivamente, no entender nada—. Pensaba que tus primos pretendían venderla..., pero... ¿derribarla? Esto es lo más raro que he visto...

—Bueno... —discrepo, no termino de estar de acuerdo con él—, cosas más raras se han visto...

—¿Por ejemplo? —me pregunta, elevando una ceja.

—Boy George.

Asiente, dándome la razón.

—Lady Gaga.

Asiente de nuevo.

—Las hamburguesas de tofu.

Otra cabezada de asentimiento.

—El pez globo —añado, previendo que se va a adelantar.

—Sí, te he entendido, ya vale. —Respira hondo y le echa un vistazo al salón. Agita la cabeza y su melena oscila, lanzando destellos de luz—. Un presidente negro en Estados Unidos.

—Sí..., muy raro —sonrío y replico—: Que una familia pueda subsistir con cuatrocientos veintiséis euros al mes.

—¿Dónde?! —exclama horrorizado.

—Según cuenta mi madre, en España.

Eso lo ha dejado impresionado. Tarda unos segundos en recomponerse.

—La comida de mi época —replica con insultante seguridad.

—Que haya gente que ponga por título a una película *Paella, fandango y un enano saltando* —contraataca con rapidez.

—Eres buena —me alaba—. Que de una pequeña semilla crezcan árboles de doscientos veinte metros de altura.

—Que el mejor café del mundo sea el de mierda de civeta.

—¿En serio? Qué asco. El arcoíris, la aurora boreal y los tréboles de cuatro hojas.

—Los orgasmos vaginales.

—Perdona —me corrige con cara de sabelotodo—, pero eso no es raro.

—¡Eso sí es raro! —insisto. No pienso dejar que me gane—. ¡Es muy raro!

—¡De eso nada! A saber con quién habrás estado tú —se burla, aguantándose la risa de forma muy poco caballerosa. A veces no parece que tenga doscientos años...

—Perdona —le corrijo yo ahora—, el Chungo podía llegar a ser muy chungo, pero con el manejo de la pilila era un fuera de serie.

Se hace un silencio incómodo mientras Tommi piensa en las connotaciones de lo que acabo de revelar.

Sonríe con prepotencia.

—¿Te fías de alguien llamado el Chungo?

Nunca lo había estudiado desde esa perspectiva. Me da que pensar. Si no le llamaban el Chungo por el uso prodigioso de su pilila, ¿a santo de qué viene el mote? Tanto María Dolores como su amiga Emily me aseguraron que el nombrecito de marras se lo pusieron con vistas a un exitoso futuro como amante de mujeres desesperadas. «Pruébalo, Willi. Ha sido todo un descubrimiento», me recomendaron.

Todavía impresionada reacciono rápidamente, pero ya no me da tiempo a contestar algo medianamente inteligente sobre rarezas y, además, me doy un cachete mental porque ni por asomo se me ha ocurrido mencionar que aquí estamos nosotros, dos entes incorpóreos, manteniendo una entretenida competición sobre rarezas, porque Mooni nos interrumpe.

—¿Por qué perdéis el tiempo jugando a las adivinanzas cuando tenemos problemas más acuciantes que resolver? —sigue jadeando y resollando, y nos mira con cara de pocos amigos.

Me quito rápidamente al Chungo de encima —metafóricamente hablando—

y miro a Tommi, esperando instrucciones. Me hace una seña indicándome que va a subir a la segunda planta. Asiento y, mientras él sube los escalones, me sitúo en el hueco que hay junto a la escalera. No sé por qué nos escondemos. Total, nadie puede vernos ni oírnos, excepto Mooni. Con los ojos fijos en la escalera, controlo a todo el que suba o baje. Ya casi le he arrancado a la boa la mitad de las plumas, no hago más que mordisquearme el labio inferior y tengo el estómago encogido. Apoyo la palma de la mano sobre mi tripa y espero.

Entonces clavo la mirada en un hombre que está bajando las escaleras y al que no había visto nunca. Debe de tener unos treinta y tantos y lleva un traje gris oscuro. Su pelo es castaño con algunas mechas un poco más claras y lo lleva bien cortado, aunque alborotado. Va hablando por teléfono mientras se afloja el nudo de la corbata; parece que discute con alguien. Cuando por fin cuelga y levanta la mirada, unos ojos cálidos de color verde terroso se detienen justo en mí.

Asustada, doy un salto hacia atrás instintivamente y me escondo de nuevo en el hueco de la escalera. Lo pienso mejor y vuelvo a salir. No tengo por qué esconderme de nadie. Por un lado, estoy en mi casa y, por otro lado, no puede verme. Eso me anima. Envalentonada, gracias a mi invisibilidad, me planto delante de él y le saco la lengua. Después me animo un poquito más y le hago una pedorreta. Me animo más todavía y, colocándome al lado, aproximo mi boca a su hombro —es alto, bastante más alto que yo— y le digo con tranquilidad, sabiendo que ni él ni su hombro pueden oírme:

—No te saldrás con la tuya, viejo afeminado.

—¿Qué me ha llamado, señora Moon? —pregunta el intruso, sorprendido.

Pego un bote que casi subo al segundo piso sin necesidad de escaleras y me descubro preguntándome asombrada: «¿Puede oírme?». Eso es imposible. Le miro atemorizada mientras Mooni contesta, azorada:

—Que... eh... que... que hoy no me he afeitado.

Aunque ver a Mooni avergonzada bien vale unas cuantas risotadas, no es el momento. Después de sopesarlo detenidamente durante unos segundos, me decanto por la estrategia a seguir, como bien dice Tommi.

Me deslizo, poco a poco, hasta colocarme a su espalda. Mooni nos mira fascinada, esforzándose por permanecer impassible; salta a la vista que está sopesando las connotaciones de semejante revelación: ella también cree que puede oírme. Me lanza una mirada de advertencia, pero yo, sin dejarme

advertir, acerco mi boca a su otro hombro y hago lo primero que haría cualquier fantasma que se precie.

—Uuuuuuuuhhhhhh —susurro con voz lúgubre—. Uuuuuhhhhhh. Grrrrrrr. GRGRRRRR.

El desconocido mira a su alrededor y, sin más, se gira y va hacia la puerta.

—Voy al coche a descargar el equipaje, señora Moon —informa con el ceño fruncido—. Parece que amenaza tormenta.

Pero... pero... pero... si me oía perfectamente hace un momento...

—Mooni, no me ha oído —digo con cierto deje de frustración.

Mooni me mira con ojos sardónicos y deduzco que no está muy contenta con mi actuación de fantasma cabreado.

—¿No te cansas nunca de hacer tonterías? —me regaña con los regordetes brazos en jarras y el rodete de la cabeza caído hacia un lado.

—Hay ocasiones, Mooni, en las que un fantasma tiene que hacer lo que tiene que hacer —replico, procurando imprimir a mi voz un tono seguro y decidido.

—¡Ah, sí!, lo que un fantasma tiene que hacer... ¡TÚ Y YO TENEMOS QUE HABLAR! ¡A la cocina! ¡Ya!

Para asegurarse de que la sigo, de vez en cuando vuelve la cabeza y me hace un gesto muy similar al del toro cabreado. La verdad es que no sé por qué dejo que me mangonee de esa manera. Se supone que aquí la que manda soy yo. Soy la dueña, ¿no?

A pesar del deseo casi irrefrenable de plantarme en medio del salón y no avanzar ni un solo paso, no consigo reunir el coraje suficiente para hacerlo. Debí dejar bien clarito quién manda en esta casa el día que llegué. Pero ella manejaba tan bien todo el asunto que no me pareció apropiado interferir en la cadena de mando. Chasqueo la lengua.

—Willi...

Probablemente no le habría importado tanto ni se daría tantos humos si lo hubiese hecho.

—Willi, te hablo totalmente en serio...

Quizá la culpa de mi falta de dotes de mando se deba a la idiota de mi hermana, siempre tan segura, siempre tan decidida, siempre tan... idiota.

—¿Me estás oyendo?

Me asomo, consternada, a la cocina. Pequeñas motitas de polvo pululan por todas partes a causa del reflejo del sol. Me acerco a la mesa arrastrando los pies. Espero.

—Verás, Mooni....

Me lanza una mirada de advertencia, sugiriéndome que me calle, y luego, sin hacerme ni caso, da un giro de ciento ochenta grados, se precipita hacia la nevera y saca un trozo de tarta de calabaza.

Suspiro con cara de fastidio. Menuda bronca me va a caer.

Con el dulce en la mano, me hace un gesto con la cabeza para que tome asiento. Rechazo el ofrecimiento con apenas una mirada. Si piensa que la voy a encarar de frente, para que me aniquile con esos ojos fulminadores que se gasta cuando se cabrea, se va a llevar un chasco. Por el rabillo del ojo, veo que entrecierra los ojos y enfatiza el movimiento. Vale, me siento, pero porque yo quiero, no porque lo ordene ella.

Una vez ubicada en el lado más alejado de la mesa, levanto la vista y la miro, desconcertada. ¿Se puede saber qué mosca le ha picado?

—Bueno —dice mientras se lleva la tarta a la boca y le hincan el diente con ganas—, está bien que tengas iniciativa. Está bien que pretendas valerte por ti misma. Está bien que uses ese talento que Dios te ha dado para meterte en problemas... ¡siempre y cuando no lo estropees todo antes de tiempo y el desconocido que piensa comprar la casa y derruirla lo haga antes de hora!

Levanta las cejas y espera pacientemente a que le conteste.

Vale, que quede claro que tolero los zarandeos verbales de Mooni porque la quiero y me parece graciosa, y porque todo el peso de la granja recae sobre sus hombros, y porque sin ella estaría perdida, que, si no, ya me habría oído, ya.

—Verás, Mooni, te entiendo perfectamente, pero... —y añado rápidamente al captar que me va a interrumpir— tú no me entiendes a mí.

—¿Qué es lo que no entiendo? —me interrumpe, enfadada.

Inspiro profundamente, armándome de valor, y prosigo:

—Como te iba diciendo, cuando tan groseramente me has interrumpido... —se atraganta con la tarta—, esta es una oportunidad fantástica para practicar el arte etéreo. Además —me apresuro a decir antes de que empiece a gritarme—, tú no sabes nada del sublime arte incorpóreo. Un fantasma tiene que hacer lo que tiene que hacer —repito machaconamente.

Suspira con resignación y luego me pregunta con un rastro de dulzura:

—¿Y qué se supone que vas a hacer ahora?

—Lo que haría cualquier fantasma que se precie. —Sonrío maliciosamente—. Agenciarme unas buenas cadenas y arrastrarlas por toda la casa, por

supuesto.

—Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida. —Doy un respingo y compruebo que Tommi se ha unido a nosotras.

Mientras se sitúa a mi lado, me fijo en que se ha vuelto a cambiar de ropa. ¡Mira que le gusta lucirse! Ya no va con los vaqueros y la camiseta blanca, ahora lleva un pantalón de vestir color chocolate y un suéter de lana crudo con cuello de pico. También me doy cuenta, para mi horror, que me ha cambiado la boa rosa por otra verde manzana.

—Gracias, pero la próxima vez lo intentaré yo sola.

Una simple frase que desata un alud de sentimientos y recuerdos:

Mi madre, anudando los cordones de mis zapatos escolares. Mi padre, pelando y troceando una naranja con cuchillo y tenedor. Mi hermana, antes de convertirse en un ser egocéntrico e insensible, ayudándome a hacer pulseritas de plástico. Mi hermana, enseñándome los entresijos de ese avance de la ciencia llamado tampones. Mi hermana, dándome consejos sobre cómo fingir orgasmos con una cierta credibilidad. Mi hermana, aconsejándome que mentir a nuestros padres es, con mucho, preferible a la siguiente alternativa: el castigo. Mi hermana, aleccionándome sobre la doble función de cómo una buena jarra de cerveza es dos veces buena si le dejas caer un vaso de absenta en su interior. Mi hermana, revelándome los secretos de un buen puro habano.

Si la vida fuera una competición sobre cómo vivirla a lo grande, aderezada con un gran pellizco de hedonismo, María Dolores habría sido la vencedora absoluta sin ningún género de dudas.

Y antes de que me dé tiempo siquiera a pensar en ello, me doy cuenta de que echo muchísimo de menos a María Dolores, por muchos dolores que me haya ocasionado. Los ojos se me podrían haber llenado de lágrimas.

Y entonces me percató de lo que eso significa: no solo echo de menos a mi hermana, sino que daría todo lo que tengo por tenerla aquí, conmigo.

Y en ese instante me doy cuenta de lo que eso significa: el golpe me ha dejado el cerebro hecho papilla.

—¡Menos mal que hay alguien sensato en esta casa! —El grito de Mooni me devuelve al presente. Más sorda que una tapia, pero no me preocupo, ya sé por experiencia que esta bendita sordera es beneficiosa para mi salud.

—¡Pues yo pienso arrastrar las cadenas! —susurro en voz alta, rotando las mandíbulas y tragando, como haría un cachorro travieso que acaba de masticar un insecto tóxico, confiando en recuperar la audición.

—¿Ah, sí? —dice Tommi, plantándome las manos sobre los hombros.

—Síiiii. —Un pluf, pluf en los oídos me obliga a inclinar la cabeza hacia abajo.

¡Será mamón! Acaba de ponerme el pijama sin mi permiso.

—No vas a hacer nada de eso. —Me lanza una mirada intimidante—. Imagina que aceleras el proceso porque al tipo ese le da un ataque de nervios. —Hace girar la silla y junta su nariz a la mía—. Recuerda que ahora estás en mi territorio —advierte con severidad—. Cualquier duda que tengas o acción que pretendas emprender, debes consultarlo conmigo primero.

—Te puedo asegurar que no se me olvida y..., vale —miento descaradamente—, te consultaré en todo.

—Qué bien suena eso. Ojalá fuera cierto.

—Pero, Tommi —me quejo—, ¿nos vamos a quedar de brazos cruzados sin hacer nada?

—Yo no he dicho eso. Por supuesto que vamos a intentar detenerle, pero no dándole un susto de muerte.

—¿Y qué se te ha ocurrido, listillo? Ya verás tú, cuando recupere mi cuerpo...

—Yo no contaría con eso, querida Willi, porque acabas de morir.

Acabo de quedarme conmocionada, consternada y hecha polvo. Las lágrimas se agolpan en mis oblicuos ojos azules. Ahora que no necesito para nada las manifestaciones físicas, van y aparecen. Ahora que ya no van a llamar desde hospital para decir que he conseguido mover el dedo meñique, mi corazón se acelera hasta que casi me salta del pecho. Ahora que tanta ilusión me hacía arrastrar cadenas de un lado a otro... ¿Qué será de mí ahora? ¿Volverá la luz blanca y brumosa a envolverme de nuevo? ¿Desapareceré para siempre, como desapareció la moda de las hombreras? La inquietud me asalta, acabo de darme cuenta de que he desperdiciado gran parte de mi vida, de que no he hecho nada divertido. Me he pasado la vida estudiando y siendo correcta. ¡Por Dios, a nadie le gustan las empollonas!

Como no estoy segura de no volver a salir volando por los aires, miro alrededor con inquietud. Aunque, ahora mismo, tengo la condición de ser etéreo..., si he muerto..., eso solo significa... que voy a desaparecer de un momento a otro. Me niego, me niego en rotundo. No ahora, que acabo de tomar una decisión trascendental. No ahora, que pienso ser mala y mal hablada. No ahora, que por fin me he hecho el ánimo de cantar en un karaoke al son de la

música de Miley Cyrus. Y, por supuesto, tampoco pienso abandonar a Tommi en estos cruciales momentos. No ahora, cuando tanto me necesita, cuando tanto nos necesitamos mutuamente. Ojalá se les pase por alto mi presencia en este lado. Ojalá cuando reclamen mi alma, si es que la reclaman, se compadezcan de mí y pueda regresar de nuevo, como la otra vez...

—AHHHHHGGGG. —«Mierda», pienso, tapándome los oídos de nuevo. Cómo odio que haga eso. Si no hubiera estado ya muerta, el grito histérico de Mooni habría conseguido matarme. Muerte por perforación de tímpanos—. ¡¿Ha muerto?! —exclama, entre suspiros entrecortados y grandes manifestaciones de dolor.

Este último alarido ha conseguido que me olvide de mis penas y piense que Mooni es la dueña de un vozarrón capaz de derribar murallas. Y que me quiere, aunque se pase el tiempo corrigiendo todo lo que hago.

—Cálmate, Olivia. —Tommi se levanta y la sujeta por los brazos mientras yo confirmo, aliviada, que no me he vuelto a quedar sorda—. Escúchame, Mooni. ¡Escúchame! No ha muerto nadie. —La zarandea un poco—. ¡No ha muerto nadie!

Esas palabras arraigan en mi cerebro como las malas hierbas que invaden el plantío de cebolletas. Cierro los ojos con fuerza y doy gracias a la luz blanca y envolvente por no haberme envuelto aún.

—Explícame qué ha ocurrido —le ordena la vieja Mooni de siempre, ya más calmada, mientras se deja caer desmañadamente en una silla—. Casi me matas de un disgusto... —se queja mientras intenta volver a respirar con normalidad—. Primero el querido Philip y ahora... —lanza una especie de eructo— y ahora...

Sí, definitivamente, Mooni me quiere.

—Es parte del plan —nos explica Tommi mientras toma asiento, y su nieta y yo le escuchamos atentamente—. Hace un rato, cuando Willi me ha contado que Mari es una de sus cuidadoras, he pensado que lo mejor sería hacer creer a todo el mundo que ya había muerto.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Y no podías haber sido un poquito más discreto a la hora de soltar el bombazo?

Sin prestar atención al intercambio de miradas mordaces entre su tática y yo, Mooni se levanta y con pasos tambaleantes se acerca a la puerta de la cocina y la cierra antes de estallar en entrecortados sollozos.

—¿Has visto lo que has conseguido? —le reprocho a un pasmado Tommi—. Mira cómo se ha puesto por tu culpa.

—Oye, ¡que la que se ha muerto eres tú! ¡Si está llorando, es por ti!

Todo un detalle por su parte que muestre tanta sensibilidad ante el dolor ajeno.

—Haz algo, por el amor de Dios —le digo, rechinando los dientes.

Niega, tozudo, pero se levanta y trata de comportarse como un tátara, tátara, tátara, tatarabuelo devoto.

—Hala, hala, cariño, ya pasó, ya pasó, el abuelo Tom ya está aquí. —Le da unas cuantas palmaditas torpes en la espalda y se da por satisfecho—. ¿Está bien así? —me pregunta, moviendo los labios.

Asiento, poniendo los ojos en blanco. Él me mira indignado. Y si hay alguien que sepa lanzar una buena mirada de indignación, ese es Tommi; no en vano lleva doscientos años practicando.

Tony y el desconocido eligen ese preciso momento para asomar las cabezas por la puerta de la cocina y el corazón me da un brinco. Mooni, en cambio, se seca las lágrimas y se vuelve hacia el fregadero. Tommi se cruza de brazos y espera, impasible.

—Solo vengo a despedirme, señora Moon —dice Tony desde la puerta sin llegar a entrar—. Aquí le dejo al señor Alba. Cuídelo bien —bromea y suelta una risita repugnante.

Las connotaciones de ese comentario son tan claramente impertinentes que no me queda más remedio que asesinarlo con la mirada, imaginar que arrastro su cuerpo hasta lo que queda de gallinero y..., y... prenderle fuego y luego mirar cómo su cuerpo se va deformando entre luces y sombras; cómo pasa, de ser un gilipollas, a ser un montón de cenizas que la más leve de las brisas puede hacer desaparecer para siempre.

Un espectro. El vacío. La nada.

Tengo tanta rabia acumulada que me levanto de la silla de un brinco. Y antes de que me dé tiempo a medir y evitar las desastrosas consecuencias, agacho la cabeza, furiosa, y suelto una especie de bufido parecido al que hace Caifás cuando embiste. Tomo carrerilla y me lanzo contra él, dispuesta a derribarlo de un empujón. Es tal el impulso que llevo que no solo lo atravieso, sino que termino de rodillas sobre el suelo del salón.

Me levanto decepcionada por no haber cumplido mi objetivo. Me recompongo el pijama con dignidad y me calzo las zapatillas, como una buena modelo después de darse un guarrazo contra la pasarela y, con una ligera cojera y el orgullo herido, regreso a la cocina. Me consuelo pensando que por lo menos lo he intentado.

Tommi y Mooni me miran fijamente, como si me hubiera vuelto loca de remate.

Para ahorrarme las miradas reprobadoras de mis dos compañeros de fatigas, me dedico a estudiar al desconocido. No parece un tipo desagradable. Y está bueno. Ojos, pelo, boca, cuerpo. Todo él está bueno. Claro que eso tampoco es indicativo de lo contrario. Tony y Margaret —bueno, Margaret no — también son guapos y parecían muy amables cuando los conocí, y ya ves lo que pasó. Me pregunto qué interés le moverá a derribar la vieja granja y de cuánto tiempo disponemos antes de que lo haga. También me pregunto qué puedo hacer para obligarle a cambiar de opinión.

Si aún dispusiera de mi cuerpo físico, podría intentar dialogar con él. Convencerle de alguna manera. Si aún dispusiera de mi cuerpo físico, podría incluso intentar seducirle. Es muy, muy guapo. No me costaría ningún sacrificio hacerlo. Cuando descendía por las escaleras, me he fijado en que tiene unos ojos de los que hacen que se te corte el hipo. Y después del hipo, pierdes el sentido. Y después del sentido, las bragas salen disparadas tras el sentido y el hipo.

La situación, sin embargo, es frustrante. Mientras él habla con Mooni y yo me entretengo mirando y escuchando, Tommi se entretiene riendo y haciendo lo que mejor sabe hacer: ponerme de los nervios.

—No mires tanto al viejo que lo vas a desgastar —se guasea.

No le hago el menor caso. No merece la pena. Estoy muy ocupada pensando con qué podría detenerle. Con palabras: imposible. Con acciones: improbable. ¿De qué armas dispongo para poder darle, como quien dice, la patada?

—Si le parece, puede usted subir al piso de arriba y elegir una habitación, señor Alba —propone Mooni, intentando sonreír—. Dígame cuál quiere y enseguida subiré toallas limpias.

El desconocido, llamado señor Alba, se acerca a Mooni y le tiende una mano. Ella se la estrecha a regañadientes.

—Siento mucho las molestias que pueda ocasionarle, señora Moon, y, por favor, llámeme Carlos. —Le dedica una mirada encantadora, que hace que la

vieja cascarrabias se olvide de que es el enemigo, y el rodete se le escurre por la cabeza a la misma velocidad que lo harían las bragas en alguien más joven.

Advierto que tengo que hacer algo antes de que Mooni le prepare su famosa tarta de manzana. Si lo hace, estamos perdidos. Miro a Tommi y compruebo que tiene la misma cara de alucinado que yo.

—Carlos, tú no eres inglés, ¿verdad?

Mooni mira al desconocido, de nombre Carlos, a los ojos. Mal, muy mal. Craso error.

Carlos le devuelve la mirada. Peor, mucho peor. No me gustan nada ese tipo de miradas.

Mooni se atusa el rodete desmoronado de la cabeza en clara muestra de capitulación.

No me gusta nada el rumbo que están tomando esas miradas. Por no hablar del rodete; ese debería quedarse torcido.

—No, señora Moon, soy español. De Alicante, para ser más exactos.

Le miro con la boca abierta. Mi madre también es alicantina. «Vaya, qué coincidencia».

—Ohhhhh —cloquea Mooni—, la madre de la señorita Willi también es española. —Y ese es motivo suficiente para que Mooni decida que el tal Carlos es de fiar—. Si procede de la misma tierra que la señorita, no puede usted ser mala persona. Puede llamarme Mooni. Todo el mundo lo hace. O si prefieres... —dice, pasando al tuteo—, también puedes llamarme Olivia — agrega, encasquetándose todo el rodete en medio de la cabeza.

—Vaya, Olivia, tienes un nombre precioso —dice un descolocado Carlos.

—Jiiiiiii —contesta Olivia, perdiendo momentáneamente la facultad del habla—. Ven, Carlos, te enseñaré la casa —se ofrece Mooni, sin molestarse siquiera en ocultar la satisfacción en su voz.

—Gracias, Olivia, eres muy amable.

No me gusta nada el rumbo que están tomando estos dos.

—Todo sea por la causa.

El otro parpadea confuso. Mooni se le cuelga del brazo y se limita a dar media vuelta con aire de solemnidad, y salen juntos por la puerta sin mirar atrás ni una sola vez. Y, por cierto, su manera de defender la causa me parece fuera de lugar y no me gusta nada.

Tommi me mira, parpadeando y desconcertado, hasta que, de repente, suelta una risotada que le provoca un ataque de hipo.

—No me lo puedo creer —dice en cuanto se recupera. Los dientes todavía mostrando una blanca sonrisa—. Ese tipo acaba de meterse con dos palabras a la vieja Mooni en el bolsillo.

—¿Estás seguro? —pregunto abatida—. ¿No estaría fingiendo? Lo que quiero decir...

—Completamente seguro. Mooni no sabe fingir. Si lo sabré yo...

Decido que mejor dejamos el tema de los fingimientos de lado; las dimensiones del asunto me superan y tendría que fingir que no es así.

—Entonces, tú te marchas a Edimburgo, ¿no?

—En un momento.

—¿Y crees que allí conseguirás averiguar algo? Quiero decir, ¿encontrarás pruebas de la implicación de mis primos en el intento de asesinato?

—Eso espero. —La frustración le envuelve como una manta—. Si no averiguo nada, ya no sé qué más hacer.

Su mirada se pasea por toda la estancia como si los muebles de cocina fueran a revelarles el porqué de los viajes de Tony a Escocia.

—Nunca antes había viajado a Edimburgo... —conjetura con la vista clavada ahora en las cortinas de florecitas—. Allí no tiene negocios ni amigos ni propiedades, ni siquiera una relación con alguna mujer... —Gira la vista y la clava en mí, pero a mí que no me mire, yo no tengo el poder de chivarle cosas como acaban de hacer los muebles y la cortina—. ¿Qué hará en Edimburgo todas las semanas?

Levanto la mirada hacia las cortinas. Siguen tan limpias y mudas como siempre. Me vuelvo frente a Tommi. Aunque está con la vista fija en el infinito, sé que está esperando que le llegue la inspiración. Me encojo de hombros y el movimiento parece que llama su atención. Clava la vista en mí.

—Sabemos que no le queda ni un chelín... —¡Ah!, ¿no le queda ni un chelín?—, puesto que su actual amante le ha dejado con el culo al aire y más tieso que una estaca...

—¿En qué sentido? —le interrumpo, interesada de pronto en el tema de las estacas.

—En el sentido más amplio y literal de la palabra.

¿Mi primo anda todo el día con el culo al aire, blandiendo una estaca?

—¿Por eso han intentado... deshacerse de mí? —pregunto con desasosiego—. Pero... yo podría haberle ayudado...

Lanza un profundo suspiro y se suelta la cabellera.

—Es más bien por venganza. Siempre pensó que la granja les pertenecía; aunque ni siquiera son sobrinos directos de tu tío. La pobreza es dura de sobrellevar, pero el orgullo herido...

No creo que se trate de orgullo. Sospecho que más bien es exhibicionismo. Si no, ¿qué objetivo tiene pasearse todo el día con el culo al aire, blandiendo la estaca?

—¡Lo conseguiré! Que nadie diga que Thomas Barlow no ha podido ayudar a una dama en apuros.

Le miro confiada, sabiendo que todas mis preocupaciones desaparecerán en el momento en que dé caza al pervertido de la estaca.

—¿Vas a sonsacarle información a la escocesa? —pregunto muerta de curiosidad.

—¿A la escocesa?

—Sí, ya sabes, a base de whisky y serenatas de gaitas —le digo para animarle.

He debido de dar en el clavo porque sonrío con tanta dulzura como solo él sabe hacerlo. Eso es que le ha gustado mi pregunta.

—¿Y yo qué hago? —pregunto, animada.

—Dedícate a vigilar al tipo, pero nada de cadenas, ¿eh? Y de paso, tampoco estaría de más que le echaras un ojo a Mooni. —Me mira fijamente durante un momento. Tanto que pienso que me he vuelto a poner el pijama rosa. Bajo la vista y me cercioro de que no es así. Suspiro aliviada—. ¡Maldita sea, Willi! Esta es mi última oportunidad para alcanzar por fin la paz eterna. No me falles.

Sus palabras de desesperación calan tan profundamente en mí que estoy dispuesta a lo que sea. A lo que sea menos a volver a ponerme el odioso pijama; renunciar a arrastrar las pesadas cadenas por toda la casa; cejar en mi empeño por arrearle a Tony un buen golpe de karate en la tráquea. Ah, y el sado, no practicaría el sado ni por la salvación del universo. Me tranquilizo, chasqueo los dedos y aparezco de nuevo vestida como una persona normal, no como la loca del pijama rosa.

Es tal mi sorpresa que no sé qué decir.

—¡Bien hecho!

Sigo sin saber qué decir. Sonrío y cierro los ojos, pero los vuelvo a abrir enseguida; regresan los desaparecidos. Parece que han encontrado el rumbo de vuelta a la cocina.

—Así que... —Mooni alarga una mano y hace un gesto como si espantase una mosca delante de mi nariz— eres arquitecto y no has venido a derribar la casa, tan solo te han contratado para realizar un proyecto de viabilidad sobre la construcción de cincuenta *bungalows* en el prado norte. ¿Lo he entendido bien, Carlos? —pregunta, haciéndose la tonta, mientras pasa su mirada de Tommi a mí, alternativamente.

Me giro hacia el tal Carlos y veo que asiente con una sonrisa.

—Eso es.

Procesar sus palabras me cuesta, exactamente, cinco segundos.

¡Cincuenta casas! ¡Llenas de miles de intrusos! ¡De miles de escandalosos intrusos! ¡Miles de escandalosos intrusos haciendo de las suyas! ¡En el prado norte! Intento tranquilizarme. Seguro que hay alguna manera de parar semejante disparate. El prado norte es el lugar más bonito de toda la finca. Es cierto que está salpicado de vacas, pero eso, a mi entender, todavía lo hace más peculiar y bello. Los pastizales, de un verde brillante; el bosquecillo, lleno de vida; el río, las flores. Miles de flores rojas que llegan hasta donde alcanza la vista. Miro a Tommi, desesperada. ¡Tenemos que hacer algo ya! ¡Somos fantasmas de alta gama! ¡Por lo menos él lo es! ¡Es más listo y más inteligente que veinte Tonys juntos! ¡Es más listo que cien Margarets juntas! ¡Sería de chiste que no pudiéramos con ellos! ¡Soy casi asiática! ¡Mi coeficiente intelectual deja al de mis primos a la altura del betún!

Bueno, se acabó, hasta ahora he estado sumida en una especie de trance, pero ahora... ¡ya estoy lista y preparada para entrar en acción! Ya estoy más que motivada. A partir de ya, Tommi y yo vamos a ser como Lewis y Clark. Me pido Clark, creo que era menos femenino que Lewis. Bueno, ninguno de los dos eran dechados de masculinidad; pero si ellos, con esas pintas de finolis, pudieron cruzar todo el subcontinente americano hasta más allá de México...

—Parece que después de todo no va a llover —dice Carlos, abriendo la nevera y pillando otro trozo de tarta, con lo cual tengo que dejar de lado mis arriesgados y aventureros planes porque los ojos se me van detrás de él—. No te molestes en preparar comida, Mooni, con esto me vale. —Levanta el trozo de tarta al aire—. Lo mejor será que empiece a trabajar ya. Regresaré para la cena. —Le da un gran bocado a la tarta y la saborea con deleite—. Hummm, esto es lo mejor que he probado en mi vida. —Le guiña un ojo a Mooni con picardía y sale de la cocina dispuesto a hacer una escabechina con mis

terrenos.

No pienses en ello.

No pienses en ello.

Siempre existe una solución.

Ya está, ya la tengo: el arquitecto debe morir.

8

Titubeo un momento antes de abrir la boca. La abro. Titubeo de nuevo. La cierro. Al final recupero el habla y digo:

—¿Te parece bonito, Mooni? Tiene edad para ser tu hijo.

—Mi hijo pequeñísimo. —Suelta una risita coqueta—. ¿Has visto con qué rapidez me lo he ganado?

Compongo gesto incrédulo.

Me devuelve gesto de suficiencia.

Miro a Tommi, que nos escucha con una sonrisa en la boca y sin quitarle el ojo de encima al móvil de Mooni.

—¿No te parece que has sido demasiado amable con el tipo ese? —pregunto mosqueada—. Puede que haya alabado tu tarta, pero eso no es sinónimo de ser buena persona. A los obsesos de la destrucción también les gusta la tarta, ¿sabes? No sé yo... si le va a dar tiempo a degustarla —farfullo al final.

Antes de que pueda responderme con algún comentario acerado, el teléfono suena con estridencia. Doy un brinco. ¿Tommi también puede hacer que los teléfonos suenen a voluntad? Eso sí que es raro...

—Cógelo, Mooni, es del hospital.

Mooni me lanza una mirada afilada, sin comentario que la acompañe, y descuelga el teléfono con aire distraído, para nada impresionada con la habilidad inalámbrica de su abuelo.

—Mari, ¿ha ocurrido algo? —pregunta con voz entrecortada al reconocer quién la llama.

Tommi le hace gestos para que conecte el manos libres. Lo hace sin rechistar.

—Tía Mooni. —La voz de Mari parece alterada—. ¡Willi se ha movido! —«¿Me he movido?»—. ¡Está muy agitada! —¿Estoy muy agitada?»—. ¡Ha intentado balbucear algo y..., y... ha llorado! De pronto, ha empezado a agitar

los brazos y las lágrimas le corrían por la cara. ¡Ha sido impresionante! ¡Tía Mooni, tienes que venir! El doctor Morton piensa trasladarla mañana a un hospital convencional. —Su voz irradiaba desesperación—. ¡Allí no podré protegerla si sus primos intentan algo contra ella!

Me quedo mirando el teléfono con miedo y asombro. Por un lado, estoy contenta porque me he movido; pero, por otro lado, me siento aterrada por lo que pueda suceder cuando mis primos lo sepan.

—Tranquilízate, Mari, no pasa nada...

—¿Cómo que no pasa nada? —replico mordaz—. Cómo se nota que no eres tú a quien pretenden cargarse.

—No pasa nada porque vas a hacer lo que yo te diga —continúa hablando Mooni tras fulminarme con la mirada, otra vez—. Deja que metan a Willi en una ambulancia y consigue ser tú quien la acompañe. ¿Conoces al conductor?

—Sí, es Owen.

—¿Ese Owen? —se interesa Mooni con una sonrisa.

—Sí, tía, ese Owen —contesta Mari, azorada.

—Bien —responde Mooni satisfecha—. No será necesario que le aticemos con algo. Camélatelo como tú ya sabes. ¿Te parece bien?

Sí, parece ser que a Mari le parece bien, porque en ningún momento ha puesto pegas a nada. Sabe que nos encontramos en un apuro, pero... ¿cómo piensa camelarse al tal Owen?

—Aplicale el tratamiento exhaustivo —ordena Mooni con seguridad—. No podrá negarte nada.

No quiero pararme a pensar en qué consiste el tratamiento exhaustivo, pero a mí me da que...

—Tendré que empezar hoy mismo. —La dulce voz de Mari interrumpe mis pensamientos—. Le daré una sesión cada mañana hasta el día del traslado. Se vuelve loco cuando me aplico a fondo. Le tendré comiendo de mi mano...

Si ella prefiere llamarlo así... Precisamente comiendo de su mano.

—... Cada hora que pasa se queja más de la espalda el pobre. Sentirá tanto agradecimiento que no pondrá ninguna pega. ¡Lo conseguiré, tía Mooni!

Trago saliva, avergonzada.

Mooni me mira victoriosa.

Tommi ríe como si supiera lo que he estado pensando.

—Bueno, yo me marcho —se despide Tommi de pronto—. Luego te doy un toque, Mooni.

Le digo adiós con un desenfadado movimiento de cabeza y en cuestión de un segundo ha desaparecido. Mooni y yo nos quedamos paradas en medio de la cocina sin saber muy bien qué hacer.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto, quitándole la palabra de la boca.

—Voy a llamar a los chicos para que me ayuden a habilitar una habitación para ti.

En ese momento, la puerta trasera de la cocina se abre y aparecen Ismael y Mick. Van derechos al fregadero a lavarse las manos. Deduzco que debe ser la hora del té. Siempre es la hora del té.

—Hay un tipo en el prado norte que no para de sacar fotos por todas partes y de hacer mediciones —dice Ismael, enfadado, antes de acercarse a la nevera y agenciarse el último trozo de tarta—. *Me ppaasresrse qqe no qqeiiiereie nnada buueno* —intenta explicarse con la boca llena.

¿Qué? No he entendido ni jota.

—Sí, ya lo sé. —Mooni hace una breve pero significativa pausa, para darnos a entender que no se le pasa ni una—. No os preocupéis por eso. Sentaos, os prepararé una taza de té mientras os pongo al corriente de las últimas novedades.

Estoy convencida de que al té le echan algo. Alguna sustancia prohibida y altamente adictiva. Porque si no, no hay quien lo entienda. ¡Si a veces sabe a caldo de pollo!

Dejo el té de lado y me centro en las últimas novedades. Las últimas novedades son que tienen que pasarse toda la tarde limpiando y acondicionando una habitación para que la señorita Willi pueda seguir su convalecencia en casa.

—¿En serio la vamos a secuestrar? —pregunta un pragmático Mick.

—Yo no lo llamaría de esa manera —le reprende Mooni con la dulzura de Marlon Brando ejerciendo de padrino—. Más bien, vamos a aligerar el peso que recae sobre nuestra ya de por sí recargada y congestionada sanidad pública. La devolvemos a su hogar, al lugar al que pertenece. —Hace una pausa antes de añadir secamente—: Nunca debería haber abandonado el lugar al que pertenece.

Esa manera de abordar el tema del secuestro me parece, sencillamente, demasiado mafiosa para mi gusto.

—Nadie va a volver a ponerle un dedo encima a nuestra querida Willi —anuncia Ismael con fervor patriótico—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Por dónde empezáis a qué?

Sobresaltados, nos volvemos hacia Margaret, que acaba de entrar en la cocina.

Tras unos segundos de titubeo, Mooni dice:

—A desescombrar el gallinero. Hay que deshacerse de todas esas tablas quemadas y sustituirlas por otras nuevas, y también hay que reubicar a las gallinas lo antes posible. —Pone los brazos en jarras y espera a que Margaret la contradiga.

—¡Dale, Mooni, dale un buen puñetazo en toda la jeta esa de tontaina que tiene! —grito con odio—. No, deja, que ya le doy yo.

Sin vacilaciones por mi parte, levanto un brazo y lo dejo suspendido sobre su cabeza. Me encantaría dejarlo caer y que cumpliera con su obligación. Un golpe seco, duro, contundente, como debe ser un buen golpe. ¿Pero para qué? Es el cuento de nunca acabar. Le atravesaré el cráneo, yo me frustraré y ella no se enterará de nada. Mantengo una lucha interna conmigo misma durante unos quince segundos. Levanto la mirada y Mooni niega con la cabeza muy discretamente. ¿Por qué no?, me pregunto. Nadie va a enterarse. Después de una lucha perdida con mis instintos más básicos, dejo caer la mano con todas mis fuerzas sobre el cogote de la prima Margaret.

—¡Aaaayyyy! —exclama Margaret, llevándose una mano a la dolorida cabeza—. ¿Qué ha sido eso?

Ismael echa la cabeza hacia atrás y la mira con gesto pensativo. Pensando que es idiota. Mick la contempla sorprendido y compone un gesto de mal humor. No le gusta Margaret desde que intentó retenerlo para que no se acercara al armazón en llamas.

Yo doy saltos de alegría. Salto por toda la cocina como un pequeño saltamontes en plena euforia..., en plena euforia... ¡En plena euforia!

—Yo creo, eh..., yo creo..., eh..., yo creo que ha sido un murciélago —dice una más que azorada Mooni, mientras se acerca a la asesina y le alisa el pelo de la coronilla.

—¡Qué murciélago ni qué ocho cuartos! —la contradigo—. ¡He sido yo! ¡He sido yo! ¡Yo! Willi Nelson en alma y... ¿cuerpo?

Margaret permanece con la boca cerrada y ojos espantados. Después parpadea, incrédula, y se queda mirando a Mooni y a los chicos un buen rato antes de animarse a decir con voz temblorosa:

—Pero... los bichos esos ¿no salen de noche?

—Los gordos, no —replica Mooni con seguridad—. Y este... era muy gordo. Y parecía muy enfadado.

—¡De eso nada! —protesto, y añado con gesto triunfal—: Dile que ha sido el fantasma de su querida prima lejanísima Willi. ¡Díselo! ¡Díselo, Mooni, díselo!

Ando dando rienda suelta a mi euforia, cuando Mooni, lejos de hacerme caso, sujeta a Margaret por un brazo y la obliga a tomar asiento. Le sirve una taza de té y hace un gesto a los chicos para que la sigan fuera. Por alguna razón que se me escapa, antes de salir escoltada por ellos, me ha lanzado una mirada cargada de reproches, con lo cual la escena resultante termina de confirmarme lo de *El padrino*. Menos mal que en la granja no hay caballos.

Alejo esos absurdos pensamientos de mi cabeza y me quedo plantada en el centro de la inmensa cocina, cavilando qué querrá la Margaret de las narices ahora. Desde aquella nefasta noche, tanto Tony como ella se han dedicado a mangonear por la granja como si fueran los dueños del lugar. ¡No tienen derecho! ¡No tienen ningún derecho a tomarse esas libertades! Ganas me dan de arrearle otro guantazo en toda la cabezota. Porque Margaret es cabezona, muy cabezona. De esas cabezonas que parece que la cabeza les vaya por un lado y el cuerpo por otro. De esas que te dan la impresión de que, si hacen un giro brusco de cuello, se les va a caer la cabeza al suelo de tanto que les pesa. Sonrío con suficiencia.

Empiezo a caminar a su alrededor como hacía María Dolores cuando pretendía ponerme nerviosa. «¿Qué haces tú aquí? ¿Qué es lo que andas buscando ahora?», me pregunto mientras la miro fijamente, intentando en vano averiguar sus malvadas intenciones. ¿Por qué has aparecido por mi casa precisamente hoy si no te hemos visto el pelo en cuatro días? Algo quieres, ¿eh? ¿Qué buscas, cabezona? Tú a mí ya no me engañas.

Veo que bebe otro sorbo de té y, poco a poco, parece que va calmándose. Abre el bolso y rebusca en su interior. Saca unos papeles y los deposita sobre la mesa, boca abajo. Si tuviera los poderes de Tommi, podría leer lo que dicen, pero no es el caso. De hecho, todavía no me explico cómo he podido atizarle el capirotazo. Da igual, no pienso marcharme a ningún lado hasta que lo averigüe. No tengo prisa. Tengo todo el tiempo del mundo. ¿Será por tiempo?

Me siento frente a ella y le lanzo una mirada recelosa mientras espero a que regrese Mooni. Margaret rebusca de nuevo en el bolso y saca una cajetilla de

tabaco. La deja sobre la mesa y coge el móvil. Marca con cara de concentración; la cabezota ladeada a un lado por el peso. Debería ir a que le vieran eso. Igual un día la pierde, como yo perdí mi cuerpo, y se lleva un disgusto y todo.

—Hola, querido —saluda con un áspero susurro—, ya estoy aquí. —Deduzco, con mis dotes deductivas, que se refiere a mi casa—. No, no he tenido ningún problema. El abogado al que pagamos lo ha preparado todo. Sí, tengo los papeles. Sí..., sí... Por ahora nos da un respiro. No, no, solo hasta que demos con él. Eso no viene al caso.

Mi mente continúa haciendo conjeturas, cuando la puerta trasera se abre y entra Mooni. Viene sacudiéndose el delantal y trae cara de pocos amigos. Supongo que ha estado en su amado gallinero y eso la pone de mal humor.

—Usted dirá, señorita Margaret —dice con gesto serio. La tensión podría cortarse con un cuchillo—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Aquí le traigo unos documentos firmados por mi prima en los que nos nombra, tanto a Anthony como a mí misma, sus albaceas. Podemos tomar las decisiones que consideremos apropiadas con respecto a la granja mientras ella no se encuentre en disposición de hacerlo.

—Ya..., sí..., ya veo —balbucea Mooni, anonadada, mientras se levanta y se prepara una taza de té. Pobrecita, se ha quedado tan descolocada como yo. Bueno, ella por lo menos puede tomarse una taza de té, yo ni siquiera puedo meterme un chute de psicotrópicos que me hagan perder el contacto con mi odiada realidad.

—Necesito que me diga dónde está ingresada mi prima para poder velar por ella como se merece. —Entrecierra los ojos y le da una calada al cigarrillo.

Mooni se gira, con la vista fija en la taza humeante que sostiene entre las manos. Permanece con la cabeza gacha, observando el líquido ambarino durante lo que me parece una eternidad, aunque probablemente no hayan sido más de tres segundos. Tras un momento de tenso silencio, mientras bebe un sorbo de té, levanta la vista y dice con rostro inexpresivo:

—Siento no poder ayudarla. No sé dónde se encuentra ingresada. Tal vez su hermana se ocupó de ella y la llevó de vuelta a Nueva York. A mí nadie me ha dicho nada.

Si la situación no hubiera sido tan perentoria y desesperada, me habría reído al ver la cara que se le ha puesto a Margaret. Creer que se iba a salir

con la suya y, en cambio, tropezarse con la cabezonería de Mooni — cabezonería, no cabezona en el sentido más literal de la palabra— debe resultar, cuanto menos, frustrante.

—¿Por qué no habla usted con el conductor de la ambulancia? —propone Mooni con inocencia—. Tal vez él pueda indicarle adónde llevaron a la señorita Willi.

—Ya lo he hecho —contesta Margaret con deje amargo—. Ese idiota se niega en rotundo a decirme algo que me dé una pista sobre su paradero.

—Hummm..., ya veo. —Mooni se sirve un poco más del brebaje preferido de los ingleses y después se pasa la mano por el rodete de la cabeza con gesto pensativo. ¡Madre mía! Es un camaleón de la interpretación. Ha pasado de padrino mafioso a ama de llaves despistada sin necesidad de practicar—. El muchacho nos ha salido terco, ¿eh? Bueno, no se preocupe —la consuela, bajando la voz, como si guardara un gran secreto—, yo me encargaré de él y le haré saber adónde la han llevado. Déjelo en mis manos.

Mooni se levanta, apartando la silla con cierta brusquedad, y le indica a Margaret la salida con un gesto de mano. La asesina se levanta también y, con una ligera inclinación de cabeza, se despide de ella. Puedo ver en sus ojos el brillo de la maldad. La satisfacción. Ya se relame de gusto imaginando cómo acabará conmigo en cuanto me encuentre, pero a mí me preocupa más el hecho de que piensen construir cincuenta viviendas unifamiliares en mi propiedad. Cincuenta viviendas unifamiliares, con sus respectivas cincuenta barbacoas dispersadas estratégicamente, para que se reúnan las cincuenta familias todos los malditos fines de semana del año. ¡Ah, no, de eso nada! En vista de las últimas y alarmantes noticias, no tengo tiempo para cuestiones tan banales como pueden ser la vida y la muerte. Si se salen con la suya, siempre puedo optar por quedarme rondando por aquí y hacer como hizo Tommi cuando la plebe acabó con su vida: convertir sus salchichas en verdaderos torreznos y hacer que las hamburguesas sepan a meados de vaca hasta que se les quiten las ganas de seguir armando bulla.

Reprendiéndome a mí misma por no haber sido lo suficientemente inteligente, ni haber tenido la suspicacia necesaria para darme cuenta de las malévolas intenciones de mis primos aquella horrible noche, dejo caer la mirada sobre los papeles, preguntándome qué abogado de pacotilla habrá

falsificado mi firma y cuánto le habrán pagado.

Extiendo una mano e intento, en vano, voltear uno de ellos. Antes de que una imparable sensación de oscuridad y desespero se adueñe de mí, la mano de Mooni se posa junto a la mía.

Me giro hacia ella, inmersa en una sensación de alivio, que no dura al contemplar su cara de circunstancias. Está claro que le gusta este nuevo contratiempo tan poco como a mí.

Se dirige sin decir ni una palabra hasta la tetera. Me deslizo tras ella en silencio; el vacío cerniéndose sobre mí, desplegando sus aterradoras alas. Es tan palpable, tan consistente, que parece rellenar ese silencio y levantar a mi alrededor un gran muro, tan alto y tan apabullante que resulta imposible de superar. Me aísla y me oprime a un tiempo. Es angustioso y aterrador. Es soledad en estado puro.

Antes de que ninguna de las dos diga algo, oímos abrirse la puerta principal y, tres segundos después, Carlos entra en la cocina. El hombre parece aturdido. Lleva el pelo más despeinado, si cabe, y trae las ropas embarradas.

—Un toro loco me ha embestido —aclara, antes de que Mooni pueda preguntarle qué le ha ocurrido—. Una bestia negra de unos mil kilos de peso, que parecía que lo único que tuviera en mente fuera embestirme una y otra vez —dice mientras aparta una silla y se sienta, agotado.

Al mirarlo, regreso a la realidad sintiendo cómo el muro de aislamiento cae, ladrillo a ladrillo, y me identifico con él al instante. Sé lo que siente. No es algo que se desee repetir.

—Ay, Señor. —Mooni chasquea la lengua—. No sé qué vamos a hacer con Caifás. Cada día está más juguetón y no se da cuenta de que ya no es un ternero. —Mira por encima del hombro a Carlos—. No le hagas caso, si consigues apartarte a tiempo, es inofensivo.

Carlos levanta una ceja con gesto de incredulidad y sacude la cabeza, como si no tuviera palabras para explicar lo ocurrido.

—Mi querida Willi tampoco llegó a conocerlo —musita Mooni, apenada.
¡Que te crees tú eso!

—Por cierto, Olivia, lamento muchísimo la desgracia que le ha ocurrido a la dueña del lugar —dice Carlos con una expresión dulce en la cara—. Nadie se merece semejante desgracia. El incendio, quedarse en coma... —Su mirada desprende un profundo pesar—. Ojalá pudiera hacer algo por ayudar a esa pobre mujer. Y siento también que la zona norte de la finca termine llena de

casas. Es una lástima, ese lugar es precioso. A pesar del toro con problemas de madurez. —Le lanza una leve sonrisa.

Es entonces, después de escuchar sus palabras, después de ver su sonrisa torcida, cuando una oleada de calor y placer me recorren de arriba abajo. Creo que acaba de robarme un trocito de corazón. Solo un trocito.

—¿Por qué no subes a tu habitación y te das un buen baño? —propone Mooni.

No me sorprende el tono compasivo en la voz de Mooni. Yo misma me habría ofrecido a preparárselo si pudiera. Se le ve tan cansado... Y tan guapo... Y tan sofisticado...

Igual que ocurre cuando un tornado destruye todo cuanto encuentra a su paso y no te deja ver más allá de la destrucción que provoca, todavía no consigo dilucidar si las buenas intenciones del enigmático arquitecto son verdaderas o falsas. Sí, es cierto que parece realmente compungido con mi desgracia, y sí, también parece que le molesta destrozar el prado norte, pero tal vez lo haya dicho para despistar. El despiste es un método infalible para, como su propio nombre indica, despistar a la gente y hacerles creer lo que no es cierto. Tengo mis dudas al respecto. Los arquitectos que trabajan para una gran empresa constructora, para una multinacional llamada Kento Holding Enterprises Inc, rara vez sienten reparos al realizar su trabajo. Por no hablar de los honorarios. No creo que renuncie a ellos por solidaridad con unos terrenos bonitos. Es más que probable que intente ganarse las simpatías de Mooni con el fin de evitarse problemas añadidos. La idea de que sea un farsante y se aproveche de su bondad hace que se me revuelvan las tripas.

En el momento en que el maduro arquitecto sale por la puerta le digo a Mooni:

—Mooni, no nos queda más remedio que tomar algunas medidas urgentes.

—Sí —me da la razón, sin prestarme demasiada atención, mientras prepara una ensalada—. A grandes males, grandes remedios.

—¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto. Al cien por cien.

—Bien. ¿Dónde guardamos las cadenas? ¿Las cadenas gordas especiales para fantasmas?

Evidentemente, no le ha gustado mi propuesta, porque se gira estupefacta y

me lanza una mirada escrutadora cargada de impaciencia un segundo antes de limpiarse las manos en un trapo.

Si no hubiese estado segura de que no puede ponerme una mano encima, habría jurado que pretendía ponérmelas. Por primera vez en doce días, me alegro de no tener un cuerpo sólido.

—No me refería a eso —dice con vehemencia antes de empezar a colocar platos, vasos y servilletas sobre la enorme mesa de madera.

—¿A qué te referías entonces? Explícate.

Se me queda mirando, casi sin pestañear, y mueve la cabeza de un lado a otro antes de poner sobre la encimera un pescado enorme de la familia de los que se comen a rodajas o al horno. Después se mete en la despensa y sale cargada con un saco de patatas y otro de cebollas. Que nadie diga que Willi Nelson mata de hambre a sus empleados.

—Sabes muy bien que hay que llamar a tu hermana. —Deja caer el cuchillo con fuerza sobre la cabeza del pescado.

—No hace falta tomar medidas tan drásticas. —No sé por qué, pero la idea de llamar a María Dolores me resulta tan atrayente como una infección de orina. Una infección de orina después de haberme extraído la muela del juicio sin anestesia.

—Yo creo que sí. —Suelta otro hachazo, la intimidación oliéndose en el aire.

Murmuro algo así como: «A otro perro con ese hueso», y enseguida me pongo a pensar en cómo puedo quitarle a Mooni esa idea tan descabellada de la cabeza. Lo último que me faltaba es tener a mi hermana danzando por aquí como si todo esto fuera suyo y volviendo loco a todo el mundo con sus salidas de tono y sus extravagancias. Siendo un espíritu no puedo impedir que coja el teléfono y cumpla su amenaza, pero no creo que sea muy complicado convencerla de que su idea es de todo menos buena.

Cuanto más cavilo, más claro lo tengo. Solo hay una forma de convencerla: la compasión.

—Verás, Mooni, querida —digo, imprimiendo a mi voz un ligero tono desesperado—. Tú no sabes a lo que te enfrentas si aparece por aquí la estúpida de mi hermana. —Otro hachazo—. Y... ¿no has pensado en mí, en mis sentimientos? —Finjo que me seco una imaginaria lágrima, pero no estoy segura de que haya colado—. Sabes que las probabilidades de que se presente con su marido son muy altas. —Encorvo los hombros y los agito un poco, solo

un poco, no quiero que piense que sobreactuó—. Su marido —repito—, o sea, mi exnovio. El que me abandonó para casarse con ella —sentencio con voz alta y clara, dándole, en mi humilde opinión, un toque trágico a mi actuación de novia usada y abandonada—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Tienes idea de lo que eso me afectaría? Sería emocionalmente devastador, muy devastador.

Por fin se gira con los ojos en blanco. Pone los brazos en jarras y se acerca a mí con paso lento.

—Vale —concede con gran sorpresa por mi parte—. ¿Y tú qué propones?, porque lo de las cadenas te digo que queda descartado desde ya.

—Verás, Mooni, hay ocasiones en las que un fantasma...

—¡Se acabó! —me interrumpe enfadada—. ¡Estoy harta de tus «verás, Mooni»! Voy a llamar a tu hermana ahora mismo.

—¡No, no, espera! —grito, interponiéndome en su camino hacia el teléfono. Aunque..., si lo pienso bien, el hecho de que mi hermana aparezca por aquí debería alegrarme y aliviarme. Seguro que se comía a Margaret de aperitivo, a Tony de postre y después escupía sus huesos en un rincón. Pero tengo un motivo para rechazar con tanta intensidad su presencia en esta casa. Necesito hacer esto yo sola, sin su ayuda. Por más vueltas que le doy, no consigo identificar el porqué. Solo sé que lo necesito y, no voy a mentirte, no estoy preparada emocionalmente para volver a ver a Frank—. ¡Dame unos días! ¡Solo dos días, Mooni!

Creo que ha funcionado. Se acaba de parar y da media vuelta. Lanza un suspiro pesaroso y asiente con la cabeza antes de decir, mientras le mete otro hachazo a la cola de la cena:

—Willi, Willi, Willi, yo... me preocupo por ti.

—Mooni, Mooni, Mooni, eso ya lo sé. —Sonrío y hago amago de ir a abrazarla. Me detengo, derrotada; nunca imaginé que podría encontrarme tan necesitada de solaz y consuelo. Hace doce días que no he sentido el contacto de otro ser humano. Hoy tampoco va a ser ese día. Trago saliva con fuerza y me obligo a respirar hondo y despacio por la nariz, para tranquilizarme. La mirada de lástima en los ojos de Mooni no me ayuda demasiado. Vuelvo a tragar, miro a Mooni a los ojos y ella me devuelve la mirada.

Una situación pelín embarazosa, que no deseo que se prolongue por más tiempo.

—Verás, Mooni —carraspeo, incómoda, echándome las plumas hacia atrás—, tengo un plan formidable.

Se le descompone el semblante y me mira atemorizada.

—¿Cuál?

—Voy a camelarme al arquitecto para que se largue con viento fresco.

—Sí, un plan formidable, pero yo pensaría otro por si acaso este te falla.

Me niego a responder. Agito una mano en el aire restando importancia a sus infundadas dudas sobre mis múltiples e infalibles capacidades como estratega de campo. Luego, como el más consumado libertador de la historia, me sujeto las manos a la espalda y procedo a recorrer la cocina de punta a punta. Varias veces. Idear una estrategia no es tan sencillo como había creído en un principio. Poco a poco, y cinco paseillos después, el plan empieza a tomar forma. ¡Es audaz! ¡Es brillante! ¡Es insensato a la par que magistral! ¡Es... el único que se me ocurre!

Imbuida de confianza, hago un alto y me paro frente a Mooni, tan cerca que los dedos de nuestros pies y nuestras narices casi se rozan.

—Verás, Mooni... —paso por alto su gesto de exasperación—, estarás de acuerdo conmigo en que, aunque yo no sepa tocar un solo acorde ni entonar una maldita canción, ser la portadora de un nombre como Willi Nelson conlleva una gran responsabilidad. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo pasar ante mí tanta injusticia. ¡No me queda más remedio que coger al toro por los cuernos! —declamo con gestos exagerados, como un actor de comedieta—. ¿Qué crees que pensaría mi homólogo si me amedrento antes de tiempo ante un contratiempo como este y salgo corriendo en busca de mi hermana pequeña? —Hago una pausa con la intención de crear cierto grado de suspense—. ¿Crees que estaría orgulloso de mí? ¿Se alegraría? ¡No, Mooni, no! ¡Se avergonzaría! ¡Y lo haría con razón! —Desvío la vista hacia el exterior y me quedo pensativa durante un momento, como juzgo deben hacer los grandes estrategas cuando han tomado una decisión relevante y crucial; aunque ello signifique mandar a una muerte segura a miles de jóvenes inocentes.

—¡Lo sabía! —dice, echando chispas por los ojos—. Sabía que no se te iba a ocurrir nada bueno.

Ofendida, me llevo un dedo a los labios y le insto a que cierre la boca. No entiendo a qué viene esa reacción tan exagerada. Si todavía no le he explicado el plan.

—¿Quieres cerrar el pico de una puta vez?!

Se calla de golpe y me mira atónita.

—¿Qué has dicho?

—Bueno..., ¡te has puesto a gritar antes siquiera de escuchar mi plan! — Levanto una mano y me la llevo al pecho para que vea lo ofendida que estoy.

—¿Me has mandado callar de malas maneras?

—Eh..., más o menos.

Después de fulminarme con la mirada, da media vuelta y enfila hacia el jardín trasero. ¡Mierda!, creo que la he ofendido. Corro tras ella, preguntándome asombrada cómo una persona tan regordeta puede saltar y caminar tan deprisa. Me detengo justo al llegar a su altura. Compruebo con horror que las lágrimas vuelven a rodarle por las mejillas.

—Mooni, dame una oportunidad. Puede que no sea el plan perfecto, pero no te echas a llorar antes de escucharlo. Así no me ayudas mucho, ¿sabes? Denota falta de confianza a raudales.

Continúa con los húmedos ojos clavados en el armazón renegrido y medio derruido del antiguo gallinero.

—Mooni... —insisto—, no entiendo por qué te pones así. Tommi hace estas cosas continuamente y a ti no te preocupa. ¿Por qué, de repente, que lo haga yo se convierte en un problema?

—Precisamente... —carraspea para aclararse la irritada garganta—, porque tú no eres él. A él le quiero con todo mi corazón... —eso ha dolido—, pero no forma parte de mi vida. Sé, desde que tengo uso de razón, que algún día se marchará y rezo todos esos mismos días para que lo consiga cuanto antes. Lleva demasiado tiempo sufriendo.

—Bueno..., sufriendo, sufriendo..., lo que se dice sufriendo..., pues no, no siempre anda sufriendo. Si yo te contara lo que me acaba de decir hace un rato con respecto a algunos sueños de alto contenido erótico... y ciertos aspectos sórdidos en los que la protagonista es una manta... —Me mira de manera interrogativa—. Bueno..., ya sabes cómo debían de ser los del siglo XIX, ¿no? Una manta y una cesta de pícnic y debían de volverse locos... —Nueva mirada interrogativa—. Desfloramientos, Mooni, te hablo de algún que otro desfloramiento de jóvenes flores con ansias de que les arranquen los pétalos... —Suelta un bufido desdeñoso—. ¡Oye, que lo de la manta no me lo he inventado yo!

Sacude la cabeza y emprende una marcha rápida a través del césped hacia el montón de escombros, con lo cual no me queda más remedio que salir correteando tras ella si quiero que me escuche.

—Verás, Mooni —intento agarrarla por las cintas del delantal sin conseguirlo—, no tienes de qué preocuparte; sé lo que me hago.

Se detiene tan bruscamente que, sin poder evitarlo, paso a través de ella.

—Tú no lo entiendes.

—¿El qué no entiendo? —Me giro aturdida.

—Eres lo único que me queda.

—¿Qué?

La cara se le vuelve a contraer con un espasmo.

—Que eres lo único que me queda —baja la voz una octava.

La miro sin comprender y veo que un nuevo chorreo de lágrimas vuelve a caerle por las regordetas mejillas. Agacho la cabeza con gesto incómodo. No me gusta ver llorar a nadie, me puede. Levanto la cabeza de nuevo con gesto inquieto. Como no pare de llorar y me explique ahora mismo qué le ocurre, doy media vuelta y me marcho. En serio, me marcho.

Por fin se seca las lágrimas y sorbe el moco, clava la vista tras de mí y yo me quedo con las ganas de saber qué está mirando tan fijamente.

—Eh, Mooni, si quieres puedo colarme en los sueños de Carlos y después te lo cuento. Será divertido —le digo, con la esperanza de animarla un poco.

Con su estado anímico ya recompuesto y sin desviar la vista del punto donde la mantiene clavada, dice:

—Lo siento mucho, Willi.

La miro durante unos instantes, sin entender de qué me habla.

—No lo sientas. No es ningún esfuerzo colarme en los sueños de un tío que está tan bueno. —Intento hacer un chiste fácil sin conseguirlo.

—Mírame. Tú, pendiente de un hilo... —Le lanzo una mirada recelosa. ¿A qué se refiere con pendiente de un hilo? Voy a salir de esta, lo sé—. Y yo, poniendo trabas a todas tus ideas antes de escucharte—. Me estoy poniendo muy nerviosa. Mooni no suele comportarse como una enajenada—. En mi defensa, solo puedo decirte que te quiero más de lo que jamás pensé que podría llegar a querer a la sobrina de mi... de mi... de mi adorado Philip.

Ahogo una risita. Después, parpadeo confundida. ¿Qué dice?

Permanecemos en silencio durante unos segundos. Yo, mirándola con cara de no entender nada y ella, llorando como Dios manda. No como las cuatro lágrimas ficticias que acabo de derramar en la cocina. No, las suyas son lágrimas de verdad, de las que hacen que se te hinchen los ojos y te entre el hipo. Sus sollozos son incontenibles y violentos. Hace unos ruiditos como de

cachorro de perro asustado y, cada dos o tres hipidos, le cuesta respirar. No he visto una exhibición de dolor tan emotiva en mi vida.

Estoy por ofrecerle mi hombro para que lllore sobre él, cuando el doloroso recordatorio de que no tengo hombro sobre el que apoyarse me atraviesa como un rayo.

Olvidándome de mis males y con expresión de preocupación, alargó una mano y la puso sobre su encorvada espalda. Intento que mis esfuerzos no resulten vanos y la acaricio lentamente un par de veces.

Me muero de ganas de que sienta mi compasión, mi amor por ella, mi solidaridad con sus sentimientos. Cierro los ojos con fuerza y por un momento me permito pensar que todo es como siempre fue.

Que no pasa nada.

Que sigo poseyendo un cuerpo sólido.

Que puedo sentir.

Que puedo llorar.

Que siente mi cálido contacto.

Que mi corazón puede latir fuerte a causa del amor y no solo del miedo.

Al cabo de unos segundos se separa de mí, abochornada. Se seca las lágrimas con el delantal y, aun costándole encontrar la voz, me susurra:

—¿Entiendes ahora mi reacción?

Reflexiono un momento sobre qué pretende decirme sin conseguirlo del todo. Reflexiono con un poco más de fuerza y, ahora sí, se me enciende la bombilla.

—¡Vaya, Mooni! —exclamo—. No sabía que le tenías tanto cariño a las gallinas ponedoras.

Me mira como diciendo: «Pobrecita, ella no tiene la culpa de ser así. Así de corta». Cuando finalmente abre la boca, es para decirme alto y claro:

—No puedo con una sola preocupación más. Espero de todo corazón que la sarta de tonterías que sueltas por esa boca a diario sean consecuencia del golpe que has recibido en la cabeza. —Me lanza una mirada profunda y toma aire—. Tu tío y yo manteníamos una relación.

Le doy unos segundos para que se explique. No lo hace, me mira y me mira esperando mi reacción. Tengo que concentrarme un poco antes de preguntar:

—Una relación... ¿de qué tipo?

—De las llamadas ilícitas. —Un ligero rubor se extiende por toda su cara.

¡Vaya por Dios! ¿Mooni y el tío Philip, liados?

—Pero... —tartamudeo— ¿es que a vuestra edad todavía funcionáis?

Con un ligero tartamudeo nervioso y haciendo caso omiso a mis inapropiadas palabras, se dirige de nuevo a mí:

—¿No..., no... estás enfadada?

—¿Y por qué habría de estarlo? No se te ocurra volver a decir que manteníais una relación ilícita. Relación ilícita... —la amonesto con sorna—. Ni que fueras... Ni que fueras... Ni que fueras como uno de esos famosos que lo mismo les da el ajo... que la cebolla... que una cabra... —Ay, por Dios, qué mal trago me está haciendo pasar—. Entonces..., cabe suponer... que eres como mi tía. Una tía muy querida que apechuga con los problemas. Eso es lo que hacen las tías de las jovencitas indefensas, ¿no?

—Sí, eso mismo es lo que hacemos.

—Era guapo el tío Philip, ¿eh? Seguro que a la primera mirada te sorbió el seso.

—Sí, tienes toda la razón —compone una sonrisa trémula.

—¿Ya estás más tranquila?

Asiente con la cabeza. Y por primera vez desde hace doce días, las dos sonreímos. Sonreímos de verdad.

—Ahora ya puedo contarte lo que andan buscando tus primos. El gran secreto que tu tío guardaba y por el que se ha armado todo este lío está escondido en...

NI. NO. NI. NO. NIIII... NOOOOO... NIIII... NOOOOO...

El sonido de una estruendosa sirena con las luces estroboscópicas a toda potencia interrumpe nuestra conversación.

Mi primer pensamiento es: ¿qué hace aquí una ambulancia armando tanto follón? Mi segundo pensamiento es: eso es lo que yo llamo discreción.

Cruzamos nuestras miradas y se establece entre ambas un momento de muda incomunicación. Y digo incomunicación porque nuestros semblantes difieren bastante entre sí. Mientras yo compongo gesto de horror, Mooni parece muy ufana.

De pronto, se abren las puertas del conductor y del pasajero respectivamente y bajan una sonriente Mari y un chico joven y serio, moreno y no muy alto, pero ancho de espaldas, vestido con el típico uniforme hospitalario. Debe de ser Owen. Se dirigen diligentemente a la parte de atrás del vehículo y abren las puertas de par en par. Sin perder ni un segundo, se encaraman a la parte trasera y tres minutos después bajan una camilla. Sobre ella, yo. Tan dormida como siempre.

—Hola, tía Mooni —saluda Mari alegremente—. Indícanos adónde tenemos que llevar a Willi.

Decido no hacer caso del poco cuidado que tienen con mi cuerpo inerte, porque, al fin y al cabo, están haciéndonos un favor. Pero me habían tratado mejor, la verdad.

Mooni, nerviosísima, les señala la puerta principal. Enfilan el caminito de gravilla y atraviesan la terraza a toda pastilla, con la camilla dando bandazos. Aunque Owen se las ingenia para mantener mi cuerpo sobre ella, al tercer tropezón me cuesta reprimirme para no llamarle la atención. La sonrisa complacida de Mooni también me corta lo suyo.

Tras un último encontronazo contra la esquina del sofá, se detienen junto a una puerta que se encuentra camuflada bajo las escaleras. Asomo la cabeza y una horrible sospecha empieza a formarse en mi mente.

¿Aquí es dónde van a meterme? ¿En un cuartucho cerrado y mal ventilado? Pero... si, por no tener, no tiene ni un miserable ventanuco. Me niego, me

niego en rotundo a ser tratada como un trozo de carne sin opinión ni derechos. ¡Yo soy el sujeto agraviado, no la gallina desplumada!

—Yo no pienso quedarme ahí. —Señalo el cuartucho con un dedo.

Mooni se encoge de hombros y, sin hacerme el menor caso, enciende la luz y empieza a dar órdenes. Aprovecho que la luz se ha hecho y me dedico a estudiar el habitáculo. Es pequeño, es feo, está desangelado y no tiene ventilación. Huele a desinfectante y parece aún más estrecho debido a la estantería vacía y a la cama que han metido.

Tan tranquila como puedo, repito:

—Yo no pienso quedarme aquí. Esto es una cochiguera.

—¿Y dónde prefieres que te instalemos?, ¿en tu habitación?

El deje sarcástico en la voz de Mooni no me hace ninguna gracia.

—Por ejemplo.

—¿Para que a la primera ocasión que tengan tus adorables primos te vean y coloquen una almohada sobre tu nariz? —Sigue sin gustarme el ligero tonillo de burla—. Disfrutarás de unas vistas espectaculares y todo el mundo preguntará por ti.

¿A que le doy?

—¿Es ella, tía Mooni? —pregunta Mari, mirando en todas direcciones.

—Sí, cariño, parece ser que no termina de estar conforme con su habitación. A lo mejor deberíamos dejarla en medio del salón, para que pueda recibir a las visitas sin necesidad de moverse de la cama y mantener una agradable conversación con ellas. —Se tapa la boca con una mano—. ¡Huy!, perdón, si no puedes atenderlas como es debido. ¡Estás como un tronco!

—Vale, te he entendido —cedo a regañadientes—. No hace falta que seas tan borde.

—Metedla ahí antes de que nos vea alguien —ordena Mooni en tono perentorio—. Ismael y Mick han desinfectado la habitación y han lavado las paredes. También hemos bajado esto de la buhardilla —aclara, señalando la estantería—. Tal vez te venga bien para colocar toda la medicación. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo.

—Así está bien, tía Mooni. —Mari, con la ayuda de Owen, me deposita sobre la cama y después le ordena—: Acércate a la ambulancia con discreción y trae la caja con todo lo que he pillado del hospital.

Este entiende de discreción tanto como yo de política internacional.

—No tengas miedo, cariño. —Antes de que pueda detenerla, alarga una

mano y me aparta el pelo de la cara; poco, la verdad, porque después de trasquilarme no hay mucho que apartar—. Entre Teresa y yo te vamos a cuidar muy bien.

Echo mano de toda mi fuerza de voluntad para no componer una mueca irónica. Antes de que Mooni pueda decir nada, Owen regresa cargado con una caja y empieza a sacar un montón de tubos, bolsas de nutrición parenteral, jeringuillas y todo tipo de medicamentos. Desgarrada ante semejante visión, doy media vuelta y me marchó de allí. ¡Que hagan conmigo lo que les parezca!

Nunca en mi vida me había sentido tan mal ni tan ninguneada.

Los médicos dicen que no me ocurre nada, que mi cerebro funciona bien y el resto de mi cuerpo también, que si no despierto es porque no quiero. Tommi está de acuerdo con ellos. Con aire de entendido en la materia, me explicó que para eso está él aquí. Para arreglar entuertos e injusticias. Según él, el sujeto sometido a abuso y atropello se mantiene bajo los efectos de un coma pelín raro y únicamente vuelve a recuperar la conciencia en el mismo momento en que el autor o autores materiales de dicha injusticia paguen por la tropelía cometida.

Cuando me explicó la situación en la que me encontraba, yo le pregunté con falso aire de despreocupación:

—Y si no los pillamos, ¿qué?

—¡Jamás en la vida, señora mía! Jamás en la vida he fallado en mi misión de ayudar a los desfavorecidos.

—Sí, ya, pero si no lo consigues, ¿en qué me convertiré?

—Brrrr —resopló—. No pienso dignificar esa pregunta con una respuesta.

Asentí, avergonzada, y dejé escapar un suspiro de resignación ante la ausencia de datos por su parte. Todavía no hemos realizado ni un solo avance y encima, ahora estoy aquí, en un cuartucho, escondida como si fuera algo vergonzoso que hay que esconder.

No sé qué hacer. Por un lado, me gustaría comprender eso del coma necesario; por otro lado, la paciencia no es mi fuerte; y, por un tercer lado, estoy deseando ayudar en todo lo que pueda con la investigación del caso de «la gallina ponedora». Lo he llamado así porque me parece que todos los casos importantes en vías de investigación deben tener adjudicado un nombre, tal y como hacía Sherlock Holmes: *El perro de los Baskerville*, *El valle del*

terror, El caso de la media de seda, etcétera, etcétera, etcétera.

Ignorándoles, me siento en el sofá a esperar. Y mientras espero a que terminen de trastearme, de pronto me da por pensar que quizá no fuera nada extraño que yo intentara lo de los sueños. Lo de la vestimenta ya está dominado. No tengo muy claro si ella me domina a mí o yo a ella, pero dominado está. Quizá sea un producto de mi imaginación, pero estoy convencida de que el maduro arquitecto tiene mucho que ocultar.

Cruzo el salón a toda prisa y subo las escaleras dispuesta a poner mi plan en funcionamiento.

—¡Mooni! —grito al llegar al piso superior—. ¿Dónde has acomodado al tipo ese?

—En tu habitación, ¿por qué? —me devuelve el grito, para nada intimidada. Por lo visto todo el mundo anda al corriente de sus conversaciones con los espíritus errantes.

—¡Por nada! —voceo de nuevo antes de dirigirme a mi habitación.

—¿No pretenderás hacer alguna tontería, verdad?

—Jamás en la vida —aseguro, apropiándome de las palabras de Tommi y esforzándome al máximo para que la voz de pito que me ha salido no me delate.

Recorro el pasillo y me planto frente a la puerta. Noto cómo la determinación me abandona a la misma velocidad que un eurodiputado abandona el Parlamento los jueves. Sin pararme a pensar —pensar a veces está sobrevalorado—, la atravieso.

Mi habitación posee un cierto encanto rural que adoro. La primera vez que la vi, la nostalgia me puso toda la piel de gallina. Fue como adentrarme en el misterioso mundo de Agatha Christie.

Me encaramo a la cómoda, no sin cierta dificultad, y me fijo en el guapo intruso de gran estatura y cierta fijación por la destrucción de mi nuevo hogar. Contemplo su cuerpo, relajado y duro a la vez. Un brazo descansa flexionado por encima de su cabeza y el otro reposa flácido pegado a su costado. Le recorro la espalda con la mirada y resisto la tentación de mantenerla fija sobre los hoyuelos que se le marcan justo donde deben marcarse los hoyuelos y, para mi sorpresa, durante unos segundos me quedo pensando si el contacto de su delicada piel será tan firme y delicado como parece. Su respiración es suave y

profunda y desprende ese aire de vulnerabilidad que desprenden, cuando están dormidos, desde el más inocente hasta el más cruel de los humanos.

Me pregunto en qué categoría entrará el que duerme tan plácidamente sobre mi cama.

A regañadientes, sé que la única opción que me queda es meterme en sus plácidos sueños e intentar averiguar qué sabe. Hasta qué punto puede estar implicado en la trama que me rodea. Cierro los ojos con fuerza y me concentro. Lo mejor será que me presente ante él como una persona... ¿normal?, ¿misteriosa?, ¿agresiva?

Vuelvo a abrir los ojos.

¡Qué dilema! Esto es más difícil de lo que imaginaba.

Ya está, decidido: misteriosa. Soy, como poco, una décima parte oriental; puedo ser misteriosa. Con un nudo en la garganta cierro de nuevo los ojos y, sin saber muy bien en qué me meto, me introduzco en sus sueños.

A mi alrededor, el crepúsculo es lóbrego y tormentoso, y el suelo de madera del barco en el que me encuentro es resbaladizo por el agua que salpica el fuerte oleaje. Cuando la vista se me acostumbra, me fijo en los tablones de madera, en una veintena de cañones que asoman por las troneras y en una gran bandera negra con una calavera y dos tibias cruzadas, y constato que estoy sobre la cubierta de un barco pirata. Maldigo entre dientes y busco a Carlos con la mirada, pero no le encuentro por ningún lado. Tras un ligero titubeo, me acerco sigilosa hasta una puerta bajo unas escaleras y me oculto al amparo de la oscuridad; no parece que la treintena de marineros que andan atareados por cubierta haya reparado en mi presencia, pero más vale no tentar a la suerte. Antes de poder decidir qué hacer, las circunstancias lo hacen por mí: gemidos entrecortados, sollozos, murmullos y súplicas me llenan los oídos a través de la puerta cerrada. Uno de los piratas debe de estar cargándose a alguien.

Atravieso la puerta de un brinco y casi me caigo de culo cuando reconozco a la víctima gemidora: una mujer clavada a Margaret. Está recostada sobre la cama junto a Carlos, desnudos, y a pesar de que él no le ha puesto todavía una mano encima, ella no hace más que retorcerse y suplicarle que empiece ya. Que a ella no le hacen falta esos preámbulos. Que ya estaba preparada para él desde el momento en que abordó su barco, saqueó sus pertenencias, violó a su doncella, mató a su padre, pasó a toda la tripulación por la quilla y asfixió a su perro.

Esa declaración me deja fuera de juego un instante. ¿Mató a su perro?

—¿A qué esperas, Carlos? Tómame, tómame ya.

Cierro los ojos con fuerza. El corazón pugnando por salirse del pecho. Debería marcharme y respetar su intimidad, pero... simplemente no puedo apartar la vista de Carlos. Perdón, quiero decir del sanguinario pirata que de un momento a otro va a darle a Margaret lo que pide con tanta insistencia.

Gemidos, gruñidos y frotamientos de todo tipo me hacen verlo todo negro. Bueno, todo no, si giro los ojos hacia arriba, distingo un pequeño borrón azulado.

¡Bien!, he recuperado mi mechón azul.

—No puedo hacerlo. —Oigo la voz profunda e insegura de Carlos—. Espera un segundo, preciosa.

—¿¿Qué?!! —protesta la voz aguda de Margaret.

—No puedo hacerlo —se excusa de nuevo, retrocediendo en sus avances amorios—. No mientras nos esté observando. —Hace un gesto con el pulgar, señalándome.

Es tal mi sorpresa que al principio no sé cómo reaccionar; después pienso:

«¡Soy visible!

¡Me ha visto y se ha fijado en mí!

¡En mí, misteriosa y seductora!».

Recorre la habitación, desnudo e imponente, a grandes pasos y yo me siento de pronto inquieta. Una sonrisa sanguinaria ilumina su rostro, que podría haber calificado de perfecto y seductor en el caso de que me gustasen los piratas sanguinarios de facciones perfectas y seductoras. Me echo a temblar. Entre estremecimientos incontrolados pienso en alguna idea genial, como por ejemplo... ¡Mecachis las pulgas!, no me da tiempo a poner ningún ejemplo, puesto que Carlos ya está junto a mí. Alarga una mano y me sujeta por el cuerpo. De hecho, lo rodea por completo con su manaza de largos dedos.

Al cabo de cinco segundos, reacciono y me retuerzo para que me suelte.

Al cabo de cuatro segundos, le doy un picotazo. ¿Un picotazo?

Al cabo de tres segundos, pasamos por delante de un espejo y me doy cuenta, pasmada, de que ¡soy el puto loro del pirata!

Al cabo de dos segundos, abre la puerta y me lanza al exterior con pocos miramientos.

Al cabo de un segundo, aparezco de nuevo, enfadada y aturdida, sobre la cómoda de mi habitación.

—¡Por todos los demonios del infierno! —maldigo en jerga pirata—. ¡Esto

no va a quedar así!

Cierro los ojos e intento tranquilizarme. Una vez me doy cuenta de que puedo volver a intentarlo, me mejora el humor y, sin dejarme amilanar, me introduzco de nuevo en sus fantasías.

—¡¡¡Qué arrecien las jarcias y los juanetes!!!

«¿Qué? —me pregunto desconcertada—. ¿Por qué hemos cambiado de escena?».

—¡Sí, mi capitán!

Con el agua metiéndoseme por lugares inabarcables a causa del fuerte oleaje, escudriño por toda la cubierta y distingo a Carlos sobre el alcázar, peleándose con el viento y el mar embravecido, impresionante con sus ropas de época, cabello al viento y espada al cinto. De vez en cuando le alcanza alguna ola y él, sin la más mínima alteración, sacude la cabeza y ríe enloquecido.

¡Virgen santa!, he tropezado con el único arquitecto loco de toda Inglaterra.

—¡Va a llover a cántaros, señor! —El grito de advertencia de un marinero me devuelve a la realidad ficticia del sueño de Carlos.

—Sí, eso me temo, señor Pitt —contesta Carlos a voz en grito—, pero esta tormenta no podrá con nosotros.

—¡Capitán, capitán! ¡Polizón a bordo! ¡Y ya sabe lo que eso significa!

Entrecierro los ojos para ver mejor y distingo la mirada penetrante del chivato del señor Pitt clavada en mí.

—¡Pues no pierda tiempo! ¡Ya sabe lo que hay que hacer, marinero!

Asustada, me pregunto qué irá a hacer el marinero.

Pregunta tonta como la que más, solo con verle el gesto ya sé lo que va a hacer. ¡Oh, mierda!

Después de mucho correr por la cubierta y resbalar en varias ocasiones para terminar dándome la hostia de mi vida, el señor Pitt, con una agilidad sorprendente para padecer de sobrepeso, lanza un gruñido amenazador, se abalanza sobre mí y, sujetando la boa —maldita la hora que me la puse—, me incorpora de golpe. Suplico como la cobarde que soy, pero el señor Pitt o no me escucha o no quiere hacerlo, porque acto seguido me levanta en volandas y me arroja por la borda.

¡Jesús bendito! Lo ha hecho. Me ha arrojado al océano, al océano más profundo, negro y frío; y profundo, muy profundo.

Grito, pero mi voz suena débil, mientras siento como el negro y gélido

océano se me traga a la misma velocidad que el rugido del viento. Solo me da tiempo a farfullar:

—¡Maldito cab... glup... ón!

Y aquí estoy, de nuevo sobre la cómoda de mi habitación, con todas las células de mi cuerpo concentradas en aspirar grandes bocanadas de aire.

¡Malditos desaprensivos!

En cualquier otro caso, me habría dado media vuelta y me habría olvidado de él para siempre, pero me encuentro en un momento de extrema urgencia. Tengo demasiadas preocupaciones como para inquietarme por lo que pueda llegar a pensar, o sentir, un extraño con ínfulas de pirata. Eso quiere decir que no me queda más remedio que cambiar de estrategia.

Me bajo de la cómoda y me acerco a él tímidamente y me siento junto a su cadera. Me tomo unos minutos para examinarle. Dormido no se le ve tan ridículo como a la mayoría de las personas, sino elegante y sofisticado. El tipo de hombre que vuelve loca a mi hermana. Tras meditar un largo rato, me inclino, acerco mi boca a su oído y le susurro:

—Escuchadme bien, capitán, señor, y que no se os olvide jamás. Vuestro barco se ha hundido con la tormenta y no hay supervivientes. Todos, absolutamente todos, han perecido ahogados. —Su ceño se frunce con disgusto—. Sí, vuestra bien dispuesta Margaret también. Ella fue una de las primeras en abandonarnos. Solo vos habéis sobrevivido porque sois un hombre muy especial, no un pirata sanguinario. Vuestra... ¿señoría? está aquí para ayudar a una joven, de nombre Willi, que necesita vuestra ayuda como el desierto un buen chaparrón. Olvidaos de Margaret, capitán, señor. Si no lo hacéis, os arrepentiréis. Nada de Margaret, no os conviene ni en sueños. No es tan pura como pretende aparentar ni está tan prieta como os gustaría. Podría contagiaros una buena infección causada por micosis y también algún que otro animalillo suelto por ahí, que no os gustaría que os presentaran. —Vuelve a fruncir el ceño—. Hongos vaginales, capitán, señor —aclaro, poniendo los ojos en blanco—. Y ladillas, muchas ladillas. —Su boca se tuerce en una mueca de asco—. Estoy intentando advertiros contra sus sibilinas intenciones. Willi, buena. Margaret, mala. Vos, héroe de Willi, ¿entendéis?

—Perfectamente.

Ahogo una exclamación de sorpresa y acto seguido el júbilo me embarga.

¡Dios mío!, puede oírme. Puede oírme y, con un poco de suerte, tal vez no sea miope y también pueda verme. Y con muchísima suerte, tal vez no se parezca en nada al sanguinario pirata y se ofrezca a ayudarme de buena gana sin derramamientos de sangre innecesarios. Aunque, pensándolo mejor, tal vez un poco de violencia y crueldad sea lo que necesitemos para enfrentarnos a mis primos con unas mínimas garantías de éxito.

¡Bienvenido, Capitán Garfio!

Con los ojos verde terroso fijos en mí, nos quedamos contemplándonos mutuamente y en silencio durante unos segundos. Me pregunto si debo explicarle que está tratando con un ente. Decido que no, a menos que alargue una mano y pretenda tocarme. Y no me quedaría más remedio que contarle toda la verdad, al tiempo que rezo unas cuantas avemarías para que no le dé por saltar por la ventana en un arrebato de pánico. He visto demasiadas películas estilo *El sexto sentido* como para saber que los espíritus no son siempre bien recibidos. Pretendo asustarle para que se marche o bien ganármelo para la causa, no provocarle un ataque *in situ*. Al final decido ser parca en palabras y esperar su reacción.

—¿Has...?

Sin darme tiempo a completar la pregunta, lo que efectivamente me hace ser parca en palabras, un brazo fuerte y salpicado de vello castaño asoma por encima de la sábana e intenta aferrarme.

Mierda. Doy un salto hacia atrás mientras él, lejos de imaginar que si me aparto es por su bien, me mira con un gesto curioso. No quiero que se me muera antes de tiempo.

El tipo, resignado, deja caer la mano, después me echa una mirada severa y finaliza, para mi mayor vergüenza, diciendo:

—¿Estabas susurrándome al oído utilizando un lenguaje muy raro?

—En absoluto, capitán, señor...

—No he entendido ni la mitad de toda esa palabrería de película que has usado. ¿Por qué lo has hecho? —pregunta en voz baja, mientras yo me quedo plantada en medio de la habitación como un pasmarote—. ¿Tienes por costumbre colarte en la habitación de un hombre sin antes llamar a la puerta y susurrar cosas sin sentido?

—Vos no imagináis lo que...

—Pobrecita. —Me mira con lástima—. Imagino que te estarán tratando eso, ¿verdad? No te preocupes, no le diré a nadie que te has colado en mi habitación, pero no vuelvas a hacerlo. Y ahora, si eres tan amable... —Señala la puerta con un dedo.

«¿Cree que soy medio lela?», me pregunto horrorizada. ¡¿Yo?!, que tengo un coeficiente de inteligencia de 145. ¡¿Yo?!, que soy medio oriental.

—No soy tonta, sabéis..., perdón, sabes. Vivo aquí. Esta es mi... En fin, me paseo por donde me da la real gana y no tengo por qué dar explicaciones a nadie.

Ignoro al hombre que está evaluándome con la mirada mientras, desmoralizada, aprovecho la ocasión para echarle un vistazo a la habitación, mi habitación. Me quedo con las ganas de soltarle que ya puede ir levantándose, que este reducto de paz es mío y que yo no me cuelo en habitaciones ajenas por muy bueno que esté el que la ocupa.

Antes de que pueda reaccionar, se incorpora y me tiende una mano.

—Me llamo Carlos. —Mantiene la mano extendida esperando que se la estreche—. ¿Y tú eres...?

—Sí..., soy yo —confirmando asintiendo con la cabeza.

Con una sonrisa, baja el brazo y, ajustándose la sábana a la cintura, se levanta y se planta delante de mí.

—No entiendo una cosa —dice sin borrar la sonrisa de la cara—. Si eres tan tímida y aseguras ser normal... —no parece muy convencido de esto último—, ¿cómo es que has entrado en mi habitación sin siquiera llamar a la puerta? Podrías haberme pillado en una situación comprometida.

Por la calma y la tranquilidad con que lo dice, cualquiera diría que está más que habituado a que lo pillen en situaciones comprometidas. Lo que no termino de entender es a qué llama él una situación comprometida, porque más comprometida que saquear, violar, arrojar a inocentes por la borda y pillarle a punto de desflorar a una Margaret muy dispuesta a que la desfloren cuantas

veces haga falta... —en ese aspecto, Margaret tiene un aire a Lolita—.

—Sí..., ejem... Tienes razón... Toda la razón... Cierto...

—¿Entonces...?

—¿Entonces qué?

—¿Qué haces aquí?

En lugar de contestar con la verdad, busco una excusa a toda prisa.

—Me manda Mooni. He traído toallas limpias.

—Ya tengo toallas limpias. —Señala con la cabeza el cuarto de baño—. Me he duchado y las he usado hace un rato.

—Precisamente por eso —replico con voz ligeramente aguda, intentando buscar otra buena excusa—. Esas deben estar húmedas y hay que cambiarlas.

Parece que la sencilla a la par que creíble explicación de por qué me encuentro en su habitación tampoco le convence. Sin mediar palabra, da media vuelta y se encamina a paso ligero hasta el cuarto de baño.

Mientras intento por todos los medios encontrar la manera de decirle qué soy y por qué estoy donde estoy, su voz grave y profunda reverbera a través de la pared del baño.

—Yo no veo toallas secas por ningún lado.

—Eh..., ya..., ejem..., es que... se me han olvidado —digo, antes de dar media vuelta con la intención de salir corriendo y volver a intentarlo en otra ocasión más propicia, por ejemplo, cuando las neuronas me funcionen mejor. O cuando no me importe darle un susto de muerte.

—¡Un momento! —Me detiene interponiéndose entre la puerta y yo, todavía envuelto con la sábana de cintura para abajo—. Cuando una mujer se cuele en mi habitación, lo hace por algo.

—Sí... Es posible... —Y ya no sé qué más decir.

Empieza a desenrollar la sábana, imperturbable, y a mí se me empieza a acelerar el corazón, muy perturbada.

Fijo la vista en su entrepierna.

Atónita, compruebo que ahí abajo hay vida.

Oh, Dios mío, ¡vaya con el vejestorio salido!

Y hablando de salir... Tengo que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Da un paso en mi dirección.

Reculo en dirección contraria.

—No tengas miedo —susurra con voz hipnótica.

—Tal vez en otra ocasión —contesto, desesperada.

—¿Qué mejor ocasión que esta? —replica rápidamente.

«¿Una en la que disponga de un cuerpo sólido y dispuesto?», pienso con sarcasmo.

Bajo de nuevo la vista y veo que algo se sacude.

¡NO! ¡NO! ¡NO!

Antes de que me dé tiempo a darme cuenta de lo que piensa hacer, alarga una mano y me acaricia la mejilla.

Me atraviesa con la misma facilidad con que se me espachurrean las malditas tomateras.

—¡Joder! —exclama, antes de dar un salto hacia atrás y mirarme con los ojos como platos (él sí puede ponerlos como platos)—. Esto es un sueño, ¿verdad? Todavía estoy durmiendo. Ya sabía yo que el *jet lag* me iba a pasar factura. —Me evalúa con la mirada—. Sí —afirma para sí mismo—, yo nunca sueño con... —me vuelve a echar otra mirada especulativa— jovencitas orientales... tan menudas..., tan...

Le miro con tristeza, pensaba que este sería diferente, que miraría más allá de un físico espectacular. Que miraría mi alma: más a la vista no puede estar.

No hago caso a la ligera punzada de decepción que suscita ese comentario tan poco oportuno; seguramente no lo ha dicho con ánimo de ofensa —lo que no significa que no lo haya hecho—.

—No tienes *jet lag*. Y si vuelves a ponerme una mano encima, se te pudrirá y se te caerán los dedos uno a uno.

Reconozco que no ha sido la mejor de las presentaciones, y dista mucho de la idea de seducción que me había propuesto en cuanto le he visto los hoyuelos que rematan su increíble espalda, pero... ya no soy la Willi de hace doce días. La Willi de antaño murió junto a unas cuantas gallinas. La Willi de ahora es un poco cabronaza: gajes de ser un fantasma errante.

—¿Quieres decir...? —Carlos se detiene a media frase y se pasa la lengua por los labios, pensativo—. ¿Quieres decir que no eres de carne y hueso, que eres una alucinación?

—Sí... No... Es posible. No, no; una alucinación seguro que no.

Ojalá no hubiera preguntado. ¿Y ahora qué le digo?

—Aclárate, ¿sí o no?

—¿A ti qué te gustaría que te dijera?

Tampoco ha sido una de mis mejores preguntas, pero... ¿qué quieres que te

diga? Estoy un pelín nerviosa.

—Conque desaparecieras, me daría por satisfecho.

Con total seguridad que se va a llevar un chasco de los gordos.

—Verás..., yo soy... soy... —De pronto recuerdo la noche que conocí a Tommi. Su atípica presentación: «Soy tan anciano como el roble más viejo que crece en esta finca, y tan joven como aparento»—. Soy tan etérea como imaginas y tan real como... como... como aparento.

Me mira como un padre al profesor de su hijo cuando le está diciendo que la inteligencia de su niño brilla..., pero por su ausencia.

—¿De verdad eres un espíritu? —pregunta con cierto deje de incredulidad en la voz. Está bien, con muchísima incredulidad en el tono de su voz. Con la incredulidad chorreando a raudales por cada poro de su cuerpo. Levanto el pulgar en señal de afirmación—. Lo siento —dice con un leve suspiro.

Pero es evidente que no lo siente en lo más mínimo.

Muy en el fondo, tenía la esperanza de que me aceptaría, que no saldría por la puerta gritando como un enajenado, aunque realmente no acabo de creerme que haya sido tan sencillo convencerle de mi permanente estado etéreo. Soy un espíritu. Un concepto difícil de asimilar a las primeras de cambio. Compongo una sonrisa de oreja a oreja. A partir de ahora todo va a ir a mejor, seguro que mi carrera contrarreloj hacia la meta de la verdad y la justicia cobra, sin lugar a dudas, un merecido impulso.

Miro a Carlos, aún con la sonrisa puesta, y veo que da media vuelta, se mete en el baño sin decir palabra y al cabo de tres minutos reaparece vestido con unos vaqueros y una sencilla camiseta color azul marino de manga larga.

Espero.

Pasa junto a mí y sale al pasillo.

Sigo esperando.

Recorre el pasillo y baja las escaleras a toda velocidad.

Parpadeo perpleja y continúo esperando su regreso.

Oigo que Mooni le pregunta que adónde va con tantas prisas.

Sonrío de nuevo, ilusionada, el corazón palpitante y el alma rebosante de gratitud, pensando que mi antiguo pirata sanguinario, reconvertido en paladín de la justicia, se ha tomado su misión muy a pecho. Y eso que todavía no me ha dado tiempo a explicarle de qué va la cosa.

—Al supermercado. ¡Y a la iglesia más próxima! —oigo que contesta a voz en grito.

—¿Y para qué necesitas una iglesia? —inquire Mooni, realmente interesada.

—En las iglesias hay agua bendita.

Empiezo a caminar hacia la escalera como una autómata. Mi mente procesando poco a poco...

—¿Y para qué quieres agua bendita?

Sí, eso mismo me pregunto yo, ¿para qué necesita agua bendita?

—Necesito con urgencia un par de sacos de sal y unos cuantos litros de agua bendita.

—¿Ha ocurrido algo... inusual y totalmente fuera de lugar que yo deba saber?

Los pelos se me empiezan a poner de punta.

—¿Olivia, tú crees que el *jet lag* provoca alucinaciones?

—¿Quién te ha dicho semejante tontería? —pregunta Mooni con un ligero matiz de irritación en la voz.

—Así que... ¿no crees que haya perdido la cabeza y sufra alucinaciones?

—Por supuesto que no —contesta, más irritada aún—. Cuando coja al que te ha puesto tan nervioso se va a enterar de quién es Mooni. —Hace una pausa intimidante, que cumple al cien por cien con su función y me intimida.

—No me tomes por loco, Olivia. —En la voz de Carlos aflora, de repente, un sentimiento de inseguridad—. Pero estoy seguro de que un fantasma chiflado se ha colado en mi habitación. Necesito sal, agua bendita y..., y unos cuantos ajos tampoco me vendrían mal del todo. ¡Maldito espectro de mierda!

Ya con el proceso mental completado, ahogo un grito de impresión al mismo tiempo que me llevo una mano a la boca. Esa manera de abordar el fenómeno de los seres incorpóreos me parece a todas luces demasiado grosero y fuera de lugar. Y además no entiende nada de nada, el agua bendita y la sal son para ahuyentar a los espíritus malignos y los ajos para los vampiros. ¡¡¡Y yo no soy ni una cosa ni la otra!!!

Saber que no se ha tomado la noticia con tanta serenidad como creía me duele y me indigna. Bajo el tramo de escalera que me separa de ellos, arrepintiéndome de no haber sacado las cadenas a pasear. Me planto entre los dos dispuesta a dar todo tipo de explicaciones, pero no me da tiempo: Carlos acaba de pegar un brinco. Y no de alegría, precisamente; el susto es lo que le ha obligado a alejarse de mí como de una enfermedad contagiosa.

Le lanzo una mirada sombría. Menudo paladín.

—No hace falta que te vayas tan lejos, no soy contagiosa ni muerdo.

Parece demasiado ocupado mirándome con recelo, porque no se ha percatado de que Mooni le mira mal mientras se acerca a mí con espíritu consolador.

—Willi, cariño, ¿qué te ha hecho este desaprensivo?

—Me ha llamado espectro de mierda —susurro con dolor.

Mooni se gira y media entre nosotros.

—Pero ha sido sin querer, ¿verdad?

Carlos me lanza una mirada fría. Tan fría que noto como el corazón se me calienta y la frente se me perla de sudor.

—Me ha dado un susto de muerte —replica enfadado, como si fuera culpa mía ser un ectoplasma—. ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no he hecho nada —le digo con cierto nerviosismo—. Yo... yo... soy así.

Con total seguridad que como intente tocarme otra vez, sale corriendo por la puerta gritando como un poseso y no volvemos a verle el pelo.

—¿Qué ocurre aquí, Olivia? —pregunta mientras el sudor le empapa todo el cuerpo.

A Mooni le debe parecer que murmurar y farfullar es la mejor de las contestaciones.

—Mooni —le susurro intimidada—, deja de farfullar y contéstale de una vez.

—El cuerpo terrenal de Willi anda por un lado y su espíritu por otro. ¿Sabes lo que eso significa, no?

A Carlos también le debe parecer que murmurar y farfullar es la mejor de las contestaciones.

—Hummm.

—Hummm.

—Hummm, hummm.

—Una conversación muy amena y repleta de matices, pero ¿qué hay de mí?

—Y... tu cuerpo... —Carlos levanta una mano e intenta acariciarme el brazo. Lo atraviesa como si de humo se tratara. Deja caer la mano con rapidez, pálido y conmocionado—. ¿Tu cuerpo sigue vivo?

Asiento con la cabeza.

—¿Y dónde está?

—Lo siento, pero no puedo decírtelo.

Le lanza a Mooni una mirada desconcertada antes de dirigirse a mí de nuevo.

—¿No puedes o no quieres?

—Ninguna de las dos cosas —replico con deje satisfecho—. A ti te lo voy a decir después de que hayas intentado matarme.

—¿De qué hablas?! —Parece que se le ha pasado el susto y ahora está cabreado—. ¡No te había visto en mi vida!

—Willi... —interviene Mooni, que hasta ahora permanecía a la escucha—, Carlos acaba de llegar, es imposible...

—Mírame bien a los ojos, pirata sanguinario —reclamo su atención—, y dime qué ves.

Sin demostrar sorpresa por mi arrebató, se inclina y me sostiene la mirada un buen rato. Tanto que empiezo a pensar si no se me habrá metido algo.

—¿Perico? —pregunta, con un brillo de reconocimiento en los ojos, antes de estallar en carcajadas—. ¿Tú eres Perico?

—Y el polizón que tan despiadadamente mandaste arrojar por la borda —le recuerdo fríamente—. Me ahogué, o me hubiese ahogado si no estuviese ya...

—Eleva las cejas al aire—. Ya sabes lo que quiero decir —le interrumpo antes de que lo haga él—. Me abandonaste en medio de un océano embravecido, intentando llenar los pulmones de aire y no de agua, y con muchísimo frío.

Vuelve a estallar en carcajadas e intento fulminarlo con la mirada. Y lo habría conseguido si no mantuviera los ojos cerrados.

Mosqueada, me giro hacia Mooni.

—Verás, Mooni, mandó que me arrojaran por la borda en medio de la peor tormenta que te puedas imaginar. —Me llevo una mano al cuello, echándole un poco de teatro—. Me ahogué en un océano negro y profundo. Y él... —le señalo con un dedo acusador— ni siquiera pestañeó cuando le dio la orden a un hipopótamo con problemas de halitosis.

Mooni suspira hondo y hace amago de reprimir una sonrisa. No lo consigue.

—Era un sueño —se excusa Carlos—. Nada premeditado.

Pienso un momento qué debo contestar a eso y llego rápidamente a la única conclusión a la que cualquiera llegaría.

—Sí, ya, pero había un alto grado de intencionalidad. Tan alta era la intencionalidad que me mandaste arrojar por la borda. Mira si tenías malas intenciones —sentencio con el ceño fruncido.

—¿Acaso eras una abogada de pacotilla en tu otra vida? —replica con perplejidad.

Pongo los ojos en blanco. ¡Señor, dame paciencia!

—Ni era abogada, ni tenía otra vida, sigo...

—Sí, vale, todo eso está muy bien pero ¿quién es Perico? —se apresura Mooni a interrumpirme.

—¿Eso es lo único que te importa? ¿En serio?

—Ya te advertí que no te entrometieras en sueños ajenos.

—No sabía que estaba loco. Ni que me iba a arrojar por la borda con muy mala hostia.

Suelta una carcajada que la dobla por la mitad y, haciendo caso omiso de mi intensa mirada y mi mejor mueca de cabreo, le da un codazo a Carlos en las costillas, en plan colegas de toda la vida, y le guiña un ojo.

—Yo también la habría arrojado por la borda en más de una ocasión si hubiese tenido un barco a mano —dice Mooni con una sonrisa beatífica—. Mira que puede llegar a ser plomo.

Ahogo una exclamación de indignación.

—Perdona —la contradigo—, pero yo no soy ningún plomo. Y no hace falta ser muy listo para comprender el intelecto privilegiado de algunas personas. La inteligencia de una persona se mide según el grado de insistencia que dedique a ciertos asuntos de relevancia tales como...

—Eso no tiene importancia —me interrumpe Carlos. Lo que me obliga a ahogar otra exclamación y llevarme la mano a la boca de nuevo—. Lo verdaderamente importante es que me confirméis que esto es real y no un programa de esos de la tele donde denominan «broma» a tomarle el pelo a la buena gente y, si es así, que me digas dónde estás y en qué puedo ayudarte.

No es la primera vez que menciona mi paradero, y aunque el significado se me antoja bastante enigmático, no pienso decírselo. No sé si puedo confiar en él. Y menos, dada su poca predisposición a creer en fantasmas. Además, me ha llamado pesada sin motivo aparente, sin razón, sin conocimiento de causa justificada...

—La razón por la cual no podemos decirte nada —interviene Mooni— está entrando por la puerta en este preciso momento.

Al reconocer a quien entra por la puerta, en este preciso momento, me mareo ligeramente. Después me alegro de haberlo hecho, porque eso significa que mi cuerpo empieza a reaccionar a estímulos externos. A continuación, me acuerdo de todos los antepasados de Margaret porque veo que no viene sola: la acompaña un policía pelirrojo, al que le sobran un par de loras a la altura de la cintura, uniformado de azul y libreta en mano.

Impresionante, acaba de entrar como si fuera ya la dueña del lugar y se planta en medio del salón. Y el silencio nos envuelve como la bruma envuelve los pantanos de Luisiana.

Carlos mira a Margaret. Margaret mira a Mooni. Mooni me mira a mí. Yo miro a Carlos. El policía mira a Carlos. Carlos le devuelve la mirada. Margaret mira a Carlos. Yo fulmino a Margaret. Mooni me fulmina a mí. Carlos mira a Margaret. Margaret mira a Carlos y yo regreso al sueño y la recuerdo, desnuda y muy dispuesta, sobre una inmensa cama de peli porno, y me pregunto con incredulidad: ¿en serio andaba presta a amancebarse con el hombre que mató a su perro?

—Buenas tardes —saluda el policía bajo la atenta mirada de Margaret—. Soy el agente Toffee y estoy a cargo de la investigación de la desaparición del cuerpo de la señorita Wilhelmina Nelson. —Hace una pausa para secarse el sudor que le humedece la frente y el labio superior y, después de echarle a Carlos y a Mooni un vistazo de desconfianza, le pregunta a Mooni—: ¿Nombre, por favor?

—Sabes perfectamente cómo me llamo, Andrew, soy tu tía —contesta la aludida desabridamente—. Pasa a la cocina y te serviré una taza de té y un trozo de tarta.

—Tía Olivia, estoy de servicio, no puedes hablarme así —protesta el agente con nombre de caramelo que se te pega a los dientes—. Esto no funciona así.

—Puedo hablarte como me dé la gana. Te he limpiado y calentado el trasero cuando eras un crío y todavía puedo hacerlo como te pongas impertinente. Ese uniforme no me da ningún miedo.

Me guardo mucho de decir que estoy totalmente de acuerdo con ella.

Como las ratas siguieron al flautista de Hamelín, todos seguimos a Mooni. Margaret incluida.

Antes de entrar a la cocina, un cosquilleo me eriza la piel del cuello. Vuelvo la vista atrás solo un instante. Alguien nos observa, no me cabe ninguna duda. Alguien que acecha tras las sombras y no desea ser visto. Tal vez se trate de Teresa, Mooni le dejó bien claro que no debe dejarse ver bajo ningún concepto. Pero a saber qué entenderá ella por concepto.

—¿Y bien? Dime cómo funciona entonces —inquire Mooni, una vez ha puesto la tetera al fuego. La estancia huele a asado de patatas y chocolate, y está agradablemente caldeada—. ¿Qué tripa se te ha roto? ¿Acaso le ha pasado algo a tu madre con el cerdo que tiene en casa?

—¡Tía Mooni...! —protesta su sobrino, adquiriendo por completo el color de las zanahorias—. Es una mancha sin importancia, no me ha dado tiempo a cambiarme de camisa.

—No me refería a ti, me refería a Choped.

¿Choped? ¿La madre del caramelo vive con un cerdo que se llama Choped?

—Ya no se llama así, le he cambiado el nombre. Ahora se llama Marinado porque había dejado de comer y no estaba engordando nada.

¿Choped Marinado? No me extraña que el animal dejara de alimentarse. Si le hubiesen gritado al oído, y en el idioma de los gorrinos, para qué lo estaban engordando, no lo habría entendido mejor.

—Muy bien, adelante, ¿de qué se trata? —Mooni se cruza de brazos y espera una explicación.

—Ejem..., ejem... —carraspea el caramelo anaranjado—. No te va a gustar, tía Mooni, pero aquí la demandante —señala con la cabeza a Margaret — ha interpuesto una denuncia para que investiguemos la desaparición de la señorita Wilhelmina. Ejem..., ejem. Desaparición que tuvo lugar durante el traslado del susodicho cuerpo de un centro hospitalario a otro. Dígame, señora Moon, ¿cuándo fue la...?

—Un momento —interrumpe Carlos—, podemos preguntarle a ella misma dónde...

Concentro toda mi energía y le doy un codazo en la boca del estómago que

le corta la respiración y le obliga a doblarse en dos. Lo siento, pero me pongo un poco quisquillosa cuando alguien pretende decirle a mi asesina que soy muy visible y que ando dando vueltas por la casa con la esperanza de averiguar qué se trae entre manos. Porque, vamos a ver, ¿quién me asegura que Margaret no es capaz de desarrollar visión extrasensorial y consigue verme, como por lo visto hace todo el mundo? ¿Quién me asegura que, una vez me haya echado el ojo encima, no conoce algún conjuro para hacerme desaparecer del todo? ¿Quién me asegura que una vez me haya hecho desaparecer del todo, podré regresar? ¿Eh? ¿Quién me lo asegura?

Me giro a toda prisa para no ver la cara de desconcierto de Carlos. El codazo le ha pillado desprevenido. Ni que decir tiene que a mí también. No es que tenga por costumbre andar atizando golpes a la gente entrometida. Si cuento el capirotazo a Margaret, es la segunda vez en mi vida que lo hago.

Como le coja el gusto, ¡tiembla, mundo, que viene Willi!

Y al contrario de lo que creía, no me molesta un poco de violencia. Me molesta mucho más tener a un policía en mi cocina. Eso solo puede ocasionar problemas.

Y el problema de tener a un policía haciendo preguntas, que no le incumben para nada, es que a lo mejor tiene suerte y descubre mi cuerpo inerte, pero no por ello menos receptivo al dolor, durmiendo plácidamente en el cuchitril en el que me han ubicado. Así pues, decido que, a grandes males, grandes remedios.

—Deshazte de ella ahora mismo —le ordeno a Carlos en un susurro que no me molesto en hacer pasar como tal—. Es arriesgado tenerla aquí.

—¿Para quién es arriesgado? —murmura moviendo los labios.

—Para... Para... Para ti.

—¿Para mí? —vocaliza en completo silencio, intrigado y confundido—. No lo entiendo, ¿por qué puede ser arriesgado para mí?

—Podrían acusarte de... de... de... de inducción a la prostitución.

Me mira con el rostro pálido y desencajado, después le echa un ligero vistazo a Margaret, que está soplándole al agente Caramelo todo lo que tiene que preguntar. Mientras escucha, su expresión oscila de inquieta a aliviada y de aliviada a divertida. Una combinación encantadora que se multiplica por tres en el momento en que se pasa una mano por el pelo y me lanza una sonrisa.

Una sonrisa tan especial que la temperatura en la cocina sube unos cuantos

grados. Una sonrisa tan sensual que tardo unos cuantos segundos en recuperarme de la impresión y conseguir devolvérsela. Una sonrisa a la que no me costaría nada acostumbrarme.

Margaret, que parece estar a la que cae, le dedica otra sonrisa. Una sonrisa tan sensual que tardo unos segundos en recuperarme de la impresión. Una sonrisa que no me costaría nada borrarle de un guantazo. Es tan asquerosa que me descubro preguntándome qué se sentirá si la saco a rastras por su maravillosa melena pelirroja y, después de arrojarla sobre el camino de gravilla, le paso por encima con el coche del agente Toffee tres o cuatro veces.

—Acompáñame, Margaret. —Carlos la sujeta con galantería por un brazo y, sin esperar contestación, la insta a que le acompañe mientras yo sigo regodeándome en mis gratificantes ideas homicidas—. Vamos a dar un paseo por toda la casa. No creo que esa tal Willi se encuentre aquí —dice, señalando la puerta—. La señora Moon no sería capaz de cometer semejante locura, ¿verdad, señora Moon?

Se queda mirándome fijamente, como si fuera la primera vez que me ve. No sé lo que puede pasarle por la cabeza, pero de pronto me siento cohibida al imaginar el aspecto que debo ofrecer comparada con Margaret, con mi pelo apuntando en todas direcciones y un corte en la sien derecha. Aparta la vista, luego se vuelve hacia mi asesina y con seriedad y ternura le ofrece un brazo, cual caballero andante, y salen juntos al salón.

No pierdo ni un segundo y me coloco tras ellos, como buen fantasma acosador que soy. Van caminando despacio. Me fijo en Margaret, que mantiene una entretenida charla con Carlos. Lo hace con naturalidad. Ni el más mínimo atisbo de culpa.

—¿Por dónde te apetece que empecemos a buscar a la misteriosa chica desaparecida? —Me pongo en tensión al escuchar a Carlos.

Ella no contesta; prefiere dedicarse al sutil juego de las miradas. Esas miradas llenas de pestañeos coquetones que las mujeres reconocemos a una legua. Esas miradas que los hombres no se dan ni cuenta de lo que quieren decir. Esas miradas que Carlos sí reconoce. Esas miradas que él sabe devolver tan bien como las recibe.

—Un momento, señores. —La voz autoritaria del Caramelo Pegajoso interrumpe el intercambio de miradas pegajosas. Suspiro aliviada—. Yo soy el agente al mando, por lo tanto, es responsabilidad mía dirigir esta investigación y encabezar la comitiva en busca de la dama desaparecida.

Carlos compone gesto de sorpresa y asiente con la cabeza. Al pasar el agente encargado de dirigir la comitiva por su lado, le pregunta:

—Yo no entiendo mucho de los entresijos de los traslados hospitalarios, pero ¿no hay que firmar en algún lugar reconociendo el recibo del... enfermo o del cadáver o de lo que sea?

—Pues sí, señor arquitecto —contesta Toffee, muy ufano—, precisamente por eso estamos aquí. La firma que aparece en la entrega de la casi difunta es la suya.

Dejo de prestarle atención a Margaret. Estoy más que lista para salir corriendo. ¿Cómo reaccionará cuando vea que, efectivamente, la firma que aparece en los papeles es la suya, pero ligeramente falsificada?

Naturalmente, que la firma de Carlos aparezca en los papeles no es ninguna casualidad. Al preparar el plan de fuga, nos pareció lo más apropiado. Al fin y al cabo, tiene nombre español y apellidos españoles. El hecho de que la ambulancia encargada del traslado del «paquete», como tan hábilmente se empeñaron en llamarme, no apareciera por el centro hospitalario al que me trasladaban nos pareció un asunto preocupante. Sobre todo teniendo en cuenta que «el paquete» necesitaba atención médica inmediata. Mooni decidió que así estaban las cosas, hasta que se le ocurrió falsificar la firma de Carlos haciéndolo pasar por un pariente mío que, intranquilo, reclamaba el cuerpo para prestarle toda su atención en otro centro hospitalario.

—Además —dijo Mooni—, ¿quién va a denunciar tu desaparición si los ladrones somos nosotros?

Pues... ¿los que quieren deshacerse de mí?, por ejemplo.

La problemática de «No pasa nada porque falsifiquemos su firma» nos está suponiendo una hora de tiempo perdida entre gritos de indignación y aportaciones documentales con el fin de contrastar las distintas rúbricas.

Ando de un lado a otro dando pasitos cortos y saltitos nerviosos, y nadie me hace caso excepto Mooni y Carlos. De pronto, entre saltito y saltito, una idea brillante se abre paso en mi cabeza.

—Dile a tu sobrino que quizá el secuestrador tenga alguna relación del tipo «Te odio con toda mi alma» con Carlos y por eso ha falsificado su firma, para que él se coma todo el marrón.

—¿Y a qué universidad dices que fuiste? —murmura Mooni.

—A la de «Díselo o te veo entre rejas».

—Andrew, querido, ¿no se te ha ocurrido pensar que tal vez, solo tal vez,

esto se trate de un complot en contra de nuestro buen amigo el arquitecto? — sugiere una temblorosa Mooni.

Los ojos del agente se estrechan hasta convertirse en una fina ranura y después hace la pregunta decisiva:

—¿Acaso piensas que soy tonto?

—No, por supuesto que no... —intenta disculparse Mooni.

—Justo acababa de llegar a la misma conclusión que tú, pero no me has dado tiempo a exponerla, tía Mooni. No vuelvas a reventarme las ideas, que aquí el agente al mando soy yo —se queja su sobrino.

—Tienes toda la razón, querido.

Una vez resuelto tan agudamente el peliagudo problema de la firma falsificada, la comitiva, dirigida tan eficientemente por el agente Toffee, va recorriendo la casa habitación por habitación. Desde la planta baja hasta el ático, no dejan mueble por mover ni cortina por apartar ni alfombra por levantar. Yo les sigo, rogando porque no se les ocurra asomar la nariz por debajo del hueco de la escalera. Durante el trayecto, noto que Margaret se ha quedado atrás con la excusa de que necesita ir al baño.

—Necesito ir a la *toilette* —es como ha definido exactamente ir a vaciar la vejiga.

Al terminar con el interminable recorrido, el agente Caramelo se detiene frente a la puerta principal con la intención de marcharse. Lanzo un suspiro de alivio, Mooni también lanza un suspiro de alivio y Carlos hace otro tanto. Margaret sigue sin aparecer por ningún lado. Probablemente las aguas menores hayan derivado en aguas mayores y está retrasándose más de lo que pensaba. Me alegro por ella. Si ha utilizado el baño de Carlos, me alegro más todavía.

—Parece, señores, que aquí no hay ningún cuerpo huido. —El agente Toffee se rasca la cabeza y no sabe qué más decir—. Lo más prudente será que sigamos todas las pistas a nuestro alcance y peinemos los campos en busca del cuerpo desaparecido de la señorita Willi.

La comitiva al completo salimos al jardín delantero. Ya está oscureciendo. Para mi sorpresa, me llega el olor de las flores y la hierba recién cortada. Me acerco a las azaleas con la esperanza de aspirar su aroma. Una esperanza pequeña y casi perdida, porque las azaleas no huelen a nada. Pero yo lo intento.

Levanto la vista y el sonido de los truenos y la visión del cielo encapotado

me retrotraen a la noche de mi casi defunción. Fue la última noche despreocupada de mi vida. La última noche que pude sentir algo. El estómago me da un vuelco al recordar el olor a sangre caliente —mi sangre, para ser más precisa— y a paja plagada de cagadas de gallinas.

Solo espero que tanta alteración emocional dé sus frutos a no tardar mucho. Y también espero que cuando despierte, Carlos continúe por aquí y podamos dar un paseo por los campos cubiertos de flores y, si es posible y no es pedir mucho, podamos chafar unas cuantas en un arrebato de lujuria incontrolable. Me lo imagino posando su deliciosa boca sobre la mía. Paseando esas manos hábiles sobre mi cuerpo tumbado. Tumbado como se encuentra ahora, no. Eso sería muy raro. Parecería más un acto de necrofilia que un acto de amor.

Después de recorrer unos cuantos kilómetros a pie por casi toda la extensión de la finca, Mooni parece cansada. El concienzudo agente Toffee se ha empeñado en mirar debajo de cada piedra del puente, debajo de cada seto, debajo de cada boñiga de vaca y, cada vez que pasamos por debajo de algún árbol, levanta la vista e inspecciona la copa del susodicho árbol como si fuera lo más normal del mundo encontrarse un cuerpo exánime colgando de alguna rama. Cuánto daño han hecho las leyendas urbanas.

—¿Tú qué piensas? —me pregunta Carlos en voz baja.

—Que no me va a encontrar.

—Muy graciosa. —Me regala una de esas sonrisas por las cuales seguro que mi cuerpo ha babeado un poquito—. Pero yo me refería a qué piensas de él.

—Humm. —Me encojo de hombros—. Bueno, es pelirrojo, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ya se sabe lo que pasa con los pelirrojos.

—No te entiendo. ¿Te importaría ser un poco más clara?

Si fuese más clara, me transparentaría del todo.

—Los genes mandan. El ADN de los pelirrojos es distinto al de los demás mortales —digo con seguridad.

—De acuerdo... —contesta sin tener la más remota idea de a qué me estoy refiriendo.

—Mira, los pelirrojos son concienzudos. —Le señalo al agente Caramelo, que en estos momentos está metido dentro de una zarza—. Cuando se les mete algo entre ceja y ceja no cejan en su empeño hasta que se salen con la suya (lo que me recuerda que Margaret es pelirroja y no se dará por vencida hasta

liquidarme). Son autoritarios. —Le señalo de nuevo al agente, que no puede desprender la manga de la camisa que se le ha quedado enganchada en la zarza y está dirigiendo su propio rescate a grito pelado—. Y... tienen poca tolerancia al dolor. —Y, por tercera vez, volvemos la cabeza hacia el agente en cuestión, que lloriquea porque una de las pinchas se le ha clavado en un brazo.

—¿Esa teoría también es aplicable a Margaret y Anthony?

—Por supuesto.

—¿Lo sabes porque eres un fantasma? —Me guiña un ojo con socarronería. Sé que esto le va a pillar por sorpresa, pero...

—Es obvio que a los dos les gusta mandar, eso ya lo has comprobado tú mismo. Como puedes ver, Margaret no nos ha seguido, por lo tanto no soporta ni una ligera caminata que pueda ocasionarle ni la más ligera rozadura en sus cuidados y ligeros pies. Y, por último, han intentado matarme y lo intentarán de nuevo. —Lo miro a los ojos con dureza—. ¿Por qué crees si no que me están buscando con tanta insistencia?

Después de tropezar con una piedra, mirarme como si me hubiera vuelto loca, recomponerse rápidamente, volver a mirarme como si hubiera visto un fantasma y dar un traspie que casi le hace caer de cabeza al río —de seguir así lo veo haciéndome compañía en el cuchitril, lo cual no mina para nada su encanto—, hace un asentimiento seco con la cabeza y me mira sin saber qué decir.

Debo admitir que mientras recorremos en silencio el camino de vuelta a casa, voy un poco preocupada. ¿Y si no me cree? ¿Y si piensa que se ha vuelto loco y enfila derecho hacia el manicomio más cercano? ¿Y si decide quedarse a vivir allí para siempre y lo único que hace es balbucear incoherencias sobre fantasmas orientales y pelirrojos psicóticos?

Justo cuando acabo de descartar todos esos pensamientos negativos —me he propuesto ser optimista y albergar un cierto grado de confianza—, Carlos se vuelve hacia mí esbozando su pecaminosa sonrisa.

—Demuéstrame que eso es cierto, que no estoy loco. Enséñame tu cuerpo.

¡Ja! ¡Qué más quisiera yo! Esa es la única petición para la que no me siento preparada. ¿Y qué puedo contestar? ¿Que no me encuentro en mi mejor momento? Demasiado obvio. ¿Que no me fío de él? Demasiado grosero. ¿Que es, con mucho, preferible contemplar la destrucción del universo antes que contemplarme a mí? Demasiado dramático y catastrófico para mi gusto.

Lo mejor sería que le contestara con la típica mirada ausente y el socorrido encogimiento de hombros, pero algo que veo en el fondo de su mirada me obliga a hacer un ligero asentimiento de cabeza.

—Bien. Tenemos un trato, pues.

Mientras me arrepiento a pasos agigantados de haber cedido, convencida de que hacer tratos con desconocidos es como hacerlos con el sol abrasador del desierto a mediodía —siempre sales achicharrada—, un grito espeluznante nos obliga a aligerar el paso bajo las eficientes órdenes del agente Caramelo.

—¡Corran, corran todos ustedes! Es obvio que alguien intenta matar a la muerta y la pobre mujer está pidiendo ayuda a gritos.

Pienso que, pese a la disparatada conclusión del agente al mando, echar a correr es una buena idea. Salgo a la carrera por entre la verde campiña, me paro, espero y miro hacia atrás para comprobar que a los demás les parece tan buena idea como a mí. Justo en ese momento me adelanta Carlos, seguido de cerca por el agente al mando.

—Andrew, por el amor de Dios, ¡piensa un poco! —resuella Mooni—. ¿Cómo va a gritar la señorita Willi si está en coma profundo?

—¡Y más profundo que va a estar! —grita Andrew, mientras estira el cuello para tratar de ver más allá de uno de los muretes cubiertos de musgo que abundan por toda la propiedad. No puedo evitar desear que ojalá tropiece con él y pierda el conocimiento; así, tal vez, deje de calentarnos la cabeza con sus disparatadas suposiciones—. Puede haber recobrado el conocimiento y alguien, extraño y ajeno a la investigación, pretenda sumirla de nuevo en el más absoluto de los silencios —advierte, al tiempo que salta olímpicamente un matorral.

—¿Y por qué querría alguien hacer eso? —pregunta Carlos, enarcando las cejas con gesto interrogante, mientras salta con agilidad el mismo matorral.

El agente Andrew lo fulmina con la mirada y lanza un gruñido; por un instante, me acuerdo de su cerdo.

—¿Para qué si no? Para adelantar tiempo, señor mío —aclara con poca o ninguna lógica.

El señor mío levanta una ceja en señal de contestación.

Debatiéndome entre echarme a temblar, echarme a reír o echar a correr, opto por la tercera opción. En realidad, todos aceleramos el paso; de hecho, deja de ser una carrera de fondo para convertirse en un *sprint*.

«Contrólate, Willi, contrólate —me digo a mí misma—. Margaret no puede

haberte encontrado. Además, Teresa está contigo, no dejaría que te hicieran ningún daño».

¡Teresa! ¡OH, DIOS MÍO!

Carlos va en cabeza. Le sigue de cerca Mooni que, a pesar de no ser tan joven y fuerte, no sé cómo se las apaña para seguirle el ritmo. Es un milagro que no haya consumido ya todo el oxígeno de la atmósfera.

Al llegar me detengo frente al umbral. No me atrevo a poner un pie en la casa. ¿Y si Margaret me ha encontrado y me ha rematado?

—¿Le importa? —Con un contundente empujón, Carlos desplaza medio metro al agente Caramelo, que acaba de llegar echando el bofe, y se adentra en la casa. El agente, que no quiere sentirse desplazado, le da un empujón a Mooni, pero esta, sin dejarse amilanar, se lo devuelve amplificado y, apartándolo a un lado, entra corriendo detrás de Carlos.

Se produce un gélido silencio.

El color se me borra de la cara.

¡Ay, no, esto sí que no!

Me encantaría poder decirte que una sonrisa cariñosa y sincera de hermana cruza lentamente mi cara, pero mucho me temo que te estaría mintiendo. La verdad es que acabo de quedarme plantada en medio del salón, notando cómo la visión se me nubla.

Al cabo de unos largos y turbadores segundos, consigo enfocar la vista calibrando mi mala suerte, y a mi hermana, que en estos momentos se encuentra enfrascada en un encarnizado cara a cara con Margaret. Aprieto los dientes y reprimo las ganas de darme de cabezazos contra la pared más próxima. ¿Se puede saber qué hace aquí? ¿Y se puede saber por qué siempre tiene que ir armando gresca? ¿Se puede saber por qué el agente al mando no ha insistido en seguir levantando boñigas unos cuantos días más?

Lanzándole a Mooni una mirada asesina, a la que ella replica con un encogimiento de hombros y una proyección del labio inferior, me dispongo a contemplar el espectáculo. Por lo que parece, va ganando María Dolores, y no me extraña nada. Margaret no sabe cómo se las gasta mi hermana.

Carlos, Mooni y Andrew observan la dantesca escena con la boca abierta. Yo, por el contrario, mantengo los dientes tan apretados que me rechinan. Respiro hondo y, ahogando un gemido de frustración, me apresuro a ponerme a cubierto detrás del sofá. Tengo muy claro que cuando empiecen a volar las bofetadas no quiero que me pille en medio del fregado. Después me lo pienso mejor y me siento sobre el respaldo. Para disfrutar de un buen combate, nada como la primera fila. Por muchas bofetadas que vuelen y por muchos objetos que se lancen, yo soy inmune a los golpes.

—¡Eres una asesina! Eso está más claro que el agua. Solo hay que verte el careto.

Espantada ante las palabras de mi hermana, que no ha cambiado nada durante el año transcurrido, achico los ojos y me fijo bien en las contrincantes.

A mi derecha, Dolores, que, con veintidós años, un metro setenta de altura,

cincuenta y seis kilos de peso, ojos azules y una impresionante melena rubia, cuenta en su haber con tres matrimonios destrozados, un sinfín de corazones rotos y una educación forjada a base de alcohol y drogas en los bajos fondos neoyorquinos, sin olvidar un ego y una seguridad en sí misma del tamaño de Arkansas.

A mi izquierda, Margaret, con sus buenos treinta y pico años y también un metro setenta de altura, unos... —sin ánimo de ofensa— setenta u ochenta kilos de peso y una pasable media melena bermeja, cuenta en su haber con muy mala leche y un intento de asesinato.

—¡Dale, Dolores, dale fuerte! —digo sin pensar, en un arranque barriobajero.

—¿Dónde está mi hermana, asquerosa? ¿Qué le has hecho? —María Dolores agarra a Margaret de la blusa y la zarandea.

—Pero si no sé ni quién es tu hermana, loca de atar. —Margaret hace otro tanto.

—Soy la hermana de Willi y... —Tironea con fuerza—. ¡Si le pasa algo, te retorceré el pescuezo, zorra! —Los botones de la blusa saltan disparados por todo el salón.

—¡Venga, María Dolores! —la animo, metida ya de lleno en la dinámica del combate—. ¡Tú eres la mejor!

María Dolores sujeta a Margaret por la blusa con una mano, mientras con la otra la agarra del pelo y tira con todas sus fuerzas.

—¡Por favor, que alguien detenga a esta loca! —suplica la despeinada con voz de pánico.

—La hija de una chiva tiñosa plagada de pulgas no sería tan asquerosa como tú.

Vaya, parece que la vida conyugal la ha calmado bastante.

Sorpresivamente, Margaret hace un giro a la derecha y consigue zafarse del agarre, sin perder demasiados pelos, y contraataca con rapidez.

—Tu hermana y tú sois lo más ordinario con lo que me he tropezado jamás.

¡Huyyyy! Qué flojo. Como no les dé un puntito más insultante a las ofensas proferidas, María Dolores va a vencer por KO absoluto.

—¡AGGGR! —exclama mi hermana, antes de lanzarse de nuevo a por los pelos.

—¡No, por favor, la melena no! Que mañana tengo una cita con un dentista.

Margaret aprovecha que mi hermana baja las defensas para atizarle una

patada en la espinilla. Una medida absurda donde las haya, ya que mi hermana es especialista en devolver los golpes multiplicados por dos.

—¡Maldita ballena embarazada de trillizos! —exclama María Dolores enfurecida—. Te vas a enterar —amenaza antes de desgarrarle la blusa de un tirón. Tal cual.

Todo el mundo guarda silencio con la vista fija en la blusa de Margaret. No se escucha ni un carraspeo. Ahora entiendo por qué algunos hombres sienten una fascinación enfermiza por la lucha entre féminas. Es como aterrizar en el cielo.

—¡Te lo digo por última vez y no te lo repito más! ¿Has sido tú quien ha pretendido hacer wan tun frito con mi hermana?

—¡María Dolores! —protesto; la pelea acaba de perder ya toda la gracia.

—¿Wan tun frito? —inquire Mooni, levantando una ceja—. Esa sí que es buena.

Guardo un respetuoso silencio y procuro esbozar una sonrisa despreocupada. Esta noche pienso meterme en los sueños de María Dolores y se va a enterar de quién es la Wan Tun. Perdón, de quién soy yo.

Con los ojos entornados y la mirada clavada en mi rubia y guapa hermana, me pregunto cómo se habrá enterado de mi «accidente» y a qué habrá venido. Hace un año que no nos hablamos. Hace justo un año que se casó con mi novio y se ofendió lo increíble conmigo por no alegrarme por ella. Y, por cierto, ¿dónde estará el afortunado marido que me abandonó por semejante chollo?

—Escúchame bien, pelirroja de bote...

—¡Ahhhh! —grita Margaret ofendida—. No soy de bote, soy natural.

María Dolores detiene el tironeo, tuerce un poco la cabeza hacia un lado y se queda un momento examinando el pelo de su oponente.

—Y una mierda.

—Señoras, por favor —interviene el agente al caso—, dejen de pelearse como dos adolescentes por la misma barra de labios y compórtense como las adultas que son.

Pobre agente Caramelo de envoltorio rasgado por culpa de una zarza campestre.

—¡Tú cierra la boca si sabes lo que te conviene! —le replica mi hermana con voz cortante—. ¿Te crees que por teñirte del mismo color que la momia esta puedes decirme cómo comportarme? —Suelta a Margaret y se acerca con los ojos entrecerrados al agente Toffee que, asustado, da un paso atrás—. ¿O

acaso has sido tú el que ha intentado deshacerse de mi Willi?

—No puede usted hablarme de esa manera —protesta el agente al mando—. ¡Soy el agente al mando de esta investigación!

—Pues, ¿a qué esperas para largarte a investigar de una puta vez?

—¿Le ha dicho alguien alguna vez que se merece unos cuantos azotes? — replica el sofocado agente.

—Muchas veces... —contesta María Dolores con voz sugerente—, pero hoy no vas a ser tú el afortunado que me los dé.

Contemplo, estupefacta, a un estupefacto agente que mira a una estupefacta Mooni, que, a su vez, le lanza una mirada abochornada a una estupefacta Margaret, la cual cambia su cara de estupefacción por un gesto sensual al contemplar a un sonriente Carlos. Respiro hondo y procuro que la reacción de Carlos a las palabras tan desafortunadas de mi hermana no me afecten. ¿De verdad le ha hecho gracia lo de los azotes?

Vuelvo a respirar hondo y procuro ordenar mis ideas. Lo mejor será que le diga a Mooni que mande a mi insolente hermanita de vuelta a Nueva York o adonde sea que viva con su marido. La miro y veo que continúa insultando a trote y moche a los dos pelirrojos. Y me pregunto cómo es posible que esta mañana, sin ir más lejos, hubiera un momento en que la eché de menos.

Es ahora, harta de tanto grito, que decido que estoy cansada de las escenas de mi hermana y que lo mejor que puedo hacer es abandonar la escena. Todavía no he dado ni un paso cuando reconozco que esa idea es poco menos que un espejismo: María Dolores acaba de reparar en Carlos.

Me quedo inmóvil, incapaz de apartar la mirada. Ay, Dios... Contempla a Carlos como si fuera a lanzarse sobre él como un yonqui sobre una jeringuilla de insulina. No creo que lo haga, pero con ella nunca se sabe.

Una pequeña parte de mi mente no quiere pensar en lo que está viendo. La otra parte, la que todavía razona, se concentra en la transformación a ojos vista de mi hermana pequeña. Plantada en medio del salón, muda y asombrada, me percató de unas cuantas cosas.

Primera: ha desaparecido María Dolores y acaba de aparecer Lolita.

Segunda: Margaret lo lleva crudo.

Tercera: yo también.

Cuarta: ¿por qué ha tenido que aparecer Lolita justo cuando encuentro un hombre que empieza a gustarme?

Quinta: por primera vez me alegro de estar profundamente dormida, así no

tengo que competir con mi hermana por nadie.

Sexta: lo llevaría crudo.

Séptima: muy crudo.

Octava: ¿por qué Dios la ha hecho a ella tan bella y a mí tan... tan... Wan Tun?

Novena: lo llevaría crudísimo.

Décima: ¿a qué espera su flamante marido para aparecer y meterla en vereda?

Tras el cambio camaleónico, María Dolores aleja a Margaret con un último empujón y se alisa la blusa de seda, compone sonrisa de presentación y tiende una mano a Carlos.

—Perdona que no me haya presentado como es debido, pero la borracha esta —le lanza a Margaret una mirada de advertencia— se había colado en la que estoy convencida es la habitación de mi hermana (solo hay que ver la cantidad de libros aburridos que hay por todas partes), y estaba tumbada tan pancha sobre la cama mientras se dedicaba a tararear por lo bajo, que por cierto lo hacía peor que una foca loca con problemas fonéticos, frases clichés como «Muerto el perro, se acabó la rabia» o «Amor y muerte, nada más fuerte» o «A la muerte ni temerla ni buscarla, siempre esperarla», con una entonación tan desastrosa que parecía que la estuvieran torturando.

Antes de que pueda procesar quién es el perro y a quién está esperando la muerte, Margaret arremete desde atrás, gritando:

—Arggg, yo no desafino, gané un concurso de talentos.

—De talentos en desuso.

—De talentos de verdad.

—De escasez de talento, diría yo.

—Arggg, si pudiera, te mataría.

—Canta otra vez y seguro que lo consigues.

—Por favor, señoras —interviene de nuevo el agente, con espíritu mediador—, tenemos un invitado. ¿Qué va a pensar de ustedes si se comportan peor que Choped Marinado revolcándose en la poza?

María Dolores frunce el ceño y se queda observando al agente Caramelo con gesto de profunda animadversión, a sabiendas de que el pobre hombre no va a volver a decir esta boca es mía.

—Habéis bordado las tres B: bueno, bonito y bochornoso espectáculo para una noche de primavera, pero ya está bien por hoy, ¿no os parece? —inquiere

Mooni alegremente a la par que fulmina a las dos oponentes con la mirada—. Deduzco que tú eres la hermana pequeña de Willi. —Se acerca y le da dos besos—. Debo admitir que me has impresionado. Una presentación un tanto estrafalaria, la verdad.

—La culpa es de ella —replica mi hermana, cruzándose de brazos.

—De eso nada —replica Margaret, cruzándose de brazos también.

—Bueno, ya está bien —dice Mooni, y hace un gesto apaciguador—. Estamos todos agotados de andar por los campos buscando el cuerpo de tu hermana.

La expresión en la cara de María Dolores se torna angustiada.

—¿Dónde está Willi? ¿Qué le ha ocurrido?

De nuevo perpleja por lo inaudito de la situación: Carlos pasa de ella y se acerca a paso ligero a consolar a Margaret. Le pasa un brazo por los hombros y le susurra palabras cariñosas. No me deja otra elección: le doy un grito que hace que dé un buen brinco. Con una maldición, retira el brazo que mantenía sobre los hombros de Margaret y se me queda mirando con gesto incrédulo y mirada asesina. Y, antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirse, me adelanto y le digo con voz alegre y despreocupada:

—No me puedo creer que te guste semejante tontaina.

—No me puedo creer que te guste esa tontaina —me secunda María Dolores.

Por el rabillo del ojo veo que Mooni está sonriendo, mientras Carlos se debate entre empezar a insultarme, lo que supondría actuar como un loco, o pasar de mi aguda observación. Finalmente, se inclina por la segunda opción. Momento que aprovecha Margaret para mirarle con ojos de enajenada, cosa que no solo me desconcierta, sino que me provoca una ligera desazón. María Dolores tan solo se dedica a estudiarlos con parsimonia y poner cara de asco.

No sé qué pensar. Por un lado, debería estar agradecida y contenta por la aparición de mi hermana. Por otro lado, no puedo evitar sentir una ligera punzada de celos al ver cómo Carlos cambia de presa y ahora la consuela a ella. Si termina liándose con él, espero que no lo hagan sobre un lecho de flores frescas.

¡A mí se me ocurrió primero!

—¿Te importaría dejar de mirarlo de ese modo? —pregunta mi hermana, torciendo el gesto y colgándose del brazo de Carlos. Un brazo muy inconstante, por cierto.

—¿De qué modo? —pregunta a su vez Margaret.

—Como si fuera un helado de chocolate medio derretido y quisieras zampártelo antes de que termine de hacerlo.

—¡Yo no hago eso!

—¡Si será mentirosa!

Antes de que se enzarzen de nuevo en otro rifirrafe, Mooni hace pasar a todo el mundo a la cocina: ya están llegando los chicos.

Desde mi privilegiada posición de mirona sobre una de las encimeras, contemplo la agitada y bulliciosa escena. Ocho de los diez empleados de la granja han decidido cenar aquí antes de regresar a sus respectivas casas. Me gusta escuchar sus risas y los intercambios de anécdotas, una escena viviente de la vida cotidiana del campo. Recuerdo con doloroso anhelo las tranquilas cenas a las que estaba acostumbrada cuando vivía con mis padres y, repentinamente, me encuentro deseando ser parte de una de estas domésticas y animadas veladas.

Pero estoy sola; soy como un dinosaurio en vías de extinción. Me enfrento a un mundo nuevo casi sin ayuda, sin familia y sin cuerpo. Es superarse o morir. Supongo que para otra persona sería una empresa titánica, pero para mí, una chica totalmente traumatizada por los avatares de la vida y llena de inseguridades gracias a las malas experiencias sufridas a manos de mi inestable hermana, esto va a ser pan comido.

Con la moral a mil metros de altura, me acomodo mejor sobre la encimera, dispuesta a disfrutar de uno de los pocos placeres que me quedan: escuchar.

Cualquiera habría dicho que la cena iba a ser movidita. Nada más lejos de la realidad. Lo que empieza con un torpe intento de los chicos por no sentarse junto a Margaret, con posturas y movimientos disimulados, termina convirtiéndose en una especie de carrerillas alrededor de la mesa, que se asemeja bastante al juego de las sillas, y que me deja bastante descolocada.

Mooni, que no pierde detalle desde la cabecera de la mesa, les propina una mirada hosca y eso basta para que todos tomen asiento como si les fuera la vida en ello. Después deja escapar un suspiro y se desploma sobre su asiento, haciendo caso omiso a las miradas de recelo que se lanzan mutuamente Margaret y Dolores. Al poco rato, sustituyen el recelo por la suficiencia, en cuanto se ven rodeadas de hombres animados y ligeramente escandalosos.

Yo, solo de saber que tengo a Margaret, al agente Caramelo y a mi hermana sentados a la mesa de mi cocina, comportándose como tres imbéciles, echo

humo por las orejas de lo indignada que estoy. Y encima sigo descolocada.

Por un lado, me gustaría que Dolores dejara de llamar «ma» a Mooni: no estamos en Rusticolandia. Por otro lado, Margaret parece haber entrado en un salvaje conflicto consigo misma: no sabe muy bien si atacar a la tarta de chocolate o al rubio y taciturno Mick. Y el agente Caramelo no hace más que abrir y cerrar la boca y mirar a todo el mundo con ganas de enchironar a alguien.

Poco a poco, voy reparando en que la cena ya ha tocado a su fin. Los chicos, incluso después de pasarse todo el día trabajando, todavía tienen la suficiente vitalidad como para armar bulla. Debe de ser cosa del campo, que abre el apetito y despeja la mente. Yo, una chica de ciudad, si quiero mantenerme así de activa y en forma, debo acudir sin falta al gimnasio todos los días de la semana. O debería hacerlo si tuviera la suficiente fuerza de voluntad. Fuerza de voluntad que, obviamente, no poseo.

Mientras les observo, no puedo evitar pensar que parecen más felices de lo que yo he sido jamás. Pero no solo más felices, también más sanos y con menos neuras que la mayoría de los neoyorquinos. Tal vez, cuando recupere mi cuerpo y consiga dominar los secretos de las cebolletas, me interese por el atrayente y enigmático mundo de las vacas lecheras, y así poder charlar y reír con tanta naturalidad como hacen todos ellos.

Y al escucharles, me siento incómoda y pequeña. Y comprendo cuán preciosa y despreciada es en ocasiones la vida.

Sobre las tantas o las tantas y pico, por fin dan por finalizada la sobremesa y todo el mundo desaparece como por encanto. Dolores, no. Dolores ha decidido quedarse por la verde campiña inglesa en busca de su desaparecida hermana, o sea yo.

A regañadientes, bajo de la encimera y me acerco en silencio a Mooni, que está enjuagando los platos. Un trabajo muy poco valorado, se mire por donde se mire. Ha llegado la hora de cumplir con mi promesa.

—Mooni, deja eso. —Le pongo una mano sobre el hombro, aunque sé que no va a notar mi contacto—. Mañana a primera hora llamas a Ellen y que venga a echarte una mano. Déjalo, Mooni, estás agotada y todavía falta un buen rato para que puedas acostarte.

Con un asentimiento de cabeza deja lo que está haciendo y, dando media vuelta, indica a Carlos y a mi hermana que la sigan.

Carlos me echa una mirada especulativa, se levanta e insta a Dolores a que

haga lo mismo; luego, los tres salen de la inmensa cocina y cruzan el salón en dirección a las escaleras. Bueno, esa ha sido la parte fácil, ahora viene la difícil. Me aterra lo que pueda decir Dolores cuando me vea en ese estado, pero, sorprendentemente, me aterra más lo que pueda pensar Carlos.

Con el estómago estrangulado y el corazón latiendo a golpes, les sigo hasta la pequeña puerta camuflada como panel que da a la ridícula estancia donde me encuentro. Mooni la abre con lentitud y les hace un gesto para que entren.

—¡La Virgen!

Una mujer muy expresiva mi hermana.

Mooni y yo nos fijamos en ella, que se ha detenido nada más verme. Carlos se sitúa junto a la jamba de la puerta, paseando la mirada por el cuchitril. Dolores permanece con los ojos puestos en mí durante una eternidad hasta que, por fin, recupera la compostura y hace lo que mejor sabe hacer: le da un empujón a Teresa, que permanece sentada en un sillón junto a mí, y la obliga a apartarse.

—Wiiiilli, Wiiiilli —gimotea con angustia mientras aprieta una de mis manos sobre su pecho y con la otra me acaricia la cara—. ¿Quién te ha hecho esto? Willi... —repite con voz temblorosa—. Perdóname, cariño. —Suelta un sollozo entrecortado—. Dime que me perdonas. —Me aprieta la mano con fuerza y sigue sollozando desconsolada. Sus lagrimones caen sobre mi inmóvil mano y noto cómo un nudo de congoja me cierra la garganta—. Willi, cariño, ¿qué va a ser de mí si tú me dejas? ¿Con quién...? —Hace un ruido muy poco delicado—. ¿Con quién...?

—¿Con quién vas a meterte ahora? —añado las palabras que no parece encontrar—. ¿A quién vas a hacerle la vida imposible?

—¿... Con quién voy a compartir mis sueños y mis inquietudes si no es contigo?

Esas declaraciones tan sentidas de amor fraternal me dan más miedo que su intento frustrado de apuñalamiento con un pincel de acuarela —es una historia muy larga, otro día te la cuento, pero te diré que por esa razón soy propensa a los desvanecimientos—. Porque una cosa sí que tengo clara: mi hermana sufre un grave caso de alguna grave y rara enfermedad, que a saber dónde la ha pillado y de qué manera puede afectar a cuantos la rodean.

Me avergüenza decirlo, pero al escuchar tan sensibleras a la par que efusivas manifestaciones de amor, y posar mi mirada sobre una humilde, cariñosa y desconocida Dolores, un ataque de risa empieza a formarse en las

profundidades de mi garganta.

—¡Ha movido la boca! —exclama de repente—. Mira, Mooni, ha sonreído. ¡Mira, mira cómo le cae un reguerillo de saliva!

Si hubiese gritado un poquito más alto, con toda probabilidad que los canadienses también la habrían oído. La mato, en cuanto pueda valerme por mí misma, la mato.

Me acerco a Carlos y le digo que tiene que marcharse, que él no puede presenciar este reencuentro familiar tan emotivo y tan vomitivo.

—Venga, sal de aquí.

—¿Por qué? A mí gustaría conocerte en persona.

—Ya me conoces en persona.

—Si no te importa, me gustaría hacerme una idea de cómo eres de verdad físicamente —comenta, mirando de soslayo hacia la cama.

—Me importa —sentencio—. ¿A ti te gustaría que te viera en una situación tirante y espinosa?

—Por lo que sé, ya me has visto en una situación rígida.

Echo mano del sarcasmo y le reprendo.

—No te ofendas, pero lo que vi no tenía nada de rígido.

—¿Tienes miedo de que te vea postrada en una cama?

Su voz está cargada de comprensión y se me encoge el corazón. Ha dado en el clavo.

—Bueno, vale, puedes verme, pero solo un momento; y ni se te ocurra ponerte en plan sensiblero o me dará un ataque.

—Te lo prometo.

Al final, lanzando un suspiro de resignación, claudico y me hago a un lado. Me consuelo pensando que quizá no sea tan malo que me vea en mis peores momentos, así, de aquí en adelante, todo será mucho mejor. Justo al revés que el resto de las parejas corrientes, que al principio de conocerse solo muestran su lado más atractivo y todo es comprensión y amabilidad, y claro, luego pasa lo que pasa.

Me convengo de que es mucho mejor así. Que me conozca en mis horas más bajas, reguerillo de baba incluido. Si me acepta de esa manera, me aceptará para siempre. Tendrá que hacerlo si pretende que confíe en él.

Me aparto a un lado y le digo a Mooni que salga con Teresa; ya somos demasiados en un espacio tan deprimente. Vuelvo a prestar atención a la reacción de Carlos y veo que se encuentra de pie junto a mi hermana, que no

para de lloriquear, observándome con gesto serio. Trago saliva para sobrellevar el momento.

—¿Es cierto... —carraspea—, es cierto que esto no fue un accidente? —pregunta inseguro.

La inseguridad le sienta tan estupendamente como los pantalones de pirata.

Asiento con un estremecimiento.

Su semblante no denota nada, ni ira ni pesar ni incomodidad. Nada.

De repente me encuentro incómoda, vulnerable.

—Bueno, a decir verdad, no estoy tan mal, lo que pasa es que esta luz de los fluorescentes no favorece a nadie, ¿sabes?

Mientras hablo, buscando excusas para mi... poco atractivo aspecto, él se agacha y se despide de Dolores, que asiente con la cabeza y le contesta que ella se queda conmigo un ratito más.

Al abandonar la habitación nos dirigimos al salón y, sin mediar palabra, se acerca a la vitrina de las bebidas, saca una botella de whisky, se amorra a ella sin coger un vaso ni nada que se le parezca y se arrea un buen lingotazo.

Mooni y yo esperamos a que se desahogue en whisky —toda una paradoja, pero... así son las cosas—.

—Debo ser sincera contigo —le aviso cuando deja la botella en paz—. Margaret y Anthony son los que intentaron matarme y no pueden saber dónde me encuentro. Si averiguan que lo sabes, es probable que también tu vida corra peligro.

—¿Es por eso que te han escondido en ese cuartucho? —pregunta, sin hacer caso de mi sutil advertencia sobre la vida en general y el peligro a perderla en particular.

—Sí, y también tengo un amigo que en estos momentos se encuentra en Edimburgo siguiendo a Tony. Intentando averiguar algo que pueda sernos de utilidad contra ellos. Algo que demuestre su implicación, pero...

—¿Y cuál es el problema?

—Todavía no ha averiguado nada y no quiero atosigarle.

No me atrevo a decirle que Tommi es un espíritu de la justicia. Prefiero no comentar ese detalle sin importancia, que con las mismas se lo toma a mal y decide marcharse a jugar a las casitas a otra parte.

—¿Tú no puedes demostrarlo?

—¿Cómo? —Hago una mueca de desagrado—. No puedo acusarles mientras me encuentre en estado de profunda meditación. —Profunda meditación es, qué duda cabe, una expresión menos impresionable que decir que estás en coma—. Y si no despierto jamás...

—... Nunca les atraparán —termina él por mí.

—Exacto. —Apenas puedo hablar pensando en su reacción—. ¿Y..., ejem..., vas..., ejem..., a ayudarme?

—Sí —contesta con rotundidad—. No es la primera vez que me meto en líos para ayudar a alguien. Sin ir más lejos, el verano pasado tuve que enfrentarme a un loco que intentó matar a mi hermana.

Ya sabía yo que algo de paladín sí tenía.

—¿Tú solo? —pregunto admirada.

—Ni de coña —replica convencido.

Mi paladín necesita un buen bruñido.

—¿Y eso... significa que no vas a ayudarme? —pregunto, con cierto deje amargo.

Mi paladín contesta con contundencia:

—Eso significa que lo tendremos que hacer sin ayuda. Mañana, a primera hora, salimos para Londres y después nos reuniremos con tu amigo en Edimburgo.

Houston, tenemos un problema.

—No sé si se dejará ver. Es muy suyo, muy... misterioso.

Si hubiera sabido que aceptar una herencia me iba a reportar tantos quebraderos de cabeza, gustosa habría renunciado a ella. La vida sin bienes materiales, y sin parientes cuya única obsesión es arrebatártelos, resulta mucho más gratificante y placentera.

Pero, por encima de todo, lo que más duro se me hace es sentirme totalmente a merced de otras personas. Una impotencia que no había sentido nunca. Sin embargo, después de hablar con Carlos, me siento más feliz y esperanzada que esta mañana. No tenía yo muy claro cómo se lo iba a tomar. Me esperaba silencio o quizá insensibilidad. Me angustiaba tener que pedirle a Mooni que le atizara con algo hasta que entrara en razón —probablemente, el golpe lo recibiría yo—. Y la lengua se me quedada pegada al paladar cada vez que me planteaba hablar con él y exponer ese lado vulnerable que todos intentamos ocultar, para verme rechazada después con cajas destempladas. Pero todos mis miedos han sido infundados y ahora no sé cómo actuar ante tanta generosidad desinteresada.

—Bueno..., pues gracias... —Entrelazo los dedos para mantenerlos quietos—. Te dejo con la botella. Yo... —señalo con el pulgar en dirección a la escalera— me voy un rato al cuartucho con mi hermana.

Carlos me sonrío y, lentamente, se deja caer en el sillón junto a la ventana con la botella en la mano. Entiendo que va a encarar el problema que le acaba de llover del cielo como hacen los hombres: primero se emborrachan y luego resurgen de sus cenizas, sin vomitar ni nada. Intercambio una sonrisilla con Mooni, que está preparándose su undécimo té del día —un día de estos me va a dar un disgusto cuando le revienten los riñones— y, tras un último vistazo, me marcho a reunirme con mi hermana.

Atravieso la pared que comunica con el cuchitril y me acerco a pasos lentos hasta la cama. Me siento junto a mi cuerpo y, desalentada, dejo caer los brazos a los lados. María Dolores ya no llora y tampoco tiene mucho que decir. Su

mano aprieta la mía con tanta fuerza que pienso que un par de dedos rotos tampoco tiene mayor importancia.

—Bueno... —murmura, abatida—, y eso es todo lo que ha ocurrido entre Frank y yo, ¿qué te parece?

—Me parece que me lo he perdido —le digo con cariño—. Lo mejor va a ser que empieces por el principio de nuevo.

Se acerca y me da un beso en la despejada frente.

—Ojalá pudieras aconsejarme —susurra junto a mi oreja.

—Puedo hacerlo —le digo en voz alta y clara.

—Ojalá pudieras ayudarme —repite, con un atisbo de esperanza.

—Puedo hacerlo. Basta con que repitas la historia una vez más.

—Ojalá pudieras escucharme.

—No hago otra cosa desde que he llegado —digo con fastidio.

—Ojalá estuvieras aquí.

—Lo estoy, lo estoy —replico irritada.

—Ojalá esto fuera como una de esas películas de ficción donde pudieras meterte en mis sueños y susurrarme al oído lo que debo hacer.

—Lo haría, si supiera lo que te ha pasado.

—Ojalá estuvieras junto a mí.

—No te lo tomes como algo personal, pero ¿tú eres tonta o qué?

—¿Dónde estás, Willi?

Buena pregunta.

—¡¡¡Aquííí miiiiismo!!! —grito con todas mis fuerzas.

María Dolores ladea la cabeza con sorpresa y cierto aire inquisitivo. Su actitud también me sorprende y me anima: creo que por fin se ha percatado de mi presencia y va a repetir, palabra por palabra, lo que le ha ocurrido con mi exnovio —lo siento, no me hago a la descabellada idea de que estos dos estén casados—.

De repente suelta una sonrisa compungida hacia la puerta. Por el rabillo del ojo, veo que Mooni ha entrado en la habitación. O sea, que no me ha oído, ha sido el sonido de los pasos de Mooni lo que la ha distraído. Una parte de mí se siente descorazonada, una parte muy grande.

—Ah, hola, señora Moon —la saluda antes de levantarse del sillón.

Me vuelvo y le echo a Mooni una ojeada. Acaba de entrar llevando con cuidado un gran vaso de agua en la mano, que deposita sobre una caja que hace las veces de mesita de noche. La abundante mata de pelo, desparramada

por la espalda, hace las veces de manta siberiana. Y va embutida en un largo camión de franela, tan grueso y tan feo que hace las veces de repelente, tanto de mosquitos como de violadores. Mirándola vestida de esa guisa, me pregunto qué huesos de escándalo esconderá bajo tantos metros de tela para que el guapo tío Philip estuviera coladito por ellos.

—Yo me ocuparé de las necesidades de Willi durante la noche —dice Mooni mientras se acerca a un rincón y coge un armatoste que resulta ser una minicama plegable.

—Un momento —protesto, dirigiéndome a su espalda mientras monta el artilugio—. No puedes pasar la noche en ese instrumento de tortura, me niego. —Se limita a mirarme con cansancio y sigue a lo suyo—. Eh, que te estoy hablando.

—Lolita, por favor, no te vayas. —Mooni hace un gesto con la mano indicándole que se siente junto a ella—. Tengo que contarte algo. Algo muy importante que no puedes repetir a nadie.

Trago saliva muerta de miedo, consciente de que va a revelar la verdad. Una verdad difícil de creer para cualquier ser humano, pero que, paradójicamente, tal vez mi hermana crea a pies juntillas.

—Yo..., eh..., yo... veo cosas.

—Me alegra mucho que no necesites gafas —contesta María Dolores—. Yo tampoco las utilizo, son horribles. Te hacen cara de búho asustado.

—Bueno..., eh..., no es eso exactamente a lo que me refiero cuando digo que veo cosas.

A través de los muchos libros que he leído, conozco las estadísticas de que una persona crea en lo sobrenatural: una o ninguna.

—Bien, ¿y qué quieres decir? —María Dolores piensa un momento—. ¿Es por la discusión sin importancia de antes? No te apures, no tendrás que volver a verlo. Me he dejado llevar por la rabia, lo siento.

Al oír la declaración de humildad de María Dolores, me quedo tan conmocionada que por un momento pierdo el hilo de la conversación.

—Lolita, ¿tú crees en los espíritus? —Mooni cambia de táctica. No es la que yo hubiera elegido, pero... táctica al fin y al cabo.

—¡Por favor...! —exclama mi hermana con ojos como platos—. No me digas que tú también eres del gremio.

—¿Del gremio? —pregunta Mooni, confundida.

—Sí, del gremio de videntes. —María Dolores se remueve inquieta, como

si un millón de hormigas estuvieran de excursión por todo su cuerpo—. Yo soy vidente —sentencia con cara de entendida—. No se lo digo a nadie para que no piensen que estoy loca, pero yo puedo comunicarme con los espíritus.

Alargo un brazo y paso una mano por delante de su cara. Dado que no reacciona como una *vidente del gremio* se supone que debe hacer, es decir, comunicándose conmigo, me estrujo el cerebro intentando comprender a qué se refiere cuando ha hecho semejante afirmación.

Al cabo de un segundo, Mooni reacciona antes que yo.

—Eso es precisamente lo que quiero decir —dice con firmeza—. Willi está aquí.

—¡Ah, gracias! —exclama María Dolores—. No me había dado cuenta. — Sonríe y me señala con un gesto de cabeza.

Mooni respira profundamente, armándose de paciencia.

—Está aquí de verdad. Puede vernos y oírnos.

—¡Ah! —vuelve a exclamar satisfecha Cabeza de Chorlito antes de posar una incrédula mirada sobre mis labios ligeramente entreabiertos y mis párpados firmemente cerrados—. Bien, me alegro por ella. Y añade con afecto —: Wan Tun, cariño, cuando despiertes y te cuente las tonterías que está diciendo Mooni, te vas a morir otra vez de la risa.

—¡No! —la corta Mooni con firmeza—. ¡No se va a morir de la risa porque ella te está escuchando! ¡Te digo que su espíritu está aquí ahora mismo, con nosotras! —enfatisa cada palabra con un golpe en el colchón—. ¡Escuchando y riéndose de ti todo el rato!

—¡Toma castaña! Esa sí que es buena. ¿Y qué más?

—Pero bueno... —La indignación de Mooni acaba de alcanzar cotas desconocidas hasta ahora—. A ver si va a resultar que Willi tiene razón cuando dice que no eres normal.

Nunca he conocido a nadie que se parezca a mi hermana. Es una mezcla increíble entre sensibilidad, bravuconería, pasotismo, susceptibilidad, y todo ello aderezado con un agudo déficit de intelecto. Es única.

—Conque eso te ha dicho Willi, ¿eh? Que soy tonta. Pues yo seré muy tonta —dice, señalándome con la cabeza—, pero a mí nadie me ha quitado de en medio dándome un garrotazo.

—No pretendía insultarte —se disculpa Mooni—, es solo... que si tú también eres del *gremio*, no sé por qué te cuesta tanto creer que el espíritu de tu hermana está aquí con nosotras.

María Dolores sonríe con aire distraído antes de levantarse y coger una gasa, humedecerla y pasarla por mis resecos labios.

—Demuéstramelo —reta a Mooni mientras arroja la gasa a la papelera—. He visto muchas películas. Soy actriz, ¿sabes? Haz como hacen en las pelis y dime algo que solo sepamos mi hermana y yo.

Ya lo sé, ya lo sé... Sé que lo que voy a hacer está muy mal, pero... ella lo ha pedido a gritos, ¿no? Espero no tener que arrepentirme cuando me estalle en la cara.

—Dile que cuando cumplió quince años se lo montó con el jardinero en la caseta de las herramientas y que, luego, cuando él pasó de ella, lo estuvo persiguiendo como una mosca a la cola de un caballo hasta que el pobre hombre tuvo que pedir una orden de alejamiento porque ya no quería «regarle más el geranio». Palabras textuales. —Y añado soltando una risita—: Les oí.

—¡Jesús, Willi! —exclama Mooni, desplomándose sobre la cama del susto—. ¿De verdad quieres que le diga eso?

—Ya me conoces, no sé decir que no. —Me encojo de hombros—. Y ella lo ha pedido...

Mooni se vuelve a mirar a María Dolores con una sombra de preocupación en el rostro y respira hondo.

—Vale, como bien dice Willi, tú lo has pedido —se excusa, antes de transmitirle mi mensaje.

Espero, con el corazón en un puño, la reacción de mi hermana. Siempre he querido soltarle lo del jardinero y el geranio y la verdad, ahora que no puede hacerme nada, como tirarme por una ventana o raparme al cero mientras estoy durmiendo... Un momento, eso sí puede hacerlo.

—¡Calla, Mooni! —grito fuera de mí—. ¡No le cuentes eso, que la muy cabrona es capaz de raparme al cero!

Demasiado tarde. Mooni ya ha soltado la bomba. Elevo los brazos de forma automática y me protejo la cabeza.

—¡¿Qué?! —María Dolores se lanza sobre mí y yo intento ocultar mi pánico tras un grito desgarrador—. Cariño, cariño... —Hace un ademán con las manos, como alisándome el pelo mientras me besa la frente y las mejillas—. ¿Es verdad, puedes verme y oírme? Cuéntale a Mooni otra anécdota igual de graciosa como la que acabas de contarle. Algo picante, que es mucho más divertido.

¿Y ahora qué digo? No me conozco más episodios morbosos de la vida

amorosa de mi hermana, y desde luego no pienso relatar ninguno de los míos.

—¿Willi? —La mirada de mi hermana recorre toda la habitación con gesto elocuente. Pretende que cuente algo para poder convencerse de mi presencia.

—Ahhhh... eh... ya voy... —balbuceo—. Dile que ahora contaré algo mío. Algo privado..., ejem, privado y vergonzoso que ella no conoce, pero que le va a encantar.

Mooni asiente, intrigada.

—Dile, dile que... —Oh, Dios mío, esto es más difícil de lo que pensaba—. Dile que hice trampas en uno de los exámenes finales de mi licenciatura. —Me quedo callada con la cabeza gacha. Siento tanta vergüenza que no me atrevo a mirarla a la cara—. Llevé una chuleta. Una muy gorda, y no de vaca precisamente. Dile que mi memoria a largo plazo deja bastante que desear.

María Dolores mira a su alrededor apenas unos instantes y luego lanza un grito de alegría a la par que se lanza sobre mí y me apretuja con fuerza. Tras permanecer unos minutos asfixiándome, por fin se repone y se vuelve hacia Mooni.

—Me has pillado, Mooni —dice mirando a su alrededor—. No puedo ver muertos, pero una vez hice de vidente en una película y me metí tanto en mi papel de médium que desde entonces he estado practicando mucho e intentando ver más allá de lo que nos rodea.

Sacudo la cabeza con resignación y Mooni hace otro tanto.

—Ven, dame. —Se inclina un poco y le envuelve una mano con las suyas—. Yo te diré todo lo que necesitas saber sobre lo que ocurrió aquella noche. —La tranquiliza dándole unas cuantas palmaditas—. Y también te transmitiré todas sus palabras.

—¿Hay algún mensaje que quiera darme? —inquiere María Dolores ilusionada mientras clava la mirada en una esquina del techo, como si esperara verme aparecer de un momento a otro a través de la telaraña que la ocupa.

Esta situación es ridícula. ¿Y ahora qué le digo, que porque ha soltado cuatro lagrimones ya he olvidado lo mala hermana que fue? ¿Que no pasa nada por haberse casado con mi novio, del que, por cierto, estaba y sigo estando muy enamorada? ¿Que entiendo perfectamente que no dijera nada hasta que casi me matan del berrinche cuando aparecieron vestidos como los muñequitos de la tarta? ¿Que todavía amo a Frank, a pesar de la cerdada que me hizo, y que no he podido olvidarle...?

Una oleada de rabia se apodera de mí al instante. No pienso dejarme

ablandar de nuevo por cuatro muestras de cariño y ninguna de arrepentimiento.

—Dile que me mantendré en contacto con ella siempre y cuando reconozca que se comportó como una rata de cloaca y muestre el debido arrepentimiento. Hasta que no lo haga, no pienso volver a dirigirle la palabra.

—Entiendo —asiente Mooni sin hacerme ningún caso—. De todos modos..., eh..., podríamos dejarlo para mañana. Estamos muy cansadas y nos gustaría acostarnos, ¿verdad, Lolita?

Se queda observándola, las manos inmóviles sobre el regazo, intentando hacer entender a Lolita, a través de su profunda mirada, que no es buen momento para sacar el tema «rata de cloaca» a relucir.

Y, para variar... Lolita no lo pilla.

—Perdona, pero tú alucinas. No pienso pasar la noche contigo. —Le lanza una sonrisa de complicidad a la telaraña y continúa hablando, haciendo caso omiso del atragantamiento de Mooni—. Quizá me has malinterpretado, pero yo no duermo con mujeres. No te ofendas, Mooni, pero ese rollo bisexual no me va. ¿Entiendes, verdad?

Se me acaba de cortar la respiración. Eso es buena señal.

—¡Sí! —se apresura a contestar una aturdida Mooni—. ¡Claro! —Y añade con una sonrisa maliciosa—: Willi no piensa dirigirte la palabra mientras no le pidas perdón. —Y vuelve a añadir, cogiéndole el gusto—: No te portaste bien. Lo que hiciste fue una guarrada. Ni una rata de cloaca hubiese sido tan rastrera.

Las dos se miran en silencio durante unos momentos mientras yo espero la reacción de mi hermana.

—Pero bueno... —dice María Dolores al fin, volviéndose hacia mí—, ¿es que no ha escuchado ni una palabra de lo que le he contado?

Algo en el tono de su voz hace que se me pongan los pelos de punta.

—Si quieres me marchó durante un rato y así le puedes hablar en privado —se ofrece Mooni.

—No, da igual —contesta María Dolores con un encogimiento de hombros—. De todas formas, te vas a enterar más tarde o más temprano —dice sin demasiada convicción—. Por eso he venido, por Frank. Lo hemos dejado. El muy idiota dice que nuestra boda fue un error, que nunca debió dejar a Willi. —Agacha la cabeza avergonzada—. Venía con la intención de montarle un pollo, ¿sabes? No sabía que la encontraría en este estado. —Se muerde el labio con nerviosismo—. Yo... yo... quiero que sepa que lo siento. No pensé

en el daño que le causaba. No sé qué hacer para que me perdone, excepto ayudarla a reunirse con Frank de nuevo. Si ella quiere, claro. Pero como ahora está así... Y..., y... ya he arreglado el embrollo de su trabajo, puede volver cuando quiera. Bueno..., cuando se recupere. Yo esperaba que...

—Esperabas que, al volver con Frank y recuperar su trabajo, olvidara todo lo ocurrido y te perdonase —termina Mooni por ella—. Y tú podrías seguir con tu vida con la conciencia bien tranquila.

María Dolores asiente con expresión indescifrable y mira hacia otro lado. Y yo no puedo pensar más que Frank todavía me quiere y desea volver conmigo. Y después me doy un cachete mental por pensar en esas cosas, cuando a mi hermanita pequeña acaba de abandonarla su flamante marido por su hermana mayor.

Una hermana mayor que en estos momentos no tiene el cuerpo como para flirteos y escauceos amorosos. Una hermana mayor que desea más que nada en el mundo recuperar su antigua vida, aun a costa de la felicidad de su hermana pequeña. Y me pregunto: ¿eso me hace mala persona? No, no creo, a fin de cuentas, yo lo vi primero, ¿no?

Considerándolo desde mi punto de vista, lo mejor será que me dé prisa en recuperarme para poder volver a Nueva York cuanto antes. No obstante, una cosa es decirlo y otra muy distinta hacerlo. Lo primero es lo primero. Frank no va a marcharse de Nueva York y yo debo ayudar a Carlos y a Tommi con el engorroso tema de mi casi defunción a manos de mis primos. Así pues, y visto lo visto, voy a perdonar a María Dolores por esta vez y sin que sirva de precedente.

—Dile que la perdono y que no se preocupe, que cuando regrese a Nueva York la invitaré a mi boda. Pero que primero tiene que ayudarme. —Y añado, sumamente animada—: Dile que la necesito aquí cuidando de mi cuerpo mientras yo, o sea, mi yo interno, me marcho a Edimburgo a investigar. —Y vuelvo a añadir, súbitamente insegura—: Mira a ver cómo se lo explicas para que lo entienda. Yo de ti usaría frases cortas y marcada pronunciación. Ya has visto cómo es.

Mooni hace lo que acabo de pedirle lo mejor que puede, esperando que María Dolores no sufra de problemas de comprensión. Cuando termina de hablar, parece que a mi hermana va a darle un ataque de histeria.

—¡Pero... eso no puede ser! ¡Frank llegará aquí pasado mañana!

¡Oh, Dios mío! ¡Frank va a venir a buscarme! Miro a Mooni en busca de

ayuda, pero está muy entretenida cerrando los ojos y durmiéndose en una mala postura.

—¡No, no...! —grito con voz chirriante—. No puede venir y verme en este estado. Además, yo tengo que marcharme mañana a primera hora.

—¿Willi? —Cabeza de Chorlito vuelve a clavar la vista en la telaraña. Qué obsesión, por Dios—. ¿Eres tú?

—¿Y quién pensabas que podría ser, el fantasma de la ópera?

—¡Ah! —Se tapa la boca con las manos y compone cara de espanto—. Puedo oírte, pero no puedo verte, ¿es eso normal?

Lanzo un suspiro de impotencia. Frank, mi Frank, mi guapo, moreno, alto, culto y traidor Frank viene a por mí como un caballero medieval va tras su moza, pero modernizado, claro, ya que seguramente hará el viaje montado en su avión privado y no sobre un blanco corcel de dudosa sexualidad. Y yo no voy a estar aquí para recibirle, va a hacerlo Lolita. Y seguro que la acogida es épica. Pues buena es Lolita cuando se lo propone.

—No —contesto de malas maneras—, no es normal. Lo normal es que te enteres de lo que pasa a tu alrededor, pero como tú solo eres normal a medias, es normal que solo puedas discernirme a medias. —Asiente con la cabeza y esboza una sonrisa sincera—. ¿Por qué lo hiciste? —le pregunto en un tono de cuidadoso desinterés.

María Dolores levanta la vista y su mirada se encuentra con la telaraña, que por lo visto le presta toda su atención.

—Es obvio, ¿no?

Como la brillante red que ocupa toda la esquina no dice ni mu, contesto yo en su lugar.

—Para mí no.

María Dolores lanza un profundo suspiro. No parece estar preparada para mantener semejante conversación.

—Tendrías que haber valorado un poquito más lo que tenías. —Y la sufrida telaraña aguanta de nuevo sus profundas reflexiones—. ¡Madre mía, sal de ahí y no te escondas, reaccionas como si tú no hubieras roto un plato en tu vida! Sabes que no puedes ponerme delante un caramelo como Frank porque, en cuanto que te descuides, voy a comérmelo. Mira, Willi, ¿qué quieres que te diga? Yo soy así. Te quiero, pero no puedes pedirle peras al olmo. —Hace una pausa con expresión pensativa—. Debe ser cosa de los genes... —reflexiona antes de hacer un gesto con la mano restando importancia a sus acciones.

Me la quedo mirando, preguntándome cómo puedo meterle en la cabeza algo de sentido común. Estoy por decirle que deje de dirigirse una y otra vez al rincón de la pared, cuando lanzo un suspiro de cansancio y me apiado de ella.

—María Dolores, no creo que comprendas la magnitud del daño que me hiciste. Me quedé de piedra cuando os vi a los dos juntos en casa de tu amiga. Una hermana no..., no... Una hermana debería velar por la otra, no traicionarla de esa manera tan cruel. Si por lo menos hubieses hablado conmigo y me hubieses explicado tus sentimientos...

María Dolores levanta la barbilla con gesto altanero, siempre de cara a la pared.

—¿De modo que todavía me guardas rencor? ¿Por una tontería de nada? Acabo de devolvértelo, Wan Tun, podrías ser un poco más agradecida.

Tengo que respirar hondo porque mi cuerpo acaba de empezar a convulsionar.

—Si quieres llamarlo rencor, llámalo rencor, pero no es eso. Es que no consigo meterte nada de sensatez en esa cabeza de chorlito que tienes.

Durante un rato, María Dolores permanece pensativa. O lo disimula muy bien.

—Está bien, admito que no me porté bien, pero... he venido a pedirte perdón y a que lo olvidemos todo, porque... espero el mismo trato por tu parte. Si yo no te juzgo por tener una mente tan oriental, no me juzgues tú a mí por tener una mente tan... tan... particular.

¿Y ahora qué digo?

—Eh... Sí, tienes razón. Te perdono de todo corazón. Pero no vuelvas a quitarme el novio, ¿de acuerdo?

María Dolores se levanta, se acerca a la esquina donde reposa la telaraña y, exactamente en tres coma ocho segundos, levanta una mano, retira la telaraña y, buscando entre los pringosos dedos, encuentra lo que andaba buscando: a la pobre arañita que acaba de dejar sin hogar. La coge con cuidado y cruza la habitación. La sigo, picada por la curiosidad, y al salir al jardín abre las manos y le susurra con voz de ultratumba:

—No te preocupes, Wan Tun, aquí nadie podrá encontrarte. —Y antes de que me dé cuenta de sus honorables intenciones, traza con el brazo un amplio arco y lanza a la inocente araña contra un matojo, mientras grita con toda la fuerza de sus pulmones—: ¡Huye, huye, Willi! ¡Escóndete bien lejos mientras yo me encargo de cuidar tu cuerpo! ¡Ah!, y si ves unos pies gigantes, no pares

a preguntarte de quién son, pírate lo más rápido que puedas. Te pueden chafar y mandar al otro barrio... —baja la voz hasta convertirla en un susurro—, aunque seguro que tú vas al cielo de cabeza.

Parpadeo, incrédula, durante lo que parece una eternidad; la vista fija en su expresión de extrema euforia. Ni siquiera, aunque llegara a despertarme de sopetón, cosa que considero bastante improbable, me sentiría más feliz de lo que me siento ahora. Mi hermana, Lolita, tiene sentimientos encontrados hacia mí. Por un lado, me ha encontrado y, por el otro, me quiere, aunque no sepa muy bien cómo demostrármelo. Debe ser cosa de la cantidad de sustancias ilegales que se metió entre pecho y espalda durante su turbulenta adolescencia.

Cuando me giro hacia ella, veo que su cara destila calidez y ternura. Bueno, sí sabe cómo demostrármelo. ¿Se puede demostrar más amor que salvándole la vida a una araña, en vez de darle un buen pisotón?

Que esté convencida de que me ha salvado la vida al arrojar al infortunado bicho a los caprichos de una máquina de segar el césped es irrelevante. No se puede esperar más de ella.

Es del todo irrelevante.

Lo digo en serio.

A su manera, es más buena que el pan.

Muy a su manera.

Amo a esta ignorante.

Son las siete en punto de la mañana y me encuentro esperando a Carlos en el recibidor. He madrugado mucho..., rectifico, no me ha hecho falta madrugar porque yo no duermo. Me he pasado toda la noche dando vueltas y más vueltas por toda la propiedad, despidiéndome del cristalino río, del frondoso bosquecillo, del plantío de cebolletas, y hasta cuando dejé a Caifás cansado y durmiendo sobre sus poderosas pezuñas sentí un pelín de inesperada congoja. Los echaré a todos mucho de menos cuando me marche con Frank. Tengo muchísimas ganas de verle. Ya sé que tenemos una conversación pendiente, una conversación muy seria. Pero no me cabe la menor duda de que conseguiremos llegar a perdonarnos mutuamente y podremos empezar de nuevo desde cero.

Si al final no lo consigo, también he pensado que, como la idea de ser un fantasma errante me horroriza, voy a decantarme por una analogía más apropiada, más poética: ser mágico. Seré un ser mágico.

No es lo que hubiera deseado, pero... a veces una no tiene más remedio que cerrar los ojos ante la horripilante verdad e intentar darle una capa de color a lo que hay.

Miro la hora en el reloj de pared y veo que son las siete y diez. Carlos se retrasa ya cuarenta minutos. Menudo paladín. Justo cuando voy a subir las escaleras, dispuesta a soltarle un buen rapapolvo, le veo bajar con cara de sueño. Lleva un traje azul oscuro, una camisa gris clara y una corbata azul y roja preciosa y, como parece ser su costumbre, el pelo alborotado. Y he de reconocerlo: es irresistiblemente tentador y escandalosamente *sexy*.

—Hola, preciosa —me saluda con voz ronca y sonrisa hipnótica al llegar a mi lado—. ¿Cómo vamos?

—Tarde y mal. ¿Por qué has tardado tanto?

Me dirige otra breve sonrisa que consigue que ahora sí entienda a la perfección el dicho «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

—Anoche me puse el despertador —explica, mientras abre la puerta y me cede el paso como si todavía no se hubiese enterado de que yo no necesito esas muestras de caballerosidad, cuando puedo atravesar la puerta limpiamente y sin despeinarme—, pero cuando ha sonado esta mañana, me han asaltado un montón de dudas. No estaba seguro de que no hubieras sido un sueño, ¿sabes? No sé, me dio por pensar una de esas cosas tontas que piensas cuando crees que puedes hablar con un espíritu: que estaba loco de remate. —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada—. Y cuando estaba a punto de dar media vuelta y volver a dormirme, pensando que todo era una alucinación y que lo que necesitaba era un buen sueño reparador, va mi hermana y me llama...

—¿Tú también tienes una hermana? —le interrumpo, interesada.

—Pues sí. Una hermana a la que adoro, pero que me vuelve loco desde que éramos unos críos. —Abre el maletero del todoterreno y arroja la maleta dentro con la suavidad de un estibador—. Menudo coñazo era la muy petarda.

—¿No te ha dicho nadie que eres muy malhablado? —le recrimino.

—Pues sí, el coñazo de mi hermana. —Levanta la cabeza y me guiña un ojo. Abro la boca, indignada, y después la vuelvo a cerrar. Últimamente, yo también le he cogido la gracia a soltar tacos y maldiciones.

—¿Y ahora qué? —pregunto, tomando asiento en el lugar del pasajero.

—Lo primero que vamos a hacer —responde, mientras se acomoda tras el volante— es averiguar quién es el abogado que se ofreció a falsificar tu firma. Después de sonsacarle toda la información que pueda, le denuncio ante la policía y luego nos marchamos a Edimburgo. —Se abrocha el cinturón de seguridad y me lanza una de esas sonrisas marca de la casa que me hacen sentir tan bien. Si hubiera tenido un cuerpo físico, a lo mejor me habría olvidado por un momento de Frank y le habría dado un beso en los labios y todo.

Aguanto como puedo la tentación y de pronto me siento un poco cohibida —después de todo, no hace tanto que le he visto desnudo. Desnudo con Margaret—. Alargo un brazo para encender la radio. Como de costumbre, me resulta imposible hacerlo. Esbozo una sonrisa algo forzada y me vuelvo hacia Carlos. Antes de que pueda decirle algo, él estira un brazo y sintoniza el canal de música clásica. Doy un respingo al escuchar la voz atronadora de una soprano. Con otra sonrisa forzada, me vuelvo de nuevo hacia el amante de la ópera.

—¿Te importaría? —Hago un gesto vago hacia el aparato.

—Claro que no —contesta sonriendo al tiempo que sube el volumen a toda potencia.

Nunca creí que pensaría esto, pero que una señora esté taladrándote los oídos sin ningún reparo es causa más que suficiente para desear quedarte sorda de golpe y porrazo.

Canalizo toda mi energía mental en hacer callar a la desquiciada. De pronto, la radio cambia de emisora y escucho la voz suave y melódica de un tío que no sé quién es, pero que por lo menos no pretende reventarme los tímpanos. Y, en cualquier caso, no considero necesario quedarme sorda cada dos por tres para poder recuperar la salud. Es evidente que hay ciertas situaciones por las que un ser mágico no debería pasar jamás.

—¿Cómo has hecho eso?

—¿El qué? —pregunto con aire inocente.

—Cambiar de emisora.

—Yo no he sido.

—Vuelve a hacerlo. Cambia otra vez de emisora.

—Yo no sé hacer esas cosas. Parece cosa de brujas. —Me quito una pelusilla inexistente del pantalón antes de añadir—: ¿Acaso estás insinuando que tengo aspecto de bruja?

—Estoy seguro de que has sido tú. —Se gira y clava su mirada en mí de tal manera que tengo que morderme el labio para reprimir la sonrisa que pugna por delatarme—. Ha sido genial.

—¿A que sí? —me delato sin querer, haciendo honor a mi condición de persona fácil de manipular.

—No hacía falta que recurrieras a esos trucos si no te gusta la ópera. —La voz melódica del cantante sigue sonando—. Siempre estoy dispuesto a escuchar otras opciones. Soy ecléctico en mis gustos musicales.

Me avergüenzo al escuchar la comprensión en su voz. Yo siempre he sido una persona sincera y abierta al diálogo. ¿Qué me pasa? ¿Acaso al perder el cuerpo he perdido también la buena educación? ¿Por qué me comporto de esta manera? ¿Será porque no he desayunado como Dios manda desde hace una eternidad? Pues si esa es la razón, esto va a ir de mal en peor. Tengo que controlarme. Sobre todo porque mi relación con Carlos va a alargarse un tiempo y no puedo permitirme cabrearlo.

—Perdona —me disculpo—, sí, he sido yo, pero no sé cómo lo he hecho. Perdóname, por favor. Es que...

—¡Menuda bobada! No tienes que disculparte por eso, me gusta toda la música en general —me interrumpe, y vuelve a sintonizar la de la soprano—. Por cierto, quería comentarte una cosa.

No le escucho y me da igual que se cabree. Estoy demasiado ocupada intentando hacer callar a la divina del chorro de voz, que seguro tiene participación en alguna compañía de audífonos.

—¿Qué te hace creer que Tony y Margaret tienen algo que ver con tu situación actual? ¿Te has parado a pensar que quizá pudo ser un accidente? —No le contesto. Estoy concentrada con la histérica de los gorgoritos—. Y tal vez, lo de autonombrarse tus albaceas sea una forma de demostrar preocupación por tu bienestar —se calla un momento, pensativo—. Y lo de las cincuenta viviendas... se deba a que intentan engrosar tus arcas, por si necesitas cuidados especializados e intensivos de esos que cuestan una pasta.

—Mierda. Mierda. ¿Por qué no te callas de una vez? ¡Me estás volviendo loca!

—Oye, guapa —exclama ofendido—, que yo solo intento ayudar, no hace falta que insultes.

La radio cambia de emisora de golpe y porrazo.

—¡Ay, por fin! —exclamo encantada cuando empieza a sonar *I will survive*, de Gloria Gaynor. Luego me vuelvo hacia él con una sonrisa. Una sonrisa que se me congela en la cara al ver su gesto de cabreo—. ¿Qué pasa? —pregunto, sorprendida por su nula reacción ante una diva de la categoría de Gloria—. Has dicho que te gusta la música en general, ¿no? Pues he generalizado y he cambiado de emisora mala a emisora buena —me apresuro a decir mientras balanceo los hombros de un lado a otro al ritmo de la música.

—¿Alguna vez escuchas cuando te hablan?

«¡¿Pero de qué habla ahora este tío?», me pregunto confusa.

—Por supuesto —contesto a falta de otra respuesta mejor.

—¿Y entonces, por qué no me prestas atención? —pregunta en tono irónico.

Me habría encantado responderle: «¡Porque la loca de los gritos angustiosos que tanto te empeñas en escuchar me estaba volviendo loca!». Pero como no me han educado de esa manera, y yo no soy Lolita, además vamos en su coche y piensa ayudarme sin tener por qué —cuando él, en estos momentos, estaría tan feliz manejando una retroexcavadora por el prado norte —, decido que lo mejor es ser discreta y contestar con suavidad y humildad. No quiero cabrearlo.

—Es por culpa de haberme convertido en un ser incorpóreo, ¿sabes? A veces pierdo el oído y, lógicamente, no puedo oírte.

Se produce un silencio inquietantemente silencioso.

—Vale.

—Bien.

Es tan obvio que no me ha creído que por primera vez me alegro de no poder manifestar emociones físicas: el sonrojo subido de tono habría sido muy delator.

Mientras espero que diga algo, me entretengo mirando por el espejo retrovisor, evitándole deliberadamente. Respiro hondo y me atuso las plumas verdes que me obstaculizan la visión de mi rostro en el susodicho espejo. Este color no me va nada. Nada de nada. Me concentro con los ojos puestos en la nada, esperando hacerlo bien y no terminar medio en pelotas dentro de un coche con un tipo al que no conozco de nada. Entre tanta nada, aún no consigo esclarecer si domino el arte del cambio de vestuario a la perfección. Creo que estoy haciéndolo bien. Únicamente me falta un pelín de concentración y...

¡Mierda! ¿Qué es eso? Una visión inesperada me desconcentra de golpe y porrazo.

Agacho la cabeza y me echo un rápido vistazo. Bien, sigo con la ropa puesta. Carlos me guiña un ojo y se concentra con el navegador. Le devuelvo la sonrisa y vuelvo a centrarme en el espejo retrovisor. Efectivamente, la vista no me ha engañado: el agente Caramelo acaba de aparcar frente a la casa y en estos momentos está saliendo de una furgoneta blanca muy sucia.

Se dirige al portón trasero y lo abre con cuidado. Empieza a hacer carantoñas al aire y de pronto veo, pasmada, asomar una cabeza de cerdo. Es grande y rosa, tiene las orejas peludas y emite unos gruñidos que no se parecen en nada a los que he escuchado en las películas. Y el cerdo tampoco: los de las películas son limpios, graciosos, con el rabo retorcido en una espiral de lo más original, y saben hablar, aunque lo hagan tartamudeando.

—Bien, esto ya está listo. —La voz de Carlos unida al inconfundible sonido de un encendedor Zippo me bajan de las nubes. Voy a protestar cuando percibo que no huelo nada. Malo, muy malo. Esto se va a poner feo, muy feo. Y no es simple paranoia, es que ayer sí pude oler las flores y hoy...—. Bueno. —Me distrae la voz de Carlos exhalando una profunda bocanada—. Ya averiguaremos hasta qué punto están implicados tus primos.

Sin prestarle atención e inspirando por la nariz como una aspiradora en

busca de inexistentes pelusas, sigo los pasos del agente Caramelo.

—Pssss —contesto con aire distraído.

—Lo de la documentación falsificada es otra historia. Con un poco de suerte, creo que podremos averiguar algo al respecto. —Exhala otra bocanada de humo. Yo agito la mano frenéticamente para despejar el ambiente y que no me entorpezca la visión—. ¿Tienes alguna idea en mente de por qué semejante cerdo se prestaría a algo así?

—Ni idea —contesto con la vista fija en el inmenso animal, que el agente trata de arrastrar con una cuerda atada a una anilla que le perfora el hocico de lado a lado. Oh, eso tiene que doler.

—Algo se os habrá ocurrido a tu amigo y a ti, ¿no?

—¡Menudo cerdo! ¡No he visto un cochino más grande en mi vida! Ese animal debe pesar por lo menos quinientos kilos. ¿Y no decía el muy idiota que había perdido el apetito?

—Pero... ¿no es tu amigo? —pregunta, desconcertado.

—No había visto a ese animal jamás —contesto, pensando que el pobre Carlos no anda bien de la cabeza. ¿Yo, amiga de un cerdo? ¿De un cerdo que se llama Choped Marinado? Ni de coña—. ¿Pero tú lo has visto bien?

—¿Cómo lo voy a ver si ni siquiera me lo has presentado?

—¿Y a qué esperas para echar un vistazo?

—¿Se puede saber de qué me estás hablando?

Vaya. No creo que haya elegido con buen criterio a mi paladín. Me parece que es un poco lento de entendederas. Me giro y le miro directamente a los ojos. Unos ojos increíbles. De un maravilloso tono verde moteado de castaño claro, que resplandecen bajo la primera luz de la mañana.

Parpadeo unas cuantas veces para aclararme las ideas antes de contestar:

—Del cerdo —murmuro con voz suave, en deferencia a su ligera tendencia a no enterarse de nada—. Choped Marinado —modulo bien las palabras mientras señalo con el pulgar tras de mí.

Vuelve la cabeza con un giro brusco al tiempo que frunce el ceño. Su expresión va cambiando del desconcierto al regocijo. Una sonrisa enorme le cruza el apuesto rostro. Una sonrisa tan deslumbrante que deja la de *Mona Lisa* a la altura de mona, lisa y llanamente. Quizá no me la esté dedicando a mí, pero no por ello deja de ser menos atractiva. Y por un momento, solo un segundito de nada, un sentimiento sorprendente me hace dar un respingo: siento celos de un puñetero cerdo. Y al darme cuenta de mis sentimientos hacia

el marrano en cuestión, entro en un leve estado de *shock*, pues una cosa está clara: tengo que dejar de pensar en el desconocido que está sentado a mi lado y averiguar rápidamente qué se traen entre manos mis primos. Porque, antes o después, Frank aparecerá y yo tendré que tomar una decisión.

Bueno, seguramente será más de una, pero en lo referente a Frank no puede haber ningún tipo de vacilación. Le amo. Le amo con todo mi corazón. Le amo con cada fibra de mi ser. Le amo más que a mi vida. Bueno, tal vez esto último haya sido una exageración por mi parte, pero no por ello le amo menos. Es decir: le amo mucho.

Cuando el agente Caramelo desaparece de nuestra vista, seguido de un reticente Choped Marinado, Carlos arranca el motor y pone rumbo a la autopista dirección Londres.

En cualquier otra circunstancia, habría disfrutado del frondoso y brumoso paisaje al pasar junto al parque New Forest, donde los bosques son tan antiguos y majestuosos que Guillermo el Conquistador ya los utilizaba como coto privado de caza. Y es que no hay nada como ser rey para disponer de unos miles de hectáreas para dedicarte al placer de matar animales por diversión. O banquero. Pero hoy no puedo. Hoy voy sentada en un coche al lado de un tío tranquilo que es todo un misterio para mí, que me atrae como una botella a un alcohólico y en el que confío y al que temo a la vez.

Porque... ¿puedo realmente volver a confiar en otro ser humano?

Le miro de reojo. Apoya las dos manos en el volante y parece relajado. Sus increíbles ojos están clavados en la carretera, pero van ocultos tras unas gafas de sol negras. No parece tener muchas ganas de charla.

—¿Y qué vamos a hacer cuando lleguemos a Londres? —pregunto, para romper el silencio.

—Una simple pregunta para una respuesta bastante compleja.

Con esa contestación, salida directamente de una de esas galletas chinas, me rindo a la voz hipnótica de Bruno Mars y me dedico a contemplar el paisaje: es mucho más esclarecedor que el tipo que llevo sentado al lado, aun con bruma y todo.

—Has sido de mucha ayuda, gracias —no puedo evitar refunfuñar en voz baja.

Carlos se limita a sonreír de manera enigmática y continúa conduciendo sin decir ni una palabra. Me giro de cara a la ventanilla para expresar de esa manera mi irritación ante tanto secretismo y, de paso, ponerme más cómoda.

Lo cortés, como diría mi madre, no quita lo valiente.

Cuando faltan cerca de dos horas para el mediodía, por fin llegamos a Londres. Se está nublando por momentos y sopla un viento húmedo y de lo más pertinaz y desagradable. Me quedo embobada contemplando todo lo me rodea y me doy cuenta, bastante asombrada, de que este ya no es mi sitio. Mis bosques deben ser verdes y misteriosos, no de ladrillos, cemento y cristal; mi río cristalino y repleto de vida, no un río de coches sobre un océano de asfalto; mi horizonte debe permanecer en la lejanía, mostrando una clara línea divisoria entre el azul del cielo y el rojo de las amapolas sobre la pradera.

Y mientras intento empaparme de la agradable sensación de las prisas, de la energía que desprenden los transeúntes, del pavimento recalentado, de los pitidos ensordecedores de los coches, del olor de... —de acuerdo, debería oler a frituras y a humanidad—, comprendo que ya no necesito un mar de gente, simplemente me hacen falta las personas adecuadas en el entorno apropiado.

¡Joder!, me he convertido en una chica de campo.

Una vez pasado el distrito suburbano y luego el distrito comercial, entramos por fin en el distrito propiamente dicho. Es decir, el mogollón del meollo, que diría Tommi.

Mirando a mi alrededor con cara de provinciana salida directamente del internado —hay que ver lo que pueden llegar a conseguir tres meses de reclusión y charlas, única y exclusivamente con un puñado de tíos rudos, con una cincuentona dulce, remilgada y un poco mandona y con un plantío de cebolletas—, intento por todos los medios a mi alcance ubicarme y averiguar dónde estoy. Pero... ni idea.

Carlos está aparcando frente a un edificio que deja la Torre de Babel a la altura de una chabola de barrio, y en la puerta hay un portero vestido con una librea tan en consonancia con el edificio que custodia como un chicle extragrande pegado a la melena de una supermodelo.

Mi primera reacción es pensar que he permanecido demasiado tiempo encerrada en la granja y, por consiguiente, estoy empezando a alucinar. Me giro y observo con detenimiento a Carlos. Acaba de apagar el motor. Sin hacer el menor caso del portero del siglo XV, me apremia a que baje del coche y le siga. Lo hago sin hacer preguntas. Bueno, sí me hago una pregunta: ¿siempre ha sido así? Dos preguntas: ¿siempre ha existido esta fantástica nomenclatura a mi alrededor? También me pregunto, lo cual supone una tercera pregunta, si

Carlos sabe lo que hace y adónde vamos. Lo cual supondría una pregunta más si las cuentas no me fallan.

Al pasar junto al señor de la librea, una cierta sensación de desasosiego me provoca un hormigueo que me recorre toda la espalda. Es como esa clase de picor en la nuca que sientes cuando alguien te vigila, como cuando estás en la biblioteca y sientes los ojos de la bibliotecaria pegados al cogote.

Decido, en un acto de valentía, rascarme la nuca y no hacer caso de la desagradable percepción. Estoy tan acostumbrada al ojo avizor de la señorita Moses —la bibliotecaria—, que no vale la pena preocuparme por un par de ojos más. Sobre todo porque soy intocable. ¿Qué más podrían hacerme? —y no, señorita Moses, yo no pintarrajeo penes descomunales en los libros, para que se entere—.

—Bueno... ¿y qué vamos a hacer aquí? —pregunto, un poco cohibida. Hace tanto tiempo que no salgo de la granja, que no me relaciono con nadie, que me siento torpe e impaciente al mismo tiempo.

—Ya lo verás, preciosa —contesta sin detenerse ni para mirarme—. Tú solo calla y escucha.

—Gracias, señor —responde un sorprendido portero—, pero no me cuesta nada darle los buenos días a usted también.

Río entre dientes al notar la incomodidad de Carlos.

—No..., ejem... Perdona..., no hablaba con usted, hablaba con... mi abuela —replica, señalándose una oreja—. Se le va la cabeza y... y tengo que estar todo el día conectado con ella —se excusa, y por la mirada de incredulidad del señor de la librea, sé que no le ha creído.

—No te ha creído —constato.

—¡Que no hables!

—Disculpe, señor, pero no creo que deba dirigirse así a una anciana —le corrige el portero con frialdad.

—Ah, pues sí que te había creído. —Suelto una risita.

Se gira hacia el portero con gesto seco.

—Aunque no es de su incumbencia —le dice con altanería—, cuando mi... abuela habla, le sale la dentadura postiza disparada. Por eso tiene que cerrar la boca.

Tolero que me llame vieja, pero cotorra... Ahí se ha pasado. Soy muy capaz de mantener la boca cerrada cuando la ocasión lo requiere. Lo que ocurre es que esa ocasión todavía no ha llegado.

Procurando sonar lo más amable, comprensiva y arrepentida posible, todo a un tiempo, lo que no es fácil, le digo:

—Si no quieres que te tomen por loco cada vez que mantenemos una conversación, ya puedes ir pensando en algo.

Menos mal que no le he dicho que a mí me la resopla que lo tomen por chiflado porque al ver el brillo amenazador de sus ojos, soy plenamente consciente de que ya está bastante cabreado.

Con la tensión palpándose en el ambiente, le lanzo mi mejor sonrisa beatífica, un rasgo perverso de mi personalidad perfeccionado hasta la saciedad por necesidad. A ver quién era el guapo que le llevaba la contraria a María Dolores.

Nos miramos a los ojos durante un largo minuto.

—O mejor no hablar en absoluto —propone, y su indignación no parece fingida.

Pero bajo ese escudo de irritación, que no me engaña lo más mínimo, sé reconocer un cumplido: me ve tan inalcanzable que lo pongo nervioso.

Dejamos al portero soltando risitas entrecortadas a nuestras espaldas y nos dirigimos a paso ligero al ascensor. Mientras subimos en completo silencio hasta la planta veinte, le dirijo a Carlos una sonrisa tímida. Tras unos segundos, me devuelve otra sonrisa tímida, o irónica, tanto da. Ni idea de cuál, pero sonrisa al fin y al cabo.

—¿Preparada para conocer a la mejor detective privada del mundo? —dice Carlos nada más poner un pie fuera del ascensor.

—Joder, sí. Dios, una detective privada, qué *pasón*.

Y estoy a punto de añadir: «¿Es del estilo de la señorita Marple?», pero me contengo porque Carlos ya ha llamado a un timbre y acaba de abrirse la puerta.

Creo que decir que Susan Sanders, detective privado, se parece a la señorita Marple es como asegurar que la Tierra es plana. La muy jodida no levanta dos palmos del suelo, pero qué dos palmos. Y encima, nada más echarle el ojo encima, me percaté de que en el binomio Carlos y Susan, Susan y Carlos, hubo mucho más que una simple y casta amistad. Y no es que me molestara, claro que no. Es que no sé por qué misteriosa razón me dolió mucho que lo invitase a él a pasar a su casa y a mí ni me mirara. Sí, tienes razón, por razones obvias, pero aun así...

Y cuando la muñequita de melena morena y labios rojo pasión se sentó junto a él en el sofá y empezó a rememorar pedacitos de historias compartidas adheridas a la memoria de ambos, me sentí un poquito más dolida todavía.

«Bueno, Willi —me dije—, no tienes por qué sentirte mal. No conoces a este tío de nada. Es normal que tenga sus historias como tú tienes las tuyas. A ti qué te importa que la mire con tanto cariño, le hable como si fuera algo muy delicado y se embeba de cada palabra que sale por su roja boca como si fuera la última que va a escuchar».

Y lo más frustrante es que ni siquiera podía ponerle nombre a la relación que los unía a ellos ni a lo que me pasaba mí.

¡Pero si yo estoy superenamorado de Frank!

Qué desastre de mañana. Ojalá pudiera borrarla y reiniciar sesión. Porque, encima, mientras escuchaba a Carlos pedirle un favor en mi nombre, yo no podía dejar de pensar que olía a alcohol. Y justo cuando Carlos le preguntó si conocía a algún abogado que estuviese dispuesto a saltarse la ley, ella se puso en modo eficiente y le respondió que conocía a unos cuantos de esos. ¿Y qué hice yo? Pues comportarme más allá de lo perdonable: solté una risotada y dije: «Por favor, los detectives de verdad no dicen esas cosas tan obvias». Lo cual no fue muy acertado por mi parte, por la mirada fulminante que recibí de Carlos.

—No te preocupes, cariño, sea cual sea el apuro en el que se encuentra tu amiga, encontraremos la manera de ayudarla —dijo la detective.

Lo que, traducido a mi agorero idioma, vino a ser más o menos: «Tío, tu amiga está bien jodida».

Y la cosa no quedó ahí, qué va. Me paseé como un león enjaulado. Lancé miradas de advertencia. Rebufé dos o tres veces. Y finalmente, y para terminar de cubrirme de gloria, la insulté y la llamé borracha cuando la vi beber directamente de una petaca que había sobre la mesita de centro —aunque es posible que los detectives de verdad sí que hagan eso—.

—No prejuzgues a nadie si no quieres que te correspondan con la misma moneda —me recriminó Carlos, en un susurro furioso.

—¡Cómo se nota que el amor es ciego, sordo y anda falto de olfato! —respondí en el mismo tono.

Ya lo sé, ya lo sé... Nunca hay que dejarse guiar por sentimientos absurdos —del tipo que sean, en este caso en concreto puede que confundiera ansiedad con ataque de celos—, y me comporté de manera mezquina. ¡Pero es que no podía dejar de imaginarlos disfrutando de una sesión de sexo especialmente tórrida mientras picoteaban cerezas confitadas! ¿Que por qué pensé en cerezas confitadas? Pues ni idea, pero siempre me han parecido el sùmmum de la decadencia sexual.

Y luego... Y luego Susan le dio un nombre y una dirección y, acto seguido, tuvo un desvanecimiento. Tendí los brazos para ayudarla, pero la mirada de furia que Carlos me lanzó mientras él la sujetaba, me dejó paralizada de horror y vergüenza. A renglón seguido, la ayudó a recostarse sobre el sofá y la tapó con una manta de viaje. Lo hizo con delicadeza, casi, casi con reverencia.

Una repentina certeza me obligó a cerrar los ojos.

Mierda. ¿Cómo pude ser tan idiota? ¿Cómo pude no darme cuenta de que Susan Sanders estaba a un paso de pasar a engrosar la lista de los ectoplasmas?

Poco a poco reparé en que Carlos le acariciaba la mejilla con las yemas de los dedos. Lo sabía. Lo sabía y estaba despidiéndose.

Me encontré fatal y tuve muy claro que debía enmendar mi error.

—¿Me dejas un segundo a solas con ella? —pedí en voz baja. Vi la suspicacia reflejada en los ojos de Carlos y eso me hizo sentir aun peor—. No voy a hacerle nada, ¿vale? —repliqué, enfadada más conmigo misma que con él—. Ahora me relaciono con ambos lados con cierta asiduidad. Creo que

puedo ayudarla.

Me miró con gesto serio, pero en el fondo de su mirada se adivinó el alivio y el agradecimiento.

—Te espero en el coche. —Contempló a Susan durante unos segundos más y, finalmente, se marchó cerrando la puerta con suavidad.

Cavilé sobre qué decir para poder aliviar un poco ese miedo visceral frente a lo desconocido. Permanecí en silencio, el corazón latiéndome a golpes. A diferencia de los que se quedan atrás, proporcionar consuelo a Susan debería ser una tarea sencilla. Pero no, no era tarea sencilla.

Inspiré hondo y empecé a practicar distintas formas de encarar el asunto, pero entonces sonreí cuando reparé en que lo mejor era ser yo misma.

—Eh, Susan, tú no me conoces, pero mi nombre es Willi y soy un ser mágico —susurré cariñosamente en su oído—. Sé que tienes miedo. Vale, pues no lo tengas. —Le acaricié el pelo con ternura y pensé en qué decir que resultara reconfortante a la par que creíble—. Aquí no se está tan mal. Es más, déjame decirte un par de palabras: tranquilidad y... tiempo. Mucho tiempo. Y te voy a decir unas cuantas palabras más: insensibilidad al dolor e invisibilidad. Puedes atravesar paredes. Puedes vestirte como te dé la gana. Cero por ciento de riesgo de embarazos no deseados. Sexo de alucine con tíos que están para comérselos. Yo eso no lo he probado, pero tengo un amigo que me cuenta que todo es posible. ¡Ah, y ángeles! Ángeles que por lo visto son... divinos. Todos para ti solita. —Susan lanzó un suspiro de felicidad y esperanza—. Y le voy a decir a mi amigo Tommi que te espere. Tommi es un chico guapísimo y buenísimo. Pero si le ves aparecer con una manta bajo el brazo, que sepas que quiere sexo. —Ahora compuso una amplia sonrisa—. Le vas a encantar y él te va a encantar a ti, ya lo verás.

Empecé a alejarme y pensé que no tendría nada de raro si le daba un abrazo. Me acerqué a ella y le di unos cuantos achuchones al sofá. Y habrían sido más de no haberlo atravesado.

—Gracias, Willi. Te veré al otro lado —me llegó su voz en un murmullo.

—No, si puedo evitarlo.

Y ahora, mientras me siento en el coche dispuesta a aguantar merecidamente cuantos reproches se le ocurran, no puedo evitar sentirme como una mala persona. Y todo porque me he puesto tonta y, como dice Carlos, he prejuzgado

a otra persona sin siquiera conocerla.

—Lo siento —digo con más brusquedad de la que pensaba—. No era mi intención ofender a nadie.

Carlos me mira con expresión afectuosa. Lo que me descoloca bastante.

—¿Has conseguido ayudarla?

Me encojo de hombros.

—Si no consigue superarlo... —digo al cabo de cinco minutos—, estará bien. —Me vuelvo a encoger de hombros.

—Lo superará. Es fuerte.

—No me has dicho si me perdonas —insisto, tensa, llena de expectación.

—No hay nada que perdonar. Si yo estuviera en tu situación, también estaría muy nervioso.

—Gracias, te lo agradezco mucho, de verdad.

Con un brusco asentimiento de cabeza hace un giro con el coche y rodea todo el edificio. En un momento ya nos hemos sumergido de nuevo en el denso tráfico londinense camino del despacho del señor Bert Humper, abogado corrupto.

Mientras Carlos va conduciendo en silencio, recuerdo con claridad meridiana el día en que mi padre se enteró del fallecimiento del tío Philip. Su gesto de dolor, sus hombros sacudiéndose con fuerza a causa de la angustia, los ojos llenos de lágrimas, tan imposibles de contener como un tablón de madera conteniendo un huracán.

Trago saliva e intento, sin éxito, apartar la tristeza que de pronto me invade. ¿Qué haría yo sin mi familia? ¿Qué cantidad de sufrimiento es capaz de soportar alguien que acaba de perder a un ser querido? ¿Cuánto tiempo se necesita para suavizar ese dolor demoledor que se ha instalado en nuestro corazón? A veces repentinamente. A veces de manera lenta y dolorosa, pero que nos destroza de igual manera.

—¿Estás bien? —pregunta Carlos, atrayendo mi atención.

—Perfectamente. —Esbozo una triste sonrisa mientras pienso en mi hermana y en mis padres e intento, en vano, quitarme a Susan de la cabeza—. Estoy muy bien, gracias. ¿Sabes qué? —le pregunto, girándome un poco, con ganas de ayudar a alguien más.

—¿Qué? —replica mirándome de reojo.

—Si quieres podemos contarnos nuestras penas. Tommi y yo nos lo contamos todo. Es terapéutico y antiestresante.

—¿Y qué penas tienes tú, aparte de las obvias?

—Estamos hablando de ti. Tú eres el que tiene problemas de comunicación. Paramos en un semáforo y me escruta con la mirada.

—Yo no tengo problemas de comunicación. Me comunico con quien quiero y cuando quiero.

Vaya, mi paladín ha salido un poquito reticente; parece ser uno de esos tíos a los que les cuesta hablar de sus sentimientos. Como el momento tenso que hemos protagonizado se ha diluido de golpe, ahora lo importante es ayudar a Carlos.

Me echo un vistazo en el espejo retrovisor y lo que veo me gusta: seguridad y confianza en mí misma. No pienso dejar que se reconcoma él solo. Sé que estoy perfectamente capacitada para ayudar a los que más lo necesitan. Y si no, mira Tommi qué a gusto se quedó cuando me contó la historia de su vida. O mi primer novio, al que casi tuve que obligar a darme el primer beso, el primer abrazo y el primer polvo —conmigo claro, él ya había pegado unos cuantos por su cuenta—. Pero parecía que conmigo se hacía de rogar y tuve que hacer uso de todo mi poder de convicción para convencerle. Y vaya si lo conseguí. Hice de todo lo que se puede hacer, sin saltarse la ley, para llevármelo al catre. Incluso le pagué por el servicio y todo. Y fue realmente caro, el muy cabrón.

Desde aquel primer hombre poco dispuesto a expresarse con palabras, pero muy capaz de hacerlo con hechos, he madurado mucho y he aprendido mucho. Ahora ya estoy preparada y lista para entrar en acción. ¡Sé lo que quieren! ¡Sé lo que buscan! ¡Sé cómo funciona esa mente tan cerrada y poco dada a manifestaciones de tipo confidencial! Me lo agradecerá.

—Te escucho —le animo con aire profesional—, pero te advierto que lo de pagar ya no me compensa.

—¿Qué quieres decir? —contesta con aire distraído.

—Si necesitas un empujón para empezar a hablar, yo te ayudo.

Aparca en una plaza libre y, después de echar el freno de mano, me mira como si hubiera empezado a babear de repente.

—Cuando yo era pequeña tenía pesadillas con un niño del colegio que quería arrancarme la cabeza y ahora resulta que es mi mejor amigo. —Le dedico una sonrisa espléndida y él disimula la risa con un carraspeo—. Te toca.

—Cuando yo era pequeño tenía una hermana, que era un coñazo, y la

convencí de que era adoptada y de que sus verdaderos padres eran un desecho de la sociedad para que tuviera pesadillas y me dejara en paz.

¡Jesús bendito! Cuánto trauma acumulado y cuánta mierda mental por resolver.

—Sí..., ya veo. —Contengo el aliento porque se me acaba de ocurrir una cosa horrible. Intento palmearle la mano con espíritu tranquilizador, pero, como soy un espíritu real y verdadero, no consigo el efecto deseado—. Puedes contarme quién te hizo eso.

—¿El qué? —dice sorprendido a más no poder. Pero a mí no me la pega.

—Cuéntame qué tipo de abusos has sufrido. —Se atraganta y empieza a toser como un tísico. Ni me planteo palmearle la espalda—. Verás, Carlos..., yo también he leído todas esas novelas eróticas donde el irresistible a la par que impresionante protagonista, experto en artes amatorias de todo tipo, sufre porque no sabe expresar sus sentimientos sino a través del sexo, y no puede abrirse a otras personas porque ha sufrido serios traumas infantiles. Cuéntame y verás como te encuentras mucho mejor.

La verdad, no hace falta que mire con tanta desconfianza.

O como si quisiera estrangularme.

O como si quisiera estrangularme, muy confiado.

—Verás, Willi... —imita mi tono de voz—, afortunadamente tuve una infancia y una adolescencia muy normales. Me críe en un hogar feliz, con unos padres cariñosos y una abuela que era la monda. —Hace una pausa muy significativa y lanza la bomba—. ¿Y a ti qué te ocurrió para que seas así? ¿Acaso te diste en la cabeza cuando te arrojaste desde un trampolín al fondo de una piscina vacía o acaso son los genes, que no perdonan?

Le miro pasmada a más no poder. ¿De dónde se saca semejantes disparates?

Suelto un suspiro exagerado.

En realidad, no es así como tenía planeado nuestro rato de confianzas con el fin de ampliar conocimientos —él me conoce a mí y yo a él—. Mi paladín está resultando ser muy resuelto para algunas cosas y recalcitrantemente tozudo en otras, como, por ejemplo, abrir su corazón y dejar salir toda esa mierda que sé que le corroe por dentro.

—¿Vamos? —dice al cabo de diez minutos de un silencio incómodo—. Cuanto antes terminemos con esto, antes podré ir a casa y descansar un rato. Estoy molido.

—¿Vamos a regresar a Cedar Farm? —pregunto, sorprendida.

—He dicho a casa, no a tu casa.

No pensará largarse y dejarme tirada en medio de Londres, ¿verdad? ¿No se habrá echado para atrás? Tampoco le he insistido tanto para que me abra su atormentado corazón. ¡Huy! Este está peor de lo que quiere dar a entender. Pero Willi Nelson no se amedrenta ante un reto. Pobrecito, si existe una relación directa entre estar tan bueno y haber sufrido en la vida, este buen hombre se lleva la palma en cuanto a hombres atormentados. A saber por cuántas situaciones dolorosas habrá tenido que pasar. Qué horribles vivencias habrá tenido que soportar, en soledad y desamparo, para cerrar su yo interior como si de una caja fuerte de alta seguridad se tratara. Seguro que es por culpa de alguna arpía —Susan no, Susan es una chica excelente—. Este bendito, que tan amablemente se ha ofrecido a ayudarme, debe de ser incapaz de hacer nada malo, así que deduzco que la culpable de su dolor debe de ser ella, la arpía.

—Bueno —digo alegremente mientras nos encaminamos al interior del edificio—, ahora que ya hemos roto el hielo y he cometido la insensatez de contarte parte de mi vida, tú tendrás que hacerte el ánimo y empezar a abrir de nuevo tu corazón. —Me mira raro mientras esperamos el ascensor—. Lo que quiero decir es que te olvides de esa mala mujer y no pienses más en ello.

—Lo intentaré —replica en tonillo de burla—. Las mujeres son muy malas, ¿verdad?

—No te quedes conmigo, que estoy hablando muy en serio. —Subimos al ascensor, que por suerte está vacío—. La mayor causa de que un hombre se cierre en banda y no quiera hablar de sus emociones suele ser por culpa de una mujer. Lo he leído, ¿sabes? —Le lanzo una mirada de comprensión, esperando que recapacite y por fin se abra a mí.

—Me gustaría saber dónde has leído semejante disparate.

A mí también me gustaría saberlo, porque la verdad es que no lo he leído en ningún lado, pero me ha parecido oportuno añadir un sutil toque intelectual al asunto. Da más confianza.

—Ahora no recuerdo el título del libro —miento—, pero era bueno, bueno de verdad. Un libro de autoayuda, creo.

—No debía ser tan bueno cuando a ti no te ha ayudado nada.

Sí, se cree muy gracioso. Piensa que me engaña con esa pose de falsa relajación. Pero no lo hace.

Hubo una época en que habría movido cielo y tierra para ayudar a desembuchar al reacio desembuchador, pero ahora he madurado, soy más...

madura. Dejar que piensen y se reconcoman con sus atormentados y oscuros sentimientos de frustración y culpa es una buena terapia. Cuando no pueda más, estallará como una olla a presión y allí estaré yo para ayudarle a recoger los pedazos.

Lanzo un profundo suspiro y asiento con la cabeza satisfecha por haber encontrado la solución. Puede que lo de ordeñar vacas no se me dé bien, pero ayudando a los demás... soy un hacha.

—Aquí es —señala, parándose junto a una puerta de doble hoja muy elegante. Se gira y me dedica una sonrisa colmada de paciencia.

Le miro y le sonrío confiada.

Empuja con decisión una de las hojas y nos adentramos en una espaciosa sala de espera de paredes color crema, amueblada con una preciosa mesa antigua, que hace las veces de pequeño despacho, y unos cuantos mullidos sillones negros, desperdigados estratégicamente para dar una mayor intimidación a los clientes. O para invitarles a dar una cabezadita.

La recepcionista es una joven rubia de piernas largas y de unos treinta años, peinada con un moño clásico que se lleva a matar con su vestido plateado sacado de la mismísima *Guerra de las galaxias*. Al levantarse para saludarnos y salir de detrás del escritorio, me fijo en su belleza que, aunque lejos del canon de belleza tradicional de la Tierra, debe ser todo un bombón en el espacio exterior.

—Hola, buenas tardes —nos saluda con voz cantarina antes de presentarse—, mi nombre es Helen y estoy aquí para atenderle. —Hace una pausa y recorre a Carlos con la mirada como si fuese su próxima merienda estelar—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Eso espero. —Carlos le dedica una sonrisa cálida—. ¿Está el señor Humper?

—¿Tiene usted cita con él?

—No, vengo de parte de un amigo —contesta Carlos sin titubeos—. Dígale que me envía Anthony Milton.

—Ah, ¿eres amigo de Tony? —Baja la vista y parpadea con énfasis.

—Pues sí. Tenemos intereses en común. —Le devuelve el parpadeo enfático.

Yo no parpadeo. Yo pongo los ojos en blanco y me repantingo en el sillón, dudando entre atravesar la pared que tengo detrás o echarme esa siesta que tan esquivamente me resulta desde hace dos semanas.

—El señor Humper está muy ocupado en estos momentos, pero ya que es usted amigo del señor Milton... —Con un gesto le insta a acompañarla hasta los sillones y toma asiento junto a Carlos, en un arrebato de mutuo entendimiento con el tío irresistible amigo del señor Tony.

Un cuarto de hora después, la cosa entre estos dos se está poniendo de lo más rarita. Visiblemente incómoda, pero con la lección aprendida tras lo ocurrido en casa de Susan, me levanto del cómodo sillón y recorro el amplio recibidor. Me planto frente a una puerta de madera color caoba. Vuelvo la cabeza para comprobar que las manos de Carlos no andan de expedición sobre los firmes muslos de su interlocutora y sus labios continúan a medio metro de distancia de los de ella. Sí, el aire corre libremente entre ellos.

Con un suspiro de alivio, me centro de nuevo en la puerta. Sé lo que me voy a encontrar al otro lado: una fotocopia exacta de mi paladín en cuanto al *look* se refiere, pero con los valores morales un poco desvirtuados. Le echo coraje y traspaso la puerta del despacho.

Difícil describir cómo me siento. Impactada creo que sería la definición perfecta. Me he llevado dos impresiones mayúsculas. La primera me la llevo con el despacho, es como si de pronto me hubiese adentrado en la jungla. Este hombre tiene un serio problema con las rayas y los tonos verdes.

La segunda impresión es el abogado en sí: no se parece en nada a lo que esperaba. El hombre que se encuentra sentado tras el horripilante escritorio no es el típico abogado vestido con el típico traje gris o azul marino. Tampoco lleva el típico corte de pelo escalonado de los típicos abogados londinenses, sino todo lo contrario: es gordo hasta decir basta, es calvo y las venas del cuello parece que le van a reventar de un momento a otro por el esfuerzo de reprimir la cantidad de palabras malsonantes que salen por su boca de pez muerto.

—¡No puedes amenazarme impunemente! —grita furioso, dando un empujón al sillón y levantándose de golpe—. Sabes que te devolveré hasta la última libra que te debo. —Enarco las cejas, interesada—. ¡No puedo seguir haciendo esa mierda! —Se afloja el nudo de la corbata, claramente agobiado. Lo que no me extraña nada, puesto que aquí hace un calor de mil demonios. Aunque también puede que esté a punto de sufrir un infarto—. ¡¿Pero tú te crees que los clientes de ese tipo crecen en los árboles?! ¡Vaya pedazo de hijo

puta! —Da media vuelta y recorre el despacho como un rinoceronte enfurecido. Está en su ambiente—. ¡Te lo conseguiré! ¡Dame tres días! ¡Tres días es lo único que te pido, joder! ¿Ah, sí? ¿Y si es tan fácil, por qué no tengo a una recua de clientes esperando en recepción?

¿A qué clase de clientes se refiere? Venga, Willi, esfuérate un poco. Piensa... ¿Clientes de tipo...? ¿Clientes de tipo...? Me remuevo inquieta. Caramba, esto es más difícil de lo que pensaba. Como no se me ocurre nada, me decanto por la opción más simple:

—CARLOOOSSS. —Salgo al pasillo gritando como una enajenada y me acerco a él a trompicones. Para mi sorpresa, finge no oírme. Lo llamo de nuevo al llegar a su lado mientras intento, sin éxito, tirarle de una manga—. Carlos, por favor...

Me hace callar con una mirada impaciente.

En serio, te aseguro que es horrible intentar tratar con alguien tan... tan... independiente, y encima tener que actuar como un ente sin cuerpo y sin poder hacer uso de manos y piernas cuando más se necesitan. Te hace sentir impotente a rabiar no poder arrear alguna patada de vez en cuando.

Puede que no tenga cuerpo, pero a voz estridente no hay quien me gane.

—¡¡¡CARLOOOSSSS!!! ¡¡¡CARLOOOSSSS!!! ¡¡¡CARLOOOSSSS!!!

Carlos se digna, por fin, a hacerme caso. Tras un intercambio de miradas curiosas, le digo:

—Coge el puñetero teléfono. Quiero hablar contigo en privado.

Para mi alivio, se disculpa y se lleva el móvil a la oreja.

—¿Sí, dime?

—Deja de hacer el tonto con la señorita secretaria y entra de una vez en el despacho del abogado. —A medida que voy hablando, los ojos se me iluminan y la voz me tiembla de excitación—. Está necesitado de un cliente. —Se me escapa una sonrisa de anticipación—. Un cliente...

—Me gustaría que fueras un poco más clara —me interrumpe con voz profunda y varonil, lo que ocasiona otra caída de ojos por parte de la extraterrestre (mi hermana llama a ese tono de voz, voz de hombre. La voz más *sexy* de todo el universo)—. A mí me parece que no tiene nada de raro que busque clientes necesitados de asesoramiento jurídico.

Ay, Señor, ¿se puede saber por qué no me hace ni caso? ¿Se puede saber por qué mi paladín tiene que ser tan obtuso cuando tiene a una mujer delante de las narices? A otra mujer, quiero decir.

—Entra de una vez y hazte pasar por un tío que pretende hacer algo ilegal —le ordeno con cara de malas pulgas.

—¡Quieres tranquilizarte! —Él también sabe poner cara de malas pulgas—. Antes de entrar en ese despacho a tontas y a locas necesito recabar información.

—¿Ocurre algo? —Se nos acerca la extraterrestre plateada con gesto preocupado—. Nuestra cita sigue en pie, ¿no?

—Pues mira, no. —Me giro resuelta hacia la secretaria—. Resulta que tiene cosas más importantes que hacer, como, por ejemplo, sacarme a mí de un coma profundo un poco raro del que ya estoy hasta las narices. Ya te lo podrás tirar la semana que viene, cuando yo esté con mi cuñado, perdón, mi antiguo novio, tumbada en una playa del Caribe bajo una palmera con una piña colada en la mano.

Carlos hace un gesto contenido de sorpresa y sus cejas se unen en un profundo ceño.

—Me gustaría seguir esta conversación contigo en privado —le dice Carlos al teléfono—. Es decir, si no te importa, Helen querida.

A Helen querida no parece importarle, porque niega con la cabeza y señala una puerta cerrada.

Tras los pocos y cortos segundos en los que tardamos en darnos cuenta de que nos ha metido en el archivador, Carlos se digna a abrir la boca y, pasándose la mano por el pelo, constata con cara de incredulidad:

—¿Piensas quitarle el marido a tu hermana y largarte con él al Caribe en cuanto recobres el conocimiento?

Dicho así...

—¿Has quedado con la marciana sin saber en qué mundo se mueve? —contraataco.

—Nosotros no tenemos que dar explicaciones a nadie. Somos solteros y sin compromiso.

Que quede claro que más comprometida con el sagrado vínculo del matrimonio que yo no hay nadie. Pero, en cualquier caso, lo mío con Frank no es premeditado. Yo no he ido a buscarle. Yo no me he interpuesto entre los felices cónyuges como si fuera una *femme fatale*. Aunque es obvio que el resultado va a ser el mismo que si lo hubiera hecho. Pero qué culpa tengo yo, ¿eh? ¿Qué culpa tengo yo si mi magnetismo oriental atrae a hombres desde el otro lado del Atlántico?

—Verás, Carlos. —Suelto una risita que enseguida se desvanece—. No es lo que piensas. —Me retuerzo las manos, sin saber muy bien qué decir. Me decanto por una diplomática prudencia—. Mi hermana me lo quitó a mí primero.

—¿No me digas? —replica enfadado.

—Vale, pues no te lo digo. De hecho, no me gusta hablar de estos temas con desconocidos que no entenderían nada.

Suelta un bufido.

—Tienes razón, no es de mi incumbencia con quién te acuestas y con quién te levantas.

—Me alegra que pienses así. Es mejor no decir nada.

Y antes de darme cuenta, empiezo con un: «Aquel día soleado de mayo fue emocionalmente devastador...». Y al final termino con un: «¿Es que a nadie le importa mi felicidad?». Y un: «Frank va a venir a por mí». Y también: «Necesito, necesito de verdad estar despierta para cuando él llegue».

Carlos asiente y empieza a pasear por la habitación haciendo crujir los nudillos, que suenan como pequeños disparos. Finalmente, se gira hacia mí con gesto sombrío y dice con aspereza:

—Así que de eso se trata. Por eso tienes tantas prisas. Te importa más esperar a tu antiguo novio, un novio que por cierto te dejó plantada y se casó con tu hermana, que hacer las cosas bien y descubrir el porqué de las acciones de tus primos. —Deja de dar vueltas y se para frente a mí—. Así que crees que el idiota ese y tú estáis hechos el uno para el otro.

—Pues... no sé, pero si no le doy una oportunidad..., no lo sabré nunca, ¿no?

—A mí me parece que ya se la diste y el muy cabrón la arrojó por el retrete y tiró de la cadena al casarse con tu hermana.

Así, a bote pronto, estoy intentando determinar hasta qué punto Carlos lleva razón y si, efectivamente, Frank no se merece que le perdone. Tengo que pensar en esta cuestión en profundidad, no me gusta tomar este tipo de decisiones sin haberlas meditado bien. Es lógico, muy, muy lógico llegar a la conclusión de Carlos. Sin embargo, él no sabe hasta qué punto nos amábamos Frank y yo. Éramos inseparables, el amor entre nosotros dos era como..., como..., como el plumaje para un ave, como la espuma para el mar, como las náuseas para la gripe. Yo estaba colada por él y él lo estaba por mí.

Claro que, por otro lado, si él hubiera estado tan colado, no se habría

descolado tan rápidamente y se habría casado con Lolita a escondidas, ¿no? O sea, lo que quiero decir es que sí que me la jugó bien. Aunque estoy totalmente convencida de que Lolita tuvo mucho que ver en su atolondrada decisión por un matrimonio prematuro con ella. Y aunque bien es cierto que Frank tiene una cierta tendencia a casarse con la primera que se le pone delante, no es menos cierto que, después de un año, piensa divorciarse porque me quiere a mí.

Lo menos que puedo hacer es concederle el beneficio de la duda y esperar a verle para precisar hasta qué punto puedo volver a confiar en él. Yo calculo... que tiene entre un cincuenta y un ochenta por ciento de posibilidades de convencerme para que regrese con él. Un amor como el nuestro no se da todos los días. Y todos cometemos errores, ¿no? Te puedes equivocar de restaurante, te puedes equivocar de parada de metro, te puedes equivocar de esposa... ¡Le puede pasar a cualquiera!

¿Qué fue lo que insinuó su mirada cuando apareció vestido de novio y con la flor amarilla en el ojal? ¡Ah, sí!: que ojalá fuera como Lolita. Todo un reto, la verdad. No creo que pueda parecerme a mi hermana por más que quiera, que no quiero. En cualquier caso, las dudas que Carlos ha conseguido sembrar en mi subconsciente no van a conseguir que pierda la esperanza de volver a recuperar a Frank. Y si mi esperanza no me engaña, Frank también piensa como yo y desea recuperar mi amor. Solo espero que su amor por mí sea tan fuerte como para superar la barrera de la incomunicación.

Antes de provocarme yo misma un ictus con tanta reflexión sobre el tema, me vuelvo hacia Carlos y le digo:

—Bueno, a lo que importa, el abogado anda como loco buscando un cliente de los llamados indeseados. Indeseados por otros abogados, no por él. Parece ser que debe una pasta gansa y la única solución a sus problemas es encontrar un nuevo cliente al que cobrarle un potosí por contratar sus servicios fuera de la legalidad. ¿Me sigues?

Antes de que pueda seguir hablando, da media vuelta y se encamina con rapidez hacia la puerta.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —me reanima, bajando la voz para que no le oiga la extraterrestre.

—Bueno, porque primero estabas muy ocupado dándole al pico con la señorita del espacio exterior y después te has dedicado a intentar emponzoñar mi relación con Frank. —No hago caso de la mirada de advertencia que me lanza.

—Da igual. —Me mira con expresión irritada—. Cuéntame qué clase de discusión mantenía el abogado cuando le has visto. Qué decía, ¿se le veía agobiado y parecía dispuesto a hacer un trato con cualquiera, a pesar de no conocerlo? ¿Qué te ha parecido? Dame tu opinión.

¿Opinión? ¿Pero qué opinión? Yo no tengo opinión. A mí solo me ha parecido un tío gordo, sudando y resoplando, mientras se ponía de color blanco y soltaba palabrotas por un tubo.

—Eh... Me ha dado la impresión de que le estaban amenazando, y él contestaba, todo sudoroso, que en estos momentos no disponía de efectivo y que no era tan sencillo encontrar clientes de esa clase.

—Perfecto —dice Carlos antes de salir corriendo al pasillo.

Le sigo sin necesidad de que me lo pida. Si piensa que voy a...

¡¡¡Ahggg!!! El abogado está a unos pasos de distancia, indicándole a su secretaria que le traiga el abrigo.

¡Oh, Dios mío! Parece que se larga. Se larga y todavía no hemos averiguado nada. Miro a Carlos, que está tan perplejo como yo.

—Quédate aquí —me ordena en un susurro.

Pongo los ojos en blanco y le sigo.

—Señor Humper —le llama con brusquedad—. Señor Humper, me gustaría mucho que me concediera cinco minutos de su tiempo.

El gordinflón se gira, enfundado en su elegante abrigo de lana, y frunce las cejas intentando reconocer al joven que tan efusivamente reclama su atención. Alarga una mano y coge el maletín que le ofrece su secretaria.

—Señor Humper —repite Carlos mientras le tiende una mano y añade precipitadamente—: Me llamo John Silver.

Pero ¿qué está diciendo? Pero... ¿por qué tiene que ser tan raro? ¿Acaso no puede comportarse con naturalidad, aunque sea una vez en la vida?

Me dispongo a protestar a grito pelado, cuando la voz curiosa del abogado acapara toda mi atención.

—¿Ha dicho usted John Silver?

Ay, Dios mío, ya sabía yo que esto iba a ser un desastre.

Miro hacia atrás y veo a la extraterrestre a unos tres metros de donde nos encontramos. ¿Cómo se ha presentado a ella? ¿Qué nombre le ha dicho? Ay, por favor, no consigo recordarlo.

—Me gustaría hablar en privado con usted un momento —repite Carlos tranquilamente.

A través de la bruma que de repente envuelve mi cerebro, o lo que es lo mismo, al pollo que estoy pillando, observo cómo las comisuras de la boca del abogado se tuercen hacia arriba y sus ojillos negros brillan con agitación anticipada.

—Usted primero. —Hace un gesto con el maletín y le indica la puerta de su despacho.

Carlos empieza a caminar y yo me limito a seguir sus pasos, impotente y perpleja, rogando porque mi paladín sepa lo que se hace antes de que el gordinflón se percate de que ha usado el nombre de un conocido pirata, de una conocida novela, de un más que conocido y reputado escritor.

—¿En serio? —me dedico a machacar los oídos de Carlos como un crío con una batería nueva—. Robert Louis Stevenson. ¿En serio? —repito—. Una cosa es que en sueños te dediques a vivir aventuras, pero esto es la vida real. La mía, para ser más exactos. No puedes ir por ahí diciendo que eres un pirata de ficción. —Le sigo hasta el sillón donde se acomoda y he de decir que nunca me he sentido tan ignorada en la vida—. Verás ahora, cuando caiga del burro y nos saque de su despacho con cajas destempladas. Lo has echado todo a perder. Así no podremos pillarle nunca por sorpresa.

Carlos saca el móvil y levanta un dedo, pidiéndole en silencio un segundo de tiempo al gordinflón.

Hace como que marca, pero en realidad me está fulminando con la mirada. La sola idea de pensar que este arquitecto de buen ver, profesional impecable y conciencioso, y coeficiente de inteligencia que podría rivalizar con la mismísima calabaza del carruaje de la Cenicienta se atreva a llamarme la atención por teléfono delante del gordo de dudoso comportamiento ético, me pone de los nervios.

Mientras le veo mover el dedo de un lado a otro, me pregunto qué haría si de repente me diera por cambiarme de ropa. He leído lo suficiente y he visto las suficientes películas al estilo de *Nueve semanas y media* para saber que, si me desnudo delante de él, se le nublará la mente y se le trabará la lengua y no podrá decir ni mu de tan obnubilado que se va a quedar al ver mis pechos al aire, creo.

Tal vez deba intentarlo. Tal vez incluso podamos marcharnos de aquí sin llamar demasiado la atención del abogado. A fin de cuentas, él no puede verme ni vestida ni desnuda. Quizá no sea tan malo como fue delante de Tommi, quien únicamente se rio. Aunque no sé por qué, la verdad. Me parece

que debe de ser por eso de que nació en otro siglo y todo ese rollo. Seguramente no ha visto ese tipo de películas. Pero Carlos, sí, seguro. Aunque —y eso también sale en las películas— el chico no siempre se deja influir por un cuerpo de..., de... En fin, por un cuerpo. A veces no se deja atontar por la desvestida en cuestión, o sea, yo.

A veces, el chico duro pasa descaradamente de la tía buena —es un decir— y solo le lanza una mirada de cansancio, como dando a entender que a él las mujeres le sobran, que tiene que quitárselas de encima como quien se quita de encima motas de polvo. ¿Y qué hago si me desnudo y luego resulta que no sirve para nada mi noble sacrificio y él sigue ahí, a lo suyo, terminando de torcerme la vida mientras habla con el calvo y, encima, yo me estoy muriendo de la vergüenza? Difícil decisión.

Solamente los más seguros de sí mismos pueden desnudarse delante de alguien que no sea su médico.

Y acabo de darme cuenta de que no soy una de esas personas.

—Vale, ya puedes dejar eso. —Le hago el signo de colgar, sintiendo que las fuerzas me abandonan y dándolo todo por perdido—. Ya no tengo nada que decirte. Puedes proceder como mejor consideres antes de que te despida y me busque un nuevo paladín.

Intento no fijarme en su gesto de extrañeza. Desvío la vista y miro fijamente la pantalla del ordenador. Veo que el abogado entra en un programa que, dilucido, debe de tener algo que ver con los contratos en negro a los que dedica su tiempo libre.

Para mi sorpresa, su nombre en clave es John Long Silver: organigrama total. Nunca me he sentido más tonta en mi vida. Entre piratas anda el juego. Uno sueña con ser uno de ellos y el otro, efectivamente, lo es.

Sin hacer caso de la cara de sorna que se le ha puesto a Carlos, me inclino por detrás del abogado sin perder detalle de todos los datos que contiene el archivo.

—FIIUUU —lanzo un silbido de admiración—. Este tipo está hecho un verdadero pirata de la informática. —Levanto la mirada con ojos brillantes, incapaz de contener mi ansiedad—. Carlos, deberías ver todo lo que tiene aquí metido. ¡Madre mía! Menudo sinvergüenza, no hay ninguna duda de que su integridad anda bastante desintegrada.

Carlos reprime una sonrisa. Yo alzo el rostro y suelto una carcajada.

—Usted dirá —dice el abogado, apoyando los codos sobre la mesa en una

actitud serena y relajada.

—Necesito que realice usted una gestión en mi nombre —contesta Carlos impasible—. Se trata de una herencia. Una herencia que ha ido a parar a manos equivocadas.

Siento un escalofrío de orgullo. ¡Qué temple!

—La herencia, ¿es en efectivo o incluye también empresas y bienes inmuebles?

Trago saliva con fuerza. No sé nada de herencias ni de bienes inmuebles, yo estudié periodismo y comunicación. Pero hasta yo veo que no puede ser tan fácil que un abogado cambie el beneficiario de un legado como quien cambia de zapatos.

—Efectivo —contesta Carlos, como si él sí supiera de qué está hablando.

—Nombre del verdadero beneficiario y nombre del nuevo destinatario —ordena el abogado de manera escueta.

—¿Cómo va a hacerlo? —pregunta Carlos, mirándome de reojo.

—Eso no es de su incumbencia —replica el gordinflón de forma cortante—. Usted de lo único que tiene que preocuparse es de pagar mis honorarios. Cuanto menos sepa, mejor.

Carlos le da su propio nombre como destinatario del chanchullo y un nombre de chica con los mismos apellidos que él.

—Es mi hermana —especifica—. Mi abuela se lo ha dejado todo a ella. —Mueve la cabeza de un lado a otro como un actor de cine consumado—. Es injusto.

¡Joder, esto va a ser gordo! Y no lo digo por el que está sentado delante de mí.

—¿A cuánto asciende el importe de la herencia? —pregunta de nuevo el abogado, mientras yo no pierdo ripio de todo cuanto escribe en el ordenador, incluido el nombre de un notario, que parece ser el que se encarga del otro cincuenta por ciento del negocio. Del negocio sucio, por supuesto.

—Doscientos mil euros —contesta Carlos, impertérrito.

—Mis honorarios son la mitad del importe. Por adelantado.

Me quedo pasmada. ¿Tenemos que pagarle cien mil euros ahora mismo?

Indignada a más no poder, vuelvo a fijarme bien en los nombres que aparecen en pantalla. No hace falta que le paguemos nada. Bueno, que Carlos le pague nada. Con la información que he obtenido, podemos ir a la policía y denunciarle.

—¿Entonces...? —El gordinflón se inclina hacia delante.

—Entonces... te hemos pillado —contesto triunfal, aunque sé que no puede oírme—. Se te va a caer el pelo. Si te quedara algo, claro.

—Trato hecho —contesta Carlos desde su sillón, dejándome de piedra. Veo que saca la chequera de un bolsillo interior de la chaqueta y allí, delante de mis narices y ante mis sorprendidos ojos, va y extiende un cheque por valor de cien mil euros a nombre del abogado, sin pensárselo mucho y sin pestañear siquiera.

Me entran sudores fríos y las manos se me humedecen.

Es como si de pronto mi cuerpo hubiese cobrado vida y estuviese sufriendo una especie de revelación aterradora, que me descubre la clase de loco con el que me he asociado.

Justo cuando voy a desdecirme y a empezar a insultarle como el tarado que es, le suena el móvil.

—Dime, Cristina, cariño —contesta, mientras el abogado termina de rellenar unos documentos. Como es de esperar, empiezo a soltar maldiciones en voz baja—. Por supuesto que estaré allí. —Le lanza una mirada de complicidad por el rabillo del ojo al gordinflón y este sonrío satisfecho—. No me perdería el acto por nada del mundo. Va a haber muchas sorpresas.

Y tantas, como que la tal Cristina te va a recibir metido en una caja de pino. De pino barato.

Minutos después de haber sido arruinada por el hombre con más posibilidades de no contemplar un nuevo amanecer, llegamos al coche. Atravieso la puerta del pasajero con tanto ímpetu que casi aterrizo en el asiento del conductor. Reculo sin decir ni una palabra. Yo no fumo, pero si lo hiciera, ahora mismo le arrebatría de un golpe el cigarro que se está encendiendo y lo consumiría entero de una calada. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿Cómo ha sido capaz de semejante disparate? ¿Así es como actúan los investigadores privados? ¿Sueltan pasta por donde van pasando y esperan a ver qué pasa? ¿Qué clase de loco pierde cien mil euros por una desconocida? ¿O no los va a perder él? Ay, Señor, le dije que yo correría con todos los gastos. Y si yo corro con todos los gastos..., ¿cómo voy a devolverle cien mil euros? ¡Cien mil euros del ala! ¡Cien mil euros que no tengo ni por asomo!

Mucho me temo que mi paladín no solo está como una cabra, sino que sus intenciones son de lo más siniestras: piensa dejarme pidiendo a la puerta de una iglesia.

¡Y yo no soy católica practicante!

Normalmente, cuando disiento con alguien, me gusta empezar mi pequeña disertación con alguna cita o refrán, pero en este caso en concreto me voy a decantar por una historia, una historia que espero le haga reaccionar y advertir su garrafal error. Y después matarle.

Mientras pienso en una fábula de las buenas y de paso me relajo un poco, me doy cuenta de que la lluvia ha cesado y ha tomado su lugar la luz mortecina de un Londres todavía caótico y bullicioso. Vamos sorteando el infernal tráfico en dirección a su casa. Seguro que es una casa preciosa. Los arquitectos de fama y fortuna no viven en covachas. Covacha como en la que voy a terminar yo por su culpa. Lo que me faltaba, meterme en la casa del señor del pijerío a pasar la noche. La sola idea hace que me entren ganas de echarme a llorar.

Ay, Dios mío, ¿cómo voy a devolverle cien mil euros?

—¿Estás enfadada? —interrumpe mis elucubraciones autocompasivas.

—No —contesto sin pensar, antes de ponerme a fantasear un rato.

Podría jugar a la lotería. Puedo decirle a Mooni que compre un número de lotería y si me toca, que seguro que me toca, arrojarle el dinero a la cara y decirle que no necesito el suyo. Porque seguro que cuando mi paladín se entere de que no tengo esa cantidad ni por asomo, se empeñará en correr con todos los gastos. También podría hacer un viaje relámpago a Las Vegas y gastarme una pequeña cantidad —diez dólares o así— a cambio de ganar una gran fortuna: tres o cuatro millones de dólares, más o menos. No soy avariciosa. Después, le haría un ingreso en su cuenta bancaria y le llamaría por teléfono para decirle lo que pienso de él. Por teléfono no puedes ver la cara de tu interlocutor y es más fácil decir lo que piensas sin tener que aguantar gestos de enfurruñamiento y ceños fruncidos. Esa sería la solución perfecta.

Le diría: «Querido Carlos, gracias por tu tan innecesario acto desinteresado, pero como podrás ver, soy rica. Millonaria, para ser exactos. Así que, sintiéndolo mucho, ya no necesito los servicios de un héroe derrochador. Ah, y también he recuperado mi cuerpo». Después haría una pausa para crear suspense mientras él se recupera de la impresión, y así, como quien no quiere la cosa, elevaría un poco la voz y gritaría: «Ven, Frank, dile a un amigo muy desconfiado que tengo y que no se molesta en contar sus planes a los demás, si he recuperado mi cuerpo o no y el uso que le damos todo el rato sin parar. Cuéntale, cuéntale si soy millonaria o no». Y en ese momento, un arrepentido Carlos me pediría perdón por teléfono y se disculparía y se humillaría ante mí por haber perdido la oportunidad de confiar en mí, y por no haberme mirado ni dos veces durante todo el tiempo que hemos pasado juntos. ¡Ah!, y por ponerle ojitos a mi hermana, a la idiota de Margaret y a la secretaria estelar del gordinflón y no dedicarme a mí ni un miserable guiño pícaro.

—Ya hemos llegado.

Mierda, cómo vuela el tiempo cuando nos regodeamos con la venganza.

Me recompongo rápidamente y me giro hacia él.

—Espera un momento. —No intento sujetarle por el brazo, no serviría de nada—. Tengo que contarte una historia antes de que se me olvide.

—Tú dirás. —Gira el cuerpo y me encara con una media sonrisa, no con esa sonrisa amplia que reserva para otras y para Choped Marinado.

Le miro. Le miro otra vez. Pierdo la concentración.

—¿Por qué nunca me sonríes como a los demás? —digo de sopetón.

—Ah, bueno..., pues no sé. No tenía ni idea de que sonriera de dos formas distintas.

—Bueno, pues ya lo sabes.

Agacha la cabeza y sonrío ampliamente. Después levanta la cabeza y se vuelve a poner serio. Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué es eso que tenías que decirme?

Genial, Willi, ahora no te acuerdas de la historia. Bravo, bravo por ti y por tu mente débil. Tres puntos.

—Bueno, pues que no puedes tomar decisiones importantes sin consultarme a mí primero. Somos un equipo, ¿sabes? Si tomas decisiones por tu cuenta, sin consultarlo antes, es más que posible que te estés cavando tu propia tumba.

—Lo entiendo.

Impresionante la manera que tiene de salirse por la tangente y aceptar de paso su propia defunción.

—¿Y? —insisto.

—Vale. Tienes razón.

¿Ha dicho que tengo razón? Ya está. Va a darme la razón como a los tontos. ¿Y las excusas? ¿Y el arrepentimiento? ¿Y las explicaciones? Porque yo todavía no he oído ninguna.

—¿Y no tienes nada más que decir?

Se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido. Si no fuera tan guapo, resultaría de lo más irritante. Es más, guapo y todo resulta de lo más irritante.

Pensándolo bien, nadie en toda mi vida me ha irritado así jamás. Nadie me ha intrigado y conmocionado tanto como él, salvo que cuente a Robert Donovan, que me dejó totalmente patidifusa tirándose de un tejado al grito de: «¡Supermannnnn!».

Pero ni siquiera el idiota de Robbi es comparable a Carlos. Repito: jamás he conocido a un hombre tan temerario, irritante y guapo. Delirio, le llamaría mi hermana.

—No quise preocuparte y, además, se me ocurrió sobre la marcha.

—¿Y de qué no tenía que preocuparme exactamente? —Tamborileo con los dedos sobre el salpicadero—. ¿De los miles de euros que acabas de soltar sin preguntar siquiera si puedo hacerme cargo de semejante deuda?

—Eso no tienes ni que pensarlo. —Me mira espantado—. ¿Crees que iba a

soltarle toda esa pasta a un sinvergüenza? Le he extendido un cheque sin fondos.

—Ah..., bueno...

—Me preocupabas tú. Ese tío no tiene escrúpulos.

—Ya me he dado cuenta.

—Y está rodeado de amigos poderosos con menos escrúpulos que él todavía.

—También me he dado cuenta.

—Amigos capaces de cualquier cosa.

—Ya te digo.

—Pretendía mantenerte al margen de todo este embrollo, pero de ahora en adelante contaré contigo. —Compone una sonrisa torcida—. Intentaba protegerte. Podrían hacerte daño.

Vale, eso no se me había ocurrido. Un momento...

—Soy un fantasma errante. Soy intocable —sentencio, satisfecha conmigo misma, dándole la bienvenida con los brazos abiertos de par en par a mi original y encubierta cualidad etérea.

—Tu cuerpo es vulnerable.

—Ah, ¿lo que vendría a ser lo mismo que...? —pregunto ligeramente escamada.

—Podrían encontrarte en la granja y acabar lo que empezaron tus primos. —Eso tampoco se me había ocurrido. Vaya mierda—. De manera poco convencional y dolorosa. —¡Coño!—. Nunca se enteraría nadie. —¡San Pedro pescador y todos los santos del santoral!

—Vale, ya lo pillo —digo, haciendo aspavientos con las manos para que se calle de una vez.

No sé cómo ha conseguido darle la vuelta a la tortilla de esa manera. Pero ¿por qué no me habré callado? Ni se me había pasado por la cabeza que el señor gordinflón, aficionado a falsificar documentos y con contactos poco recomendables en el mundo de la mafia, podría mosquearse y mandar a la caballería contra mi pobre, maltratado e indefenso cuerpo. En fin, menuda mierda.

—Vale, me has convencido —digo mientras atravieso la puerta del coche y me planto en la acera—. ¿Y ahora qué hacemos? —pregunto con la vista fija en el edificio antiguo de dos plantas y zona ajardinada que tengo delante—. ¿Vives en este mausoleo? —suelto antes de poder pensarlo.

Carlos suelta una carcajada. El mismo tipo de carcajada reconfortante que solía soltar el tío Philip cuando estaba de buen humor. Vuelvo a notar el molesto pinchazo a la altura del esternón. Y no es porque hubiese tenido mucho trato con el tío Philip, es porque siempre tenía una de esas carcajadas a mano cuando conseguía levantarme el ánimo. No recuerdo cuántas veces tuvo que consolarme de niña por culpa de María Dolores. De adolescente, por culpa de Lolita. Y ya de adulta, por culpa de Lolita y Frank.

—Ven. —Intenta, por enésima vez, cogerme de la mano sin éxito—. Te lo enseñaré.

Le sigo hasta el interior del edificio y, aprovechando que va delante, dejo suelta mi curiosidad y me dedico a inspeccionar el minúsculo jardín tipo zen, que sin duda es bonito y muy zen, pero que yo cambiaría por un buen sembrado de tomates y calabacines en un abrir y cerrar de ojos. Una vez dominada por completo la técnica del plantado, regado y abonado, estaría de fábula. De fábula.

—Es aquí.

Y cebolletas, muchas cebolletas, que eso ya lo tengo prácticamente en el bote.

Una vez dentro del apartamento, mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la penumbra. En el momento en que enciende las luces, miro a mi alrededor fascinada. El salón está dividido en dos espacios claramente diferenciados. La zona de estar, a mi derecha, anda a medio camino entre una tienda de sultán de la época de Sherezade y las mil y una noches y un club de alterne. La cocina, en cambio, es de estilo minimalista y funcional. Mientras el salón desprende una mezcla única de sensualidad, serenidad y tranquilidad, la cocina parece sacada de una revista de diseño ultramoderna.

Me dirijo a la zona minimalista de colores neutros y paso de largo la zona sensual y relajada que invita al descanso y a la promiscuidad.

—¿Te apetece tomar algo? —Carlos me invita a sentarme a su lado en uno de los taburetes negros.

—Gracias, pero no puedo —respondo, dirigiéndole una mirada muy elocuente.

—¿No te encuentras bien?

—No me encuentro, punto.

—Huy, perdona. Por un momento había olvidado que tú no existes.

No hago caso de su infortunado comentario y veo cómo pasa por debajo de

la barra y pone en marcha una cafetera de esas ultramodernas que tienen un pitorro para hacer espuma de leche.

—Esta cafetera es una pasada —suspira mientras coloca una tacita en el lugar correspondiente. Pongo los ojos en blanco.

—Pues muy buena no parece —digo con la intención de picarle—. Le falta el accesorio para la nata batida cubierta de virutas de chocolate y tampoco veo el que espolvorea canela.

Le observo preparar el café. Lo cierto es que, cuando no está derrochando mi dinero o ligando con cualquier cosa que lleve faldas, parece un tipo amable y simpático. Y aunque propenso al mutismo y a dar órdenes, no ha puesto ninguna pega a la hora de ayudarme. Así pues, decido darle otro voto de confianza, bastante segura de que de ahora en adelante contará conmigo en futuras decisiones.

—Por cierto, está a punto de llegar la policía —anuncia de repente, dejándome visiblemente desconcertada.

Así... que ha llamado a la policía sin decirme ni chut. Así... que está arrepentido por no decirme ni mu. Así... que la próxima vez te consultaré antes de tomar una decisión. Así que mi paladín lo mismo te hace un café exclusivo como que te suelta las más exclusivas de las mentiras.

—¿Cuándo les has llamado? —intento mantener la calma.

—Mientras estabas con Susan.

—Ah... Me encanta, porque me lo has contado.

—Perdona, se me había olvidado. —Le da otro sorbo a su café de diseño—. No pensé que te importaría.

No, claro que no, las calabazas no piensan, actúan, como el idiota de Robbi.

—Willi, una cosa —dice, y me hace señas para que me acerque a él. Finjo no haberle oído y me quedo más tiesa que un palo en mi sitio. Él finge no darse cuenta y empieza a hablar con una sonrisa conspiradora, y baja la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Has pensado cómo vamos a hacer para decirle a la policía todo lo que viste en el ordenador del abogado sin que me tomen por loco?

Con un acaloramiento indescriptible y el corazón a punto de sufrir un colapso, no se me ocurre nada que decir. Es cierto. ¿Cómo vamos a explicar que Carlos conoce todos los datos necesarios para enchironar al gordo? Por más que me estrujo el cerebro, no se me ocurre ninguna solución ingeniosa. Seguro que mañana, en frío, se me ocurrirán un montón de ideas ingeniosas,

pero ahora mismo...

Exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja, que transmita mi tranquilidad absoluta con respecto al problema que se nos presenta, me levanto y camino los tres o cuatro metros que me separan de la zona de los revolcones tratando de mantener una calma ficticia, mientras doy con una solución acorde a las circunstancias que no me haga parecer una total y absoluta lela.

—Eh... Ah... Humm...

¡Estupendo! ¡Te has lucido, Willi!

Me doy media vuelta y me fijo en su sonrisa lánguida, rebosante de encanto londinense.

—Me encanta la facilidad de palabra de la que haces gala cuando te pones nerviosa.

—¿A que sí? —contesto con una sonrisa fingida.

El timbre de la puerta suena. Doy un brinco. ¿Ya están aquí? ¿Por qué han venido tan pronto? ¿No existe eso de las llamadas de confirmación? Eso que cuando tú llamas a la policía, una voz muy formal y correcta te pide que cuelgues para poder confirmar tu llamada. De esa manera, mientras el asesino está a lo suyo, que evidentemente es asesinarte, recibes una llamada de ellos para que confirmes tu llamada anterior, que evidentemente no puedes contestar porque el asesino está haciendo su trabajo con una efectividad sorprendente y ya te ha tapado la boca con cinta americana antes de darte pasaporte. ¿Por qué no han hecho la llamada de confirmación de datos?

Carlos se acerca a la puerta y abre con tranquilidad.

Por desgracia, yo no puedo permitirme el lujo de estar tranquila. No paro de pensar que me quedan dos peladas, a menos que consigamos las pruebas necesarias contra mis primos. No, decididamente, la tranquilidad queda descartada.

Me coloco junto a Carlos y repaso al policía. Es joven, alto y lleva bigote. Por fin un hombre que no da la impresión de ser más guapo que cualquier mujer que se le ponga delante. Entra sonriendo y gastando bromas. Y, a pesar de parecer un ligón de playa, confío en que la vasta maquinaria de su cerebro esté lo suficientemente engrasada para sacarme del apuro.

Lo primero que hace es acercarse a la cafetera prodigiosa y prepararse un café con doble de crema y, para mi mayor asombro, le da a un botón y una nube de canela espolvoreada se posa sobre la crema con la misma suavidad que un rayo de sol matutino se posaría sobre un viñedo de la Toscana.

Impresionante.

—Cuéntame en qué te has metido ahora. —Hace un gesto para que Carlos tome asiento a su lado.

Me planto delante de ellos y una sonrisa enorme se abre paso en mi rostro.

—Eso, cuéntale en qué te has metido ahora.

Me devuelve la sonrisa y después adopta gesto serio.

—¿Te acuerdas de que, el año pasado, el caso de una señora que había perdido todos sus ahorros a manos de un abogado de dudosa reputación te llevó de cabeza y no pudiste averiguar nada de nada porque la pobre señora murió de un síncope?

El policía y yo misma parpadeamos a la vez. Yo permanezco inmóvil y asombrada y su amigo, claramente nervioso, a juzgar por el mohín que se forma en su boca. Vaya, es la primera vez que me veo metida en medio de una investigación, de modo que es lógico que necesite unos segundos para reponerme de la impresión que las palabras de Carlos me han provocado. El policía, que, por cierto, aún no sé cómo se llama, parece que también necesita unos segundos para digerir la noticia —y el café— y recomponerse. Es obvio que no se esperaba semejante declaración.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Lo tengo pillado por los huevos —declara Carlos con una sonrisa deslumbrante.

«¿Ah, sí?», me pregunto a mí misma, sobresaltada.

—¿Ah, sí? —pregunta el policía, sobresaltado.

—Sí —confirma Carlos con una seguridad aplastante.

Media hora después, Carlos ha puesto al tanto a su amigo, que ahora ya sé que se llama Aidam. Es teniente de la policía secreta y ha estado a cargo de la investigación de los delitos supuestamente cometidos por el gordo, pero, hasta ahora, no ha podido llevar adelante dicha investigación porque la única testigo que se atrevió a denunciarle murió de un prematuro e inesperado soponcio, a la temprana edad de noventa años.

—Necesito saber cómo averiguaste el nombre en clave que utiliza para poder acceder a sus servicios extracurriculares.

—Sí —digo levantando la voz—, a mí también me gustaría saberlo.

—Bueno, eso ha sido fácil —contesta Carlos antes de sonrojarse un poco. Lo justo para que todos los pelos del cuerpo se me pongan de punta. ¡Qué habrá hecho ahora!—. Me lo ha dicho su secretaria a cambio de una cena en el

Hakkasan. El que se encuentra en Mayfair —especifica.

Tengo que hablar imperiosamente con mi paladín. No puede ir gastando tan alegremente mis ahorros por ahí. Bueno, los del tío Philip. Todavía no me he hecho a la idea de que todo lo que poseyó en vida ahora me pertenece. No sé muy bien qué clase de restaurante es el Sandokan, pero fijo que es caro. Por segunda o quinta vez desde esta mañana, me pregunto si he acertado en la elección de un acompañante físico o debería haber intentado la investigación yo sola, por mi cuenta y riesgo. Probablemente, cuando todo esto termine, ya no me quedará granja a la que volver.

—La invitaré en cuanto arreglemos todo este embrollo. Con un poco de suerte, eso será dentro de una semana. ¡Ah!, y mañana alquilaré un helicóptero. Necesito llegar cuanto antes a Edimburgo.

En el mismo momento en que dice esas palabras, sé que mi cuerpo ha cobrado vida. De repente me siento increíblemente mareada. Me he despertado, segurísimo, me he despertado y lo he hecho como un resucitado Frankenstein con ansias aniquiladoras y sin conciencia ni moral que me dicten lo contrario.

—¡Yo no pienso pagarte la puñetera cena con la extraterrestre y mucho menos el alquiler de un helicóptero! ¿Acaso no has oído hablar de las autopistas o, ya puestos, del tren?

—Date prisa si quieres cenar con esa chica, porque lo más probable es que dentro de unos días no pueda salir a cenar a ningún sitio durante bastantes años. —Cada vez me cae mejor el del bigote—. Veamos qué tienes. —Aidam se ha puesto muy serio y acaba de sacar una grabadora del bolsillo de sus vaqueros—. Empieza a contar todo lo que viste en ese ordenador. Hazlo intentando recordar cualquier detalle que te parezca importante. Por cierto, antes de empezar a grabar, dime cómo demonios conseguiste que te dejara ver sus cuentas secretas.

—Ah, ¿eso? —Carlos hace un gesto con la mano, restando importancia al hecho en sí—. Lo vi a través de un espejo que tenía detrás.

—¿Y pudiste leerlo al revés? —inquire Aidam impresionado. Casi tan impresionado como yo. ¡Será fantasma!

—Deja que me concentre. —Carlos me lanza una mirada significativa. Intenta decirme que haga memoria y vaya diciéndole todo cuanto recuerde. ¡Qué chasco se va a llevar!

Aidam asiente con la cabeza mientras termina de sorber su café y, muerto de

impaciencia y curiosidad, le da al botón de grabar.

Carlos cierra los ojos como si estuviese haciendo un gran esfuerzo mental y me coge la mano con disimulo. Esfuerzo inútil donde los haya.

Vuelve a abrir los ojos y los fija en mí, animándome a que recuerde datos importantes. Tengo que resistir el impulso de soltarle: «¿Con quién te crees que hablas?!». Porque lo que él no sabe es que, al igual que María Dolores deja de ser María Dolores y se convierte en Lolita cuando tiene un hombre delante, yo, Willi, dejo de ser Willi y me convierto en Wilhelmina, ratón de biblioteca y friki en sus ratos libres, cuando tengo algún escrito delante. Vale, allá voy.

—Nombre en clave del archivo: John Long Silver: organigrama total. Documento primero: De una parte, doña Claire Sullivan Smith, actuando en nombre y representación de la Banca Freelance, en su calidad de gerente, en virtud de las atribuciones que tiene conferidas con poder otorgado mediante escritura pública de fecha 28 de agosto de 2010, ante el excelentísimo abogado don Bert Humper con número 586 de su protocolo. La entidad se encuentra domiciliada en el 123 de Regent Street, Londres.

De otra parte, doña Ernestina Simón Peterman, en nombre y representación de la entidad bla, bla, bla, bla...

Y continúo hablando y continúo hablando sin parar como una cotorra, mientras la voz de Carlos va dejando constancia en la grabadora de un estupefacto Aidam la totalidad de los documentos que he memorizado desde el monitor del ordenador del abogado.

Al acabar sonrío beatíficamente, esperando a que Carlos me acribille a preguntas inoportunas sobre mi prodigiosa memoria fotográfica. Se le llama memoria eidética y es una facultad de la cual no me gusta hacer alarde, a no ser que tenga que darle con ella en las narices a un arquitecto que hasta ahora, y a pesar de sus buenas intenciones, no ha hecho otra cosa más que ningunearme —y, por cierto, me gustaría que esto quedara entre tú y yo y no fueras contándolo por ahí. Ya se reían bastante de mí en el colegio cuando, sin darme cuenta, me ponía a recitar cualquier obra de teatro que cayera en mis manos. Era muy vergonzoso, la verdad. Por no hablar de los horarios y recorridos de los autobuses o de las carteleras de cine—.

Aidam está sentado en el taburete con la espalda rígida y una mirada de pasmo que no le cabe en la cara.

—Bueno... —Se queda mirando fijamente a Carlos—. Vaya...

—Sí —dice Carlos con la misma facilidad de palabra—. Eso ha sido...

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta el policía, una vez repuesto de la impresión.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —murmura Carlos por lo bajo.

—Muy bien. —Aidam le da una palmada en el hombro a Carlos y se levanta sonriendo como si acabara de poner un pie en la Luna—. Vamos a ver qué podemos hacer con todos los datos que nos has dado, pero imagino que no habrá ningún problema para pedir una orden y llevarnos el ordenador del abogado. Ahora que sabemos la clave, que tenemos tu declaración, que le has pagado una pasta por falsificar un testamento, que podemos acceder a todas y cada una de sus irregularidades y las de su socio, estoy convencido de que tu amiga recuperará toda la documentación original y sus primos terminarán en chirona junto a un montón de gente más. ¡Madre mía! —Se pasa la mano por el pelo—. Esto va a ser un escándalo de los gordos.

Dejo escapar un suspiro de alivio, de los gordos.

En vez de marcharse con viento fresco, Aidam parece de pronto lleno de curiosidad. Salta a la vista que no acaba de comprender cómo un amigo de toda la vida ha podido ocultarle un asunto de tamañas dimensiones. Y no me estoy refiriendo al gordinflón del abogado.

—Entonces... —Se vuelve a sentar y sacude la cabeza—. Lo que me dices es que anteayer apareciste por una granja con el encargo de estudiar unos terrenos para certificar la viabilidad de una construcción a gran escala... —Carlos asiente—. Pero la señora que se encarga del funcionamiento de la misma te puso sobre aviso sobre alguna irregularidad... —Nuevo asentimiento—. Luego, y permíteme que aclare este punto, te cuenta que está convencida de que unos parientes han intentado cargarse a la vieja dueña de la casa con el fin de disponer de todo su patrimonio, pero que como no lo han conseguido y solo la han dejado en coma... —Asentimiento por parte de Carlos y mala cara por mi parte; no creo que a los veinticuatro años se me pueda llamar vieja, a lo sumo, madurita—. Se han liado la manta a la cabeza y han contratado los servicios de nuestro hombre con el fin de hacerse con el control de la propiedad mientras esperan el momento oportuno para volver a intentarlo... —Encogimiento de hombros por parte de Carlos. Asentimiento enfático por la mía... Pero no hay ninguna prueba que indique que la obligaron a salir de casa a medianoche y la condujeron al gallinero que más tarde quedó incendiado. —Asentimos al unísono—. Lo que no termino de entender... es

qué excusa pudieron darle para hacerla salir de casa, en una noche lluviosa, y que se acercara hasta el maldito gallinero. Lo siento —agita la cabeza apesadumbrado—, pero no tenemos caso.

—Díselo, Carlos. Dile que sí tenemos caso. Dile que estamos ante el caso de la gallina ponedora. Dile que me engañaron con la excusa de un regalo: la puñetera gallina ponedora que, según me ha dicho Mooni, todavía no ha puesto ni un puto huevo.

—No importa —le consuela Carlos—, tú encárgate de que el juez revoque todo lo dictado respecto al tema del albaceazgo y yo me ocuparé de encontrar las pruebas que demuestren que esos dos, aparte de ser unos sinvergüenzas, también le han cogido el gusto a lo del asesinato. —Se inclina hacia delante como si fuera a confiarle un secreto a su amigo el policía. Yo también me inclino, muerta de curiosidad—. No es una anciana, es una preciosidad con una memoria prodigiosa que no se merece lo que le han hecho.

Me siento halagadísima.

Si pudiera ruborizarme de puro placer, fijo que lo haría.

Tal vez incluso me convenza para pagar el helicóptero y todo.

La cena que se la pague él.

Son las once y treinta y dos, y estoy recostada sobre una fabulosa alfombra en la zona de los revolcones, preguntándome si de verdad es tan suave como parece o es un producto de mi imaginación. La acaricio con las manos una y otra vez mientras le echo miraditas de reojo a mi anfitrión. Carlos se ha cambiado y lleva puesto un pantalón de pijama a cuadros azules y una camiseta blanca de manga corta. Si a eso le sumamos las velas aromáticas, la luz tenue y la suave música de fondo, puede decirse que no me he sentido más feliz y relajada en mi vida. Tan solo un detalle lo estropea: Carlos no es mi Frank. Si mi Frank estuviese aquí, podría asegurar que me encuentro en el paraíso.

Estoy tan cómoda que no me movería de aquí por nada del mundo, pero, en algún lugar recóndito de mi mente, un insistente e incómodo enano de las narices se empeña en recordarme que todavía no he hablado con Carlos sobre nuestro siguiente paso. ¿Qué hacemos?, ¿volvemos a la granja a echarme un vistazo o nos dirigimos directamente a Edimburgo en autobús de línea?

En cualquier caso, ninguna de las dos decisiones supone ahora mismo ningún problema. El problema que tengo en estos momentos entre manos — aparte de la alfombra— es que no puedo parar de echarle miraditas furtivas. Cuanto más de soslayo le miro, más convencida estoy de que debo parecerme a uno de esos perversos que espían a los niños en los parques infantiles.

Con esfuerzo supremo, paso de sus hipnóticos ojos y me dedico a prestarle atención a sus bien formados bíceps. Cinco minutos después consigo controlarme y me centro en su boca. Parece demasiado bonita para pertenecer a un hombre. Lo estudio con disimulo, su expresión es serena y tranquila, en claro contraste con la que luce cuando sueña que es un pirata. Me pregunto cuál de los dos es el verdadero Carlos, el reposado o el aventurero. Me gustan los dos. El reposado ha demostrado ser de total confianza, alguien capaz de perder un tiempo, que no tiene, ayudando a otra persona.

Finalmente, dejo de acariciar la alfombra, apoyo la cabeza en una mano y trato de disimular mi absoluta preocupación por el futuro incierto que se me presenta. Él me observa, paseando los ojos desde mi barbilla hasta mi pelo.

—Carlos —me aclaro la voz—, ahora que acabo de despedirte, porque es obvio que no vas a seguir adelante con la construcción de las cincuenta viviendas unifamiliares, tendrás que reincorporarte a tu trabajo, ¿no?

—No —contesta lacónico—. Debería haberte dicho que estoy de vacaciones.

Sí, eso habría sido una información útil, me habría ahorrado unos cuantos agobios.

—Ven —dice de pronto—, siéntate aquí conmigo. —Da unas palmaditas al mullido cojín adamascado—. Y cuéntame cómo es posible que recordaras todos esos datos de memoria. —Repite el gesto de las palmaditas.

—No tiene importancia —replico mientras hago lo que me ha pedido, dejando una prudencial distancia de unos tres o cuatro centímetros entre nuestros cuerpos—. Mañana ya lo habré olvidado. —Me remuevo e intento apoyar la cabeza en su hombro, pero nada.

—Willi —dice con una risa masculina y atrayente—, ¿cómo es posible que no le des importancia? Esa habilidad tuya podría...

—Esa habilidad mía —le corto con ganas de dejar el tema— lo único que me ha reportado a lo largo de los años han sido dolores de cabeza y muchos llantos. Menos mal que solo me dura un día —le aclaro—. Mañana recordaré lo que cualquier persona normal.

Carlos me mira y sé que está a punto de seguir con el tema. ¡Como si fuera a dejarlo tan fácilmente! Ahora será como todos los demás: me hará memorizar una sarta de tonterías para después comprobar que, efectivamente, las recuerdo todas y después se echará a reír como si acabara de presenciar el mayor espectáculo del mundo.

—Vale, como tú quieras. —Me ofrece la sonrisa más encantadora que he visto en mi vida y deja el tema de lado. Yo, encantada, suelto un suspiro de alivio y después una risita bastante tonta, que me hace dar un respingo porque ha sonado como si me estuvieran torturando.

—¿Y qué me dices de tu trabajo?

Esboza una media sonrisa.

—Últimamente... —Intenta acariciarme la mano—. ¿Sabes que esto es frustrante? —Suelta un leve resoplido antes de dejar caer la suya—.

Últimamente —repite, dejando caer la cabeza hacia atrás—, mi trabajo se ha convertido en..., en una mierda. —Más claro, agua—. Dedico más tiempo a ejercer de relaciones públicas que a diseñar planos. —Lanza un hondo suspiro—. Lo echaba tanto de menos que cuando Yamamoto mencionó lo del proyecto de las cincuenta viviendas me ofrecí voluntario, a pesar de que ese día empezaban mis vacaciones.

Increíble. ¿Cómo puede anteponer un simple proyecto urbanístico a unas vacaciones en...? Donde sea, eso es irrelevante.

—Tal vez, sí que deberías cogerte esas vacaciones —digo, muy a mi pesar.

Levanta la cabeza y me lanza otra de esas maravillosas sonrisas.

—No tengo ningún lugar especial al que ir, excepto al bautizo de mi sobrino. Debe de estar al caer —dice con expresión divertida—. Mi hermana y mi mejor amigo van a ser papás y yo soy el padrino —proclama orgulloso—. Si no aparezco por Alicante, mejor que no regrese jamás. Crisi no me lo perdonaría en la vida.

—Sí, hay cosas que cuesta perdonar, ¿verdad?

Asiente con la cabeza sin dejar de sonreír.

Le devuelvo la sonrisa e intento no fijarme en cómo se le marcan los hoyuelos, en cómo bate las pestañas y en cómo le brillan los ojos.

Con el calor trepando por todo mi cuerpo y un punzante dolor en el vientre, mi mente empieza a divagar sobre cuestiones tan terrenales como, «Un día es un día y después Dios dirá» o «No escuches las necias palabras de tu conciencia. Frank todavía es tu cuñado y tú estás medio sorda desde que te encuentras en coma». Y también, «Los ajos son los ajos y las cebollas, las cebollas. Puedes estar enamorada de Frank, pero para preparar una ensalada hacen falta varios ingredientes», mientras mi cuerpo me pide a gritos que me abalance sobre el hombre que tengo al lado y no le deje marchar hasta..., hasta..., hasta que esté bien empachada de pepinos y cebollas.

¡Ángela María! Me siento de lo más adúltera.

Y consternada.

Y confundidísima.

Y eso que todavía no me he acostado con él.

¡Alto ahí!

Ni me he acostado ni pienso hacerlo.

Faltaría más.

—¿En qué piensas? —Al escuchar su voz, doy un respingo y me cuadro de

hombros dispuesta a decirle que no pienso caer en sus redes de seducción por muy seductor que se ponga.

De repente, el soniquete del teléfono me deja con las mordaces palabras en la punta de la lengua.

—Dime, Crisi —contesta nervioso—. ¿Ya ha llegado?

Se queda pensativo y le veo esbozar una mueca. Siento un nudo en el estómago. No tengo ni idea de lo que pasa, pero, de pronto, me encuentro rogando para que ni su hermana ni su futuro sobrino hayan sufrido ningún percance.

—Vaya por Dios —susurra pasándose una mano por el pelo—. Pues no sé qué decirte, excepto que eres un coñazo. —Me tapo la boca con la mano para no soltar una carcajada de alivio—. ¿Y yo qué sé de qué color es el final del arcoíris y cómo se siente una oveja embarazada de un elefante?

—Yo sí lo sé —aseguro, levantando una mano antes de darme cuenta de lo que hago. Después guardo un respetuoso silencio.

—Sí, estoy ocupado. —Compone una vaga sonrisa—. Con una amiga. No, no puedo pasártela. ¿Por qué? Pues..., pues... porque es muda. No, de nacimiento no. —Silencio engorroso—. Creo que fue a causa de un accidente. Humm, me parece que se mordió la lengua y se le infectó. Y después tuvieron que amputársela. —Doy un respingo. ¡Qué asco!—. Bueno..., si te empeñas, te la paso, pero te advierto que no puede hablar. Toma —dice dejando el móvil sobre el sofá—, la pesada de mi hermana quiere decirte una cosa.

—Humm —hago un sonido inarticulado.

—Hola... —Escucho una voz alegre al otro lado—. ¡Ay, el idiota de Carlos no me ha dicho cómo te llamas!

—Willi —digo, sin pararme a pensar.

—¡Será posible! —exclama Crisi al otro lado—. ¡Pues no me ha dicho el muy cabrito que eras... que eras... mudita!

—Psss... —contesto, demasiado sorprendida como para formar un vocablo que tenga sentido.

—Bueno, ¿y cómo te encuentras después de tu infección bucal?

—Pchi, pchi.

—¿Eres la nueva novia de mi hermano?

—¡No, por Dios! —exclamo demasiado rápido, levanto la vista y le miro a los ojos. Me está mirando con una expresión extraña—. Me está... eh... ayudando en un asunto.

—¿Tienes problemas de salud?

Hay preguntas a las que es mejor no responder.

—Podría decirse así, sí. Pero tu hermano me está ayudando mucho y lo tengo prácticamente superado —añado rápidamente antes de que siga haciendo preguntas.

Esta familia tiene algo raro. Pueden oír y ver a los muertos como si de una estampida de búfalos se tratara.

—Me alegro muchísimo. Bueno, dime de qué color es el final del arcoíris —me apremia—. No podré dormir hasta que lo sepa y John ya está dándome cuatro gritos para que cuelgue antes de venir a hacerlo él.

—El final del arcoíris es del color de los sueños —contesto, sin pensar en la cursilería que estoy soltando—. Y una oveja embarazada de un elefante se siente a reventar.

Las carcajadas al otro lado son contagiosas. Me gusta la hermana de Carlos.

—Bueno, Willi, encantada de hablar contigo —se despide con voz cantarina—. Si estás libre para el día del bautizo de mi pequeño elefantito, estás invitada. Me gustaría mucho conocerte.

—Gracias —digo antes de colgar.

Me duele oír eso, porque me acabo de dar cuenta de que sí me gustaría ir a Alicante y conocerla en persona. Y me duele porque la cruel realidad es que yo no existo. Los fantasmas no tenemos derecho a conocer a nadie ni a relacionarnos con nadie, o casi nadie. Estamos abocados a una existencia de soledad y olvido. Abandonados a nuestra dolorosa e inexistente realidad.

Pero lo que más me asusta es que muchos de mis recuerdos, que ahora atesoro como los más bellos y valiosos, se han ido ocultando tras una bruma de olvido. Ya no consigo recordar la risa cantarina de mi madre o la voz profunda y llena de ternura y paciencia de mi padre. También he notado que me cuesta interpretar los actos y los pensamientos de los demás. Los siento lejanos y ajenos, como si una parte de mi cerebro empezara a fallar, a aislarse. Ya no me siento yo misma. Pienso y actúo de forma extraña e inconstante. Lo que más miedo me da es que yo no soy como Tommi. Yo no soy un espíritu de la justicia con derecho a conservar mis recuerdos intactos. Y aunque intento que esos miedos no signifiquen más de lo que son, me resulta imposible no pensar que un día de estos mi mente se dormirá y yo desapareceré para siempre. Ya no sentiré nada. Ya no habrá nada, ni alegría ni tristeza ni sueños ni esperanza. Nada. Lo olvidaré todo.

Bueno, en cualquier caso, ese momento todavía no ha llegado. Y siempre es mejor andar desmemoriado que no andar en absoluto, que es lo que me pasará como no detengamos a estos dos pronto.

¡Gracias, Margaret! ¡Gracias, Tony!, por ser como sois. No cambiéis nunca a no ser que penséis moriros de repente o cambiéis de sexo.

Sin atreverme a mirar a Carlos a los ojos, relego esos pensamientos, tan poco recomendables para la autoestima, al rincón más lejano de mi mente y me levanto. Necesito estar sola y pensar en todo lo que tengo que hacer mañana. Lo primero es llamar a Mooni para darle la buena noticia con respecto al falso documento. Se va a llevar tal alegría que cuando Margaret aparezca por allí, le cerrará la puerta en las narices. También tengo que acordarme de preguntarle dónde está Tommi. Sé que se dirigía a Edimburgo, pero Edimburgo es muy grande y yo no tengo la facultad de seguir rastros. Si fuera un comanche, la tendría. Pero como soy medio oriental, pues... eso, que no sirvo para seguir rastros.

—Así que Crisi no mentía cuando me contó lo que oyó el verano pasado... —murmura Carlos, ensimismado—. Y yo que la tomé por loca. Qué horror, ahora tendré que disculparme con ella, o no. No pienso contarle, en toda mi vida, que voy de un lado a otro acompañando a un ectoplasma. Pensará que el loco soy yo.

De verdad que le habría dado un buen bofetón, pero me temo que no entendería por qué. En ese momento, decido que lo mejor será que pase el resto de la noche en un parque. Hyde Park, por ejemplo. Es grande, es bonito, es silencioso y no hay calabazas.

—¿Adónde vas? —pregunta, levantándose de un salto al ver que estoy a punto de atravesar la puerta.

—A dar un paseo. Regresaré mañana a primera hora.

—Será mejor que te quedes, no es seguro andar por Londres tú sola toda la noche.

Pongo los ojos en blanco.

—Tal vez... si siguiera viva..., podría sentir algo aparte de un profundo dolor en el alma.

Me mira con extrañeza y se detiene a pensar un segundo.

—¡Joder! Lo siento. —Da un paso hacia mí, ruborizado, y se muerde los labios—. No te vayas, Willi, no pretendía insultarte. Es solo... que cuando hablo contigo... no parece que seas un..., un... ¿ente? Pareces tan real... Pero,

por otro lado, sé que no lo eres. Bueno, sí que lo eres..., pero tu cuerpo está tumbado sin manifestar reacción alguna y tú andas todo el día conmigo de un lado a otro, y yo ya me he acostumbrado a... —Se calla porque no sabe por dónde salir del atolladero—. Por favor, no te vayas.

No hace falta que me lo repita dos veces: ¿un fantasma paseándose por Londres? Menuda ironía. Y, además, creo que si echara a correr, me alcanzaría; está en demasiada buena forma. Y lo tendría toda la noche dándome la paliza. Pues bueno es mi paladín.

—Vale, me quedo, pero...

—Lo que tú digas. —Pone ojos de cachorro abandonado. Qué tierno...

—No quiero que te sientas moles...

—¿Necesitas algo antes de ir a la cama?

—No, en realidad, yo no neces...

—Mira, aquí tienes una tele y una biblioteca con unos cuantos libros. Si te apetece, puedes leer o ver la tele.

—Yo no veo la tele y la verdad es que me encantaría poder leer algo, pero no creo que pueda sujet...

—Estás empezando a asustarme, Willi. Si no ves la tele, no quieres leer, no te tumbas sobre la cama a descansar tras un día agotador, ¿me puedes decir qué quieres?

Se hace una pausa eterna.

—Que dejes de preocuparte, que te vayas a dormir y, si no es mucho pedir, que me dejes terminar alguna frase.

Lentamente, Carlos me mira con los ojos entornados, como tratando de dilucidar hasta qué punto estoy enfadada. Le miro con una tímida sonrisa en los labios. Suspira aliviado y me devuelve la sonrisa. Qué mono...

—¿Me marcho, entonces?

—Sí —afirmo tras una leve duda, tratando de sonar convincente—. Creo que sería lo mejor. Descansa.

—Tú también —me desea antes de quedarse mirándome pensativo. Y después añade, guiñándome un ojo y dejándome mucho más pensativa que él —: Voy a dormir. A dormir muy profundamente. Ni aunque una bomba nuclear estallara a mi lado, haría mella en mi profundo sueño. ¿Me entiendes, Willi?

Cierto que los tíos no son muy duchos soltando indirectas, pero también es cierto que yo no soy muy buena captándolas. ¿De verdad he sido invitada a un rollito de una noche?

Desde que he escuchado esas tentadoras palabras, se me ha metido la lujuria en el alma y no parece querer abandonarme. Y prefiero no explicarte en este momento qué ansia de cometer una locura me ha entrado después de pasarme casi tres horas mirando al techo. Y aún menos prefiero pararme a pensar en la enorme atracción erótica que este hombre ejerce sobre mí. Y, por supuesto que no quiero ni plantearme por qué, de pronto, me he ido relajando y la ansiedad que notaba ha ido desapareciendo hasta convertirse en algo completamente distinto. Algo muy, muy... lascivo. Sí, creo que es lascivia.

Me levanto de mi cama y cruzo las dos paredes que me separan de Carlos. Conteniendo el aliento, me acerco a una butaca tapizada de color amarillo y me dejo caer en ella, consciente del lío en el que voy a meterme como se despierte o como se entere Tommi. Conlleva un considerable riesgo tratar de manipular los sueños ajenos, pero también es una ocasión única para practicar todo tipo de periodismo de investigación y riesgo, sin correr ningún riesgo, y adquirir algo de experiencia. Y qué decir que, ya puestos, no me paso la noche contando ovejas.

Me quedo mirando a Carlos con una punzada de ansiedad. Está durmiendo y tiene el pelo desgreñado. No puedo ver sus preciosos ojos verdosos, y su aspecto es fuerte y vulnerable a un tiempo. Me pregunto con qué estará soñando. Carlos es un hombre con una seguridad en sí mismo apabullante, amante de las aventuras, inteligente y buena persona. Sería mucha casualidad que este hombre, amante de las aventuras, inteligente y buena persona, tuviera sueños recurrentes de piratería. Eso sería de una crueldad intolerable. También me pregunto cómo hace para mantener la espalda tan firme. Pero no tengo tiempo para menudencias tipo cuerpo firme y hoyuelos arrebatadores, ni

puedo continuar indefinidamente sentada en la butaca contemplando el panorama. Con una sonrisa de oreja a oreja, me concentro y me meto de un salto en los sueños de Carlos.

Aterrizo justo frente a la puerta de su camarote —pues sí, tiene una especie de fijación con los barcos piratas. Qué mala suerte la mía—. Arrimo la oreja a la puerta y, sintiendo una embriagadora sensación de euforia, la atravieso de un brinco sin importarme con qué o a quién voy a encontrarme.

Debería haber visualizado una botella de orujo, seco para más señas. Con una buena cogorza no me habría sentido tan violenta. Si no fuera porque soy católica, habría jurado que Dios me está gastando una jugarreta. Aquí, a mis pies, yace el cuerpo del pobre Perico: acabo de espachurrarlo de un pisotón.

No me quedo a escuchar el grito agónico a la par que vengativo del pirata de marras. Doy media vuelta y me arrojo yo sola por la borda.

Una vez en la habitación, tomo la sensata decisión de no entrar a ningún sitio sin antes llamar a la puerta. Y después, tomo la disparatada decisión de volver al barco pirata. Lo siento, pero como decía Oscar Wilde: «Puedo resistirme a todo menos a la tentación».

Antes de poder arrepentirme y salir disparada hacia la habitación de enfrente, me acuerdo de un dicho que a mi madre le encanta repetir: «Donde fueres, haz lo que vieres». Así que me imagino vestida con uno de esos harapos que lucen los indigentes en los arrabales de Nueva York y me cubro de mugre hasta las orejas. Aguanto la respiración con la esperanza de que el aire marino despeje esta peste que llevo encima. Cierro los ojos, pego un salto y aparezco de nuevo en cubierta.

El cielo vuelve a estar encapotado. Un rayo vuelve a cruzarlo de lado a lado. Un marinero con aspecto indeseable y un parche en un ojo se me acerca cojeando. Doy media vuelta, dispuesta a arrojarme por la borda de estribor, la de babor ya la he probado unas cuantas veces.

—Un momento, jovencito —me detiene cuando ya tengo una pierna colgando en el aire—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Aquí no deserta nadie!

Bajo la pierna y le miro al ojo sano.

—Buenas tardes —saludo, y luego adquiero pose de intrépida reportera adelantando el brazo derecho y mostrando un micrófono inexistente—, mi nombre es Willi Nelson y soy enviada especial de *The New York Times*, y me gustaría entrevistarme con el capitán de tan magnífico navío. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—¡Con el Tuerto!

—Sí, eso ya lo veo. Me refiero a su nombre verdadero.

—El Tuerto —insiste, fulminándome con su ojo bueno—. ¿Para qué quiere ver al capitán? —pregunta receloso—. ¿No será uno de esos mierdosos... — me sobresalto al escuchar tan sentido epíteto— que trabajan a las órdenes del condenado rey Fernando, verdad?

—¿Yo? —protesto indignada—. No, por Dios, caballero. Si bien es cierto que conocí a un tal Fernando en la feria anual de mentes prodigiosas...

—Lo sabía. Uno de esos finolis que huelen a mierda debajo de tantos polvos. —Y antes de que pueda reaccionar, ya está chivándose al capitán a gritos—. ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Se nos ha colado un espía de la corona a bordo!

—¡No me molestes con esas menudencias y arrójalo por la borda de una puta vez!

Solo me da tiempo a decir, antes de acabar rodeada de tiburones hambrientos: «Esta me la pagas..., Carlos, ¡serás cab... glup... ón!».

Esto ya se ha convertido en una cuestión de amor propio. Voy a subir al maldito barco, sí o sí. Como a mí me llaman Willi que consigo una puñetera entrevista con el que ya empiezo a ver como a todo un asesino en serie. No puede ordenar que me arrojen por la borda sin darme tiempo ni para abrir la boca. Eso no se hace, eso es ser un..., un ser sin escrúpulos. Un caballero capitán pirata no comete esas barbaridades. Por no hablar de los derechos humanos.

Sumida en un estado casi catatónico, cambio de *look* y me enfundo en un traje termoprotector. ¡Ja! Por lo menos, cuando vuelva a arrojarme por la maldita borda, no pasaré frío.

¡Maldito él y su política de tolerancia cero con los polizones!

Justo antes de volver a sumergirme en los accidentados sueños del anormal de Carlos, me paro a pensar un segundo. Estrategia, Willi, estrategia. Me ha arrojado por la borda como a un loro, como a Willi, como a Willi de nuevo y como a un periodista disfrazado de nauseabundo pirata. Pero... seguro que no se atreve a deshacerse tan fácilmente de una princesa de alto rango. Altísimo, joder, que para eso soy una princesa.

Me encanta tanto la idea que me recreo hasta en los más mínimos detalles de mi vestuario. ¿Qué me pongo? ¿Gasas, sedas, brocados? ¿Guantes largos por encima del codo, como llevaría cualquier princesa de alto rango que se precie? Me muerdo el labio inferior, dudando. Lo que sí tengo claro es que la

corona de brillantes me la pongo seguro. Para un día que tengo ocasión de lucirla...

¡Ah!, y que no se me olvide llevar una manta. Como dice Tommi, una manta es imprescindible cuando uno se sumerge en sueños ajenos.

¡Qué sensación de seguridad en mí misma! ¡Qué maravilloso recibimiento! Todos los marineros han dejado sus quehaceres de lado y me miran fijamente. Me paseo por cubierta con aire orgulloso, incluso un poco altivo. Pero esta primera impresión de haber dado con la idea acertada no tarda en convertirse en una pésima idea, cuando un centenar de marineros me rodean con la clara intención de participar en una violación en grupo.

Puede que me haya precipitado un poco a la hora de elegir atuendo. No me encuentro en el círculo social adecuado. Y ahora, el problema es que no dispongo de un solo hueco por el que arrojarme al mar.

—Vaya, resulta que el espía mierdoso de la corona es uno de esos perversos que les gusta vestirse de mujer —dice el Tuerto con sonrisa lasciva.

—Siempre tan encantador —mascullo, y me quedo sin palabras cuando le escucho decir:

—Me gustan los jovencitos. Me gustan mucho.

—En realidad soy chica —me apresuro a señalar.

Risas ahogadas entre la concurrencia indicando que les da igual lo que yo diga.

—¡Eso nos da lo mismo! —corean treinta voces a una, dándose codazos entre ellos con la lujuria grabada en el rostro.

Vale, está claro que, a la hora de relacionarse íntimamente, prefieren a alguien que no sea de su clase. A alguien que huela bien. El sexo al que pertenezca es lo de menos. Empiezo a pellizcarme el brazo, terriblemente horrorizada, en un intento inútil por despertar a Carlos. Me pondría a gritar si pudiese encontrar mi voz. Esto es ilegal. ¿Y dónde leches se ha metido? ¿No debería estar aquí para detenerlos?

—¿¿Qué hacéis ahí que no estáis trabajando?! —Me llega la inconfundible voz de Carlos desde el otro lado del corrillo de futuros violadores.

Alivio infinito, a pesar de su desmedida afición a deshacerse de los pobres incautos que se atreven a poner un pie sobre su barco. Puede que sea un poco

dado a tomar decisiones drásticas con respecto a los polizones de abordó, pero a fin de cuentas es un pirata del siglo...

—Perdón, señores, ¿en qué año estamos? —pregunto recuperada la serenidad e imbuida en mi papel de princesa-periodista que no teme a nada excepto a una violación en masa orquestada por el Tuerto de los cojones.

—En el año en que desearías no haber nacido. —Carlos se ha abierto paso entre la camarilla de indeseados y se coloca frente a mí. Clava la vista en la corona de brillantes y la boca se le abre de par en par. Parece completamente atónito.

¡Bien! ¡Qué sensación tan victoriosa!

—Permítame que me presente. Soy la princesa Wilhelmina Josefina Frances Nelson, de las altas tierras de..., de..., de la Gran Manzana —digo súbitamente inspirada—, y vengo en representación del *New York Times* con la esperanza de que me conceda usted una entrevista en exclusiva. Capitán..., eh..., señor.

Niega con la cabeza. Una sonrisa tirando de sus labios y la mirada fija en mi boca.

Me paso la lengua por los dientes y por las comisuras de la boca para comprobar que no tengo nada pegado. Aunque sé que es imposible, puesto que hace trece días que no he comido nada, no me extrañaría que se me hubiese escapado algún hilillo de babilla. Está tan guapo... Bajo la vista y le echo un vistazo rápido a mi exclusivo y maravilloso vestido de seda color azul índigo, que tan bien armoniza con mis ojos, y después me paso la mano por el recogido del pelo y compruebo que la corona de brillantes sigue en su sitio, sin torcerse.

Me recorre con mirada sensual y su rostro se ilumina. Qué sensación tan agradable; está intentando ligar conmigo como haría todo pirata recluido en alta mar durante meses y meses sin haber visto a una mujer bella de cerca, o simplemente a una mujer.

Le devuelvo la sonrisa y agito un poco las pestañas.

—Entonces... ¿me concede esa entrevista?

—Por supuesto —admite con un ademán de cortesía y se inclina haciendo una floritura muy similar a la que hizo Tommi el día que le conocí.

Me obligo a no dar saltitos de alegría ni palmaditas. ¡Ya sabía yo que esta era una buena idea!

—¿Y vosotros qué miráis? ¡A trabajar! —ordena de malas maneras a su

tripulación de harapientos antes de volverse hacia mí y dedicarme el piropo que a toda chica le gustaría escuchar aunque sea una vez en la vida—: ¡Tienes cojones, chica!

—Gracias, lo mismo digo.

Se me queda mirando durante unos segundos y me hace un gesto para que le siga, no sin esbozar una enorme sonrisa antes.

Al entrar en su camarote, cierra la puerta, me ofrece asiento en uno de los mullidos sillones tapizados en rojo burdel y me ofrece una copa de vino.

¿Una copa de vino? ¿Puedo beberme una copa de vino? ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Uno puede hacer lo que le dé la gana en sueños. Puedo beberme la botella entera si quiero. Y creo que voy a hacerlo.

—Una copita de vinito no me vendría mal, la verdad. Y tampoco le haría ascos a una espléndida cena a bordo de su fantástico buque.

Se toma mi insinuación al pie de la letra y manda llamar a un chiquillo muy gracioso, disfrazado de señor de cuarenta, y le ordena que me traiga una bandeja con la cena.

Aprieto la manta con fuerza, a la espera de algún ataque malintencionado por su parte, pero, en lugar de eso, dice:

—¿Así que... princesa de la Gran Manzana?

—Pues sí. —Suspiro aliviada y me paso la mano con confianza por la corona con la que me he coronado yo sola.

—¿Y en su país no se come? —Me sirve una copita de vino lleno de tropezones, que pululan a su antojo por toda la copa.

Sonríó a regañadientes; ya sabía yo que la burla iba a llegar.

—Y... ¿qué le hace pensar semejante disparate? —digo sin alzar la vista de la sospechosa turbiedad del líquido elemento.

—Como nada más llegar ha pedido algo de condumio en vez de comenzar con su entrevista... —contesta, encogiéndose de hombros.

—Es que se trata de otro modo de investigación: la precaria alimentación a bordo de un barco pirata del siglo...

—XVIII —contesta impasible.

—... Del siglo XVIII, y sus múltiples y nefastas consecuencias sobre la salud bucal.

—Ah... —Sonríe mostrando una espectacular hilera de dientes blancos.

Le dedico mi mejor mirada fulminante, con la esperanza de dejarlo ciego y medio atontado durante una buena temporada.

Una llamada a la puerta nos interrumpe. ¡La cena!

—Pasa, Charlie —ordena, sin apartar la vista de mi corona de brillantes.

—Su cena, señorita —anuncia el chico, poniéndose rojo como un tomate y sin apartar la mirada de mi corona de brillantes.

Levanto con expectación la tapa que cubre la que va a ser mi primera comida en días. ¿Qué es esta porquería? ¡Un chusco de pan y un trozo de algo seco de color parduzco! Levanto la vista y miro a Carlos, que me anima con un gesto de cabeza. Consternada, empiezo a comer, proeza nada desdeñable teniendo en cuenta que es como masticar un pedazo de vaca momificada hace siglos. Dios, sabía que ser periodista de investigación era duro, pero... no... tanto... como... la... puñeteeera... ceciiiina.

—¡Deja ya de pegarte con esa porquería, Willi, te vas a partir un diente! —exclama Carlos de repente.

Súbitamente intrigada, pregunto:

—¿Cómo sabes que me llaman Willi?

—Por el amor de Dios, llevamos todo el día juntos. —Se levanta, me sujeta por los hombros y de un tirón me pone de pie—. Déjame ver ese vestido que te has puesto. —Boquiabierta, le miro con incredulidad mientras él examina el vestido a conciencia con una sonrisa en la boca—. Es lo más espectacular que he visto en mi vida. Casi tan precioso como tú...

Su voz es tan queda, tan ronca, que de pronto tengo una repentina revelación: quiero besarlo.

—Y ahora dime la verdad, ¿por qué te has metido en mis sueños? —Su pregunta me pilla tan de sorpresa que me quedo sorprendida durante unos segundos.

—Eres tú el que está soñando conmigo —replico a la defensiva—. Dímelo tú, es tu sueño.

Sonríe burlonamente.

—Bueno, bueno, tienes toda la razón. Es mi sueño, ¿verdad?

Solo una vez en mi vida, hace muchos años, mientras espiaba a María Dolores a través de una rendija del cuartucho de las herramientas de jardinería, vi esa mirada en los ojos de un hombre. La mera idea de despertar semejante lascivia en el que tengo ahora delante está a punto de provocarme un desmayo. Eso o la cecina me ha perforado el estómago.

—Claro... —Lanzo un suspiro, tratando de aparentar una seguridad que no siento—. Es tu sueño, puedes hacer lo que quieras. Pero entonces..., ¿por qué

me has invitado?

—Yo no he hecho tal cosa.

Y antes de que me dé tiempo a replicar, desaparece la manta, desaparece el vestido, desaparece la corona de brillantes y me quedo vestida con una combinación de La Perla, que no he podido resistirme a pillar cuando he hecho un recorrido rápido por todos los catálogos del mundo antes de vestirme de princesa.

—¡Cielo santo! —exclama en un susurro ronco—, ¿pero qué llevas puesto?

Bajo la cabeza y admiro la prenda de diseño y las uñas de los pies pintadas de rojo.

—Nada, una cosita que tenía por ahí —miento de forma automática. No pienso reconocer que me ha costado un motón decidirme por este modelo en cuestión, pensando en..., pensando en... No sé muy bien en qué pensaba mientras me vestía como una prostituta de lujo, pero seguro que no era en él.

—Vaya, Willi... No te avergüences, solo es un sueño...

Al principio no digo nada. Algo falla. La situación está saliendo al revés de lo que me contó Tommi.

—Sí... Eh... Ciertamente... Solo es un sueño. Pero... es que necesito la manta —digo al fin.

Mira por todo el camarote en busca de la manta de marras.

—¿En serio la necesitas?

—Pues sí —confirmo convencida.

La localiza, me la tiende y a continuación se pasea enérgicamente por el camarote y enciende unas cuantas velas aromáticas que huelen a manzana.

—¿Y... para qué la necesitas?

Ignorando el insinuante ambiente en penumbra y el embriagador aroma que desprenden las velas, me aferro a la manta con fuerza, sin tener muy claro si quedarme con ella o tirarla por el ojo de buey que tengo a mi espalda. Me giro y me quedo mirando el horizonte, intentando aclararme las ideas, las confusas y contradictorias ideas que me asaltan cada vez que miro a Carlos. Puedo ver el mar en calma y tan salpicado de estrellas como solo se puede encontrar en el oscuro cielo de un desierto —lo sé porque hice una excursión con mis compañeros de colegio al desierto de Sonora y de lo único que me arrepentí fue de no haber pasado más tiempo mirando las deslumbrantes estrellas en vez de mirar al deslumbrante Derek Branson—.

—¿Willi? —llama mi atención mientras me mira de forma extraña—.

¿Para... qué... necesitas... esa manta...?

—Pues... Pues... ¡Porque se supone que tú tendrías que estar desnudo!

—Vale, no hay problema —concede antes de desprenderse de toda su ropa y quedarse frente a mí como Dios lo trajo al mundo.

Créeme cuando te digo que no es la primera vez que contemplo unos bíceps tan bien formados, ni unos hombros tan firmes, ni un abdomen tan duro, ni un tono de piel tan bronceado. Pero siempre ha sido en alguna película, nunca tan tentadoramente cerca. Tan al alcance de mi mano. Empiezo a marearme.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer por conseguir esta manta? —me oigo preguntar, para mi absoluto asombro.

—No quiero la manta.

Esa contestación no entraba en mis planes, fueran cuales fuesen mis planes cuando he puesto en funcionamiento la táctica de Tommi.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿No sabes reconocer una oportunidad cuando se te presenta? —Abre la boca para decir algo, pero no le dejas—. ¿Acaso no estoy guapa? —Vuelve a abrir la boca y de nuevo le impido hablar—. ¿Acaso tengo que parecer una asesina consumada o una idiota de remate para que te fijas en mí? Es porque soy medio oriental, ¿verdad? Pues lo siento mucho, señor mío, pero ahí no puedo hacer nada.

—¡Por favor, Willi! —Se lleva las manos a la cabeza como si le doliera—. ¡Me vas a dar dolor de cabeza! Si pudiera te...

—¿No irás a tirarme por la borda?

—No sabía que eras tú —protesta.

—Bueno —repito machaconamente—, ¿qué estarías dispuesto a hacer por conseguir la manta...?

Se acerca a mí. Sonríe.

—Lo que tú quieras.

—Gracias, Carlos, no esperaba menos de ti.

—Tienes buen aspecto. —Sonríe aún más.

—Tú tampoco estás mal... sin ropa.

—¿Puedo sugerirte un juego?

—Puedes.

—¿No te acobardarás?

La última vez que me hicieron esa pregunta terminé paseando una hucha por todo el Bronx, con la ilusión de recaudar un montón de donativos para una buena causa y con la esperanza de no perder la vida en el intento. Y, por mis

anteriores experiencias con Tommi, sé que para que esto salga bien necesito inteligencia o la manta. Y cuanto más uso una cosa, menos falta me hace la otra.

—Entonces..., ¿quieres..., quieres...?

—Ya sabía yo que eras una chica muy lista.

—¿Y qué hago con la manta?

—¿Por qué no te callas y te olvidas de la manta por un rato?

—Vale.

Gracias a Dios que al final no he podido comerme la cecina ni beberme el líquido asqueroso lleno de pululantes tropezones, porque, de haberlo hecho, ahora mismo no podría estar saboreando una boca deliciosamente pecaminosa que está consiguiendo que el estómago me dé un vuelco y los dedos de los pies se me encojan.

Cuando una de sus manos me sujeta por la nuca y la otra se posa sobre mi cadera y la desliza de arriba abajo con lenta sensualidad, soy plenamente consciente de que esta no va a ser una experiencia formal y con expectativas de futuro, pero, tras haber pasado el último año a dos velas, me siento muy dispuesta a ser mundana.

Tras un hondo y tembloroso suspiro, dejo que sus manos vaguen a su antojo por todo mi cuerpo, sus suaves labios saboreen mi piel, que su cuerpo, duro y ardiente, se apriete con fuerza contra el mío...

No puedo evitar hacer comparaciones. El amor en sueños es... diferente. Más intenso. Más erótico. Su cuerpo es más fibroso que el de Frank. Sus manos, más suaves. Su aroma, más puro, como si oliera a mar y no a esa colonia recargada que te embota la nariz y no te deja olerle a él. Carlos huele a limpio, a Carlos, y Frank... He olvidado a qué olía Frank, pero no olía ni la mitad de bien.

Mientras mis pensamientos siguen vagando por esos derroteros y él me coge la cara y me vuelve a besar, ni me planteo ceder a la tentación de ser creativa. ¿Para qué estropear la perfección? Es más, ni siquiera me molesto en hacer el paripé de resistirme un poco, por lo del orgullo y eso, ¿sabes?

Y menos mal, porque la verdad es que no me siento con fuerzas como para rechazar al espécimen mejor formado que he visto en mi vida, y uno de los pocos que saben lo que se hacen sin necesidad de andar todo el tiempo volteándose de un lado a otro como si pretendiera poner en práctica todas las posturas del camasutra de una sola tacada mientras te da instrucciones tipo:

«Las piernas en ángulo de ochenta grados, nena, y la pelvis apuntando al norte mientras echas la cabeza hacia atrás y gimes mi nombre», o: «¿De verdad no has hecho nunca la tijerita?». Y al oír semejante observación, es cuando pegas un respingo y te preguntas por qué has perdido el tiempo toda tu vida intentando culturizarte cuando lo que deberías haber hecho es haberte apuntado a clases de corte y confección y a un cursillo acelerado de contorsionista y acrobacias en general.

No, Carlos no hace nada de eso. Él le está dando un nuevo sentido a los conceptos meticulosidad, precisión y perseverancia. Sin olvidarnos de las señoras: sensualidad, adoración y excitación.

Así que, temblando y dominada por la necesidad de ir más rápido, me obligo a relajarme y a recuperar el ritmo acompasado de mi respiración. Y, apoyándome en la teoría de que la espera refuerza los anhelos más profundos, me contengo y espero a estar tumbados sobre la inmensa cama para enroscar las piernas alrededor de su cintura, en vez de hacerlo de pie y apoyados contra la pared, como era mi intención.

Pero... parece ser que el anhelo de Carlos no es tan profundo como el mío. Así que, sin dejarse liar, hace gala de una habilidad ancestral y casi olvidada, y apenas haciendo uso de una boca ardiente y unas manos seductoras y expertas, me sumerge en un mundo de placeres desconocidos hasta ahora.

Con todo, me detengo un breve instante para echarle un par de vistazos, atónita ante una actuación tan impecable, antes de dejar que sus anhelos más profundos tomen el mando.

—Eres preciosa —murmura. Y con los párpados entornados y expresión maliciosa, me penetra con su rígido y hermoso pene en profundidad mientras yo me pregunto, entre jadeos incontrolados y gritos de asombro, si se puede morir dos veces, una de ellas a causa de un placer extremo.

Lanzo un suspiro mental y unos cuantos físicos en cuanto nuestros cuerpos se separan y nuestra respiración todavía es pesada y trabajosa. Vuelvo un poco la cabeza y le miro de reojo mientras pienso: «¡¡¡Guau!!! Amo a Frank, pero debo reconocer que no es lo que se dice un amante tan bueno y considerado».

Un momento... ¿Amo a Frank? Y... ¿si amase a Frank..., estaría pegándome el revolcón del siglo con otro? No, no lo estarías haciendo ni en sueños.

Supongo que me he enamorado un poquito. Pero solo un poquito.

Apoyo los codos en la cama y me incorporo para estudiarle con minuciosidad. Observo en silencio cómo las gotas de sudor dan lustre a su

pecho. Bajo la vista y me detengo en el delicioso abdomen —lo he probado, sé de lo que hablo— mientras un montón de preguntas y dudas se abren paso en mi cabeza: ¿es él o son los hombres de este siglo los que no terminan de dominar la técnica amatoria propiamente dicha? ¿Soy yo o son las relaciones que he tenido, que no han sabido satisfacerme? ¿Si siempre es así, debo renunciar de por vida al sexo convencional y dedicarme única y exclusivamente al sexo onírico? ¿Es mi imaginación o Carlos está tomando posiciones de nuevo?

En cuanto Carlos se coloca sobre mí, me estremezco. En cuanto susurra mi nombre mientras me mordisquea la clavícula, me estremezco. En cuanto rodeo su cuello y le acaricio con calma fingida, se estremece. Y en cuanto sus manos, tan bellamente formadas, tan delicadas y ásperas a un tiempo, me acarician por todo el cuerpo hasta bajar a mis nalgas y sujetarlas con rotundidad antes de penetrarme de nuevo, un estallido de puro éxtasis recorre nuestros cuerpos.

Al cabo de un rato, cuando nuestras respiraciones se han vuelto de nuevo lentas y acompasadas, siento unas repentinas ganas de echarme a reír al ver que Carlos se levanta y se sirve una copa del mejunje al que llaman vino.

—¿Willi? —pregunta, sentándose a mi lado.

—Dime. —Le acaricio la espalda desnuda, sintiéndome de lo más audaz.

—Este ha sido el mejor sueño de mi vida.

—¿En serio? —Sonrío ilusionada.

—Qué pena que mañana lo haya olvidado.

—¿En serio? —pregunto, bastante descolocada.

Lanza un profundo suspiro.

—Nunca consigo recordar los sueños. Pero ese es el sino de los sueños, ¿no?, que tienden a caer en el olvido.

Son las ocho de la mañana y empiezo a sentirme bastante molesta: mi primer amante onírico duerme como una marmota dopada. Debatiéndome entre despertarle y que se percate de mi presencia a su lado, o levantarme para intentar preparar un buen café y darle una sorpresa cuando se digne a abrir un ojo, le lanzo una mirada cargada de indignación y opto por la segunda opción.

Me levanto y voy a la cocina. Me quedo mirando la cafetera y me concentro, en parte porque no puedo levantar ni a un mosquito y en parte porque estoy convencida de que si hago uso de todo mi poder de persuasión, el señor café tendrá la amabilidad de quedar persuadido y prepararse solo.

Ando ensimismada en mis cosas, pensando en que he pasado la noche más fabulosa de mi vida, en que no hice para nada el ridículo, en que menos mal que no caí desmayada en medio de tanto zarandeo, como una fan medio loca de un conjunto de rock, cuando, tras darme por vencida y bastante sorprendida con el fiasco de la cafetera, oigo la voz de Carlos a mi espalda.

—Buenos días, Willi.

—Buenos días a ti también, Carlos —le contesto con un estremecimiento de placer.

Compone una mirada lujuriosa, pero su lujuria no va dirigida adonde debería, es decir, a mí, sino a la cafetera.

Va vestido con los pantalones de pijama, lleva el pelo alborotado y un rastro de barba incipiente le cubre las mejillas. Lanzó un suspiro, en un gesto totalmente inconsciente por mi parte. Me lanza un guiño adormilado al llegar a mi lado y le devuelvo la típica mueca de ceño fruncido y boca torcida para que note mi incomodidad por su poco tacto después de una noche de pasión.

—¿Qué tal has pasado la noche? —insisto.

—Creo que he tenido una pesadilla.

Maldita sea. ¿Qué pesadilla?

—Vaya, pues lo siento. —Y añadido, dándole otra oportunidad para

enmendarse—: Si te concentras y piensas un poco más, seguro que entre tanto mal sueño puedes encontrar algo agradable. Algo realmente placentero que te elevó algo más que el alma.

—Ya quisiera yo —contesta, sin llegar a pillar la doble intencionalidad de mis palabras. Y mira que se lo he dado mascado.

—Bien —claudico, bastante mosqueada—, pero si recuerdas algo, házmelo saber, ¿vale?

—No insistas, Willi, siempre olvido los sueños. —Compone una mirada ausente y soñadora, mientras sirve el café en una taza de color azul—. Aunque... sí recuerdo haber sujetado entre mis manos la cosa más atrayente del mundo, algo precioso y vibrante. Si pudiese recordar cómo era..., me pasaría el resto de mi vida cuidándola y contemplándola.

Tras unos segundos, en los que le miro con expresión arrobada, se traga el café de un golpe y se vuelve por donde ha venido.

—Voy a darme una ducha —le comunica a la pared de enfrente.

No me he sentido más traicionada en toda mi vida —¿o debería decir en mis dos vidas?—. ¿Cómo es posible que su olvido, olvido que, por supuesto, es de lo más ofensivo, haya destrozado tan rápida y cruelmente las ilusiones de una chica, pese a sus destacadas carencias?

Casi me muerdo otra vez de las ganas de espetarle que la noche había sido maravillosa; no, maravillosa no, grandiosa, porque la había pasado conmigo haciendo lo que todo adulto sano debería hacer siempre que se le presente la ocasión: el amor. ¿Qué ha pasado con la puñetera mañana siguiente? ¿Dónde han quedado las miradas cómplices tras una noche de pasión? ¿Qué ha sido de eso de: «Vida mía..., eres tan especial que me duele»? ¿Qué ha sido, eh? Yo te diré lo que ha sido: ha sido por culpa de la corona de brillantes. No tenía que haberme presentado con una joya cargada profusamente de resplandecientes gemas. Llamaba demasiado la atención, por eso recordaba perfectamente haber sujetado un objeto brillante y vibrante.

Ha sido un momento casi romántico, lástima que no se refiriera a mí.

Y ahora estoy aquí, sentada frente a su cocina de diseño, sin haber aprovechado la ocasión que se me presentó anoche para ponerme las botas con un filete con patatas y un gran trozo de pastel de chocolate, esperando a que salga de la ducha.

Está bien, maldito cabronazo desmemoriado. Si tú no recuerdas nada, pese a la clara conexión que existió no solo entre nuestros cuerpos, sino también

entre nuestras almas, yo no pienso recordártelo.

Lanzo un suspiro exhausto y comprendo que la culpa es mía: nunca debí meterme en sus sueños. Es muy desconcertante descubrir que el hombre al que amas no te llena —metafóricamente hablando— ni la mitad que otro al que ¿no amas?

Y lo peor de todo es que no puedo dejar de pensar en cómo sería tener una relación de verdad con él. Besarle siempre que me apeteciera. Cogernos de la mano mientras paseamos y compartimos planes. Abrazarle. Hacer el amor con él. Reír con él. Tener una vida junto a él.

En cualquier caso, ha sido bonito. Ha sido la experiencia más bonita de mi vida. Más bonita que un arcoíris triple sobre un cielo gris enmarcando el rojizo cráter de un volcán. Más bonita que un amanecer en el mar del Norte. Más bonita que una estampa navideña —y eso que las estampas navideñas pueden dejar a más de uno sin respiración—. Pero ahora, en la soledad de la cocina y con la mente despejada, noto como la dura y desagradable realidad resquebraja mis dulces fantasías: no se puede atrapar un sueño.

Y como si se hubiese roto un hechizo, permanezco con la vista clavada en el vacío, mientras pienso en que todo el mundo se merece unos momentos de irrealidad y solaz antes de regresar a la dura cotidianidad. Y, antes de que la cosa degenera con tan profundos pensamientos y acabe mareándome o sentándome en el suelo para intentar llorar un rato, me digo a mí misma que yo paso de tanta sensiblería, que yo lo único que quiero es recuperar mi vida. Recuperar la movilidad. Sentir la caricia del aire en el rostro. El tacto ardiente del sol en los hombros. El aroma de la hierba recién cortada. El frescor de la lluvia cuando empapa mi pelo. Los abrazos cálidos de..., de Frank. Sí, de Frank, para que te enteres.

—Buenos días otra vez —saluda Carlos, interrumpiendo mi avalancha de elucubraciones. Va vestido con otro traje de diseño, negándome de esa forma la posibilidad de disfrutar de las vistas un rato más. Oh, Dios mío, ¿se puede ser más patética? ¿Y por qué no puedo dejar de pensar en sus piernas y en sus brazos y en su torso y en los hoyuelos de su espalda? Y en sus manos, manos varoniles de largos dedos. Manos y dedos capaces de hacer cosas prodigiosas. Cosas capaces de hacerte perder la compostura y de que te venga todo el tiempo a la mente la mítica frase: «Voy a ir al grano y te voy a meter

mano»—. ¿Te apetece hacer algo especial antes de regresar a tu casa? —
Sonríe mostrando las arruguitas de los ojos.

Pues sí, pero no creo que tú estés dispuesto.

—Quiero llamar a Mooni y preguntarle si me he despertado ya —digo en
cambio, cuidando de no reflejar en mi cara el azoramiento.

—¡Claro! —Se da un golpe en la frente—. Se supone que en el momento en
que todo se solucione tú deberías despertar, ¿no?

—Se supone —digo bastante desanimada.

Sin titubeos, marca el número de la granja y espera.

—¿Has puesto el manos libres?

—Sí.

Hago un gesto vago de agradecimiento con la cabeza.

—Dígame —contesta Mooni al segundo tono.

—Mooni, soy yo. —De repente estoy nerviosa—. ¿Me he despertado ya?

—Ejem... Humm... Bueno..., vas haciendo progresos... Sin embargo,
despertarte, lo que se dice despertarte..., pues no. —Y añade rápidamente—:
Pero no te preocupes, osito, que en cuanto encuentres a Tommi, él te explicará
lo que ocurre.

—Enseguida salimos para allá. Calculo que llegaremos a mediodía.

—Bueno..., eh..., verás, de eso quería hablarte —dice al final de una larga
pausa—. Hace dos días que no sé nada de él. Ha desaparecido. Ayyyy, Willi,
estoy muy preocupada. En toda mi larga vida, jamás, jamás desde que le
conocí siendo una niña, ha estado dos días sin ponerse en contacto conmigo.

Mierda, mierda, mierda. ¿Y eso qué significa? ¿Que ha desaparecido sin
más? ¿Que tal vez han rescindido su contrato por..., por... ¡joder!, por el
motivo que sea?

—Tranquila, Mooni —dice Carlos—, que en un santiamén nos plantamos en
la granja y nos cuentas todo lo que sepas.

Y sin darme tiempo ni a despedirme, una mano se interpone en mi campo de
visión y finaliza la llamada —sin tener en cuenta si yo quería seguir hablando
o no—, y se queda mirándome de cerca con aire expectante.

Tan cerca que tengo que entrecerrar los ojos para poder verle mejor. Tan
cerca que podría alargarse la mano y acariciarle el pelo mojado. Tan cerca como
para poder saborear sus labios. Es tan decente, tan hermoso, tan masculino,
tan... Antes de acabar haciendo algo irreparable, como lanzarme sobre él y
acabar teniendo un orgasmo con tanta introspección sobre el tema, lucho a

brazo partido con las deliciosas imágenes que bullen en mi cabeza. Por ahora voy perdiendo.

—¿Tienes alguna idea de cómo podría haber desaparecido tu amigo?

La pregunta de marras me despeja y me sorprende a un tiempo. Nunca habrá otra pregunta tan simple con una contestación tan compleja.

Mientras Carlos me observa en silencio, buscando algo con la mirada, yo no hago más que pensar en lo bien que le sientan los colores oscuros.

—¿Y bien?

—Ahhhh, sí, estoy pensando —digo, para ganar algo de tiempo.

En realidad, estaba un poco despistada, pero tras su escueto recordatorio, me centro en Tommi. ¿Por qué no ha dado señales de vida? —Menuda burla, lo sé—. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a explicarle que Tommi es un fantasma? Un fantasma real, un fantasma de los que pueden hacer proezas tales como aparecer y desaparecer a voluntad, con percepciones extrasensoriales y con capacidad para hacer que se te quiten las ganas de seguir viviendo.

Oh, mierda, va a parecerle el mismísimo diablo.

Mientras hago uso de todo mi poder de persuasión e intento persuadirme para concentrarme y poder darle a Carlos una explicación, no demasiado espeluznante, sobre un chico de dieciocho años que murió ahorcado hace doscientos, sin que entre en estado de pánico, advierto que está gritándome bastante enfadado. Supongo que acaba de recordar el sueño o algo peor.

—Escúchame bien, maldita abusadora...

¿Maldita abusadora?

Hago una pausa mental que rezuma estupefacción. Luego pienso otra vez: ¿maldita abusadora?

—Si crees que soy un trozo de carne del cual puedes hacer uso cuando te venga en gana... —Mierda, ¿también es clarividente?—. ... estás muy equivocada. No pienso aceptar semejante abuso —Los ojos se me abren de par en par—. En realidad —resopla Carlos enfadado—, creo que te has pasado siete pueblos. A saber qué me exigirás después. Además, soy muy particular en lo que atañe a este tipo de manipulaciones. No me esperaba esto de ti —termina de soltar el chorreo.

—Verás, Carlos —empiezo a dar excusas—, no es lo que tú piensas, simplemente estaba fantaseando. —Me acerco a él haciendo grandes aspavientos—. Claro que no eres un pedazo de carne sin sentimientos. En verdad, tienes muy buenos sentimientos.

—Gracias. —Me mira confundido.

—Discúlpame. No está bien tener esos pensamientos. —Ahora que lo he soltado me siento aliviada—. Me siento culpable. Y lo de la manta no tiene perdón. —Por el rabillo del ojo compruebo que me está mirando con cara rara—. Al menos permíteme darte las gracias antes de que te marches. Gracias por ser mi amigo, gracias por escucharme y gracias por dejar de lado tus obligaciones para ayudar a una persona a la que no conoces de nada: a mí.

—Vale, muy emotivo —afirma, cogiendo la cartera y metiéndola en el bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Podemos irnos ya? Tenemos que pasar por el despacho antes de regresar a la granja. Se va a enterar esa vieja abusadora cuando le cante las cuarenta.

¿Por el despacho? ¿Pero de qué habla? Creo que este es tan buen momento como cualquier otro para centrarme y averiguar qué ha pasado.

—¿De qué hablas?

—¿No me has escuchado hablar por teléfono con la directora general de proyectos?

Camina con decisión hasta la puerta y la abre haciéndose a un lado para dejarme pasar. Vaya, qué metedura de pata, no hablaba conmigo.

—Algo he oído, sí. —Intento disimular como buenamente puedo la sorpresa que acabo de llevarme toqueteándome el pelo, moviéndolo de un lado a otro.

—Vamos, Willi —me apremia aligerando el paso—. No tenemos tiempo para vanidades si queremos llegar a mediodía a la granja. Ya sabes cómo son estas cosas de proyectos y logística.

¿Logística? Ni sé lo que es la logística ni ganas de conocerla. No sabría distinguir una logística de un sapo, por mucho que me empeñara.

—No vayas a pensar que un estudio de arquitectura es un lugar donde nos dedicamos a dibujar y proyectar todo el tiempo; todo lo contrario, la mayor parte de nuestros esfuerzos los dedicamos a temas como la contabilidad, la captación de clientes y la logística. Odio la logística.

—Humm —murmuro sin definirme. Definirse es una mierda. Enseguida se dan cuenta de que no tienes ni la más remota idea de lo que se está hablando.

—Pero mejor dejamos el tema. Si no, no acabaríamos nunca.

—Nunca. Pues menuda es la logística.

Al salir a la luz del sol, suspiro feliz mientras sentimientos de venganza ocupan mis pensamientos. ¿Se puede pedir más? El cielo luce azul, claro, limpio y brillante, en perfecta simetría con mi estado de ánimo. Mi hermoso

paladín continúa a mi lado y hemos dejado el espinoso tema de la logística de lado. Suspiro de nuevo con una sonrisa boba en la cara.

—Ya sabes que estoy de vacaciones, ¿no? —Arranca y se incorpora al tráfico mañanero—. Bueno, pues a mi jefe, el señor Yamamoto, se le acaba de ocurrir la genial idea de mandarme a la otra punta del mundo y que abandone el proyecto de las cincuenta casas del prado norte.

—No hay ningún proyecto que llevar a cabo. Se ha suspendido, ¿recuerdas? Hace un giro brusco a la derecha y se mete en un aparcamiento subterráneo.

—Sí, pero él no lo sabe todavía.

—¿Por qué venimos en coche si tu oficina está a solo a cuatro manzanas de tu casa?

¿Acaso no ha oído hablar de la contaminación atmosférica?

—Así lo tenemos a mano cuando termine con lo que he venido a hacer y podremos marcharnos antes para la granja. —Sale del coche y cierra la puerta de un portazo—. ¿Sabes lo que eso significa, verdad?

Pues no tengo ni la menor idea, ¿para qué voy a mentir?

—Hombre..., ¿qué pregunta! —contesto en cambio, acelerando el paso tras él.

—Exactamente, has dado en el clavo.

—¿Acaso lo dudabas? Ja, tú dame un clavo y..., y... verás lo que hago con él. Lo mismo saco otro clavo y todo.

Me mira entre confuso y divertido.

—Sí, ya me parecía.

Algo en el tono demasiado amable de su voz me indica que mi respuesta no le termina de convencer. ¿Pero qué más se puede hacer con un clavo? A lo mejor pretende enseñarme carpintería. Eso quiere decir... Mierda, no me entero de nada. Tan solo sé que él camina con paso firme y decidido hacia el ascensor, y yo le sigo la corriente como una hoja que se deja arrastrar por un río embravecido tratando de aguantar los embates de las turbulentas aguas sin preguntarse hacia dónde se dirige, o algo así.

Subimos juntos al ascensor y no hablamos porque va lleno de gente. Bajamos en la planta cuarenta, cruzamos un enorme vestíbulo y recorreremos un amplio e iluminado pasillo que conduce hasta la sede de Kento Holding Enterprises Inc. Antes de entrar, me dirige una mirada de complicidad que yo le devuelvo encantada.

Una serie de rostros serios nos dan la bienvenida. Una señora de unos

sesenta años, con el rostro más serio y severo que los demás, vestida con un traje de chaqueta negro y el pelo recogido en un moño tirante —lo que le deja las puntiagudas orejas al aire—, nos sale al encuentro y saluda a Carlos con un apretón de manos.

—Vamos a mi despacho, Carlos —ordena con voz de mando.

—No hace falta —replica Carlos con voz airada—, lo que tengas que decirme puedes hacerlo delante de todos.

Miro de reojo al resto de los presentes, que, aunque no han abandonado sus puestos de trabajo, se les nota que han puesto la oreja y el alma en la conversación que se avecina.

—Como quieras —dice la del moño tirante cruzándose de brazos—. Se han suspendido tus vacaciones. —Le mira desafiante—. Fuerza mayor. El señor Yamamoto ha dado orden de que cojas el primer vuelo con destino a Las Vegas y te reúnas con el señor Ramsey, de Hoteles Ramsey, para hacerte con la contrata de su próximo hotel de lujo en los Grandes Lagos. Ya sabes —continúa con su perorata— que desde que tu cuñado nos dejó colgados estamos escasos de personal.

—John no os dejó colgados —replica Carlos enfadado—. Avisó con tres meses de antelación para que le buscarais un sustituto. A la que dejó colgada durante ese tiempo fue a mi hermana, que, por cierto, estaba embarazada.

—Y lo hicimos —contesta Moño Tirante con calma—. Te elegimos a ti.

Ahora me explico por qué Carlos me dijo que este último año había sido una porquería. Si yo hubiera tenido que aguantar todo ese tiempo realizando un trabajo que odio, me habría vuelto loca. Pero si únicamente aguanté tres meses dando el parte del tiempo...

—Me voy —anuncia Carlos de repente—. Me largo. Búscate a otro al que mandar de un lado para otro.

—¡No puedes hacer eso! Cuando John se marchó...

—John se marchó por la misma razón que lo voy a hacer yo —la interrumpe Carlos con calma—. Su contrato no decía que tenía que pasarse la vida comiendo y cenando con peces gordos mientras les hacía la pelota, y el mío tampoco.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclama Moño Tirante, impaciente—. Está bien, tal vez hemos abusado un poco de vosotros, pero esa no es razón para que los dos os larguéis así, sin más. Te daré el proyecto del hotel —le tienta—. Será todo tuyo si consigues el contrato.

—¿Y me aumentarás el sueldo?

—¡Ya ganas un sueldo de siete cifras!

¿Ha dicho siete cifras? Mi cerebro no para de darle vueltas a las posibles connotaciones que supone ganar un sueldo con tantos ceros. Por alguna razón desconocida, había supuesto que esos honorarios eran meramente quiméricos. ¡La madre que me parió!, me digo, eso es mucha pasta. Ya me lo veo cogiendo un vuelo a Las Vegas y dejándome a mí en la estacada.

—No lo entiendes, ¿verdad? —replica Carlos con un mohín desdeñoso—. No se trata de dinero.

No puedo evitarlo, el pecho se me hincha de orgullo.

Si no fuera tan endemoniadamente etérea, me abalanzaría sobre él y me lo comería a besos.

—¿Y qué vas a decirle a Fiyi? —contraataca Moño Tirante—. Ella espera mucho de ti.

¿Fiyi? ¿Quién narices es Fiyi?

Su rostro se convierte en una máscara indescifrable.

No hace falta que me aclare quién es Fiyi. Ya lo sé sin necesidad de que abra la boca. Fiyi debe ser su tía abuela, la desdentada, que depende íntegra y exclusivamente de los multimillonarios ingresos de Carlos para poder hacerse los implantes de toda la dentadura.

—Es una chica con una personalidad arrolladora y extremadamente brillante, que espera mucho de ti. Creo que hasta incluso está esperando que le hagas la gran proposición.

Semejante declaración descabellada desencadena una serie de cuestiones que no puedo obviar. La primera es: ¿pero qué edad tiene su tía abuela? La segunda: ¿esto que siento hacia Moño Tirante es simplemente desprecio o es odio en estado puro?

—Me pregunto cómo se tomará tu despido voluntario.

Sí, eso mismo me pregunto yo.

En el mismo momento en que Carlos abre la boca y la vuelve a cerrar sin decir palabra, y la vuelve a abrir y la vuelve a cerrar, y después me echa una mirada de disculpa y a continuación su rostro adquiere las propiedades de una estatua de granito de color gris, sé, sin necesidad de que nadie me lo diga, que va a darme la patada.

Intento tranquilizarme respirando honda y profundamente. No lo consigo. Así que, honda y profundamente enfadada, le espeto:

—¿La gran proposición? ¿Vas a casarte? ¿Tienes una novia que se llama Fiyi? ¿Vas a casarte? ¡¿Con tu maldita tía abuela?! ¡Coge el maldito teléfono ahora mismo!

Después de fulminarme con la mirada, hace lo que le he pedido.

—Disculpa, Coral. —Da unos pasos hacia un despacho y se pega el móvil a la oreja antes de entrar en él.

Veo que mantiene la vista gacha mientras repiquetea con los dedos de su mano libre sobre el escritorio, esperando.

No se me ocurre nada que decir, excepto que..., excepto que...

—¿¿Cómo has podido acostarte conmigo si tienes... novia?!

Levanta la vista tan rápido que el movimiento me recuerda al de una cobra.

—¿Qué tonterías dices? —replica con sus ojos clavados en los míos, perplejo.

—¿Acaso es cierto que no recuerdas nada de lo que ocurrió anoche?

—¿Anoche no ocurrió nada! —Frunce el ceño intentando recordar—. Anoche no ocurrió nada —repite lazándome una mirada torva.

—¿Y ahora por qué te has puesto de tan mal humor?

—Porque anoche no ocurrió nada.

—Estás tan enfadado porque te acuerdas, ¿verdad?

—Solo fue un sueño.

Dejo escapar un «Oh» ahogado, mezcla de grito y brusca decepción.

—¿Conque un sueño, eh? —Asiente ligeramente con la cabeza, con una de las comisuras de los labios hacia arriba, como una sonrisa que no termina de formarse. Una sonrisa amarga, una versión desleída de sí misma—. Vale, está bien —digo, intentando mantener la calma—. Te agradezco tu ayuda, de verdad, pero déjame darte un consejo: no se deben dejar los sueños de lado, son el sustento de nuestra alma.

Y ya no sé qué más decir. Hasta aquí ha llegado toda mi sabiduría zen. Él continúa con el móvil pegado a la oreja, sin pronunciarse en ningún sentido. Miro al otro lado de la puerta y veo que Moño Tirante se ha encerrado en un despacho, segura de su victoria: la lealtad a la empresa por encima de todo lo demás. Las obligaciones adquiridas frente a la cualidad etérea y liberadora de los deseos y los sueños, siempre tan escurridizos.

¡Joder, siempre ganan los mismos!

—Bien, gracias por todo.

—Lo siento —se disculpa con expresión sombría.

—Saluda a Fiyi de mi parte —digo, antes de dar media vuelta con intención de marcharme.

—Lo siento —repite de nuevo—. Es complicado.

Mierda. Es verdad que se queda. ¿Y ahora qué? La sangre me bulle y no porque no sepa cómo voy a volver a Hampshire. Es porque quiero hacer algo tan ilógico como pegarle y después besarle. Convencimiento a golpe de placer, como los sado.

—No es por ti —oigo que dice—. Es por todo. Yo..., yo... no puedo dejarlo todo de lado y salir corriendo en dirección contraria. Las obligaciones...

Si me llegan a dar de latigazos con el látigo de siete colas del maldito capitán pirata, no habría pegado el brinco que he pegado.

Me doy media vuelta y le hago callar con un ademán de impaciencia.

—¿Has tenido alguna vez un sueño? ¿Algo que te gustaría conseguir por encima de todas las cosas?

Se queda mirándome fijamente.

—Sí, siempre he querido crear algo de la nada. Por eso decidí ser arquitecto.

—Así que, ¿solo te sientes feliz cuando construyes edificios? —Ligero encogimiento de hombros—. ¿Y no te has parado a pensar nunca que hay otras muchas formas de crear algo maravilloso de una... casi inexistente «nada»?

—Willi, sabes que lo hubiera dejado todo por echarte una mano —contesta en cambio—. No llevo la vida que me gustaría, tanto mi trabajo como Fiyi hace tiempo que dejaron de... —Se interrumpe sin saber cómo continuar—. Una cosa es lo que queremos y otra muy distinta lo que conseguimos. Las responsabilidades...

Guardo silencio un instante antes de contestar:

—Esa no es la cuestión. —Me cruzo de brazos y frunzo el ceño. Como permanece callado, lo fulmino con la mirada—. ¿Acaso no has aprendido nada? ¿Acaso no es obvio lo que no se debe hacer?

—¿El qué?

—Conformarse con las cosas.

Me mira como si fuera tonta del haba.

Aunque sigo sin saber si Carlos y yo estamos predestinados, lo que sí tengo claro es que no puedo dejar que se conforme con menos de lo que él merece, por muy idiota que sea y por mucha novia pija con nombre de isla que tenga.

Una de las ventajas de no tener un cuerpo físico es que no pueden darme una bofetada por muy impertinente que me ponga. Y pienso ponerme muy impertinente.

Ah, y también he aprendido que la vida es corta. Demasiado corta como para desperdiciarla en fruslerías tales como un trabajo frustrante y una falsa sensación de honorabilidad hacia una persona que no te hace feliz. Y aunque todavía no sé exactamente cómo disfrutar de la vida, puesto que han intentado arrebatármela demasiado pronto —o precisamente por eso—, salta a la vista que Carlos no es feliz y que yo debo hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarle a encontrar esa paz y ese sosiego que tan habitualmente queda escondido tras una gruesa capa de conformismo, al igual que ves todo borroso cuando pillas una buena curda justo cuando más necesitas distinguir con claridad lo que te rodea.

—Voy a hablarte un rato de mis sentimientos —advierto, con aire amenazador.

—¿Cómo dices? —pregunta con una expresión parecida a la desesperación.

—Los sentimientos, Carlos, los sentimientos. Eso de lo que te niegas a hablar por mucho que piense pagarte, aunque te he dicho que ya no hago esas cosas. —Me mira desconcertado—. Ya que acabas de dejarme tirada, por lo menos me lo debes.

Asiente. Bueno, al parecer todavía tengo una oportunidad de devolverle la poca cordura que tiene.

—¿Sabes lo que sentí cuando heredé la granja? —Levanto una mano—. No contestes, se trata de una pregunta retórica. Pensé que iba a ser un aburrimiento. Una vida vacua y sin retos, pero me equivoqué. —Me aclaro la garganta mientras pienso cómo continuar con lo que pretendo decir, cómo expresar lo que siento, cómo hacer que entienda mi punto de vista—. ¿Sabes lo que se siente cuando coges un puñado de semillas y las dejas caer sobre hileras e hileras de tierra baldía para después, en unos meses, ver como empiezan a brotar ramas y hojas hasta convertirse en un..., pongamos, por ejemplo, un manzano y, tras ese agotador esfuerzo, te paseas a través de los campos, estiras una mano y te comes una de esas manzanas tan sabrosas que han nacido de tu esfuerzo y casi de la nada? —Se frota la nuca y me mira con cara de susto—. ¿Sabes qué se siente cuando coges unos cuantos cubos de leche fresca y, tras un proceso de elaboración que ahora mismo no sabría explicarte porque mis escasos conocimientos todavía no me lo permiten,

consigues elaborar un queso tan exquisito que hasta el paladar más refinado se deleitaría al degustarlo? —Me acerco a él y lo miro con una amplia sonrisa—. Es toda una aventura. La mayor que puedas imaginar. Creas vida donde no la hay y los resultados son asombrosos. ¿Sabes lo que se siente cuando sales a dar una vuelta por las tierras y ves todo lo que has conseguido con tu esfuerzo? ¿Sabes lo que se siente cuando las asquerosas patas de un ternero aparecen por la no menos asquerosa vagina de su madre vaca envueltas en una especie de tela resbaladiza y sanguinolenta? Efectivamente, da asco, pero después los terneros se levantan sobre sus inestables patas llenos de vida y eso es un prodigio de la naturaleza. ¿Y cómo, de un simple cascarón, aparecen de pronto un montón de polluelos? ¿Cómo los tiernos brotes se abren paso a través de la tierra húmeda y quebradiza y se alzan orgullosos hacia el cielo en busca de la calidez del sol? Yo te diré lo que se siente: el corazón te revienta de orgullo y la piel se te eriza con la sublime intoxicación de saberte parte de algo grande. —Tomo aire y yo misma me asombro de lo contundentes y convincentes que pueden llegar a ser mis argumentos—. Construir un edificio está bien, pero conseguir que un enorme campo de cerezos florezca y dé frutos es la mayor aventura que te puedas imaginar. Es mágico, como el amor —susurro en voz tan baja que no creo que me haya oído—. Tú no serías feliz dedicándote a asistir a reuniones con peces gordos, hartándote de comidas y cenas de trabajo. Tú posees un espíritu aventurero; lo sé, lo he visto, he visto cómo eres en tus sueños. —Y añado precipitadamente al reparar en que, a medida que voy exponiendo razones, yo misma me voy exaltando y me siento de lo más audaz. Es como si el espíritu de mi antepasado (el cultivador de arroz taiwanés) hubiera poseído mi mente y los conceptos de libertad y transgresión hubieran tomado forma a través de mi torrente sanguíneo—. No serías feliz con una mujer que pretende que lleves ese tipo de vida tan solo para poder..., para poder llevar una vida de..., de apariencias insustanciales. —Y al final remato mi perorata con un categórico e irrefutable argumento—: Si no te gusta el camino que has elegido, en lo que te has convertido, toma otro y síguelo.

Se supone que ahora tiene que darme la razón y disculparse por no haberme dicho que tenía novia antes de pegarnos el revolcón del siglo, y también se supone que ahora debería dejar un trabajo que no le satisface porque mis doctas enseñanzas le han llegado a lo más profundo de su alma. Y tampoco sería descabellado pensar que, aprovechando la coyuntura, soltara unas cuantas disculpas muy sentidas y dijera que aquí no ha pasado nada y que por

supuesto que va a seguir siendo mi paladín. ¿Y Fiyi?, ¿quién es Fiyi?

Y tal cual estoy pensando en cuestiones tan profundas, siento que la garganta se me cierra y me cuesta respirar. El latigazo de dolor en la base del cráneo es tan fuerte que temo perder el conocimiento. Aprieto con fuerza los dientes y lucho contra el dolor mientras me aferro a la esperanza. Y aunque me da la impresión de que el suelo se me acerca a velocidad de vértigo, intento por todos los medios aguantar antes de darme el trompazo y arañarle unos cuantos minutos a la inconsciencia para que Carlos se aclare las ideas. Ideas bastante enmarañadas por lo que parece. Y debe ser medio sordo, porque no da muestras de haber escuchado ni una palabra de lo que acabo de decir. Y parece ser que ya ha tomado una decisión y, por la cara de circunstancias que pone, mucho me temo que no es la correcta. Una dolorosa decepción se apodera de mí.

—Te echaré de menos —me despido con la derrota grabada en el rostro. Y al decir estas palabras, sé con una certeza súbita y abrumadora que son ciertas: le voy a echar mucho de menos.

Mientras él sigue mirándome fijamente, visiblemente desconcertado, y yo intentando determinar hasta qué punto me he equivocado con él y si todo lo que hemos pasado, sentido juntos, ha sido un engaño de mi memoria, poco a poco el dolor de cabeza desaparece y noto cómo mi espíritu se desvanece en el aire. Humo, me estoy convirtiendo en humo.

Después de todas las penurias por las que he pasado...

Después del rollo tan precioso que le he soltado...

Después de casi tener la solución al alcance de la mano...

Después de la noche de sexo tan fantástica que me ha brindado...

Mierda. Me niego en rotundo a desaparecer.

—¡Willi! ¡¿Willi, qué te ocurre?! —Escucho la voz angustiada de Carlos antes de caer de nuevo en la brumosa y blanca luminosidad.

Tengo que averiguar qué ha pasado cuanto antes. La vista se me va involuntariamente hacia abajo y la aparto a toda prisa. Vuelvo a estar en el aire, en la blanca luminosidad. Me pregunto hasta qué punto se le puede atribuir a Carlos, y al soponco que me ha dado cuando se ha negado a seguir ayudándome, mi nueva ubicación.

Sin atreverme a moverme y con un silencio sepulcral rodeándome, también me pregunto qué irá a pasar ahora. Parpadeo confusa e intento idear un plan. Un plan magistral que consiga devolverme adonde pertenezco, o sea, la Tierra.

Me concentro en la blanca bruma, en la ausencia de sonidos, en la sensación de calidez del entorno y en mi propia y agitada respiración. Me muerdo el labio inferior mientras pienso en cómo salir de este atolladero. Tambaleante, doy unos cuantos pasos indecisos al frente maldiciéndome a mí misma por mi cobardía. Al cabo de medio segundo, opto por volver a mi posición inicial. Si empiezo a caminar sin rumbo fijo y termino perdiéndome entre tanta bruma, me fastidiaría bastante. Y, además, ¿quién me dice que no terminaré en uno de esos siete círculos con los que Dante atormentaba al pobre Virgilio?

Sonrío al imaginarme en el círculo de la lujuria. Me tendrían dando vueltas toda la eternidad, y me lo tendría bien merecido.

Sin abandonar la sonrisita socarrona, me doy cuenta de que es impensable que yo pueda permanecer en este sitio perdido de la mano de Dios ni un segundo más. Con el ceño fruncido, barajo una serie de acciones de alto riesgo que enseguida se concentran en..., en..., en varias opciones que continúan danzando por mi cabeza sin orden ni concierto. Primero van en una dirección y luego giran en sentido contrario, saltan, se arremolinan, luego chocan entre sí y se vuelven a desperdigar. Por más que lo intento, no terminan de cristalizar en una buena idea.

Conforme pasa el tiempo, me doy cuenta de que tengo que hacer algo. Lo que sea. Y lo que sea es ponerme a palpar alrededor en busca de algo que me

indique el camino a seguir, mientras siento una extraña y dolorosa afinidad con los topos ciegos.

Por extraño que pueda parecerme, ese ha sido el detonante que me anima a entrar en acción: puede que haya perdido la capacidad de la visión y puede que mis piernas se nieguen a moverse, pero el habla..., el habla es otra cosa y, teniendo en cuenta que es el único recurso del que puedo echar mano, opto por hacer uso de él.

—Holaaaa. Holaaaa. ¿Hay alguien? —pregunto con miedo a la respuesta que pueda recibir. Aquí no parece haber nadie. Elevo un poco la voz, esto es muy grande y a saber dónde estarán los que tienen que atenderme—. ¿HAY ALGUIEN POR AHÍÍÍÍ? —Callo y escucho. Nada—. HOOOOLAAAAA. ¿HAY ALGUIEEEEENNNN?

Permanezco a la escucha, observando en todas direcciones con curiosidad y algo de inquietud, maldiciendo por la cantidad de ideas luminosas que seguramente se me ocurrirían si no estuviese tan nerviosa, cuando de repente percibo un movimiento que proviene de mi derecha, al otro lado de la espesa neblina. Sea quien sea, va haciendo un sonido susurrante, natural, como de arrastrar los pies. Un sonido que he oído mil veces y que, sin embargo, me parece totalmente diferente. Debe de ser cosa de la acústica, que distorsiona los sonidos más ordinarios.

Al fijar la vista en el punto de donde procede el inquietante arrastrar de pies, veo una imagen que se me va a quedar grabada en la retina para toda la eternidad desde el mismo instante en que una figura va tomando forma: un tipo grande camina deslizándose por el inestable firme. Debe de medir sus buenos dos metros de altura, la negra mata de pelo, brillante y ligeramente alborotada, le llega a la altura de las clavículas; lleva el torso al descubierto y va vestido únicamente con unos pantalones vaqueros; y lo más llamativo de todo es que va arrastrando unas enormes alas de color blanco iridiscente y efecto majestuoso, entre las cuales asoma de manera amenazante la empuñadura de una espada. Las luce con comodidad y prepotencia, y cuando quiero darme cuenta ya se ha plantado delante de mí.

Es tan terrorífico que no lo puedo describir con palabras. Tan bello que no parece humano. «Es que no es humano, Willi», me recuerdo a mí misma.

Si bien tengo que elevar la vista para poder mirarle a la cara, por un extraño efecto de la cacofonía y el emplazamiento del lugar, no tengo que elevar la voz ni parece que vaya a sufrir de un esguince cervical a corto plazo.

—Buenos días..., eh..., señor... ¿Ángel?

Con una voz grave y malhumorada que me deja clavada en el suelo, sin posibilidad de encontrar la mía porque ha debido desaparecer al mismo tiempo que mis agallas, me lanza una mirada extrañamente risueña antes — estoy convencida—, de partirme por la mitad con el espadón que pasea por ahí tan alegremente.

—¿Quién eres y por qué armas tanto escándalo? ¿No sabes dónde te encuentras?

—Precisamente de ese tema quería hablarle yo —digo, preguntándome cómo habré recuperado la voz. Eleva una ceja inquisitiva—. Ha habido una confusión. Yo no debería estar aquí —alego, consciente de lo trillada que suena mi petición.

Una media sonrisa sarcástica se une a la ceja inquisitiva.

—¿Y eso?

—Me encuentro en medio de una investigación importantísima. Se ha cometido una injusticia y..., y... estoy tratando de enmendarla. —Ya voy cogiendo seguridad.

—¿Y con quién se ha cometido semejante acto cruel? —pregunta con un deje de reproche.

—Hummm, conmigo —contesto, mientras sigo siendo consciente de lo trillada que suena mi respuesta.

—¿Sabes cuántas veces he tenido que oír eso? —Sus ojos color avellana se achican.

—¿Demasiadas?

—Exacto —dice antes de hacer amago de dar media vuelta y dejarme aquí, plantada como una lechuguina.

Impresionada por cómo despliega las formidables alas en toda su magnificencia, dispuesto a emprender el vuelo, lo que no es bueno para mi concentración, intento con todas mis fuerzas hacer memoria sobre todo cuanto he leído sobre ángeles y tratados celestiales. Nunca se sabe cuándo se va a necesitar echar mano de ello.

Oh, mierda, ¡maldita memoria a largo plazo!

—¿No puedes largarte así sin más! —Me tiembla todo el cuerpo—. ¡Tienes que escucharme!

Da un giro de ciento ochenta grados y su melena azabache se balancea hacia la derecha antes de caer de nuevo con suavidad sobre sus hombros. Por un

loco instante, pienso que este debe gastar el mismo acondicionador que Tommi.

—¿Qué has dicho? —Su voz suena profunda, oscura y amenazante.

¿En qué momento se me ocurrió pensar que los ángeles eran seres afables, rubios, de redondeados mofletes y sonrisa bondadosa y perenne?

—Que..., que... —Creo que estoy empezando a hiperventilar—. Que desde los albores... —¿En serio he dicho «albores»?—... Desde, desde los albores de la raza primigenia, es una verdad incontrovertible que los seres creados a imagen y semejanza de su Creador deben, deben... —Las palabras casi olvidadas que leí tanto tiempo atrás se abren paso en mi memoria con la inestabilidad de los primeros pasos de un niño—... Deben mantener una actitud consciente que traerá la verdad verdadera a través de una actitud abierta y benevolente, tal y como es la intención divina. Y... Y si se nos negase el derecho a expresar nuestros sentimientos libremente, en detrimento de la búsqueda de la verdad y, por ello, incurriéramos en el error de entorpecer el flujo constante de sabiduría y armonía, lo cual supondría como cerrar una puerta a nuestra paz interior..., eh..., interfiriendo de manera constante, aunque no fuera de manera deliberada..., se podrá reclamar...

—¡Ya basta! —No lo dice en voz alta, pero ha sido como si hubiese gritado—. ¿Qué eres, abogada?

¡Pero qué perra ha cogido todo el mundo con ese tema!

—¡No, Dios me libre! Huy, perdón, ha sido sin querer —me excuso con una risita trémula.

—No menciones Su Nombre en vano —me corrige irritado.

—¡Ay, Dios mío, lo siento!

—¿Sabes qué te ocurrirá como vuelvas a hacer eso en mi presencia?

—¡Oh!, por el amor de Dios, ¿no sabes reconocer cuando alguien está nervioso?

—¡Lo has vuelto a hacer! —gruñe ceñudo.

—¡Jesús bendito! Me estás asustando de veras. —¿Pero qué me pasa que no puedo parar de mentarle?—. Disculpa, lo siento, no es mi intención ser irrespetuosa. Deben de ser los nervios, ¿sabes? No tengo costumbre de hablar de tú a tú con un..., con un... ser tan..., tan celestial. Y no, no soy abogada, en realidad soy granjera. —Y luego añado, súbitamente envalentonada—: Trabajo en el caso de la gallina ponedora. —Reprimo un escalofrío al ver la mirada furibunda que me lanza—. Trabajo junto a Thomas Barlow. Tal vez le

conozcas. Estuvo por aquí hace unos doscientos años y está a las órdenes de...
—Apunto con un dedo hacia arriba—... Ya sabes.

—¿Tú eres la última buena obra de Tommi? —Se cruza de brazos y me mira con gesto de incredulidad.

—Sí, sí, esa soy yo —digo, absurdamente orgullosa—. Willi Nelson a su disposición, señor, eh..., señor...

—Soy el arcángel Zadquiel. —Me sonrío de nuevo con esa sonrisa torcida—. Pero también me llaman Sachiél, Zachariél, Zidiquiel... Soy el arcángel de la justicia, la benevolencia, la memoria, la misericordia, el perdón y la compasión.

Por un momento, estoy tan anonadada que no sé qué contestarle.

—Ah, sí, qué tonta, se nota que va exudando benevolencia por todos los poros de su piel... —Me vuelve a mirar mal—. Encantada, señor..., señor de la memoria. Gracias por concederme un don tanpreciado —digo, rehuyendo su mirada. Tal vez me ha salido con un poco de sarcasmo—. Aunque he de decir que en mi infancia me acarreó más de un problema.

—Y hoy va a sacarte de otro.

—¿En serio? —El alivio hace que me tiemblen las piernas.

—No en vano represento la benevolencia y la justicia. —Agita las celestiales alas con humilde arrogancia—. ¿Adónde quieres regresar?

—A mi hogar —digo sin dudar ni un segundo.

—A Nueva York, entonces.

—¡No! ¡No! A mi granja, en Hampshire.

El incomparable y divino arcángel con vaqueros se inclina hacia delante, me mira fijamente y después posa su mano sobre mi corazón.

—Pobre Tommi. —Su voz y su sonrisa rezuman un travieso pesar—. La que le ha caído encima. Eres peor que un grano en el culo. —Echa la cabeza hacia atrás y estalla en carcajadas.

—No es mi intención corregirle, pero habrá querido decir que soy como un ligero sarpullido o algo así, ¿no?

—Sé con luminosa claridad lo que he querido decir.

—Claro, estoy de acuerdo.

No es cierto, no lo estoy, yo no soy como un grano en el culo.

—Conque el caso de la gallina ponedora, ¿eh? Adiós, Willi Nelson —se despide de repente—, dile a Tommi que estaré esperándole, o no.

Decididamente, el arcángel Sachiel es un hombre de palabra. ¿Pero qué otra cosa se puede esperar de un ángel? Si ellos no tienen palabra, no sé quién va a tenerla. Porque, para mi sorpresa, me encuentro en el camino que conduce a la puerta principal de Cedar Farm. Estoy tan contenta que lo único que se me ocurre decir es lo mismo que diría cualquier anciana una noche de sábado: «¡Bingo!».

Fijo la vista en la cocina y en las volutas de humo que salen por la chimenea. Sin dejarme atrapar por los suaves sonidos del viento entre el ramaje de los árboles, ni por el hipnótico y constante trino de los pájaros, ni siquiera por el enorme cerdo que se pasea libremente por todo el jardín, empiezo a correr en esa dirección a través de un mar de rojas azaleas y en unos segundos atravieso la pared de ladrillos y me encuentro junto a Mooni. Me quedo mirándola embobada y con el corazón acelerado. Parece que hace un siglo que me marché y no solo un día. Ahora sí que estoy en casa. Es Mooni, mi Mooni, redonda, cálida, acogedora y brillante.

Sin saber muy bien si me estoy refiriendo a ella o a la luna, reprimo el impulso de darle un abrazo.

—Mooni —susurro con voz ronca por la emoción—. Mooni, he vuelto.

Mooni se gira sorprendida, me mira y sus ojos adquieren un brillo especial. Después se cubre la cara con las manos, ahoga, sin conseguirlo del todo, uno de esos gritos capaces de arrancar de cuajo todo un bosque y, sin previo aviso, se lanza sobre mí y observo maravillada que va directa a estrellarse contra la nevera.

—¡Willi! —Se gira y endereza el rumbo con una rapidez asombrosa, lo que me vuelve a dejar con una sensación de frustración de difícil definición. ¿Cómo puede ser tan ágil? Como si hubiese leído mis pensamientos, dice—: Mucha gimnasia rítmica en mis años mozos.

—Ahhh. Se nota.

Se acerca a mí y me mira con expresión arrobada.

—Willi, osito... —reprime un sollozo—, nos has dado un susto de muerte. Menos mal que Lolita te salvó.

¿De qué habla? ¿Tiene esto algo que ver con mi repentina desaparición de hace...? ¿Cuánto tiempo he estado desaparecida?

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —pregunto con interés.

Alza la vista al cielo y dirige una plegaria de agradecimiento.

—Ha sido Margaret. Ha intentado acabar contigo...

—Cuéntame algo que no sepa —la interrumpo.

—Pretendía estrangularte...

—Vale, ahí me has pillado, eso no lo sabía.

Desconcertada, imagino a la loca de Margaret rodeándome el cuello, pasándoselo en grande mientras apretaba.

—Nos ha estado vigilando, ¿sabes? Ha descubierto nuestro escondite... y, antes de poder darnos cuenta, ha noqueado con el jarrón chino a la pobre Teresa y... —suelta otra vez esa especie de ruido desagradable parecido al que haría un león malherido—, y te estaba estrangulando, Willi, ¡con sus propias manos! —Baja la vista hasta sus propias manos, que tiemblan de manera elocuente, antes de continuar con el relato de mi casi estrangulamiento.

—¿Quieres que te prepare un whisky? —me ofrezco sin pensar, intentando calmarla como sea. Yo, por el contrario y contra todo pronóstico, no estoy nerviosa, más bien intrigada.

—Un té sería más de agradecer —contesta, sorbiéndose la nariz.

—Pensaba que los ingleses le pegabais al whisky en momentos de tensión.

Me levanto dispuesta a hacer lo imposible por llenar la tetera de agua.

—Esos son los escoceses.

—Ah. —Me vuelvo hacia la encimera. Si tan solo pudiera sujetar la escurridiza asa de la tetera...—. ¿Y una cervecita? ¿Qué te parece tomarte una cervecita fresquita? O caliente, da igual. —Tal vez, con un poco de suerte, pueda abrir la puerta de la nevera y hacerme con un botellín pequeño, uno que no pese mucho—. A los ingleses también os gusta mucho la cerveza. Es un relajante natural, cebada fermentada; más sana imposible.

—Esos son los irlandeses. Dios sabe que un buen irlandés sabe apreciar la cerveza y una buena homilía como nadie.

—Ah, vale, entonces... mucho me temo que vuestra bebida nacional te la vas a tener que preparar tú misma. No consigo sujetar la maldita tetera... por mucho que me esfuerce... —reconozco frustrada.

—Por supuesto, ¡qué tonta! —Da un brinco y se acerca hasta el fregadero, llena la tetera de agua y la pone a calentar—. Bueno... —suspira profundamente—, pues como te decía, si no llega a ser por Lolita, Margaret hubiese acabado con tu vida hace... —mira la hora en el reloj que cuelga de la pared— unas cinco horas.

¿La lerdá de mi hermana me ha salvado? ¿He estado con Sachiel cinco

horas? ¿Es que acaso me ha drogado? Tras pensarlo un segundo, deduzco rápidamente que los conceptos espacio y tiempo deben de ser muy relativos dependiendo del lado en el que te encuentres.

Vaya, todo un año sin hablarnos y de repente va Lolita y aparece para salvarme la vida. Si bien es cierto que cada vez que abre la boca es para insultarme o hacerme de menos, no es menos cierto que debo darle las gracias muy efusivamente en cuanto consiga despertarme; y después, tal vez le pida disculpas por quedarme con su marido. Porque lo que está claro como el cristal es que Carlos ha pasado a mejor vida en cuanto a mis sentimientos se refiere. Menudo conformista ha resultado ser. No pienso volver a escuchar su nombre nunca.

—Por cierto, ¿dónde está Carlos? —No pienso volver a escuchar su nombre después de esta vez—. Ay, este Carlos, tan atento y tan guapo. —En cuanto le aclare a Mooni la clase de tipo que es, no volveré a escuchar su nombre—. Menos mal que vino el amigo policía de CARLOS y pudo detener a Margaret mientras tu hermana te hacía el boca a boca.

Eso sí que no me lo esperaba: ¿mi hermana me ha hecho el boca a boca?

Qué asco.

—Se presentó aquí a primera hora de la mañana, diciendo que CARLOS le insistió mucho anoche con que viniera a echar un vistazo. Si no llega a ser por CARLOS...

—Bueno, ya vale, ¿no?, que parece que has desayunado Car... —Me callo, enfadada—. Cuéntame qué ha pasado, paso por paso, y deja de mencionar a Car... a ese.

—Vale. —Se sirve el té en una taza de fondo blanco con el típico estampado floral en azul—. Margaret ha estado escondida en casa los tres últimos días. —Me entra un sudor frío y tengo que sentarme—. No es que viniera por aquí, es que ya estaba aquí —sentencia con un deje de dureza en la voz—. Hasta que descubrió el cuchitril, perdón, tu habitación, y esta mañana, después de dar unos golpecitos en la puerta y hacer salir a Teresa, le atizó con el jarrón en la cabeza.

—¡Jesús! Qué barbaridad —exclamo antes de poder reprimirme—. Ay, perdón, Sachiel.

—Una vez con Teresa fuera de combate, se adentró en la habitación y cerró la puerta con a saber qué intenciones malévolas... —Le dirijo una mirada al estilo arcángel en sus mejores momentos, una mezcla de arrogancia y clara

superioridad, dándole a entender que aligere, que no tenemos todo día—. Menos mal —continúa sin hacer caso de mis cejas elevadas y mi sonrisa torcida— que a tu hermana se le ocurrió pasar a saludarte y darte los buenos días, porque cuando entró, Margaret te apretaba el cuello con todas sus fuerzas y tú ya estabas de un color bastante poco saludable. Te diré más, tenías un tono mortecino muy poco recomendable.

—¿Y qué ocurrió? —pregunto con curiosidad.

—Me ceñiré a lo más básico y dejaré para más adelante esos pequeños y escabrosos detalles, que incorporan a la conversación vocablos como asfixia, cerúleo y amortajar.

—Por mí, perfecto —conuerdo. El vocablo amortajar no me entusiasma.

—Pues bien, Lolita la sujetó con fuerza por el pelo. Le arreó un guantazo por la derecha. Después, otro por la izquierda. Margaret se revolvió como la serpiente que es y salió corriendo como alma que lleva el diablo y, al hacerlo, tropezó con el amigo policía de Carlos, que pudo detenerla justo un segundo antes de que se estampara contra la cristallera del salón...

—¿Ha muerto degollada por un cristal?

—No, desgraciadamente no. —Chasqueo la lengua con pesar—. Pero el policía no pudo evitar que se desplomara sobre la mesita de cristal que hay junto al ventanal, presa de un súbito ataque de pánico. Se cortó en un brazo y chillaba como un cerdo el día de la matanza. —Compongo una mueca de asco. No es necesario que sea tan gráfica—. Ahora se encuentra detenida por intento de homicidio. Tiene conmoción cerebral, un par de costillas cascadas y han tenido que darle treinta puntos en el brazo. —Asiente satisfecha con la cabeza mientras se termina su té con cara de no haber roto un plato—. No creo que salga en una buena temporada.

Intento que esa noticia no me afecte más de lo que lo haría si la escuchara en un telediario y se refiriera a un desconocido, pero me resulta imposible. Lo siento por Margaret. En cualquier caso, yo no puedo hacer nada. Ella solita se lo ha buscado.

—Y mientras tanto, ¿Lolita se dedicaba a reanimarme?

La angustia y el dolor se reflejan en sus ojos antes de contestar.

—Sí, haciéndote el boca a boca.

—¿Y ahora dónde está?

—No podría asegurártelo, pero la última vez que la vi estaba dándose enjuagues bucales con el whisky del bueno. No hacía más que decir que

porque no se paró a pensar, que si no de qué iba ella a meterte la lengua hasta el paladar. —Por un breve instante le tiembla la voz, aguantando la risa—. Ya va por la segunda botella. Yo creo que, además del enjuague bucal, está aprovechando para cogerse una buena cogorza.

—Seguro. —Asiento con una sonrisa—. Si no fuera así, no sería mi hermana.

—Siéntate, Willi, y cuéntame cómo ha ido todo —me apremia con la alegría reflejada en el rostro.

Hago lo que me ha pedido mientras reflexiono sobre lo que acabo de escuchar: Margaret ha vuelto a intentarlo y Lolita, mi atolondrada Lolita, me ha salvado el pellejo.

Todo esto plantea una sola cuestión: ¿qué hubiera sido de mí sin todas esas personas que me rodean, que me aman y se preocupan por mi seguridad y mi bienestar? ¿Sin todos estos héroes anónimos y cotidianos?

No sé qué pensarán ellos de mí, pero todavía me cuesta creer que la primera vez que vi a mi querida y heroica Mooni me pareciera una mujer sosa. ¿Acaso un rayo de sol puede ser soso? ¿Acaso la luna y su reflejo en el mar pueden pasar inadvertidos? ¿Acaso la inmensa bondad que desprende puede pasarse por alto? Quizá los demás no capten tanta belleza, pero yo sí lo hago. Con razón el tío Philip cayó rendido a sus pies, por muy pequeños y rechonchos que sean.

—Aún no me has dicho dónde está Carlos. —Parece que acaba de reparar de nuevo en su ausencia—. ¿No ha vuelto contigo?

—Verás, Mooni —digo, tamborileando con los dedos sobre la mesa—, resulta que a...

—¿Qué le has hecho? —me interrumpe la vieja gruñona de siempre, una vez recuperada de la repentina alegría por mi regreso.

—¡Se ha rajado! —respondo entre ofendida y dolida—. El muy cobarde se ha rajado, ¿sabes? Y encima va a casarse. ¿Tú lo sabías? ¿Sabías que tiene una novia que es un callo malayo?

—¿La has conocido? —pregunta con cara de asombro.

—No exactamente.

—Y entonces..., ¿cómo sabes qué aspecto tiene?

Hago un gesto de suficiencia.

—Durante la conversación salieron a relucir un par de veces expresiones del tipo «personalidad arrolladora» y «mente superior», o algo así. Y ya sabes

el mensaje subliminal de este tipo de expresiones, ¿no?

—Pues no.

—Pues que es un adefesio —declaro con profunda convicción—. Es pura lógica. —Giro la mano y estudio mis uñas con detenimiento.

—Si tú lo dices... —responde, cautelosa.

—Lo digo —confirmo abstraída, mientras intento determinar si seguir hablando o no. Tras pensarlo, añado—: Además, se va a conformar con un trabajo que odia. Y todo por ella. Y creo que se van a casar en Las Vegas. Y va a tener niños con una mujer con nombre de isla tropical... ¡Se puede ser más pijo!

Mooni se inclina hacia adelante y me escruta, entrecierra los ojos y suelta un resoplido.

—Dime ahora mismo qué le has hecho a ese buen hombre. —Me examina durante unos segundos sin decir nada—. ¿No te habrás metido de nuevo en sus sueños, verdad?

—No sé de qué me hablas. —Me encojo de hombros con indiferencia—. Y... aunque lo hubiese hecho...

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no podías estarte quietecita! ¿Qué hiciste?

¡Maldición! Lo sabía. Sabía que tras esa cara de pavisosa que tiene esconde la tenacidad de un chucho callejero que acaba de tropezar con la pierna de un cartero. Tengo que librarme de sus inoportunas preguntas a toda costa, so pena de que pretenda que me eche a llorar aquí mismo. Lo cual sería el súmmum del despropósito, puesto que yo no puedo soltar ni una lágrima.

—Querida Mooni —me dispongo a dejarle claro que nada más lejos de mi intención que hablarle del tema en cuestión—, te agradecería mucho...

—Ahora —exige con severidad de abuela.

—Mooni —protesto—, no puedes pedirme que te cuente temas íntimos y personales.

—¿Cómo de íntimos?

—Ehhhh... Mucho.

Me doy por vencida y le cuento mi interludio amoroso con el pirata de marras. Le echo un vistazo de soslayo; a veces sus reacciones no son todo lo amables que cabría suponer en una matrona regordeta y con cara de bonachona.

—¿De verdad te levantó una pierna sujetándote por debajo de la rodilla? —pregunta tras una pausa de reflexión.

Asiento, orgullosa y aliviada.

—¿Y dices que la rodilla te tocaba la oreja?

Asiento, no tan orgullosa, pero muy satisfecha.

—Pero... si tú eres torpe. Una nulidad para el ejercicio físico.

—Perdona —replico ofendida—, pero yo me apunto todos los años a la maratón solidaria.

—Ya, ¿pero la corres?

—¿Tú estás loca o qué? —Más ofendida todavía.

Me dedica una sonrisa comprensiva.

—¿De verdad se colocó detrás de ti y te hizo eso? —Asentimiento, acompañado de una ligera alteración del ritmo cardíaco—. ¿De verdad repitió tres veces y volvió a levantarte las piernas mientras el barco se balanceaba? —¿Pero qué le pasa con tanta insistencia?—. ¿Y es cierto que después no recordaba nada? —Asiento de nuevo—. Willi... —suspira con pesar—, ¿qué te dijo Tommi de meterte en sueños ajenos?

—Que no lo hiciera —refunfuño. Dispuesta a aguantar el rapapolvo, enderezo la espalda como un buen soldado a punto de ser degradado a simple civil, y espero. Y espero. Y espero. Y, por fin, me canso de tanto esperar—. ¿No vas a decir nada?

—Podrías haber provocado un caos absoluto —susurra nerviosa—. Mira si no lo que le ocurrió a Tommi... —¿Pero de qué está hablando? ¿Qué caos ni qué niño muerto?—. No quiero ni pararme a pensar en el desastre que podrías haber ocasionado... —Eso no hay quien se lo crea. Yo no tenía intención de inducir a nadie al suicidio—. Tal vez no hubiesen sido tan benevolentes contigo como con Tommi... —Por el amor de Dios, que yo solo pretendía hacer una entrevista y..., y bueno, lo que surgiera después—. Las llamas eternas consumiendo tu cuerpo... —No creo que haga falta ponerse tan fatalista—. Semejante manipulación por tu parte podría...

—Bueno, ya te vale, ¿no? —la corto, harta ya de tantos malos augurios—. Me estás poniendo de los nervios. ¡Madre mía, cómo te estás poniendo por un poco de sexo!

—AHHHH, pero es que no fue un poco. ¿De verdad te levantó la pierna por encima de su hombro? ¡Qué hombre! —Agita la cabeza, impresionada—. La verdad, Willi, es que un volcán en erupción es como un hormiguero a tu lado.

No creo que haga falta comportarse como si fuera en fin del mundo, después de todo ella se tiraba a mi tío. Tampoco considero necesario quedarme aquí

sentada escuchando sus reproches. Porque, aparte de su irracional lealtad hacia Carlos, que, por cierto, me parece fuera de lugar aunque tenga un poco de razón —he de reconocer, mal que me pese, que sin su ayuda nunca hubiéramos destapado la trama de corrupción a una velocidad vertiginosa y Margaret no hubiese sido detenida—, todavía no se ha molestado en conocer mi versión de los hechos.

¿A que todavía me largo al jardín sin que se dé cuenta y la dejo mordiéndose las uñas hasta el hueso de tan preocupada que se va a quedar pensando que he vuelto a desaparecer? Eso la distraería y dejaría de darle tanta importancia al tema que tanto la inquieta. Así sabría quién manda aquí. No tiene ningún derecho a exigirme explicaciones, ninguno en absoluto.

Me levanto con pasmosa lentitud y me giro contrayendo el gesto hacia la puerta del porche trasero.

—Siéntate, ¿adónde crees que vas?

—A tomar un poco el aire —respondo como si tal cosa.

—A mí no me la das tan fácilmente. Siéntate y cuéntame qué pasó anoche y esta mañana.

Desanimada, vuelvo a sentarme.

Se impone un silencio ensordecedor.

Esa parece ser su nueva táctica para hacerme hablar. Y funciona.

—Anoche me aburría y me metí en sus sueños con la intención de hacerle una entrevista para *The New York Times*.

—Está bien, ya entiendo —dice con cara de no entender nada—. Es evidente que lo de la entrevista se te escapó de las manos.

—Algo así.

—Tomarías precauciones, ¿no?

Pobre Mooni, tanta tensión le está pasando factura.

—Soy un fantasma —le recuerdo sin mucha delicadeza.

Una sonrisa torcida se dibuja en su redondo rostro.

—Qué pena, unos niños preciosos que nunca llegarán a ver la luz del sol. — Ahogo un grito y bajo la vista hasta mi barriga—. Bueno, si va a casarse con otra..., no podemos hacer nada al respecto. —Agita la cabeza de un lado a otro—. Una pena, una verdadera pena. Por un momento pensé... —Se encoge de hombros y le da un buen sorbo a su taza de té—. En fin, lo importante es que él sea feliz, aunque sea con otra. A veces, debemos hacer sacrificios.

Me rebelo contra esa idea. Con todas mis fuerzas. Yo no quiero hacer

ningún sacrificio. No estoy hecha de esa pasta. De la pasta de las que hacen sacrificios en aras de la felicidad de otros, quiero decir. Lo único que puedo hacer es callar y conformarme con su decisión. Anda que si por mí fuera...

Cuento mentalmente hasta diez antes de empezar a despotricar contra lo injusta que es la vida con el mundo en general y conmigo en particular.

—Aunque pesándolo bien... —Mooni continúa hablando sola—, creo que deberías volver a Londres y... esta noche —carraspea incómoda— podrías intentar hacerle otra entrevista. Tal vez no sea tan mala idea después de todo... Siempre y cuando, claro, no te confundas y termines metiéndote en los sueños de algún perturbado con ganas de lanzar misiles nucleares a troche y moche... Eso podría desencadenar la destrucción total del mundo que conocemos... El Apocalipsis... Qué sé yo, igual te sale bien y cambia de parecer y todo.

—Igual.

No sé por qué tenía la impresión de que Mooni estaba totalmente en contra de entrometerse en las vidas ajenas. Y no solo por el sobrecogedor tema del Apocalipsis. Entrometerse en vidas ajenas nunca acarrea nada bueno. Te puedes llevar la sorpresa del siglo. Y si no, que me lo digan a mí.

—Verás, Mooni, aparte del fiasco de la noche pasada, una vez, cuando mi carácter transgresor estaba en vías de formación, convencí a mi padre para que se dejara barba y se pusiese vaqueros. Porque, y a pesar de ser un aventurero en toda regla, cuando iba en pos de algún orangután perdido en medio de alguna selva olvidada siempre vestía con *chinos* y camisas holgadas, nunca con vaqueros. «Te darán ese aire informal y bohemio que todo profesor universitario debería transmitir», le animé, segura de lo que decía. «No sé, estoy acostumbrado a llevar trajes cuando doy clases. ¿Estás segura de que no seré el hazmerreír del campus?». «Segurísima», le contestaba yo. Pues bien, el día que le vi aparecer con barba de tres días (lo que le daba un aspecto similar al de un recluso en vías de ingreso inmediato en un centro penitenciario) y embutido en unos vaqueros azul oscuro, con la raya planchada al milímetro y que le llegaban a la altura de los tobillos porque mi madre le había cogido mal los bajos, casi me caigo de culo del susto. «¿Qué tal?», preguntó ilusionado y bastante inseguro. Y bien, ¿qué podía decirle después de lo que me había costado convencerle? «Será mejor que te afeites y te pongas el traje azul, papá», dije, sintiéndome tremendamente culpable por haber condenado a mi padre a una vida de ostracismo entre sus compañeros del campus. Profesores que hasta ese fatídico día le habían admirado y respetado.

Al final no me quedó más remedio que mentir: «No creo que a mamá le haga mucha gracia que vayas por ahí rompiendo corazones; le dolería ver cómo otras mujeres te comen con los ojos». No pienso insistir para que Carlos cambie. A veces, el remedio es peor que la enfermedad.

—Entiendo.

—No, no entiendes —la corrijo—. Estaba horroroso, a un paso de perder su credibilidad.

—No me refería a eso, pero... ¿tan mal estaba?

—Peor.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —Lanza un profundo suspiro de pesar—. Necesitas a alguien que te lleve hasta Edimburgo. —Recorre con un dedo el borde de la taza una y otra vez, como una espiral sin fin—. Alguien que no haga muchas preguntas y sea fácil de manipular. Alguien que no se vuelva loco cuando escuche la palabra «tesoro».

—¡¡¡TESORO!!! ¡¿Qué tesoro?! —grito como una loca.

—¿Recuerdas que iba a contarte el secreto de Philip cuando apareció la ambulancia y nos interrumpió? —Asiento, muda de asombro—. Parece ser que encontró un tesoro en Edimburgo.

—¿Enterrado?

—¿Y cómo va a estar un tesoro, sino enterrado?

—¿Y es muy grande?

—No lo sé, Philip simplemente me dijo que iba a traer un tesoro a casa. Estaba como loco de alegría.

Empiezo a darle vueltas en la cabeza a lo del tesoro. ¿Cómo nos lo vamos a traer si pesa mucho? ¿Habrá doblones de oro? Qué pena que Carlos se haya rajado, con lo bien que nos hubieran venido esos brazos tan fuertes.

Me doy cuenta de que Mooni no se comporta con su alegría habitual.

—¿Qué te pasa? ¿No te alegra que vayamos a buscarlo?

—Si todo lo que te ha ocurrido ha sido por culpa de ese maldito tesoro, no, no me alegra en absoluto.

—A mí, sí —digo con una sonrisa enorme—. Un tesoro, Mooni, un tesoro de verdad. Va a ser fabuloso. ¡Ah!, necesitamos un plan.

Después de estrujarnos el cerebro, no se nos ocurre ningún buen plan.

—Vaya, no se me ocurre nada —constato ante el silencio de Mooni.

—Realmente, no —me secunda.

—¿Y ahora qué hacemos, nos rendimos?

—¿Te crees que estamos en tu tierra? ¿Acaso ves indios por algún lado?

—No, pero casi. —Hago un gesto con la cabeza en dirección a la puerta de la cocina.

Mooni echa un vistazo rápido y se gira de nuevo hacia mí con sonrisa perversa y ojos luminosos.

La miro con aire suspicaz.

Asiente, resuelta.

La fulmino con la mirada horrorizada.

Me devuelve una mirada insistente.

Niego con la cabeza, a todas luces escandalizada.

Pone los ojos en blanco.

Insisto en lo de la mirada horrorizada.

No me hace ni caso.

—Andrew, ¿te importaría hacerle un favor a la tía Mooni y acercarte a Edimburgo dando un paseo en coche? —suelta de sopetón, sin siquiera volver la cabeza.

Lanzo un suspiro de derrota y reprimo una risita nerviosa. No será capaz. No será capaz de mandarme a Edimburgo con el agente más lelo y escrupuloso de toda Inglaterra.

¡Vaya que si ha sido capaz!

Desde que me he concienciado de que, efectivamente, tengo que ir de polizón en el coche del agente Caramelo, siento, literalmente, que las emociones se me desbordan. Miedo, impotencia, ansiedad y horror se han abalanzado sobre mí y no consigo desprenderme de ellas por más que lo intento.

En cuanto ha oído la palabra tesoro, al agente le ha faltado el aire para salir corriendo en busca de su Toyota cinco puertas antes de partir hacia «un destino inevitable, marcado por una fuerte vocación».

Encantada con la oportunidad que me brinda la arrebatada salida del agente Caramelo, aunque solo sea por un espacio de tiempo de «no tardo ni cinco minutos, tía Mooni», aprovecho la ocasión para intentar convencerla de que ir a Edimburgo con la única compañía de su sobrino es el disparate más gordo que le he escuchado hasta ahora. Estoy muy enfadada con ella. Ha permitido que el agente al mando tome el mando. Me ha puesto la miel en los labios con lo del tesoro y luego me ha dejado en las garras del obseso de los cerdos. Cada vez que pienso que podría estar preparando este viaje con Carlos me entra un cabreo...

Dos semanas atrás se habría salido con la suya, pero ahora he desarrollado una sorprendente capacidad para tomar decisiones que solo me atañen a mí. Soy descendiente de española de pura cepa, llevamos la negativa impresa en los genes. No me importa si a Mooni le da un síncope. No es justo que me estropee mi primer viaje a Edimburgo obligándome a cargar con semejante pelmazo. Si pretende acabar lo que mis primos empezaron, ya puede ir pensando en otra cosa, porque, desde luego, a lo que no estoy dispuesta es a morirme del aburrimiento.

Y justo cuando apoyo la cabeza en una mano y pienso en una excusa ingeniosa que me libre de mi más inmediato destino, ocurren varios sucesos

aleatorios encadenados uno tras otro.

PRIMER SUCESO:

De pronto aparece en medio de la cocina un hombre alto, moreno y elegante, vestido también todo de negro, pero no con vaqueros, sino con un abrigo que va ondeando a su alrededor con un halo de sofisticación.

—¿Frank?! —Me incorporo de un brinco nada más verle.

Mooni se gira sobresaltada al oírme y, con una mirada curiosa, recorre a Frank de arriba abajo.

—Buenos días, soy Frank Harrison, el marido de Lolita —se presenta cruzando la estancia y estrecha la mano de Mooni—. He venido en cuanto me he enterado de lo que le ha ocurrido a mi..., a mi cuñada.

Con la sorpresa reflejada en el rostro y sin fijarme en lo que hago, me acerco a él con la boca abierta. Alargo una mano y la paso por el contorno de su hombro. No siento nada. Hacía tanto tiempo que no le veía que por un momento he pensado que..., no sé, he pensado que tal vez él sí podría sentir mis caricias. Algo así como una conexión entre almas o qué sé yo. Pero la cruda realidad es que, después de tanto tiempo, es cierto que no siento nada. Y cuando digo nada, es nada de nada. Y de repente, para mi sorpresa, me doy cuenta de que ya no me parece ni tan alto ni tan guapo como me pareció hace un tiempo. Y sí, es cierto que se le nota que se tiñe el pelo. Debería dejarse las sienes plateadas, no parecería tan..., tan mohoso.

Vale, algo no encaja. Llevo esperándole muchísimo tiempo y no tiene sentido que de pronto me provoque grima. ¿Y siempre ha tenido esa nariz tan ganchuda?

De golpe comprendo lo que me está pasando, ni más ni menos que lo habitual que toda novia engañada y abandonada sufre cuando se reencuentra con el amor de su vida tras un año sin saber nada de él: que no le miro con buenos ojos.

—Encantada de conocerle, señor Harrison —contesta Mooni, dándome un ligero empujón para que deje de sobar a mi ex—. Venga conmigo, anda por aquí un moscón que, como no nos alejemos rápido, igual se le mete por el cuello de la camisa y le da un mordisco y todo. Buscaremos a Lolita y después podrá ver cómo se encuentra su cuñada.

Sin desprenderse del abrigo, hace un gesto de asentimiento y da media vuelta con la intención de ir a verme.

Ir a verme... Ir a verme... Ir a verme... Por fin, esas fatídicas palabras hacen mella en mi amodorrado cerebro.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —grito, presa del pánico—. Mooni, no puedes dejar que me vea así. Saldrá corriendo, se montará en su avión blanco y no parará hasta llegar a Nueva York.

—Sígueme, por favor. —Una sonrisa malévola se dibuja en su rostro mientras le señala la escalera—. Quizá no haga falta ni buscar a su mujer; si quiere, puedo llevarle hasta la habitación de Willi ahora mismo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Eres muy graciosa, Mooni. —Río con un deje histérico en la voz mientras pienso que no sería capaz de hacerme semejante faena.

Recorremos el pasillo superior, demasiado deprisa para mi gusto, y en cuanto se plantan delante de la puerta de mi habitación, Mooni le obsequia con una sonrisa excesivamente afable y dice:

—Pase.

Una simple palabra que hace que el cielo se desplome sobre mi cabeza.

No puedo mirar. No puedo quedarme a ver la reacción de Frank.

Y es entonces, justo cuando creo que voy a desmayarme del susto sin necesidad de que Lolita intente asesinarme con un sacacorchos —es una larga historia—, cuando el otro suceso ocurre.

SEGUNDO SUCESO:

Lolita viene dando palmaditas y grititos de excitación. Se queda quieta cuando ve a Frank. Ambos se ignoran mutuamente. Es fácil darse cuenta de que ninguno de los dos sabe qué decir. Después de esa tensa pausa, mi hermana lanza a Mooni una mirada muy elocuente y señala con la cabeza hacia la ventana.

—Lolita, por favor, ¿no puedes comportarte como una adulta por una vez en tu vida? —se queja Frank al tiempo que mi hermana sigue haciendo gestos con la cabeza. Una, dos, tres veces. Parece que le han dado cuerda.

Mooni y yo nos miramos con cara de circunstancias.

—Lolita, tienes que buscar ayuda profesional —insiste Frank, cada vez más molesto—. Eres inmadura, caprichosa y no piensas más que en ti misma.

Fascinante, una clase magistral de lo que no hay que decir si pretendes recuperar a alguien.

—Lo sé, Frank, lo sé, pero ahora no tengo tiempo para una de tus monsergas. Ya están llegando...

Y al escucharla, no puedo evitar sonreír.

Frank suelta un bufido y, sin pensárselo, abre la puerta de mi habitación, entra y luego cierra dando un portazo que resuena por toda la casa.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora? —pregunta Mooni a un paso de perder los nervios con Lolita.

—¡Te lo estoy diciendo! ¡Acaba de llegar un helicóptero!

TERCER SUCESO:

El cuerpo empieza a temblarme y, sin saber muy bien qué esperar, me acerco a la ventana más próxima y atravieso el cristal con la cabeza.

Un helicóptero enorme está aterrizando justo en el centro del plantío de cebolletas. ¿Pero quién es el anormal que se atreve a destrozar lo que tantos esfuerzos me ha costado?

Me tapo la boca con la mano cuando distingo al infractor de todas las normas de aviación. Sin pararme a pensar, salgo corriendo a una velocidad pasmosa en dirección al sembrado, preguntándome por qué estará tan lejos, al tiempo que Mooni suelta un grito de júbilo.

Bajo por las escaleras, cruzo el salón, me deslizo por la cocina y recorro los interminables veinte metros que me separan del plantío y, cuando por fin llego junto al helicóptero, me detengo en seco con la mirada clavada en la ancha y tentadora espalda de Carlos. Lleva puestos, para mi sorpresa, unos vaqueros, una sudadera roja con capucha y un gorro de lana negro. Si tuviera tiempo, que no lo tengo porque mi vida sigue corriendo serio peligro de extinción, me entretendría un ratito regodeándome en esa visión. Es tan perfecto. Tan increíblemente perfecto...

—Hola. —Mi voz es un susurro cargado de ansiedad.

—Hola. —Su voz es como un eco distante. Como una sombra que tengo grabada en la memoria. Pero su mirada es firme, lo cual me da ciertas esperanzas, pese a los marcados círculos negros que han aparecido bajo sus ojos.

Al verle tan serio y tan callado, olvido toda pretensión de saltos por la espalda y acosos en general; parece que acaban de darle un disgusto.

Si tiene ese aspecto por mi culpa, no me siento muy orgullosa. Si ha renunciado a muchos años de esfuerzos y trabajo por ayudarme, y la intuición me dice que así ha sido, me siento fatal. Desde que le conozco no he parado de lamentarme de lo horrible de mi situación, pero no he dedicado ni un segundo

a pensar en la suya. ¿Cómo he podido ser tan egoísta? ¿Cómo he podido comportarme de manera tan insensible?

Aparte de usar el nombre de Dios en vano, hace mucho que no le pido nada, así que, en un arranque de misticismo y valentía, me encuentro rogando porque mi paladín haya regresado para echarme una mano sin necesidad de haber renunciado a su puesto de trabajo y a un prometedor futuro como cónyuge de un callo malayo de mente brillante.

—Vaya, parece que por fin has tomado una decisión. —No quiero que piense que me alegro de verle. Me alegro mucho de que esté aquí, pero no quiero volver a presionarle—. ¿Te ha costado mucho? El helicóptero no, venir hasta aquí —aclaro, por si las moscas.

Carlos suelta un suspiro, se cala el gorro de lana y dice:

—Lo que me haya costado o dejado de costar ha valido la pena. —Lanzo un hondo suspiro de alivio; debe de haber conseguido esos días de vacaciones que le debían—. Hace tan solo dos días, mi vida estaba encarrilada. Trabajaba en una gran empresa, tenía una amiga con la que no estaba mal, una casa preciosa de la que estaba muy orgulloso...

Sus explicaciones me están dejando bastante desconcertada. Y con cargo de conciencia. Me estoy encontrando fatal por momentos. Yo no pretendía que perdiera su casa, bueno, ni nada. No me siento nada bien. Lo mejor será que se marche por donde ha venido. Si me quedo muy quieta y hago como que no lo veo, igual piensa que soy una alucinación y regresa a su encarrilada vida. No quiero que sacrifique su vida por mí. No me lo perdonaría jamás. No es justo para él. Pero no es solo que no sea justo, es que además Carlos se ha convertido en alguien muy importante para mí y no podría soportar hacerle daño o que, con el tiempo, me mirara y me detestara.

La voz de Carlos sigue sonando sin percatarse de mi angustia y de mis dudas.

—...Y ahora, cuarenta y ocho horas después, ya no tengo trabajo ni amiga. Y, según me ha contado Mooni por teléfono, nos embarcamos en la búsqueda de un tesoro, que estoy totalmente seguro de que es inexistente. Ah, y por supuesto, hace dos días no mantenía entretenidas y surrealistas conversaciones con un fantasma.

Le dirijo una sonrisa contrita. Me parece que le he amargado la vida sin darme cuenta.

—Yo... lo siento —me disculpo con la cabeza gacha—. Lo siento de todo

corazón.

—Déjame terminar. —Levanta una mano y carraspea antes de seguir hundiéndome en la miseria—. Y, encima, tengo que aguantar que me acuses de no ser aventurero. De ser un conformista. —Se hace un incómodo silencio. Casi puedo escuchar lo próximo que va a echarme en cara—. ¿Cuánto tiempo habrías necesitado tú para tomar semejante decisión disparatada?

—Humm..., posiblemente, nunca lo habría hecho —reconozco con absoluta sinceridad—. Y... aunque pretendo convencerme a mí misma, y a todo el que me rodea, de que poseo un espíritu bohemio e inquieto, he de reconocer que la mayor y única transgresión que he cometido en mi vida fue aquella vez, a la alocada edad de diecisiete años, que saqué a pasear a la imprudente que llevo dentro y me monté sobre un toro mecánico en un bar de mala muerte. Y he de añadir que fue un episodio del todo vergonzoso que me obligué a olvidar lo más rápidamente que pude.

—Vaya...

—Sí, créetelo, así de transgresora puedo llegar a ser. —Sonrío avergonzada—. Pero en mi defensa diré que la culpa la tuvieron media botella de tequila y Lolita, a la cual no le costó mucho convencerme de que mantenerme sobre el maldito artefacto era prácticamente lo mismo que ensayar cuatro malas posturas de yoga, mientras hacía girar el sujetador sobre mi cabeza como si pretendiera echarle el lazo a alguno de los borrachos que pululaban por el local.

Levanto la vista y le miro detenidamente. Por mucho que le agradezca su desinteresado acto y por mucho que me apetezca notablemente más su compañía que la de mi nuevo socio —el agente Caramelo—, me siento culpable, muy culpable. Y halagada, muy halagada, pero no puedo dejar que arroje su vida por la borda de manera tan inconsciente a causa de un falso sentido de la lealtad y, por qué no decirlo, gracias a mi alto poder de persuasión.

—Olvida todo cuanto te he dicho y regresa a tu vida. Todavía estás a tiempo —digo en tono de disculpa—. No era mi intención complicarte la vida de esta manera.

—Bien, me alegro de eso —contesta en cuanto consigue hilar una frase (mi episodio transgresor lo ha dejado un poquito aturdido).

—Ya he buscado un sustituto para ir con él hasta Edimburgo.

—¿Puede verte y hablar contigo?

—No, por supuesto que no.

—Pues es como si fueras sola.

Miro de reojo al enorme cerdo que está hurgando con el hocico entre los escombros del gallinero siniestrado.

—No estaré sola, al menos no cuando llegue a Edimburgo. Una vez allí, encontraré a Tommi. —Me armo de valor. Es hora de contarle toda la verdad —. Tommi también es un espíritu. Lleva muerto desde hace doscientos años; le ahorcaron.

—Gracias por compartirlo conmigo. Me dejas mucho más tranquilo.

Sin hacer caso del sutil tono sarcástico, hago lo que debería haber hecho en cuanto le vi. No es gran cosa, pero es lo único que puedo hacer: le insto a marcharse de nuevo.

—No debí ser tan persuasiva a la hora de convencerte. Es mejor que te marches, tú no tienes un espíritu inquieto. Solo en tus sueños y, como decía Calderón de la Barca, los sueños, sueños son.

—¿Acaso crees que el mal rollo que me soltaste en la oficina tiene algo que ver con mi decisión de venir hasta aquí?

—¿Ah, no?

—No. Llevo demasiado tiempo pensando en hacer lo que he hecho hoy. No me sentía bien conmigo mismo.

—¿Ah, no? —murmuro de nuevo.

—No. —Se queda mirando al infinito, que debe ser mucho más agradable que mirar a Choped Marinado gruñendo y resoplando por los apestosos escombros—. Desde la primera vez que te vi sobre la cubierta del barco...

—¿Me viste? —le interrumpo asombrada.

—Sí.

—¿Me viste y aun así ordenaste que me arrojaran por la borda?! —bufo como un gato.

—Sí, pero no sabía que eras tú. Además, ya sabes —me guiña un ojo con picardía—, un fantasma tiene que hacer lo que tiene que hacer... y un pirata tiene que hacer lo que tiene que hacer... Bueno, la cosa es que, desde que te vi en mi habitación, me sentí atraído hacia ti de una manera... Una fuerza inexplicable me atraía a tu lado, una y otra vez. Me importas, me importas mucho, Willi. Hay algo intangible en ti...

Y tan intangible. Si lo sabré yo.

Y como buena chica superficial que puedo llegar a ser, le insto a que

continúe exponiendo todas las cosas maravillosas que vio en mí. Y también necesito saber que de verdad posee ese espíritu aventurero tan necesario en un buen paladín antes de aferrarme a la esperanza.

—Demuéstralo —digo con la boca pequeña.

—¿Qué?

—Demuestra que te importo.

—Ah, que te lo demuestre. Bueno... —Se queda pensativo y no demasiado entusiasta ante mi sugerencia—. Pues es difícil. Porque aparte de todo lo que he hecho hasta ahora, que no es poco, te lo aseguro —paso por alto el ligero tono de retintín—, lo mío no es la poesía; no suelo cantar bajo los balcones de ninguna damisela ni hacer el ridículo bailando bajo la luz de una farola a la vista de todo el mundo. Pero por ti, voy a hacer una excepción. —Frunce el ceño, pensando en lo que va a hacer para impresionarme. Reprimo las ganas de apremiarle, no es fácil exponer tus sentimientos. Yo no lo haría nunca—. Vale, ahí va —anuncia con voz profunda mientras mete las manos en los bolsillos de la sudadera—. Si yo muriera y tú lucharas por tu vida, volvería de las tinieblas del infierno para luchar a tu lado.

¡Impresionante!

—Vaya, eso es lo más bonito que he oído en mi vida. —Me ha llegado al alma. Lo reconozco—. ¿Se te acaba de ocurrir?

Niega con la cabeza.

—Conan el Bárbaro.

—¿En serio?

—¿Acaso dudas de mí? —Me dedica una sonrisa seductora.

—Vaya, pues sí que tienes espíritu aventurero si te identificas con Conan el Bárbaro.

—Más bien con la princesa guerrera de Conan el Bárbaro. Esa frase no la dice Conan, la dice Valeria.

Me retuerzo las manos, nerviosa, arrepintiéndome por momentos de desear un paladín tan fogoso y tan confundido con su sexualidad.

Esboza una sonrisa diabólica.

Inspiro hondo.

Arquea las cejas varias veces y después me guiña un ojo.

Constato una realidad: este tío está como una cabra. Dos realidades: y le necesito a mi lado porque personifica todo lo bueno que pueda tener en mi vida.

—¿Nos vamos ya? —pregunta, tendiéndome una mano. Gesto que me conmueve, pero que por desgracia no puedo corresponder.

Antes de marcharme a Edimburgo, necesito aclarar un par de puntos sin importancia. Los justos para hacerme una idea de en qué punto nos encontramos.

—¿Y tu novia con nombre de isla paradisíaca? ¿Qué ha dicho cuando la has dejado en la estacada?

—Yo no he dejado a nadie en la estacada, porque Setefilla...

¿Setefilla? ¿Se llama Setefilla? ¡Ja!, esa sí que es buena, espera a que se lo cuente a Mooni. No me extraña nada que se haya puesto nombre de isla, o de atolón. Incluso el nombre de un canto rodado hubiera sido preferible a llamarse Setefilla. Porque... Porque... ¡¡¡Ay, Setefilla!!!

—...Y yo no tenemos nada en común salvo la media docena de veces que hemos salido a cenar y eso. —¿«Eso»? ¿Qué ha querido decir con «eso»?—. Es su tía, Coral, quien se empeña en emparejarnos.

Respuesta correcta.

—¿Y no hay nadie más por ahí, aparte de SETEFILLA, a quien tu decisión de ayudarme, y por ende que te estés jodiendo la vida, por quien tengas que preocuparte?

—No, soy libre como un pájaro, WILHELMINA. —Vale, eso sobraba—. ¡Joder! —exclama de pronto—. ¡A mi madre le va a dar un ataque y después me va a matar!

Bien, asunto aclarado. A mi impetuoso a la par que deliciosamente oscuro paladín hay que reconocerle una cosa: tiene en cuenta los sentimientos de su madre. Siempre se puede confiar en las personas que respetan a sus madres.

A medida que nos acercamos a la cocina, siento como si me hubiera librado de un gran peso. Acompaso mi paso al de Carlos, que va dando zancadas mucho más largas que las mías, y me regodeo con su presencia a mi lado. Levanto la vista y el corazón me da un pequeño salto al observarle. Tiene cara de felicidad y una sonrisa tan sincera que hasta podría deslumbrar al sol. Y entonces hago un apabullante descubrimiento: sería capaz de vender mi alma al diablo, sin pensármelo ni dos veces, por verle siempre tan feliz.

—Cuando solucionemos todo este embrollo y dejes de ser intangible..., repetiremos paso por paso todo lo que hicimos en el barco —susurra.

Espero de todo corazón que se refiera a lo ocurrido en su camarote, no a arrojarme de nuevo por la borda. Sí, seguro que es lo primero, por eso ha

dicho lo de intangible. Fijo que, si pudiera tocarme, seguro que en este mismo momento me besaría.

Estoy tentada de intentarlo yo, cuando la voz del agente Caramelo nos obliga a parar en seco.

—¿Qué cree que está haciendo usted aquí?

Nos detenemos y me dedico durante unos segundos a estudiar al agente en cuestión. Y me asalta un terrible pensamiento: ¿cómo le digo que ya no necesito los servicios de su Toyota cinco puertas? Y ya puestos, ni los suyos.

—¿En qué puedo ayudarle, agente Toffee? —inquire Carlos en tono respetuoso.

—¿Adónde cree usted que va? —replica el otro agitando un dedo frente a la nariz de Carlos.

—A despedirme de Mooni y después salir para Edimburgo —explica Carlos de buenas maneras—. Si a usted no le importa.

—Me importa.

—¿Y eso? —pregunta Carlos elevando las cejas.

—Porque a Edimburgo voy yo. Tía Mooni me lo ha pedido a mí y pienso marcharme ahora mismo. Si he tardado tanto en volver —protesta agitando las manos, señalando hacia un coche aparcado a su espalda—, es porque el coche no arrancaba, no porque no sea un hombre de palabra. —Agita la cabeza de un lado a otro con desespero—. ¡Maldita tapa de *parlanchines*!

—¿Qué? —Carlos parece confundido. Yo también.

—La tapa de *parlanchines* se había roto y he tenido que ir a buscar a Jon Malory para que la cambiara rápidamente.

Esbozando una sonrisa algo forzada, Carlos responde:

—Ah, usted se refiere a la tapa de balancines.

—Eso es lo que he dicho. —Le vuelve a mirar de arriba abajo con los ojos entrecerrados—. Usted, señor, no puede ir a Edimburgo. No está capacitado para llevar una investigación de semejante envergadura. Si no sabe ni lo que es una tapa de *parlanchines*, menos va a encontrar un tesoro aunque se lo pongan debajo de las narices y lo envuelvan con un lazo rojo. —Suelta un resoplido muy al estilo Choped Marinado y continúa con su arrebatado de agente ofendido—: Una amiga muy querida de mi tía necesita toda la ayuda posible y yo, Andrew Toffee, voy a hacer todo lo que esté en mi mano por ayudarla, y si para ello... bla, bla, bla, bla.

Ya he oído suficiente. Si pudiera teparle la boca con un esparadrapo, lo

haría. Pero al pobre Caramelo se le ve tan metido en su papel de adalid de la justicia que me falta valor. Dejándolo con la palabra en la boca, me encamino rápidamente a la cocina para decirle a Mooni que salga y meta a su sobrino en vereda. Al regresar con ella a cuestras, Carlos sigue mirándolo con cara de alucinado y él se ha detenido en su perorata justiciera sin necesidad de que Mooni intervenga y le suelte un buen sopapo.

—Lo siento —musita avergonzado—. No era mi intención faltarle al respeto. Pero me hacía tanta ilusión formar parte de esta aventura de la dama en apuros y el tesoro misterioso...

Carlos no le mira con cara de alucinado ni con prepotencia, sino con comprensión.

—Lo entiendo —dice, poniéndole una mano en el hombro, intentando transmitirle confianza y seguridad—, por eso es tan importante su misión aquí, en la granja. —Aprieta la mano con fuerza y Caramelo compone un gesto de dolor—. Es necesario que usted se encargue de la seguridad de la señorita Willi. Que investigue por los alrededores de la granja. Quién sabe, tal vez el tesoro no esté tan lejos como creemos. —Le mira fijamente a los ojos y Caramelo se relame de anticipación—. Y no nos olvidemos de Tony.

—Eso —apunto, sumándome al aspecto motivador de la charla—. No nos olvidemos de Tony. ¿Qué pasa con Tony?

—Creemos que se encuentra en Edimburgo —baja la voz hasta convertirla en un susurro—, pero quién sabe dónde estará en estos momentos. Tal vez esté esperando la oportunidad para atacar de nuevo y acabar el trabajo.

¿Acabar el trabajo?

Frunce el ceño y los labios, y se queda inmóvil y pensativo durante unos segundos hasta que, de repente, se inclina hacia Caramelo y murmura:

—Puede incluso estar escondido en la casa en estos momentos, esperando una oportunidad.

Tanto Mooni, como Caramelo, como yo misma pegamos un bote de agárrate y no te menees.

—¿Por qué tienes que ser tan borde? —le reprocho, intentando darle un pellizco en el brazo.

El sensible agente Caramelo, a pesar de que está temblando como una hoja, adopta posición de firmes y clava sus aññados ojos color cielo en Carlos. Levanta una temblorosa mano, en plan juramento de *boy scout*, e ignorando la circunstancia de que estamos rodeados de escombros carbonizados que huelen

a pollo frito en descomposición, exclama:

—Por mi honor y por mi honra, le doy mi solemne palabra de que aquí, en medio de esta maravillosa campiña, nadie pondrá un dedo sobre la señorita Willi sin pasar antes por encima de mi cadáver.

Y yo que pensaba que tenía poder de persuasión. Una aficionada, eso es lo que soy al lado de este hombre maravilloso que tengo a mi lado; una simple aficionada. ¡Qué labia! ¡Qué contundencia! ¡Qué..., qué guapo! ¡Qué agradable sensación de bienestar!

—Está muy bien que hayas vuelto a ayudar a Willi —dice Mooni, interrumpiendo mi caudal de armoniosos pensamientos—, pero lo que a mí me interesa es: ¿ese aparato infernal ha pasado todas las revisiones?

Las manos me sudan.

El ritmo cardíaco se me altera.

La vista se me nubla.

Y pienso:

«¡Ah!, ¿pero es que no vamos en autobús?».

Déjame que te explique una cosa: al igual que viajar en coche tiene sus ventajas, hacerlo en helicóptero también las tiene, si dejamos de lado el inevitable pánico a las alturas. Porque por más que la gente se empeñe en alabar las excelencias de trasladarse de un lado a otro por el aire, encerrado en una especie de ataúd de acero y cristal, yo lo único que veo es que me encuentro en un precario equilibrio, metida en un cubículo minúsculo a miles de kilómetros de un suelo duro y alejado —alejadísimo— y plagado de objetos punzantes y potencialmente peligrosos que parecen coincidir en una cosa: intentar poner en práctica la ley de la gravedad y no parar hasta conseguir su maligno objetivo: que nos estrellemos.

Me pregunto en qué época se inventaron los vuelos y quién fue el primer descerebrado que se montó en semejante artilugio. ¿Era consciente del riesgo en que nos colocaba a todos? Seguramente no. Es de suponer que el individuo en cuestión solamente pudo ser algún enfermo mental que acababan de soltar de algún centro especializado después de practicarle una buena lobotomía.

Mi miedo a las alturas es un efecto colateral inevitable de permanecer colgada durante unas cuantas horas. Me explico: la primera vez que monté en una noria, esta se atascó y yo me quedé colgada en lo más alto durante lo que me pareció una eternidad. Al principio no me preocupé; Lolita estaba conmigo. Si caíamos, lo haríamos juntas. La tranquilidad me duró lo que un suspiro en un vendaval.

La impetuosa de mi hermana, haciendo gala de su superioridad física —no en vano era animadora—, creyó que lo mejor era que nos las arregláramos por nuestra cuenta. Se levantó y, sin importarle quién pudiera estar mirando, se colgó del armazón con la habilidad de un mono circense. Fue descendiendo con destreza y rapidez hasta el suelo mientras yo me quedaba allí arriba, paralizada, sintiendo una angustiosa sensación de impotencia y cada vez más descompuesta. Y para terminar de hundirme, gritó durante todo el descenso:

«Eres una miedica de mierda, Wan Tun. ¿Qué crees que te va a pasar, eh? ¡Será posible que semejante lela sea mi hermana!».

Lo reconozco, aquello me dejó marcada. Le tengo pánico a las alturas.

Al descender con las piernas temblorosas de este aparato infernal, le echo un buen vistazo a Carlos. Parece que está de un humor excelente. Le miro con cara de fastidio.

—Bueno, ya estamos aquí —constata con una risa franca que me hace torcer un poco más el gesto—. Ha sido alucinante, ¿verdad? —Levanta una mano y se despide del piloto, que le devuelve el gesto.

—Alucinante, alucinante. No hace falta que lo jures.

Me mira confundido.

—¿No te ha gustado?

—Huy, sí, mucho. Casi tanto como que me claven astillas bajo las uñas y después les prendan fuego.

—Ya veo —musita—. Te dan miedo las alturas.

—Algo así —contesto, encogiéndome de hombros.

Se agacha e intenta darme un beso en la mejilla.

Un gesto realmente hermoso que, a pesar de su ineficacia, consigue que mi cuerpo arda de anticipación.

¡Qué ganas tengo de que se duerma!

—¿Y ahora qué? —interrumpe mis calenturientas elucubraciones—. ¿Dónde está tu amigo?

—Yo no conozco a nadie en Escocia —contesto, pensando lo bien que le queda el gorrito negro de lana.

Me mira con recelo y, al salir del helipuerto, se nos acerca un chico con unas llaves en la mano.

—¿El señor Alba? —Hace tintinear las llaves.

—Ese soy yo. —Le arrebató las llaves y, sin siquiera despedirse, abre la puerta de un todoterreno negro y se acomoda tras el volante. Me siento junto a él sin abrir la boca—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Tu amigo —contesta arrancando el motor—. Tu amigo, el fantasma.

—¡Ah, ese amigo! —digo, soltando una risita tonta—. Perdona, con tantas emociones nocturnas, perdón, diurnas, no sabía exactamente a quién te referías. Ya sabes —improvisó—, la presión atmosférica, que te aplasta el cerebro y las conexiones neuronales...

Después de lanzarme su mejor mirada desconcertada y yo devolverle mi mejor mirada angelical, opta por hacer caso omiso de mi aguda observación, y a velocidad de a multa por kilómetro, recorremos la escasa distancia que nos separa del centro de la ciudad, y así, como quien no quiere la cosa, en menos que se tarda en tararear *Hotel California*, de los Eagles —lo sé porque es lo que voy haciendo—, nos adentramos en el casco antiguo de la ciudad.

—¿Dónde estamos? —pregunto, mirando las murallas del impresionante castillo que tenemos a un tiro de piedra.

—En Old Town, la parte histórica de la ciudad —aclara con paciencia—. ¿Has pensado ya adónde vamos ahora?

—A un club de putas.

Después de considerarlo un momento, esta vez sí, me lanza su mejor mirada desconcertada.

—No creo que te dejen entrar.

—El que va a entrar vas a ser tú.

—En este momento no me apetece, gracias. Me gustaría más concentrarme en encontrar a tu amigo. Y no estaría de más que tú me echaras una mano.

—Pues eso digo, que tienes que entrar en todos los clubs de putas que encontremos.

—¿Te piensas que soy como una especie de degenerado o algo así? ¿Y además insaciable? —añade con socarronería.

De pronto caigo. Es como si me hubieran dado con un mazo en la cabeza.

—Lo que voy a hacer es echarte una mano, pero al cuello —amenazo, achicando los ojos—. Y después, no te extrañe nada que apriete con todas mis fuerzas. ¡Vamos a buscar a Tony! Es muy aficionado a ese tipo de locales —le aclaro ofuscada—. Si encontramos a Tony, encontraremos a Tommi.

Asiente, aguantándose la risa, y a mí me dan ganas de pegarle una patada en la espinilla.

Dejamos el coche y, como vulgarmente se dice, recorremos numerosas callejuelas, o *closes*, como las llaman aquí, un ratito a pie y otro andando. Media hora después, hacemos una parada en una taberna para que Carlos deguste, con toda la tranquilidad del mundo —total, lo único que está en juego es mi vida—, un apetitoso y «ligero» *haggis*.

Mientras él da buena cuenta de su tercera cerveza, no hago más que mirar alrededor. Mierda, mira que Tommi puede llegar a ser plasta. ¿Dónde narices se ha metido? Malditos fantasmas, nunca aparecen cuando necesitas verlos.

—Bueno, ¿seguimos? —pregunto cuando Carlos se acaba la cerveza.

—De acuerdo, pero vamos a tener que buscar un hotel.

—Lo que tú digas —me apresuro a decir, gratamente sorprendida.

—Nos va a costar encontrar a tu amigo y yo, a diferencia de ti, necesito dormir un poco.

De no haber estado tan gratamente sorprendida, me habría abochornado.

Me quedo un rato contemplando su expresión. Me fijo en que tiene los ojos enrojecidos. Sí que parece cansado. Levanto la vista al cielo y no tardo en descubrir que el brillante sol de abril va desapareciendo y dejando paso a una inquietante oscuridad de abril.

Justo cuando estoy pensando que nada puede ir peor, que tengo la impresión de haber callejeado durante días, que estoy exhausta, que el maldito sol siempre tiene que hacer de las suyas, que buscar un fantasma es una labor extenuante y que dónde se han metido las putas, la voz de Carlos, aunque agradable, me provoca un pequeño ataque de ansiedad.

—¿Y si no le encontramos nunca? ¿Y si Tony le ha hecho una especie de conjuro o algo así?

—Eso es imposible —replico con toda la serenidad de la que soy capaz.

—Ya, pero... y si se han hecho con su... ¿esencia? —insiste con ganas de amargarme la tarde—. Tal vez... —reflexiona en voz alta—, si tú eres un alma errante y Tommi, un espíritu de la justicia, no sería de extrañar que Tony poseyera algún arma secreta, una especie de tercer ojo.

¡No me lo puedo creer! ¿Además de exhibicionista también le va lo del tercer ojo?

—Imposible —rebato—. Le gustan demasiado las mujeres.

Tras un ataque de risa, que está totalmente fuera de lugar, me explica en profundidad a qué se refería cuando ha mencionado el tercer ojo de Tony.

—Ya lo sabía —miento como una bellaca mientras aguanto su sonrisa burlona—. Trabaja para el ángel de la justicia y la benevolencia. No sería de justicia que le hicieran desaparecer justo ahora.

Si Carlos se ha sorprendido con la mención del ángel justiciero, no lo demuestra. Es evidente que, además de agradable, atento, interesante, aventurero y guapo, también es un buen jugador de póquer.

—¿Tú le has visto? —pregunta con interés, olvidando toda mención al tercer ojo de Tony. Cosa que agradezco en grado sumo.

—Ayer, cuando desaparecí de tu oficina, fui a parar a la blanca luminosidad

y él estaba esperándome —explico con naturalidad cuando enfilamos por la siguiente callejuela.

Me mira de reojo, pero no se anima a decir algo abiertamente. Luego se frota la cara con fuerza y después deja caer las manos, al tiempo que suelta una breve y nerviosa risotada.

—No me lo puedo creer —comenta, visiblemente desconcertado—, pero te creo. Debió ser aterrador.

—Y que lo digas —contesto, encarando otra callejuela abarrotada de gente—. Sobre todo cuando le vi la espada.

En cualquier otra situación me habría reído de la cara de incredulidad que ha puesto, pero la certeza de que algo terrible le ha ocurrido a Tommi no me permite dar rienda suelta a las ganas de dar saltitos y señalarlo con un dedo.

Mientras recorremos la calle cuesta abajo, voy prestando atención a todos y cada uno de los rostros con los que nos vamos cruzando, sin dejar de darle vueltas a qué vamos a hacer como no encontremos a Tommi. No quiero ni pensar en que lo hayan exorcizado, pero a mí me da en la nariz que algo de eso hay. Ya me veo haciendo un curso acelerado de desexorcización o como quiera que se diga.

¡Maldita sea, Tommi, ¿dónde estás?!

—Por aquí —me apremia Carlos de repente, torciendo por otra estrecha callejuela.

Asiento sin hacer preguntas y le sigo, pensando que un par de angostas callejuelas más y llegamos a Dinamarca.

Carlos se dirige a un estanco y compra un paquete de tabaco.

—¡No podemos volver a pararnos! —protesto con contundencia—. ¡Ya hemos perdido mucho tiempo mientras te comías una pelota rellena de vísceras!

—Después de comer necesito un cigarro. Me despeja la mente —aclara tan tranquilo antes de llevarse un pitillo a la boca.

—El tabaco mata, ¿sabes?

Me lanza una mirada llena de socarronería.

—Lo tendré en cuenta.

Tras seis caladas, que se me han hecho eternas, apaga el cigarro y echamos a andar a grandes zancadas. No tardará en ser noche cerrada y todavía nos queda medio Edimburgo por recorrer. Mientras camino, me acuerdo de Sachiel. De su toque personal e intransferible. Me llevo la mano al corazón,

justo donde él posó la suya, y ruego en silencio. Y en ese instante le veo. Un movimiento fugaz, tan inesperado y repentino que casi se me pasa por alto.

Actuando en consecuencia, lo suyo habría sido que perdiera unos segundos de tiempo explicándole a Carlos la situación. Pero no dispongo de esos segundos. No quiero que Tony se me escape. Así que me froto la cara con el dorso de la mano, como si estuviese sudando, y después me quito la boa con una violenta sacudida que, con toda probabilidad, me habría asfixiado de haber podido hacerlo. Hago acopio de todas mis fuerzas y salgo corriendo, dando un traspié tras otro, en pos de Tony al tiempo que grito con toda la potencia de mis pulmones:

—¡Corre, corre, acabo de ver a Tony con un niño en aquella calle!

No me paro a ver si me sigue. Tengo que alcanzar a mi primo y enterarme de qué trama. No me extrañaría nada que, aburrido de intentar cargarse a la gente, se hubiera decantado por algún que otro secuestro para entretenerse un rato.

Maldita sea, por qué tiene que ser tan cabrón.

Les sigo a una distancia prudencial con el corazón palpitante. Dispuesta a todo con tal de averiguar algo. Por fortuna, las calles están relativamente llenas de gente. A medida que vamos pasando por calles y más calles, me voy relajando. Hasta que se gira y sus acerados ojos se clavan en mí. El miedo me deja paralizada. Es tan profundo que ni recuerdo que soy invisible.

Con destreza, y prometiéndome a mí misma que antes deo que me hagan un cunnilingus que meterme a detective, escojo a un cura de entre toda la gente que anda pululando por la calle y me escondo tras su sotana, me pego a él y asomo la cabeza por encima de su hombro. La doble papada del párroco tiembla y, al instante, titubea. Su corpachón se sacude con un escalofrío y compone cara de desconcierto y aprensión. Cualquiera habría dicho que ha visto un fantasma.

Lo fulmino con la mirada y, aunque no hay nada que desee más que aclararle un par de puntos, concisos y esclarecedores, entre un simple espíritu y una posesión demoníaca en toda regla, mi capacidad para lidiar con varios temas a la vez quedó bastante mermada desde el mismo momento en que mis células cerebrales empezaron a hacer mutis. Por no hablar de mi legendaria memoria a largo plazo o mi inexistente vida sexual, real, no onírica. En ese aspecto no tengo ninguna queja.

Y justo cuando más a gusto estoy bajo la sotana, el cura se aparta con un quiebro muy traicionero y veo con impotencia que se mete en un portal. Con

una mano sujeta con fuerza un rosario y, para mi sorpresa, con la otra me hace una peineta.

Demasiado desconcertada para pensar con claridad, parpadeo un par de veces y me quedo con las ganas de acosarle un rato, no obstante tengo cosas más importantes que hacer. Echo un vistazo a la calle; en cierto sentido me parece diferente, ahora que no tengo la protección de la sotana. Levanto la vista y empiezo a caminar con seguridad hacia unas anchas espaldas en medio de un mar de cuerpos; puedo ver a Tony y al niño a unos tres metros de distancia.

No llaman la atención. Su aspecto parece de lo más normal. Un padre de la mano de su hijo. A los ojos de cualquier persona pasan desapercibidos, aunque a mí no me la pega. Yo sí me he dado cuenta de las miradas recelosas que el niño le lanza de vez en cuando.

¿Quién demonios es ese niño? ¿Por qué le mira con una mezcla de esperanza y miedo? ¿Por qué su tembloroso cuerpecito parece cargar con una insufrible soledad?

Por primera vez desde que he empezado a seguirles, me fijo en los gestos corporales de Tony. No para de mirar con nerviosismo en todas direcciones, aunque su expresión es firme, determinada, como si se hubiera fijado una meta y no pensase arredrarse ante nada ni nadie hasta haberla alcanzado. De vez en cuando, saca la mano del bolsillo y se mesa el cabello. Cuando llegan a la siguiente esquina y Tony tira del niño, siento una impotencia desesperada. No es que le trate mal, la relación entre ambos parece cordial. Y, sin embargo..., nunca había pasado tanto miedo, ni siquiera cuando Lolita intentó liquidarme con el cepillo de dientes —es una larga historia.

Acelero el paso y, al llegar al final de la calle, rodeo el edificio. Parpadeo con incredulidad y compruebo que no están. Han desaparecido a la misma velocidad que desapareció mi primer móvil, por no hablar de mi virginidad. Sí que era chungo el Chungo.

Tras unos segundos de incertidumbre, en los que empiezo a entrever que Tony se me ha escapado, chasco la lengua con exasperación. Lo más frustrante de todo es que no puedo quedarme de brazos cruzados. Tengo que encontrarles. Necesito confirmar que son familia, que mis temores son infundados.

Con una sonrisa de suficiencia, recuerdo que puedo atravesar obstáculos; el que sea. Retrocedo un poco y después me abalanzo a toda velocidad sobre la

pared de ladrillos que tengo a mi espalda. Por desgracia, voy a parar a una taberna con las paredes llenas de cabezas de animales disecados. Sus ojos vidriosos expresan mil y un sufrimientos; me identifico plenamente con todas y cada una de las víctimas, que me observan desde todos los ángulos posibles. Y, como a perro flaco todo son pulgas, cierro los ojos para no ver el demencial espectáculo.

Lo malo es que, con la inercia que llevo, no me da tiempo a ver ni animales ni nada. Atravieso la barra del bar, las estanterías de licores y el cuarto de baño, donde un señor de mediana edad y con cara sudorosa implora a Dios por una pronta evacuación... y nunca me he alegrado más de haber perdido el olfato. Olfato que últimamente va y viene a su libre albedrío. Y que, siguiendo las leyes de Murphy, acaba de hacer acto de presencia.

Algo grogui y desorientada, opto por seguir corriendo. Necesito aire puro escocés para poder pensar. La calle a la que salgo es estrecha y hace un aire frío que me ayuda a despejarme. Respiro hondo y pienso: «Quizá me he dejado llevar por alguna especie de odio malsano y me he precipitado en mis conclusiones. Los asesinos también pueden pasear con sus sobrinos, ¿no?».

Y también es posible que la idea de seguirles cogiendo el camino más fácil no haya dado los resultados deseados, pero viéndolo desde el lado positivo, he ido a parar a unos veinte metros de Tommi.

El alivio me inunda nada más verle.

Un amago de sonrisa me baila en la comisura de los labios cuando veo cómo se remete la camisa por dentro de los vaqueros antes de pasarse una mano por la melena, mientras no le quita ojo a una chica de piernas largas. Camina de un lado a otro de la calle con andares chulescos. Al girarse, veo que un cigarro cuelga de la comisura de su boca y mantiene una manta bien sujeta bajo el brazo.

Me quedo pensativa durante unos segundos. Muda de asombro porque él pueda incluso fumarse un cigarro a pesar de ser un ser incorpóreo. Tarda un par de segundos en advertir mi presencia, pero la cara de sorpresa que pone cuando me ve es motivo suficiente para lanzar un grito que podría, sin ningún problema, hacerle la competencia a los que suelta Mooni.

—¡Tommiiii! —Corro hacia él llena de euforia.

Al escuchar un grito que casi me revienta los tímpanos, sonrío aliviado.

—¡Williiii! —Suelto la manta y el cigarro que acabo de encenderme y corro hacia ella lleno de euforia.

El corazón me late en el pecho, desbocado.

El corazón me late en el pecho, desbocado.

La grata sensación de alivio casi hace que me maree.

La grata sensación de alivio casi hace que me maree.

Me abrazo a él con fuerza.

Me abrazo a ella con fuerza.

Es tan placentero y cálido.

Es tan placentero y cálido.

Es como abrazar un rayo de sol.

Es como abrazar un rayo de sol.

Es como sentir el frescor de la lluvia tras una larga sequía.

Es como sentir el frescor de la lluvia tras una larga sequía.

Como reencontrarte con un viejo amor, sincero e incondicional.

Como reencontrarte con tu mascota después de una buena temporada sin verla.

Me deshago del abrazo.

—¿Con tu mascota? —protesto—. ¿Me estás comparando con un perro?

—¿Un amor incondicional? ¿Me estás comparando con tu novio o algo así?

Nunca podrá imaginar cuánto le quiero. A pesar de tener la sensibilidad donde las vacas.

Nunca podrá imaginar cuánto la quiero. A pesar de ser una melodramática de narices.

—Podemos leernos el pensamiento —constato encantada.

—Eso parece —responde bastante inquieto.

Tras respirar hondo y volver a darle un abrazo, empiezo a dar saltitos de alegría. Ahora que he encontrado a Tommi, todo irá mucho mejor. Hace poco que le conozco, pero, de manera inexplicable, nos hemos hecho inseparables. Podemos incluso leernos el pensamiento. Pienso en Carlos y me quedo mirándolo, esperando que me lea el pensamiento. Pienso con más fuerza y espero durante cinco minutos. De vez en cuando, alzo las cejas y abro los párpados como si fuera el protagonista de *La naranja mecánica*. Pretendo que las ondas de mi cerebro lleguen a Tommi, pero nada. Menos mal que los ojos no se me pueden secar, porque necesitaría un abono de por vida a algún colirio. Al final, parpadeo cansada y suspiro profundamente.

Cuando puedo volver a centrar la vista en Tommi sin que los ojos me hagan chiribitas, veo que frunce el ceño y me lanza una mirada desconfiada.

—¿Qué hace el viejo este aquí?

¡Anda!, pues sí que puede leerme el pensamiento. Y yo pienso, para tranquilizarme: «Un amigo que te lee el pensamiento es mejor que uno que no sabe ni lo que te pasa por la cabeza». No, no es mejor. Es con mucho preferible que un amigo no sepa jamás que una vez padeciste de almorranas o si tienes, sin quererlo, debilidad por una novela que se titula *Apasionadamente tuya*.

—¡Explícate, Willi!

—¡No me gusta que me leas la mente!

—Antes dejo que me vuelvan a ahorcar que meterme en esa jaula de grillos que tienes por cerebro.

Cómo se le nota que todavía arrastra esa zafiedad típica de la época de la mugre.

—¡Te he oído!

—Ah, conque sí que puedes leerme el pensamiento, ¿eh? Te he pillado, Thomas Barlow.

—Pues mira tú qué susto.

Mierda. Probablemente ya no podré volver a tener privacidad en mis pensamientos. Tal vez debería dejar la mente en blanco todo el tiempo y decir que me llamo Lolita.

Justo cuando estoy a punto de soltar la risita tonta, la voz de Carlos me saca de mis cavilaciones.

—No puedo creer que te hayas largado corriendo, dejándome así sin más.

—¡Ah!, claro. Tommi, Tommi —repito, antes de darle tiempo a Carlos para que empiece a despotricar—, tú no sabes las últimas novedades. —Le dedico una sonrisa de oreja a oreja—. Gracias a Carlos... —hago un ademán de presentación con la mano— ¡hemos recuperado la granja! Y... ¡Margaret está en chirona!

—Willi. —Carlos interrumpe mi propia versión del baile de San Vito—. Yo no veo a nadie.

—¡Qué!

—Que no puedo ver a tu amigo.

—Eso ya lo he oído.

Un minuto. Solo necesito un minuto para recuperar el dominio de la situación.

—Solucióvalo, Tommi —exijo mientras lo arrastro a la acera de enfrente y

le hago una señal a Carlos para que espere—. No pienso hacer de correveidile todo el tiempo; es agotador.

Suelta una especie de gruñido de frustración.

—Soy un fantasma, la gente no puede ni debe verme. —Me mira con aire de suficiencia—. Y mucho menos saber de mí.

Ay, por el amor de Dios. Me armo de paciencia y le digo:

—Mooni puede verte y hablar contigo.

—Mooni es mi nieta y la familia no cuenta.

He de reconocer que ese es un buen argumento, pero yo tengo uno mejor:

—Pues ya me dirás tú cómo vamos a cargar con el tesoro. Porque, por mucho que puedas viajar a través del espacio, no puedes acarrear ni a una hormiga anoréxica. —Y añado con cierto deje de súplica, pero no por ello menos humillante—: ¡Tommi...! Nos ha ayudado mucho. Y... me gusta. Me gusta mucho. ¡Joder!, no seas borde.

—¿El vejestorio ese te pone cachonda? —pregunta incrédulo—. Pero si debe de tener por lo menos... cuarenta años.

—Treinta y cinco —le corrijo, pinzándome el puente de la nariz. Es eso o darle una patada en la entrepierna—. Y es muy buena persona, te gustará.

—No te entiendo. —Levanta las cejas brevemente, como si el candor de mis palabras le molestara—. No puedes confiar en la gente con esa facilidad. Mira si no lo que te ha pasado.

Me encojo al escuchar la dureza de su voz. Su rostro, perfilado por las luces y sombras del atardecer, está cubierto por tonos anaranjados y, cada vez que se mueve, la sensación de que me encuentro ante un ser sobrenatural, al que no tengo muy claro si catalogar como ángel o demonio, se intensifica y se multiplica por mil.

Pero a mí no me la pega, yo sé lo que pasa: el humo del cigarro le ha embotado el cerebro.

—Vas a hacerlo ahora mismo, ¿me oyes? —exijo.

—No vuelvas a decirme lo que puedo o no puedo hacer. —Se cruza de brazos con compostura y donaire, posicionándose en su condición de fantasma inaguantablemente pedante.

No, el cigarro no estaba en mal estado. El problema de Tommi es que no está acostumbrado a que nadie le lleve la contraria desde hace más o menos unos doscientos años. Y eso son muchos años para dejar que un niño se malve, que diría mi abuela.

Y hablando de chicos consentidos..., decido probar con la táctica que usaba mi abuela con Lolita.

—Tommi... —Le acaricio la mejilla, sin tener la más remota idea de cómo conseguir que me escuche—. Por favor..., tú eres un buen chico, un chico especial. Si haces lo que te pido, te contaré un secreto.

—¿Jugoso?

—Muy jugoso.

Le echa una mirada descarada a Carlos. Hace un breve asentimiento de cabeza y después dice enfurruñado:

—Vale, pero como luego resulte que el viejo salido ese...

¡Huy!, esto ha sido sencillísimo.

—No va a resultar nada más que un buen amigo, ya lo verás.

Otro breve y escéptico asentimiento.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres como un grano en el culo?

—Eso ha dolido.

—O sea que sí.

Antes de que pueda soltarle alguna grosería, me sujeta por los hombros y se me queda mirando fijamente. Los ojos brillantes de curiosidad anticipada.

—Dime tu secreto.

A falta de una alternativa mejor, le digo la verdad.

—He conocido a Sachiel.

Tommi me mira estupefacto. Y si hay que reconocerle algo, es que no es un fantasma de tres al cuarto al que se pueda dejar estupefacto a menudo.

—¿Como si Sachiel no tuviera otra cosa que hacer que perder el tiempo con cualquier mindundi! —replica con gesto triunfal—. Esta vez te has pasado, Willi.

Está bien. Tengo que convencerle como sea, no podemos perder más tiempo. Y si algo suele ser efectivo a más no poder, es el poder de la verdad.

—Mide como dos metros, luce la melena más sedosa que haya visto en mi vida, tiene unas alas blancas iridiscentes del tamaño de un elefante y lleva colgada a la espalda una espada que no me costaría nada catalogar de letal.

—¿Por qué no lo has dicho antes?! —exclama con los ojos como platos, con admiración incluso—. Se necesita mucho coraje para hablar de tú a tú con un ser como Sachiel. Eres muy valiente, Willi Nelson.

Mientras volvemos a cruzar la calle, me siento muy segura de mí misma. Nadie me había dicho nunca que tuviera coraje. Que era imbécil sí, pero que

tuviera coraje... Eso son palabras mayores, sobre todo, si tengo en cuenta que lo más corajoso que he hecho en mi vida ha sido darle el capirotazo a Margaret. Y eso porque no podía verme.

—Hola, me llamo Thomas Barlow —se presenta ante Carlos con aire despreocupado. Por la cara de desconcierto que acaba de poner este, sé que le ha visto y oído—, pero puedes llamarme Tommi.

—Qué hay, tío. —Carlos se acerca a estrecharle la mano, pero la retira al recordar que «se ve, pero no se toca»—. Me gusta tu camisa.

—Bah, una reliquia de mis tiempos —contesta Tommi, sonriendo orgulloso—. ¿Nos ponemos en marcha?

Impresionante, verdaderamente impresionante. Un halago sencillo y directo, un par de miradas intensas, una moto de alta cilindrada que se nos cruza —que no sé por qué les une como el cemento a los ladrillos— y *voilà*, el hielo se ha roto con más efectividad que si hubiese intervenido una picadora de hielos.

Seguimos a Tommi calle arriba dejando a nuestro paso a unos cuantos estudiantes escandalosos y con ganas de marcha, a un montón de turistas, a alguna que otra pareja cogida de la mano y mirada enamorada, hasta que se detiene frente a un edificio viejo. Miro la enorme entrada a través de las puertas abiertas, con las paredes desconchadas, unas pequeñas y sucias ventanas... y el silencio ensordecedor que reina en todo el edificio...

Me parece que Tommi se ha equivocado. Dudo que aquí haya algo de interés. Y si metemos pico y pala, lo más probable es que estos se vuelvan en nuestra contra y terminemos tan enterrados como el tesoro.

Estoy por dar la vuelta y olvidarme de todo cuando una señal llama poderosamente mi atención. Junto a la puerta hay una plaquita dorada que reza: «No es oro todo lo que reluce».

Con una sonrisa en la cara, me digo a mí misma que no hace falta que lo juren; definitivamente, esta casona no es de oro ni reluce. Después me doy un cachete mental y clavo los ojos en la placa de marras. Vaya, pues sí que está aquí el tesoro, si no, ¿a santo de qué viene poner una placa identificativa señalando la localización exacta de dicho tesoro? Me pregunto si será muy pesado. Y también me pregunto si, en el momento en que lo desenterremos, se acabará esta pesadilla y me despertaré siendo la misma Willi de siempre. Seguro que sí. Vaya, podré tocar a Carlos y decirle lo que siento.

Y tal cual estoy regodeándome con estos bonitos pensamientos, contemplando el maravilloso ocaso escocés, deleitándome con el ligero aroma

a brezo, escuchando el alegre revoloteo de un par de murciélagos escoceses, haciendo oídos sordos a la conversación tan instructiva que mantienen Carlos y Tommi sobre el Manchester United, observando a dos individuos que arrastran un inmenso baúl desde el descansillo del primer piso...

¡Mierda, que nos roban el tesoro!

Ignorando a mis amigos y tragándome unos cuantos improperios cuando oigo que Tommi parlotea: «Tienes que contarme lo de Willi ejerciendo de loro», me adentro en la penumbra de la casona, donde unos tíos de apariencia impecable arrastran un baúl antiguo desde lo alto de las escaleras.

—Lleva cuidado, tío, que esto es un tesoro —dice uno de ellos. El alto.

Entro en trance. ¿Nos van a robar lo que tan legalmente pensábamos robar nosotros?

Echo una ojeada por encima del hombro. Tommi y Carlos siguen estrechando lazos alrededor de una moto negra de gran cilindrada. Hombres. Todo se pega menos la hermosura.

—Tommi...

Tommi levanta la cabeza y me hace un gesto con la mano, como animándome a demostrar que soy algo más que una cara bonita. O una carga pesada, no se me da muy bien interpretar gestos. ¿Y ahora qué hago? No tengo sus poderes, no tengo cadenas a mano que poder arrastrar y, desde luego, tomar la iniciativa no es lo mío.

«Puedes ser lo que quieras...». «Lo que quieras...»

Subo los escalones con sigilo y me sitúo tras ellos, como si fuera su sombra.

Me pregunto si debería intentar lo de las cadenas, pero en lugar de perder tiempo buscando unas, me conformo con sacudir frenéticamente los brazos intentando llamar la atención de mis chicos. Tommi está agachado estudiando las ruedas de la moto y Carlos me da la espalda, inmerso también en un trozo de caucho. Cada dos palabras me parece escuchar: «Mucho agarre». Crudo que te ignoren por un pedazo de goma negra y cuatro tornillos, pero real como la vida misma.

Permanezco muda de asombro al menos diez segundos.

Tomo una rápida decisión: puedo convertirme en una protuberancia de un

escalón. Tropezarán, caerán, el baúl se abrirá y el tesoro se derramará por el suelo.

Supongo que la idea no es tan pésima como parece.

—Eh, ¿qué es eso? —Escucho la voz de uno de ellos.

—¿El qué? —pregunta el otro.

—Eso. —Y el primero de ellos levanta un dedo y me señala directamente—. Mira qué colores más bonitos.

Pero si voy de incógnito...

—Me lo pido.

—Perdona, pero yo lo he visto primero. —El que parece ser el jefe sonrío, dejando entrever unos dientes blancos que no pegan ni con cola con alguien de su calaña—. Va a quedar de lujo sobre la chimenea.

—¿Vas a disecarlo o lo vas a mantener con vida?

Levanto la cabeza y los miro sin entender.

—No, no, muerto es mucho mejor: ni comen ni cagan. —Me observa con detenimiento y parece que está sacando las medidas de mi ataúd—. A Susy le va a encantar. Ya sabes lo admiradora que es de la naturaleza viva reconvertida en arte estático. Mira a ver si puedes cogerlo, que no se nos escape.

Me levanto de un salto, presa de un mal presentimiento.

—¡Seréis animales! ¡Ni se os ocurra ponerme una mano encima!

—¡Anda, mira, el loro habla! —exclama el mandado con cara de guasa—. Bueno, elige, o el baúl lleno de libros viejos o el loro disecado.

¿Loro? ¿Qué loro? Tuerzo el pico y veo que tienen razón, soy un loro. Otra vez. Y encima ni siquiera tienen el tesoro. Me he jugado el plumaje por cuatro libros viejos. Y seguro que estos dos, vestidos de punta en blanco, son tan ejecutivos como aparentan.

—¡Idos a la mierda! —escupo, intentando levantar el vuelo, pero me resulta imposible. Agito las alas con frenesí, el pánico recorriéndome por dentro, y cuando estoy a punto de empezar a soltar picotazos a diestro y siniestro, la voz furiosa de Tommi me catapulta por los aires.

—¡Levántate y ven aquí ahora mismo! ¡Jesús, no se te puede dejar sola!

—¿Perico? —pregunta Carlos con los ojos de par en par, perplejo—. ¿Qué haces tú aquí?

Secretamente avergonzada, o mejor dicho, claramente avergonzada, revoloteo sobre sus cabezas. Antes de darme cuenta, Tommi hace eso de

chasquear los dedos y detiene mi errático vuelo y recupero mi forma habitual, o sea yo, Willi Nelson, justo un pelín antes de meterme el trompazo de mi vida.

—¡Dios santo! No puedo creer que te hayas disfrazado de loro. —Tommi estalla en carcajadas—. ¡Qué poco glamur!

Miro a Carlos de reajo y compruebo que también se está riendo por lo bajo.

Con sus risas aún tintineando en mis oídos, los que pretendían disecarme llegan al rellano y dejan caer su pesada carga. Miran a Carlos con recelo y sus labios esbozan una sonrisa cautelosa. Deben de pensar que van a tratar con alguna especie de chiflado.

—¿Has visto un loro de vivos colores pasar por aquí? —pregunta el que pensaba disecarme como regalo para su novia.

—No, lo siento —contesta Carlos, reprimiendo una sonrisa. Se despide con un gesto de cabeza y empieza a subir escalones.

—No me ha quedado más opción que convertirme en espía. Iba camuflada, ¿sabes?, de loro —explico cuando llegamos al rellano superior—. Para hacer, como quien dice, un reconocimiento del terreno —me apresuro a añadir—. Y, además, he descubierto el tesoro yo solita. —Dos sorprendidos pares de ojos se clavan en mí esperando una explicación—. Lo pone en la puerta.

—¿Lo pone en la puerta?! —exclaman a coro.

Les sonrío como haría un niño que guarda un secreto y está a punto de revelarlo.

—«No es oro todo lo que reluce». —Me observan como si fuera obtusa—. La plaquita que hay en la puerta...

—Eso no significa nada —replica Tommi, encaminándose hacia el pasillo en penumbra—. Un cliente insatisfecho lo colocó ahí hace más de tres décadas.

—¡Naranjas de la China! —Me sale la poetisa oriental que llevo dentro—. Y si no quiere decir eso, ¿cómo es que yo lo he averiguado enseguida?

—Casualidad.

Carlos ríe por lo bajo, pero yo no le encuentro la gracia.

—Las casualidades no existen. Me quedó muy claro cuando me dieron con un palo en la cabeza con la pobre excusa de la gallina ponedora.

—Tienes razón, eso no fue una casualidad, eso fue que tú eres tonta por fiarte de tus primos. —Para mi sorpresa, Tommi reprime una risita y añade—: ¿Qué te parece el tesoro? ¿Has llegado a verlo?

—Bueno, no, estaba esperando a que os unierais a mí —digo, señalando a Carlos con la cabeza—. Se os veía tan interesados en vuestra conversación sobre el estado de la mar que se traga todo lo que le echen que no quise interrumpir.

Carlos intenta mantenerse serio, pero no lo consigue.

—Es la puerta del fondo —indica Tommi—. No hace falta que llames. Como loro no habrías podido atravesarla, pero como espíritu...

Una pulla más y me lo cargo con mis propias manos.

Si no estuviera ya muerto, claro.

Con gran presencia de ánimo, me giro y animo a Carlos a llamar a la puerta. Me animo un poco más y empiezo a darle una serie de instrucciones, que considero totalmente necesarias:

—No digas que te acompañan dos fantasmas, no está bien visto. No te cargues a nadie, un tesoro no vale un cadáver sobre tu conciencia. Si el tío que custodia el tesoro es agresivo, no te la juegues. Tommi puede conseguir que se le quiten las ganas de vivir a la velocidad de la luz.

—¿Quieres cerrar el pico? —ordena Tommi con una risita.

¡Maldición! Lo sabía.

Me dispongo a reprocharle sus pésimos modales, cuando la voz de Carlos reclama toda mi atención:

—Buenas tardes, mi nombre es Carlos Alba y me gustaría tener una pequeña charla con usted —saluda en cuanto abren la puerta. Da un paso al frente y se cuelga en la vivienda sin haber sido invitado. Tommi y yo hacemos lo mismo y le echamos un vistazo a la chica, de unos veinticinco años y media melena rubia, que ha abierto la puerta—. Estoy investigando en busca de...

Y ya no le da tiempo a decir nada más, porque a la chica de media melena rubia con cara de buena persona empieza a temblarle el labio inferior, nos mira con desesperación y se echa a llorar como si estuviera pelando cebollas, y se arroja a los brazos de Carlos como si este fuera una boya en medio del mar.

Pensaba que, a la hora de seducir a alguien, la sutileza era de vital importancia.

Carlos la estrecha contra sí mientras ella le rodea el cuerpo y le clava los dedos en la espalda. Con la vista puesta en sus manos, veo que las sube un poco y se aferra a sus anchos hombros; después las eleva un poquito más y se abraza a su cuello.

En fin, ya sé que tenemos un problema para encontrar buenos partidos..., pero... yo a esto lo llamaría acoso.

Me dispongo a protestar, cuando Tommi se me adelanta:

—¡Se lo han llevado!

Partiendo del hecho de que no puedo dividirme en dos, puesto que, por un lado, tengo que separar a Carlos de la lapa pegajosa y, por otro lado, debo dejarle bien clarito a Tommi que los tesoros no se exponen sobre las mesas como si de bufés libres se tratara, sino que tenemos que cavar, y mucho, respiro hondo, pongo los ojos en blanco y me relajo antes de pedir explicaciones:

—Explícate —exijo con voz acusadora, mientras por la periferia de mi visión no le quito ojo a la rubita de marras. Cierro los ojos un segundo y me encomiendo a Sachiel para que me sumerja en benevolencia y así no tener que matar a la rubia aquí mismo, o al menos recurrir a algún que otro desmembramiento. Además, sería muy raro ver saltar por los aires brazos y piernas sin motivo aparente.

—El tesoro no es lo que imaginas. ¡El tesoro es un niño! —me aclara con un temor delator en la voz—. Tony ha debido llevárselo mientras... ¡Joder, si no le he quitado ojo a la casa!

—¡Jamás en la vida, señora mía! Jamás en la vida he fallado en mi misión de ayudar a los desfavorecidos. —Eso fue lo que le dije a Willi antes de salir para Edimburgo.

Estaba recostado sobre un hombro, apoyado en una esquina de una antigua calleja de la zona vieja de Edimburgo. El día era feo y nublado, y soplaban un poco de viento que hacía que multitud de hojas y flores se arremolinasen durante una fracción de segundo a mis pies, antes de seguir su camino. Llevaba más de una hora esperando. No me importó. Llevo toda la vida esperando y observando. Cuando tomé la decisión de cumplir con estas misiones, ya sabía que no iba a ser ni sencillo ni agradable. Repito, no me importó; la recompensa valía la pena.

Al principio fue horrible, pero ya había adquirido experiencia, exactamente doscientos años de experiencia, y me resulta muy fácil lidiar con la soledad, las largas esperas, las solitarias noches y los interminables días.

Únicamente me animo cuando tengo un caso difícil, y qué duda cabe que este lo era. Un reto llamado Willi que ha vuelto mi mundo del revés.

Desde el instante en que posé mis ojos sobre su cuerpo, pequeño y espigado, noté en ella algo diferente. Y no me refiero a sus rasgados ojos de extraño color. No, era otra cosa que no supe definir en su momento. Durante días la observé como un cazador experto observa todos los movimientos de su presa, hasta poder acercarme sin asustarla.

Y ese momento llegó cuando sus primos intentaron asesinarla. Me presenté ante ella sin terminar de creer lo mucho que había deseado ese momento. Lo mucho que necesitaba estar a su lado. Necesitaba hablar con ella. Necesitaba consolarla. Y cuando giró la cabeza y vi su gesto, y me miró con expresión extraviada y sus preciosos ojos color medianoche quisieron llorar, pero no pudieron, un instinto de protección desconocido hasta entonces me golpeó con tanta fuerza que lo único que pude pensar fue: «Quiero que sea feliz. Quiero justicia. Quiero la cabeza del que le haya hecho esto clavada en una pica. Quiero borrar de su rostro esa expresión de extravío. Quiero verla reír. Y, por encima de todo, quiero permanecer a su lado y ser testigo directo de ello».

He intentado convencerme a mí mismo de que mis sentimientos por ella son los mismos que sentiría por cualquiera que necesitara mi ayuda, pero es mentira. Claro que les ayudaría igual, pero ese revoltijo que noto en las tripas cuando la escucho decir una tontería detrás de otra, cuando dice tacos como si fueran halagos, cuando da saltitos de excitación y aplaude porque ha conseguido recolectar dos míseros pimientos, no lo sentiría por nadie más.

Sin embargo, y por mucho que Willi me atraiga, me resulta inquietante el hecho de no haber notado ninguna reacción en la parte baja de mi cuerpo el día que la vi desnuda. Estaba tan graciosa...

La figura de Tony al abandonar la antigua casa me sacó de mis cavilaciones.

Lo que necesitaba era dejarme de tonterías, entrar en el caserón y correrme una buena juerga yo también. Tal vez así dejaría de pensar en tonterías.

Ya más tranquilo, me encaminé hacia el burdel que Tony acababa de abandonar y me planté frente a las puertas, tratando de convencerme de que no estaba perdiendo el tiempo, sabedor de que me mentía a mí mismo.

Porque, vamos a ver, ¿para qué querría Philip un tesoro? ¿Y de qué tipo de tesoro hablamos? Los tesoros no abundan así como así. Eso son cuentos de vieja para gente crédula. Y Philip era un hombre con los pies en el suelo, un hombre sensato y trabajador que no tenía tiempo, ni ganas, para andar buscando tesoros imaginarios. Su único tesoro era su granja.

Al darme cuenta de que estaba dejándome llevar de nuevo por las cavilaciones, sacudí la cabeza y me centré en mi cometido: registrar la casa en cuestión. «No sé ni para qué me molesto», pensé.

Según Mooni, todo este embrollo tiene como origen la existencia de un tesoro. Un tesoro... En su momento, no quise ni pude decirle que eso me parecía la mayor de las estupideces, tan empeñada como estaba en intentar convencerme de que su amado Philip le había desvelado la existencia de dicho tesoro tan solo a medias. La perplejidad me asaltó sin previo aviso. Durante un rato permanecí mudo sin saber muy bien qué decir.

—Entonces... dices que un tesoro, ¿no? —pregunté, aparentando interés.

—Un tesoro, sí —contestó convencida; y a continuación agregó en tono reflexivo—: Si lo piensas bien, eso explica muchas cosas. Tal vez la excitación por haberlo encontrado fue la causa de su repentino ataque al corazón. Tal vez... —se mordió el labio inferior— Tony y Margaret se enteraron y van tras él. No sería tan raro —añadió al ver mi cara de escepticismo—. Puede haber tesoros en tierra, no necesariamente tienen que estar todos bajo el mar, ¿no?

Con un esfuerzo titánico, me tuve que morder la lengua para no decirle que había perdido la chaveta. Un tesoro... Después se me ocurrió otra cosa: por nada del mundo Willi debía enterarse de la historia del tesoro. A saber qué ideas disparatadas se le podían pasar por la cabeza. Sin embargo, aquí estoy, persiguiendo a un tipo que seguro que cree en todas esas zarandajas. Porque cada vez que pienso en un tesoro enterrado, la idea me resulta tan peregrina como las novelas románticas. ¿Qué sentido le dan a la vida de un hombre? La vida ya es demasiado novelesca sin necesidad de añadirle ideas tendenciosas.

Probablemente esa era la razón por la cual los primos habían intentado quitarse a Willi de en medio. No por la granja; eso era una tapadera para poder husmear por todas partes y hacerse con lo que no es suyo. Seguro que los muy idiotas pensaban deshacerse de la casa en cuanto encontrasen el fabuloso e inexistente tesoro. ¡Malditos estúpidos!

Cada vez más molesto conmigo mismo, por un momento yo también llegué a dudar sobre la existencia del imaginario tesoro, crucé el umbral y me adentré en la vetusta casa que acababa de abandonar Tony. Mi primera impresión fue de incredulidad; este no era el tipo de establecimiento que Tony gustaba de visitar. ¿De verdad esto era un burdel? Definitivamente, los recursos económicos de Tony debían haber menguado a la misma velocidad que su honestidad.

Me apresuré a adentrarme en la penumbra del ruinoso edificio. Oteé la zona en busca de alguna persona, pero nada. Daba la impresión de que el lugar estaba abandonado; los muebles estaban recubiertos de polvo y, excepto el crujir de la madera, no se oía ni el vuelo de una mosca.

Me crucé con un tipo de aspecto mugriento. Estaba sentado tras un escritorio de una de las salas de la planta baja. No le vi la cara; tampoco me importó. Dejé la grasienta cabeza inclinada sobre unos papeles y eché un vistazo rápido al resto de las estancias. Entendí que allí no había nadie más. Giré sobre mis talones con cara de asco y subí los peldaños que llevaban al piso superior.

Contrariamente a lo que esperaba, me tropecé con una hermosa mujer desnuda, de piel de terciopelo y cuerpo escultural, que me hizo el hombre más feliz de la tierra: «eso» acababa de dar una sacudida. La observé con mirada acerada mientras ella desaparecía en una de las habitaciones del estrecho pasillo. Tenía que conseguir que se sincerara conmigo, pero no podía hacer nada hasta que ella cayera rendida en un profundo y plácido sueño plagado de..., de pongamos, por ejemplo, monjes tibetanos ante los que desearía ocultar su sorprendente e inesperado estado de desnudez extrema, estado ante el cual no me quedaría más remedio que ofrecerle de forma altruista una manta de cachemir con la que cubrirse.

No me cupo duda de que, si todo se desarrollaba según lo previsto, me invitaría a seducirla. Y después, y siguiendo un orden establecido, yo no podría negarme a una petición tan razonable y terminaríamos la noche de manera muy satisfactoria para los dos: ella desaparecería de los desorbitados ojos de los monjes tibetanos y yo me enteraría de todo cuanto Tony le hubiera revelado en esos momentos de cerrazón intelectual previos al inevitable placer que se avecina.

Aún no me había dado tiempo a formar una sonrisa satisfecha en la boca, cuando un repentino ruido llamó mi atención. Sin pensármelo dos veces,

crucé el deprimente pasillo en un par de zancadas y atravesé la puerta de la habitación del fondo —la que pensaba que sería un armario trastero o un cuarto de baño—. La imagen que me encontré, me dejó confuso durante unos momentos.

La habitación era, en claro contraste con el resto de la casa, pequeña y acogedora. Había pocos muebles: un sofá color verde desleído, una cama situada junto a una de las paredes y una mesa con dos sillas que hacían las veces de pared divisoria entre una minúscula cocina y el saloncito; pero estaba limpio y el olor a limón flotaba por todo el ambiente. Ante la única ventana cerrada, distinguí la silueta de una planta seca. Sentados frente a la mesa, una joven rubia de aspecto pulcro intentaba con paciencia que un niño de unos pocos años de edad tragase una especie de mejunje similar al que mi madre me obligaba a tragar cuando tenía su edad.

Qué tiempos aquellos en los que no existían más que los alimentos naturales, aunque a la mañana siguiente las diarreas tomasen la voz cantante y te cantasen que no se te ocurriera jamás volver a comer semejante bazofia, por muy natural y nutritiva que fuera.

—Tienes que comer, Martin —insistió la joven, cuchara en mano—. Si no comes, nunca te harás mayor.

—Quiero irme a casa... —protestó el niño de tez blanca y cabello negro, balanceando las piernecitas con nerviosismo.

—Todavía no podemos marcharnos —contestó la chica. Y durante una fracción de segundo, me pareció que ponía cara de preocupación.

—¿Por qué? Estoy cansado de estar siempre encerrado aquí. —Su pequeño y solemne rostro se contrajo, reprimiendo un puchero.

Sonreí. Yo también hacía eso mismo cuando mi padre me regañaba y no quería derramar lágrimas ante él. Los niños de esa edad podemos llegar a ser muy orgullosos.

—Lo sé, cariño, lo sé —musitó la chica—, pero aquí estamos bien. Ya sabes lo que pasó la última vez que intentamos marcharnos.

—No me gusta que me cojan por las orejas. Duele, ¿sabes?

Una profunda sensación de inquietud se apoderó de mí en cuanto escuché esas palabras. ¿Por qué no pueden marcharse cuando les venga en gana? ¿Y quién coge a un niño por las orejas? Mi sexto sentido se activó y presté más atención a todos los detalles que me rodeaban. No vi armarios por ningún lado, ni ropas ni mochilas con trabajos escolares. Un gran televisor presidía

la estancia, tan en consonancia con el lugar como un elefante en un pase de modelos. Y para rematar el cuadro, la ventana sobre la que descansaba la marchita planta estaba trabada con un candado. Me detuve en mi inspección y me giré hacia la chica, lanzándole una mirada afilada mientras maldecía para mis adentros.

—No me gusta estar aquí —refunfuñó el niño, antes de tragarse una cucharada del repugnante mejunje—. Nunca me ha gustado estar aquí —protestó con la boca llena.

—¿Por qué estás hoy de tan mal humor, cariño?

Sí, ¿por qué no te gusta estar aquí, pequeño Martin? ¿Acaso te han secuestrado? ¿Acaso esta tía loca pretende tenerte encerrado toda la vida? Di una palabra, pequeño Martin, una sola palabra y te sacaré de aquí más rápido que canta el gallo.

—Recuerdo que me dijiste que me ibas a llevar al zoo y no hemos ido todavía.

Cerré los ojos y me entró una necesidad desesperada de sentarme. Me estaba volviendo paranoico. Me llevé una mano al pecho y agradecí en silencio que mis suposiciones hubieran sido erróneas. Volví a abrir los ojos y comprobé por qué la ventana permanecía cerrada a cal y canto: una de las bisagras parecía rota y el candado la mantenía en su sitio.

Aunque parezca una ironía, veía fantasmas donde no los había.

Empecé a recular hacia la puerta mientras retazos de su conversación llenaban mis oídos.

—¿Adivina cuándo podremos ir!

—¡Ahora mismo! —exclamó el niño, excitado.

Sonreí.

—Ahora mismo no puede ser.

—Has dicho que lo adivinara.

—Exactamente. Y no lo has hecho.

Les dirigí una última mirada antes de salir al pasillo.

—Pero... yo quiero ir hoy —se quejó el niño con mirada triste. Volví a sonreír. Menudo liante—. Si no vamos hoy —amenazó con voccecita infantil —, ya no podremos ir nunca más.

La chica se inclinó hacia delante y le revolvió el pelo con cariño.

Lamenté no poder ayudarles. Se les veía tan desvalidos... Pero ¿qué podía hacer un fantasma sin medios económicos, excepto cerrar los ojos y esperar

que algún día la fortuna les sonriera y pudieran, por fin, llevar una vida un poco más... cómoda en una casa un poco menos... deprimente?

Finalmente, decidí marcharme, a pesar de que no podía sacudirme de encima la sensación de que algo no encajaba. Estaba a punto de abrirme paso a través de la pared, cuando el susurro de la joven rubia me detuvo de golpe.

—Así es más divertido. Aquí encerrados —bajó tanto la voz que debí retroceder un par de pasos para poder oírla—. Tú eres un tesoro que hay que guardar hasta que el tío Anthony nos dé permiso para salir.

La piel del cuerpo se me erizó. ¿Qué estaba insinuando? ¿El tesoro? Me quedé inmóvil, observando el constante balanceo de sus piernecitas, el brillo de su pelo negro, el movimiento mudo de sus labios a través del tronar de mis oídos.

«No puede ser —pensé conmovido—. ¿Este es el tesoro al que se refería Mooni? ¿Un niño? —Parpadeé confuso un par de veces—. ¿Un niño? —me repetí a mí mismo—. Pero... ¿de quién es esta criatura y por qué Tony le mantiene encerrado?».

Me volví hacia la chica. Una rabia furibunda que no había sentido desde hacía doscientos años me inundó con ansias asesinas. Sacudí la cabeza e intenté tranquilizarme. Si me dejaba llevar por la rabia y la desesperación, lo único que conseguiría sería que todos los cristales estallasen en mil pedazos y los pocos muebles salieran volando hasta estrellarse contra las paredes; no era mi intención asustar al niño, tan solo llevármelo de allí.

Mi primer caso como espíritu de la justicia fue el de una niña a la que secuestró un vecino. No pude hacer nada por ella. Unos quince días después de su desaparición murió a causa de unas fiebres repentinas debidas a los abusos, el frío y la malnutrición. De esto hacía doscientos años, y el recuerdo de su cuerpecito, blanco, frágil e inmóvil, yaciendo sobre la fría, dura y helada capa de nieve me perseguía desde entonces día y noche. No cometería el mismo error dos veces.

En aquel momento, yo era un joven impulsivo e inexperto de dieciocho años que creía que tenía en su mano todo el poder del universo, y que jamás pensó que podría fracasar en su primera misión. No fue así, fallé estrepitosamente. No pensaba volver a dejarme arrastrar por la impetuosidad del momento. Ya no era ese joven estúpido y rebelde que creía que, con su arrogancia, su rebeldía y su inmortalidad, podía solucionarlo

todo.

Cerré los ojos, respiré hondo y me obligué a reprimir la furia asesina que me recorría. Anulé el imperioso deseo de colocarlo bajo mi brazo, como si de un balón de rugby se tratara, y salir corriendo a toda velocidad hacia la seguridad de Cedar Farm.

Maldiciendo mi condición de ser incorpóreo, le lancé a la chica una furiosa y acerada mirada que prometía venganza. Por encima del clamor de mi cerebro, del suave silbido del viento, de las débiles protestas del niño y creo que de mi propio y enloquecido corazón, escuché la paz y el sosiego interior del que me imbuí hace doscientos años. Permanecí inmóvil y relajado, superando poco a poco el dolor, la culpa por la tragedia. Cada profunda respiración era como una puñalada en lo más hondo de mi pecho.

Cuando conseguí tranquilizarme, los retazos lejanos de su conversación resonaban distorsionados en mis oídos, como si los tuviera llenos de agua.

Ya no me importó su conversación. Ni los porqués ni los cómo. Mi única certeza era que iba a sacarlo de allí. Por encima de quien fuera. A costa de mi propia existencia inmortal si era preciso.

Me acerqué al niño y me acuclillé junto a él.

—Yo te sacaré de aquí, pequeño Martin —le prometí en un susurro—. Yo, Thomas Barlow, acabo de convertirme en tu protector. —Le acaricié el pelo con una mezcla de ternura e impotencia—. Yo te sacaré de aquí y te llevaré a un lugar precioso donde podrás correr y reír, y donde nadie te obligará a tragarte esa porquería —añadí sin poder contenerme.

—¿Hay animales? —La pregunta del pequeño me obligó a dar un respingo.

—¿Cómo no va a haber animales en el zoo? —contestó la cómplice de Tony—. Anda, que estás tú bueno.

—Hay vacas y cerdos y gatos y pájaros, que cantan desde la mañana hasta la noche; y peces, que podrás pescar en un río precioso; y árboles, enormes árboles verdes de frondosas copas bajo los que podrás tumbarte y respirar el aire fresco y puro de la mañana; y sembrados y miles de flores de color rojo que, cuando las ves desde lejos, dan la impresión de que todo el campo arde en llamas. Te voy a llevar al lugar más hermoso de la tierra.

El niño frunció el ceño, preguntándose de dónde procedía esa voz y, quizá, si debía o no creerme. A mi pesar, sonreí.

—Ya, ¿pero hay leones? —Giró la cabecita y me miró directamente a los

ojos, sin poder verme en realidad—. *¿Animales de verdad?*

La chica alargó una mano y le tocó la frente apartando los largos mechones negros.

—Hoy estás muy raro, Martin. —Y añadió con preocupación—: Espero que no te pongas enfermo... —Se volvió a echar hacia atrás mirando a su alrededor con recelo—. Sabes que no podemos llamar al médico.

Aunque no podía verme ni oírme, sintió mi presencia. La fuerza de mi furia dirigida hacia ella. Nerviosa, se levantó de la silla y empezó a escudriñar por toda la habitación. Sentí una breve sensación de euforia.

—Sí, hay animales de verdad, y tú vas a ponerles nombre a todos y cada uno de ellos. Pero antes de llevarte conmigo, pequeño y querido Martin... — le prometí, sobreponiéndome al abrumador deseo de quedarme con él hasta que Willi nos encontrase. Porque tan seguro como que iba a cargarme a Tony en cuanto diera con él que Willi no habría hecho el menor caso de mis advertencias y aparecería por aquí de un momento a otro—, tengo que ocuparme del animal más dañino que existe sobre la faz de la tierra, para que nunca pueda volver a hacer daño a nadie.

—Vale —contestó con simplicidad pueril—, te esperaré, pero no tardes, ¿vale?

—Te doy mi palabra.

Y entonces, sucedió... Fue ver la sonrisa confiada y emocionada del niño y una desconocida y perturbadora alegría me hizo tomar una repentina y, mucho me temo, descabellada decisión: cuando terminase mi compromiso con Willi, no me iba a quedar más remedio que renegociar mi contrato con Él y contraer matrimonio con ella —aunque eso es lo último que deseo— para poder ocuparnos de este niño y darle un hogar como Dios manda. Lo cual significaba, para mi mayor asombro, que a pesar de encontrarme en el siglo XXI, mi mentalidad seguía anclada en el siglo XIX.

De repente me sentí más ingrátido de lo normal.

Como si hubiese saltado desde un avión sin paracaídas por voluntad propia.

De un avión que volaba muy alto.

Si no estuviera ya muerto, seguro que Willi me mataría cuando le contase mis planes.

Muy, muy alto.

¿De verdad seguía pensando como un labriego del siglo XIX?

Imposible.

—¡¡¡Joder, Tommi, que te estoy hablando!!!

Le sujeto por los hombros para obligarle a mirarme y por fin parece que me reconoce.

—Willi, Willi... ¡¡¡Se lo ha llevado!!! ¡El maldito cabrón se ha llevado al niño! —grita, como si acabara de acordarse de todo.

Noto cómo un temblor incontrolado me recorre de arriba abajo. Un niño, el niño, el niño que llevaba cogido de la mano, nunca mejor dicho, en manos de semejante monstruo. Creo que me voy a desmayar, otra vez.

—¡Ahora no! —La voz cortante de Tommi detiene el desvanecimiento de golpe—. Pregúntale —le ordena a Carlos— adónde se lo ha llevado y cuánto hace de eso. —Nunca, en los aproximadamente quince días que conozco a Tommi, le he visto tan nervioso—. Ella es la encargada de vigilar al pobre niño.

Carlos la suelta como si quemara.

—¿El... tesoro... es... un niño...? —pregunta con voz temblorosa, en perfecta yuxtaposición con la mirada afilada.

—Sí, un niño que ha desaparecido y tenemos que dar con él lo antes posible —dice Tommi.

La rubita llorona asiente con la cabeza, tapándose la cara con ambas manos. Está claro que prefiere toquetear a hablar.

Sin embargo, mi paciencia tiene un límite. Y aunque no carezco de sutileza cuando el momento lo requiere, este no es ese momento.

—¡Carlos, títala por la puta borda!

Es obvio que Carlos desea tirar a alguien por la borda: probablemente a mí.

Le hago un gesto con la mano, apremiándole para que comience con el interrogatorio. Él asiente con la cabeza y esboza una amable sonrisa antes de empezar a sonsacar a la rubita. En vez de decirle que no sea tan considerado, que a los secuestradores se les debería pasar por la quilla, le echo una mirada de reojo a Tommi. Sigue con el ceño fruncido y aprieta tanto los puños que debe de estar haciéndose daño.

—Se lo ha llevado hace menos de una hora por la puerta de atrás —confiesa la rubita mientras se seca el sudor de las manos y arruga la nariz, a punto de estallar en llanto—. Ha sido por la voz que el niño aseguraba

escuchar.

—¡Pero qué cojones le dijiste! —Carlos se vuelve inquieto hacia Tommi, olvidada ya toda pretensión de hacer el paripé del teléfono.

—Sí —intervengo, una vez recuperada de la impresión—. ¡Qué narices le dijiste!

—Que le iba a llevar a un lugar donde solo encontraría paz y felicidad. Un lugar donde nadie más podría hacerle daño. —Me atraviesa con una mirada glacial.

—¿Ibas a llevártelo al más allá?! —Carlos no sale de su asombro y la secuestradora llorona no para de mirar en todas direcciones, desesperada. Probablemente, pensando que un loco se ha colado en su casa y mantiene una conversación imaginaria a dos bandas.

—¡Sois idiotas! —exclama Tommi completamente furioso—. Le dije que lo llevaría a Cedar Farm. Que allí sería feliz. Por eso estaba esperándote. —Me mira de manera acusatoria—. Por eso no pude ponerme en contacto con Mooni, no quería perderle de vista.

Incapaz de articular palabra por culpa del aturdimiento, y desbordada por la cantidad de información que todavía no me ha dado tiempo a procesar, balbuceo nerviosa:

—Le..., le... le he visto hace un rato. Tony lo llevaba cogido de la mano, pe... pe... pero los he perdido.

En situaciones desesperadas, las personas reaccionamos de manera desesperada, por eso yo, que soy medio oriental, mantengo la compostura cuando Tommi, que ya quisiera serlo, grita desesperado:

—¡¡¡Joder, va a cargárselo!!!

Oh, Dios mío, lo que faltaba. Creo que, después de todo, sí que voy a desmayarme.

Sacando fuerzas de flaqueza, lo que implica aguantar unos cuantos insultos malsonantes, cristales reventados volando por todas partes, otro insulto ofensivo y un «Willi, como te desmayes, no respondo de mis actos», y también un «Carlos, pregúntale dónde puede haber llevado al niño, y más vale que te conteste si no quiere conocer mi ira», conseguimos mantener la calma y, por extraño que parezca, Carlos se dirige a la chica con voz comprensiva.

—No te preocupes, chica, yo le encontraré. —La rubita asiente impetuosamente y le mira como si fuera el mismísimo Poirot, pero sin bigote pringoso, redecilla en la cabeza y reencarnado en tío bueno—. ¿Escuchaste

algo que me dé alguna pista? —Se encoge de hombros y niega entre sollozos—. Vamos, piensa. Lo que sea que oyeras me será de gran ayuda para encontrarle.

—El niño se llama Martin Clark y..., y tiene cuatro años. Yo... le cuidaba... Me dijo que era por su bien, pero un día le tiró de las orejas... Dijo... —Vuelve a arrugar la nariz—. Dijo... —Suelta un hipo—. Dijo que iba a matar dos pájaros de un tiro.

Antes de que me dé tiempo a poner el cerebro en funcionamiento, noto un tirón en el brazo y levanto la cabeza. La mirada de Tommi, habitualmente tan pícaro, ha dejado paso a una expresión de miedo e inseguridad. La mandíbula, tan tensa que si no es porque sé que es imposible que se parta los dientes, temería por ellos.

Poso mi mano en su antebrazo y le acaricio con calma un par de veces, intentando disimular el horror que me produce verle así.

—No te preocupes, Tommi, seguro que no le pasará nada. Le encontrarás.

—No te quepa la menor duda —replica en tono dudoso—. No pienso volver a fallar.

Me quedo pasmada.

¿Ha dicho volver a fallar?

—¿Has fallado muchas veces? —pregunto, con miedo a la respuesta.

—Una vez en doscientos años. Era muy joven y... —Se calla y su expresión, hasta ahora distante, se torna resuelta de golpe.

Y así, sin más, sin tomarse la molestia ni de despedirse, Tommi desaparece ante nuestras narices.

—¡Al helicóptero! ¡Date prisa, Willi! —me exhorta Carlos desde el pasillo.

Sin darme tiempo ni a replicar, corremos hacia la puerta y bajamos las escaleras con las manos sudorosas y el corazón desbocado.

Definitivamente, tengo que aprender a viajar a través del espacio.

En cuanto me subo al maldito helicóptero, mi fobia a las alturas ha quedado relegada a un segundo plano. El estómago se me encoge y la cabeza me da vueltas, pero por razones distintas a las acostumbradas. No termino de asimilar que el niño que iba con Tony sea el tesoro. Y mucho menos que esté en peligro. Me niego a dar crédito a las palabras de Tommi. Ya sé que no es la primera vez que intenta deshacerse de alguien, ¿pero un niño? ¿Acaso no conoce la decencia?

Antes de entrar en pánico, busco a Carlos con la mirada, esperando alguna frase digna de imprimir para la posteridad y lo suficientemente novelesca como para que me quite el miedo de un plumazo. Un consejo, un abrazo y unos cuantos achuchones tampoco me vendrían mal.

Me devuelve la mirada esforzándose por sonreír, pero el abatimiento que veo reflejado en sus ojos me asusta tanto que estoy a punto de hiperventilar.

Respiro, con los ojos cerrados, y lo primero que me viene a la mente es la imagen de un niño de aspecto débil y enfermizo. Vuelvo a abrir los ojos, intentando hacer caso omiso de dichas imágenes, mientras no dejo de pensar en una sola cosa: ¿para qué querrá a ese niño? Y otra cosa: ¿el comportamiento psicótico de Tony es premeditado? Y un último pensamiento, pero no por ello menos importante: ¿qué grado de parentesco me une a esta familia de alimañas sin escrúpulos?

Antes de acabar volviéndome loca con tanta reflexión, me pego un poco más a Carlos, que no para de hacer llamadas de teléfono a su amigo el policía intentando por todos los medios recabar la mayor información posible sobre el niño.

Si todavía tuviera mi cuerpo de mujer, me habría dado una migraña de padre y muy señor mío. Pero como los espíritus no somos propensos a ello, la sustituyo uniendo las palmas de las manos y me apresuro a rezar con fervor de monja enclaustrada.

Carlos, que ha notado mi estado de agitación, intenta cogerme la mano para tranquilizarme y termina acariciando el asiento de cuero. Le miro y le sonrío agradecida. Podría acostumbrarme a eso sin ningún problema —a que acaricie los asientos no, a que se preocupe por mí—. Me devuelve la sonrisa y también me lee el pensamiento.

—No te preocupes, le encontraremos.

Intenta cogerme la mano de nuevo, pero esta vez la retiro y no le dejo. Es demasiado duro ver todas tus esperanzas truncadas una y otra vez por causas ajenas a uno mismo.

Me encuentro tan mal que me pregunto si debo explicarle cómo me siento. Hablarle, por ejemplo, de la desesperación que me asalta de vez en cuando y de cómo por las noches las pesadillas me atormentan, sin necesidad de estar dormida. También podría contarle que estuve a punto de viajar con mis padres para recoger mierda de mono en la Malasia tropical. O describirle, paso por paso, el inmenso amor que siento por ellos; que son los únicos que hasta ahora aliviaban mi soledad. ¿Cómo voy a poder poner en palabras todo esto? ¿Y si le revelo parte de mi alma y no sabe apreciar mi generosidad? ¿Qué haría entonces?

Giro la vista hacia el exterior y me limito a agitar la cabeza con incredulidad. Lo que provoca no solo que me maree, sino que tenga una percepción clara y absoluta de todo cuanto me rodea: aire. Aire y más aire que, unido al aire que se escapa de mis pulmones cuando pienso que estamos a miles de metros de altura, está consiguiendo que me ponga azul. Un color que solo me gusta ponerme en el pelo, nunca en la cara.

Durante el vuelo Nueva York-Londres no tuve ningún problema. Mi padre se encargó de eso. El muy granuja me metió una buena dosis de lo que sea que chuta a los gorilas con ganas de arrancar cabezas y el vuelo se me hizo cortísimo. Ni me enteré. Cuando desperté, a base de cuatro zarandeos bien dados, el pasaje ya estaba desembarcando. Le sonreí feliz antes de lanzarme a darle un beso de agradecimiento.

Apenas estoy pensando en la excusa perfecta para hacer lo mismo con mi hermoso y maduro acompañante —lanzarme a sus brazos y darle un beso, quiero decir— sin necesidad de meterme en sus sueños ni de estar borracha como una cuba, cuando la ya familiar voz me saca de mis cavilaciones.

—¿Te parece bien que tomemos tierra junto a la casa?

—Me parece bien que tomemos tierra donde sea, siempre y cuando la

tomemos a pequeños sorbos y no de golpe.

—Mi pequeña Willi —dice con su voz llena de dulzura. Tan dulce que tengo que reprimirme para no zampármelo de un bocado—. Tan valiente..., tan impetuosa..., tan... especial...

Puesto que es la primera vez en mi vida que un hombre me dice esas cosas tan bonitas, me quedo sin saber qué hacer. Esperando. Esa es la naturaleza de las frikis: esperar siempre. Esperar que te elijan para el equipo de animadoras, sabiendo que nunca lo van a hacer. Esperar a que el chico que te gusta te invite al cine, sabiendo que te vas a perder la película. Esperar una cena romántica a la luz de las velas, sabiendo que, como no las compres y las enciendas tú misma, te vas a quedar a oscuras. Esperar a que tu novio te haga una proposición de matrimonio, que termina aceptando tu hermana, la animadora. Esperar...

Hoy, sin embargo, la espera conlleva una angustia añadida: salvar a un niño de las maquinaciones del impresentable de mi primo. No tengo tiempo ni para velas ni para invitaciones ni para besos. Mi mente no para de darle vueltas y más vueltas a dos cosas: tengo que encontrar a ese niño, a ese tesoro, sea como sea, y necesito sentir el cuerpo de Carlos pegado al mío aunque apenas sea una vez, una sola vez. Frustrante, realmente frustrante eso de no poder sentir nada. Hace que mi buscona interior se retuerza y gruña como una posesa.

Pero lo más desconcertante de todo, lo más sorprendente, lo más fascinante, es que hemos llegado a la granja y ni me he mareado ni nada. Me he dado cuenta en el mismo instante en que el piloto ha gritado a viva voz: «¡Yaaaaa hemooooos aterriZZZZado!».

Sintiéndome profundamente desdichada, no solo porque hemos terminado de destrozar mi querido sembrado de cebolletas, sino porque me he dejado burlar por segunda vez por el primo Tony —puede que sea guapo, sofisticado y encantador, pero a mí me parece un monstruo que ha demostrado con creces unas enormes carencias humanas—, cierro los ojos, doy un brinco y salto desde el helicóptero. Al volver a abrirlos está todo color verdoso, pero no porque yo sea daltónica, sino porque de nuevo he vuelto a caer de cabeza.

Oh, Dios, de esta me quedo tonta, en serio.

Podría haberme comportado como una marisabidilla y haber dicho algo sobre la ley de la gravedad o algo igual de profundo, pero la expresión de intensa preocupación en el rostro de Carlos consigue que me olvide de mis

inseguridades, por esta vez, y me levante de un salto.

—¿Lista para atrapar a un asesino? —pregunta, en un intento fallido por tranquilizarme.

«No», dice mi yo interior. Lo siento, pero es algo intrínseco en mí: si detecto cualquier tipo de peligro, me acobardo. Y si me acobardo, corro en dirección contraria sin medir las consecuencias de mis impulsivos y gallináceos actos.

—¡Lista y preparada! —contesto, en cambio, antes de dirigirme con paso bastante inestable hacia la cocina de Cedar Farm.

Mientras mi mente trabaja denodadamente intentando convencerme de que esto es una pesadilla; de que, si bien es cierto que Tony ha intentado deshacerse de mí y no ha hecho más que mentir desde que le conozco, también lo es que, por muy repugnantes que sean sus métodos, en el fondo de su corazón todavía debe de quedar un atisbo de decencia. No será capaz de hacerle daño a un niño.

Al abrir la puerta de la cocina, casi espero escuchar uno de los gritos ensordecedores de Mooni. En lugar de eso, nos la encontramos sentada junto a Lolita, frente a una botella de licor de melocotón. Sus semblantes difieren bastante entre sí. Mientras que Lolita me lanza un gesto airado, que interpreto como que se alegra de verme, a Mooni parece que acabe de quemársele el asado.

Hasta que levanta la cabeza y la furia de su mirada me deja sin aliento.

—¿Dónde os habíais metido? —pregunta con voz ronca.

Vacilo un instante antes de contestar.

—En el helicóptero.

—¿Y Tommi?

Dado que no tengo ni idea, me encojo de hombros.

A Mooni ha debido de darle por pensar que si me mira con aire amenazador, sabré dónde está Tommi. Por lo visto, no es consciente de que, si supiera algo de él, fijo que estaría contándoselo con pelos y señales. No soy buena guardando secretos.

Sin apartar los ojos de ella, tuerzo el cuello por encima del hombro y señalo a Carlos en un intento por desviar su atención, y da resultado.

Mooni entorna los párpados y le lanza una mirada amenazadora antes de beberse lo que queda en el vasito. Mala señal. Si Mooni no está dándole al té como una desquiciada, es que esto no pinta nada bien.

Carlos, haciendo gala de una serenidad budista, aprovecha el momento para anunciar a bombo y platillo:

—Lo hemos perdido.

Trastabillo hacia atrás, impaciente por llegar a la puerta y huir cual liebre asustada; no es momento para andarse con tonterías. No, cuando la sonrisa afable de Mooni ha sido sustituida por una especie de mueca agresiva y un gruñido similar al que haría un animal con ganas de liebre estofada.

—¿A quién habéis perdido?

Detengo mi errática huida en seco y miro al dueño de esa voz. Por segunda vez en un mismo día, me dan ganas de saltar sobre él y comérmelo a besos. Después, me tapo los oídos con las manos y espero.

—TOOOMMMIIII. —El grito de Mooni ha sido una especie de catástrofe nuclear capaz de conseguir que la Tierra deje de girar sobre su órbita—. ¿Dónde has estado? ¿Sabes lo preocupada que me tenías? Que ya estés muerto no te da derecho a angustiarme de ese modo.

Le echo un vistazo rápido a Lolita. No tardará en entrar en pánico.

No me lo perdería por nada del mundo. Ya sabes, uno de esos preciados momentos que toman tintes de tragedia griega y alegran tu miserable existencia.

—Mooni, ¿tenemos otro espíritu danzante por aquí?

—Sí, cariño, pero no te apures, que es inofensivo.

Tommi pone los ojos en blanco y Carlos y yo reprimimos la risa.

—¿Está de visita o algo así?

—Algo así.

Lolita, haciendo gala de una enorme desconsideración hacia mis preferencias por las tragedias griegas, levanta una mano y agita los dedos en el aire, tranquila y relajada; yo diría que hasta incluso feliz. Es la viva imagen de una persona abierta a ideas budistas y espiritistas. Un comportamiento que nunca hubiera esperado de ella.

¡Maldita sea, mi hermana se ha vuelto loca del todo!

Una vez que consigo asimilar que Lolita ha perdido la chaveta, lanzo un suspiro de derrota y tomo asiento junto a Tommi.

Carlos se me une y empieza a hablar mientras mira con cara de asco la botella de licor de melocotón.

—Si vamos a recuperar ese tesoro, tendremos que idear un plan de acción. El tiempo vuela y precisamente lo que no tenemos es tiempo.

El corazón se me acelera. Me llevo una mano al pecho y me giro hacia Tommi, manteniendo la cabeza bien alta y una mirada confiada.

Mueve el cuello de un lado a otro, mostrándose despreocupado; luego me guiña un ojo antes de decir:

—Lo tengo todo controlado. Sé dónde está y lo que va a hacer.

—¿Dónde está?—pregunta Mooni con ojillos brillantes.

—En un hotelito del pueblo. —Señala hacia su derecha con la cabeza—. Tan solo he venido a daros la noticia. Yo me encargo. Dentro de un rato... será mío.

Este chico tiene una curiosa forma de dar las noticias: te deja con la sensación de que está tramando un asesinato. No sería la primera vez, así que ya debería estar acostumbrada. Pero, no sé por qué, no termino de verle en el papel de ángel exterminador.

Ya más tranquilos, nos despedimos de Tommi. A los demás les parece que ha llegado el momento de seguir bebiendo. Yo suspiro por un chupito de licor de orujo.

«Bueno —me digo—, por fin vamos a poder descansar. Por fin voy a dedicarme a mis propios asuntos, que no son pocos. Debería estar contenta y, sin embargo..., intuyo que algo no va bien. No termino de relajarme».

Permanecemos sentados, brindando por la inminente resolución del caso. Primero, una copita por Tommi y, después, otra por el tesoro. Dos más por un futuro prometedor para Carlos. Y otras tres porque sí. Porque ya que están, no van a dejar un culito, ¿no? Y aunque no hay nada que desee más que reunirme conmigo misma, puesto que me están poniendo los dientes tan largos que voy a rallar el suelo, me obligo a permanecer inmóvil, esperando. Además, no quiero dejar a Carlos a solas con Lolita, y menos borrachos.

¿Y no debería haberme desvanecido ya? ¿Cuánto tiempo se puede tardar en atrapar a Tony?

—Creo que deberíamos irnos a la cama, ha sido un día agotador —propone Carlos.

Asiento, probablemente con expresión ilusionada; que una boca habilidosa y ardiente, y un par de manos varoniles, fogosas y sensuales se abalancen sobre mí hasta rozarme el alma, es con mucho preferible a permanecer sentada en la cocina.

—Sí, agotador —lo secunda Mooni.

Con las rodillas temblorosas, me levanto y me dirijo a mi habitación. La

casa está envuelta en penumbra, salvo por la luz intermitente que entra por las ventanas. Me lleva un momento notar que la bombilla que mantenemos encendida en la terraza trasera toda la noche no puede brillar tan fuerte. Ni aunque esté comunicada. Suelto un reniego y, cuando me giro para ir a ver qué ocurre, un horripilante *crac* hace temblar la casa bajo nuestros pies.

—Conque lo tengo controlado, ¿eh? Conque déjame a mí a Tony, que para eso soy el que más experiencia tiene, y tú encárgate de llamar a tu amigo el detective.

Con esas palabras se despidió anoche Tommi, todo seguridad en sí mismo y aire chulesco. Qué no daría por tenerle ahora a mano. Qué no haría por borrarle la sonrisa prepotente de un guantazo.

Una aguda punzada en el pecho me recuerda que Tommi ha perdido, de nuevo, a Tony y al niño. Sí, como te lo digo. Después de escuchar el *crac* de las narices, que no fue otra cosa que el cabreo que llevaba Tommi encima, echamos todos a correr al exterior de la casa.

No noté ni el aire frío que me azotó la cara ni los rayos que cruzaban el cielo. Únicamente fui consciente de la figura de Tommi, que usaba su propio cuerpo como pararrayos. Me quedé observándole, confundida y aterrada, hasta que me di cuenta de que era él mismo la fuente de esa exhibición de arte pirotécnico.

Hice una mueca; eso era, cuanto menos, peligroso.

Bajé los escalones de dos en dos y le grité:

—¡Quieres dejar de hacer el chorra y celebrarlo como una persona normal! No sé, píllate una buena cogorza o vete de crucero.

—Lo he perdido —murmuró con la cabeza gacha.

—No hables en singular —repliqué con sarcasmo, todavía impresionada por su capacidad para provocar efectos especiales—, has perdido más de un tornillo.

Lanzó un gruñido muy masculino y soltó otro fogonazo de ira que rozó una de las chimeneas.

—¡Joder, Tommi, ya te vale, que me vas a quemar la casa!

—El... tesoro, no está. Las probabilidades de que lo encuentre son cada vez menores.

—¿No está? —farfullé.

—No —gruñó con resentimiento, pero dejó de hacer pirotecnia.

—¿Lo has vuelto a perder?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Esas eran demasiadas afirmaciones para mi gusto. ¿Acaso no había aprendido nunca el poder y la belleza del no?

—Así que... —pregunté con miedo a la respuesta—, ¿no hemos avanzado nada?

—NO.

Mi reacción ante semejante contratiempo fue mínima: por quinta o décima vez, caí desvanecida a los pies de Mooni.

La noche se ha hecho eterna. Una de esas noches en las que si tuviera que detallarte todo lo que ocurrió a continuación, me faltarían palabras y tiempo. Ha sido la noche de los cómo. De cómo Tommi gritaba frenético que el cabrón de Tony había abandonado el hotel cinco minutos después de registrarse. De cómo Mooni, con paciencia infinita, intentaba tranquilizarle diciéndole que no debía ponerse así por cuatro doblones de oro y un par de pendientes. De cómo más tarde salimos a recorrer todos y cada uno de los hoteles, albergues y *bed and breakfast* de los alrededores hasta que Mooni, Carlos y Lolita casi cayeron exhaustos de puro cansancio. De la sensación de impotencia y de rabia. De cómo al amanecer regresamos a casa derrotados y con el regusto amargo del fracaso en la boca. De cómo nuestro sentimiento de culpa era tan arrollador que Tommi y yo misma, que no necesitamos descansar, no hemos parado de buscar hasta hace un rato...

Cualquiera habría pensado que, al ser Tommi un espíritu de la justicia con conexiones en las más altas esferas, tendría acceso a información privilegiada. Vale, pues no: ni un ligero chivatazo. Ni una pista, por nimia que fuera. Qué menos que esperar una alineación de las estrellas formando una flecha indicativa, señalándonos, evidentemente, el camino a seguir. No critiqué, pero pensé que trabajar a las órdenes de Sachiél era casi tan espantoso como currar de esclavo en un barco negrero.

Y ahora estamos en la cocina desayunando con calma huevos con beicon, té,

tostadas con mantequilla, salchichas, cereales y fruta fresca, mientras decidimos qué hacer. Dicen que no hay nada como un buen desayuno inglés para recargar pilas.

En circunstancias normales, habríamos salido todos a recorrer de nuevo los campos, pero una Mooni de aspecto animoso tras descansar cuatro horas, totalmente ajena a los hechos y poco dispuesta a volver a patearse la granja de cabo a rabo, ha decidido quedarse en casa, escopeta en mano, por si ve aparecer a Tony. Lolita se ha sumado a la causa y se ha posicionado junto a mi cama armada con las tijeritas de cortar las uñas, a punto para abalanzarse sobre el primero que asome la nariz.

—¿Se puede saber qué haces con eso? —le pregunto, antes de lanzarnos en busca de un Tony más escurridizo que el agua.

—Bueno, igual tengo que rajar alguna la garganta.

—Ah. ¿Sabes que puedes hacerle daño a alguien sin querer, además de la manicura?

—Si no pretendiera hacer daño, habría cogido una bolsita de té.

—Ah, vale, entonces no se hable más.

En cuanto salimos al jardín, Tommi sale corriendo como una exhalación en dirección al prado sur. Por increíble que parezca, ha pensado que un campo repleto a rebosar de árboles frutales es un buen lugar para «enterrar un tesoro». No ha querido ser más específico en consideración a su tátara, tátara, tataranieta, no fuera a ser que se le atragantaran los huevos fritos. Ojalá se hubiera molestado en ser tan considerado conmigo también. Salvo porque he estado a punto de caerme de culo, he encajado sus funestas palabras con bastante aplomo.

Carlos y yo echamos a correr en dirección al prado norte. Los pies de Carlos van golpeando las piedrecitas del camino, saltando charcos y cogiendo atajos campo a través hasta que su respiración se vuelve más laboriosa. Yo, por el contrario, no me he encontrado mejor en mi vida. Nada de dolor de piernas, nada de respiración entrecortada; nada de visión borrosa y flato en el costado.

—Si quieres, aflojamos el ritmo —me ofrezco de manera altruista al ver que aspira grandes bocanadas de aire.

Asiente con la cabeza y me ofrece una sonrisa de agradecimiento.

—¿Cómo lo haces para no cansarte?

—Me apunto todos los años a la maratón solidaria.

Asiente de nuevo, como si eso lo explicara todo, y empezamos a caminar a paso más lento. Es curioso, pero a medida que vamos andando por el sendero, que describe una curva cerrada hasta perder de vista el prado norte, la situación adquiere un cariz de calma y tranquilidad que despierta a la desconfiada que llevo dentro y que no me da buena espina. Cuando cuatro minutos después, escucho el estridente rugido de un motor que parece acercarse a toda velocidad, mis sospechas quedan confirmadas.

Carlos hace un gesto con la cabeza para señalar un arbusto de lilas y, antes de que me dé cuenta, se mete dentro de un salto. Esconderse tras una mata de lilas no es exactamente lo mismo que hacerlo tras el grueso tronco de un roble centenario. ¿Cómo lo diría...? Las lilas no son masculinas; los robles gruesos y centenarios, sí. Pero hay que reconocer que entre las lilas, Carlos se mimetiza mucho mejor y el contraste entre el verde de sus ojos y el morado de las flores es... demoledor.

Decido mantener la vista fija en el vehículo en cuestión y olvidarme de robles centenarios y de lilas de perfume embriagador.

Mientras observamos cómo el coche se adentra por el prado norte hasta quedarse atascado en una zona intermedia entre el bosquecillo de hayas y las vacas que están pastando, mis pensamientos giran en torno al tesoro en cuestión: ¿tal vez la clave de todo este embrollo no sea mi vida, sino la vida de un niño? ¿Quizá todo esto sea un ejercicio de introspección? Pero ¿para qué? ¿Para aprender a valorar la vida? ¿Para no malgastar más tiempo precioso en polvos de chichinabo? ¿Puede ser que ahora, que me he enfrentado a lo frágil que es el destino, pueda por fin recuperar mi vida, eliminando de la ecuación el factor polvos de chichinabo? ¿Y si la clave es el niño? ¿Y si mi casi intento de asesinato es, por así decirlo, el hilo conductor para llegar hasta él? Y si solo soy un hilo..., ¿con qué facilidad podría romperme? No sé..., existen tantas interpretaciones...

—Pobre niño —dice Carlos, rompiendo el hilo de mi introspección, pero él impertérrito—. ¿Quién será? —Aparta una flor que se le está metiendo por la nariz—. ¿Te imaginas lo que deben estar sufriendo sus padres? Si alguien secuestrara a mi hermana, creo que me volvería loco.

Por primera vez desde que Tommi se ha marchado en dirección contraria con un rugido de rabia, sonrío un poco al pensar en el hipotético secuestro de Lolita. Pobre secuestrador, seguro que nos la devolvía en menos de un día. Lo enloquecería con su cháchara constante sobre restaurantes de moda y actores

de cine porno. Eso si no se le insinuaba antes, porque mi hermana es de ese género de personas, del género promiscuo. Y el inocente secuestrador, abrumado y amedrentado, y posiblemente excitado, no tardaría en entregarle su pistola y le rogaría que, como favor personal, le pegara un tiro entre ceja y ceja; que él no trabaja para aguantar a petardas y que ante semejante suplicio prefiere la muerte.

Nada ni nadie se interpone entre mi hermana y sus ansias de protagonismo.

En este momento, justo cuando más me solidarizo con el secuestrador de Lolita, oímos unos pasos que se nos acercan por detrás y los dos nos ponemos alerta, girando el cuerpo y levantando las manos en posición de ataque. Carlos lo hace correctamente; yo parezco una chica que está espantando moscas.

—Soy yo —grita Tommi mientras avanza hacia nosotros—. ¿Tenéis algo contra las lilas?

Salgo de mi escondite de un salto, cabreada con el mundo en general y con él en particular.

—¿Lo has encontrado? —pregunto con una mezcla de temor y esperanza, y conociendo la respuesta de antemano—. ¿Sabes ya quién es?

—Se trata de Martin Clark —contesta con rostro inexpresivo—. Desapareció de la casa de acogida en la que se encontraba hace tres meses y medio. Es huérfano de padre y madre, murieron en un accidente de coche siendo él todavía un bebé. Desde ese momento, quedó a cargo de su abuelo paterno, el único familiar que le quedaba. Su abuelo falleció hace seis meses y servicios sociales se hizo cargo de él...

Mientras Tommi va contando la cantidad de malas experiencias por las que ha tenido que pasar un niño tan pequeño, mi instinto protector va tomando el mando. Algo realmente sorprendente, teniendo en cuenta que siempre había pensado que yo nací sin esa clase de instintos. Sorpresas te da la vida, oye.

—... Da la casualidad de que tu tío Philip era el mejor amigo del abuelo de Martin y, nada más enterarse de que el crío estaba solo en el mundo, empezó con el proceso de adopción. —Trago saliva, acongojada—. Proceso que se vio interrumpido ante el prematuro fallecimiento de tu tío.

—Pues estamos de suerte porque nos lo vamos a quedar nosotros —declaro sin pararme a pensar.

Tommi se me queda mirando sin decir nada, con esa clase de mirada que parece que te traspasa.

—No he dado con él todavía, pero lo voy a encontrar —afirma, con la

confianza en sí mismo recuperada por completo—. Precisamente de eso quería hablarte, Willi. —Se interrumpe con un leve carraspeo incómodo—. Martin va a necesitar un hogar, un hogar con un padre y una madre..., un hogar donde se sienta querido..., un hogar donde prime la paz y la armonía entre sus...

La declaración de amor de Tommi, si es que de verdad se me está declarando, me parece de lo más austera. Y con ligeros tintes siniestros. ¿Dónde se ha visto a dos fantasmas cuidando de un niño? ¿Y quién es el guapo que nos va a casar? ¿No se da cuenta de que nos encontramos en una situación incuestionablemente volátil? No hace falta ser ingeniero aeronáutico, basta con que ponga los pies en el suelo. Ah, no puede, ¡es un puto fantasma!

Estoy a punto de decírselo, cuando veo que su mirada se torna angustiada.

—¿Te pasa algo? —le pregunta Carlos con voz tensa. De pronto, como si supiera qué le ocurre a Tommi, vuelve la cabeza y se concentra en la dirección de la mirada de este—. ¡No me jodas...!

Me giro inquieta. Ante mí, una situación espantosa, horrible, deleznable. El miedo me paraliza.

Allí, justo en el centro del prado norte, vemos a un niño de unos cuatro o cinco años de edad listo y preparado para que Caifás le embista con toda la fuerza de sus mil kilos de peso. Permanece inmóvil, como un héroe en miniatura. Un niño que le planta cara a la bestia con el cuerpecito tembloroso, los ojos abiertos de par en par por el miedo y sin derramar ni una sola lágrima, porque la dureza de la vida le ha enseñado a madurar a fuerza de golpes, cuando en realidad sigue siendo un niño necesitado de cariño y protección.

Y de repente me siento cansada, exhausta. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué no podía dejarle junto a un camino para que nosotros le recogiéramos? ¿Por qué tiene que ser tan... cabrón? ¿Por qué Caifás tiene el horrible vicio de embestir todo cuanto se le pone por delante con esa gigantesca cornamenta?

Oh, Dios mío, lo va a machacar delante de nuestras narices.

Los chicos se mantienen en silencio, evaluando la situación. Yo estoy temblando y procurando ordenar mis pensamientos. Si algo he aprendido de mis antepasadas, las orientales, es a intentar mantener la calma y a ser racional. Creía que me parecía a ellas, pero ni de lejos. Ellas son resueltas, valientes y se pasan el día dale que te pego con el machete. Igual desbrozan ingentes cantidades de selva que cortan cordones umbilicales o te descuartizan

un mono a golpe de machete.

Mujeres hechas de otra pasta. De la pasta de las que no se marean a las primeras de cambio, de las que no dejarían que les arreasen con un palo en la cabeza. De las que no se quedan paralizadas, de las que salvan niños a golpe de machete si es necesario.

No, no es lo mismo, yo sí tengo miedo. No soy una persona valiente, nunca he necesitado serlo. Me dan miedo las alturas, los espacios cerrados, la intolerancia, la incertidumbre, la soledad, la maldad humana y mi hermana. ¿Cómo se supera el miedo? ¿Cómo se puede enfrentar alguien a un ser tan siniestro como Tony?

Sencillamente, no se puede.

Dejo escapar una especie de bufido involuntario. Exactamente no es un bufido, es una mezcla entre un sollozo inesperado y un reventón del bazo.

—A la mierda, a la mierda con todo...

Y justo cuando he decidido armarme de valor y prescindir del inexistente machete y enfrentarme a Tony con todo el poder de mi alma desnuda, Tommi me sujeta con fuerza por un brazo y me dice, mirándome a los ojos:

—Me gustas tal y como eres, no hace falta que demuestres nada. Eres valiente, Willi Nelson. Te echaré de menos.

Antes de que me dé tiempo a tragar el nudo que se me ha formado en la garganta —no recuerdo la última vez que alguien me dijo que me iba a echar de menos—, Tommi arranca a correr hacia el niño con su mejor zancada desesperada, superada tan solo por la mejor zancada desesperada de Carlos que, al advertir las intenciones de este, también sale corriendo, pero en dirección contraria.

—¿Se puede saber adónde vas? —grito a pleno pulmón—. ¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta, que es por el otro lado!

Como si de una mala premonición se tratara, el cielo se ennegrece y las copas de los árboles se agitan de un lado a otro, mientras una ráfaga de viento helado recorre el suelo cubierto de amapolas, obligándolas a balancearse, como un mar de sangre, como un mal presagio, hasta que la calma, ligera y reconfortante, regresa tan inesperadamente como se había ido.

—No le distraigas, déjale.

Doy media vuelta y me encuentro frente a Mooni, que va sujetándose el rodete de la cabeza y me anima a tomar asiento sobre el vallado.

—Por si no lo has notado, la brújula interna le ha fallado —replico con un

deje histérico en la voz.

—Por si no lo has notado —me devuelve la coletilla con sorna—, va tras de Tony. Pretende huir a través del bosquecillo.

Pues no, no lo había notado.

Con esperanza renacida, devuelvo toda mi atención al campo que tengo delante. Veo cómo Tommi, el chico que lleva doscientos años pagando por un momento de venganza, que lleva doscientos años impartiendo justicia, que lleva doscientos años salvando a pobres inocentes de las maléficas intenciones de personas sin escrúpulos, corre como si no le costara esfuerzo alguno. Mi única duda es: ¿cómo piensa sacar al niño del campo si es un ser incorpóreo?

—No te preocupes. Lo conseguirá.

Cinco sencillas palabras que consiguen lo que no consiguió *Pretty Woman*: que me den ganas de llorar.

—¿Tú crees? —pregunto con voz ronca.

—Le he visto hacer cosas más difíciles —contesta con seguridad—. Por cierto, ¿quién es ese niño?

—Nuestro tesoro más valioso.

Como es natural, los ojos le hacen chiribitas.

—El tesoro... —susurra como Gollum ante la visión del anillo.

Si la situación no fuera tan desesperada, me habría echado a reír.

Estoy poniéndola al tanto de todo lo ocurrido, cuando oigo un bramido tan desgarrador que noto cómo todos los pelos del cuerpo se me erizan. Contengo la respiración y desvío la mirada al tiempo que me sujeto con fuerza a la valla. Caifás ha tomado posiciones y se dispone a embestir. Oigo los sonidos de las pisadas del resto de los trabajadores de la granja, que han ido llegando poco a poco y se encaraman también a la valla en mudo silencio. No sé por qué lo encuentro extrañamente reconfortante. Aprieto los dientes con fuerza, incapaz de articular sonido alguno, y pienso: «Corre, Tommi, corre como el viento y no pares hasta hacerte con él».

Toda yo rígida, veo con escepticismo que, a medida que Tommi va acercándose al desvalido niño, su cuerpo se va tornando totalmente sólido. Las largas zancadas, el cabello ondeando a su espalda, la firmeza de su mandíbula al girar la cabeza, la determinación en su mirada... Me quedo inmóvil, dominada por la admiración. Sin que tenga que hacer esfuerzo alguno, tanto sus brazos como sus piernas adquieren la consistencia y la velocidad de

un atleta. Deduzco que debe de ser cosa del cabreo que lleva encima. Y cuando mira hacia su derecha y comprueba que Caifás ha tomado carrerilla y está a punto de embestirles, gana terreno y, sin pararse a pensar en su propia seguridad, se agacha y se coloca al pequeño pegado al pecho, como si estuviera acunándolo, protegiéndolo de todo mal, mientras continúa corriendo imparable hacia el lado opuesto del prado. Y justo en ese momento, cuando salta con agilidad por encima del vallado con su preciosa carga encima, sé lo que es alcanzar la felicidad absoluta.

Sin acabar de creermelo que lo haya conseguido, suelto una carcajada y me froto los ojos con las manos.

¡Dios mío, ha sido una carrera increíble!

Con la sonrisa en la cara y el corazón todavía dando saltos, me fijo en que tanto Lolita como el resto de los chicos están aplaudiendo y jaleando.

La que más grita, Lolita. La muy idiota debe de haber visto el atlético cuerpo de Tommi en acción y no cabe en sí de gozo. Me giro hacia ella y sonrío. He visto a mi hermana emocionada muchas veces, pero nunca como ahora. Es graciosa.

—Mooni, ¿quién es el chico que ha cruzado el campo para salvar a ese niño? ¿Alguien con poderes especiales?

Empiezo a toser y me doy en el pecho con el puño. Miro a Lolita con genuino asombro y suelto otra carcajada de felicidad. No me había reído tanto desde hacía semanas. Pero si hay un momento apropiado para el regocijo, es, sin duda, este.

—Sí, algo así —contesta Mooni, que por lo que parece ha encontrado la clave para mantener a Lolita callada.

Cuando finalmente me recupero de la impresión, los chicos han dado por concluido el entretenimiento y deciden que lo mejor va a ser que encierren a Caifás en el establo para poder reunirnos al otro lado con el niño misterioso y con el no menos misterioso pariente —esa es la excusa que ha dado Mooni ante la avalancha de preguntas— del que nadie ha oído hablar. Me dirijo a Mooni, que hace oídos sordos a las peticiones reiteradas de Lolita de que le presente al rubio de la melena. Antes de poder abrir la boca, un ruido similar a un trote desesperado me obliga a desviar la atención.

Tony acaba de salir corriendo, dando un traspié tras otro, del bosquecillo de hayas. Va seguido muy de cerca por un jadeante Carlos, que no cesa en su empeño por darle alcance, aunque sea lo último que haga en la vida. Y se

encuentra a solo un metro de conseguirlo —caer redondo no, alcanzar a Tony—. Toda una hazaña teniendo en cuenta que le saca a Tony como diez años.

Con un torpe y desmañado movimiento, Tony hace un quiebro hacia su izquierda mientras Carlos se desliza hacia su derecha, quejándose con vehemencia del suelo húmedo y resbaladizo, aunque por su sonrisa deduzco que lo encuentra muy divertido.

Volvemos a apiñarnos sobre la valla y chasqueamos la lengua en señal de frustración.

—AISCHHHSSSS. ¡Casi! —gritamos a coro con nuestro mejor tono ansioso.

—¿Nosotros con quién vamos?, ¿con el de la sudadera roja o con el del traje de chaqueta gris? —se interesa Lolita, demostrando una vez más que lo mismo le da un tío que otro, siempre y cuando esté bueno.

—Con el de la sudadera.

—Ah... —Asiente con la cabeza—. ¡Corre, corre con toda tu alma, chico de la sudadera roja, que llevas detrás a un toro cabreado!

Preguntándome si todavía estará borracha, me uno al vocerío motivador.

—¡Quítate la maldita sudadera roja! —ordeno con vozarrón de ultratumba.

Mooni se vuelve hacia mí y me mira sorprendida y espantada.

Sin prestar atención a sus pobladas cejas arqueadas, me centro en la carrera campo a través. Carlos, por fin, consigue desprenderse de la prenda. Teniendo en cuenta que va corriendo y es tremendamente difícil despojarse de la ropa cuando vas corriendo, y que junto con la sudadera también sale la camiseta, no puedo sino dejar de prestar atención a Tony y fijarme en un torso desnudo la mar de llamativo. Suelto un suspiro. Y otro. Y otro.

Las voces de mis compañeros me sacan de mi ensoñación.

—¡Ven, Carlos, corre para acá y siéntate conmigo! —le anima Lolita.

A mi hermana le van los torsos desnudos tanto como a mí.

—A este no me lo vas a quitar, idiota. Ni muerta pienso dejarte el camino libre.

Vaya, me ha salido con tanta naturalidad —el insulto no, a eso ya estoy acostumbrada— que me acabo de dar cuenta de que, efectivamente, quiero quedarme con mi paladín, aunque esté en paro. Y eso que hoy en día estar en paro es casi tan malo como sufrir de alguna enfermedad mortal. Cuando te hinca las garras, no hay manera de soltarse. Sí, me siento muy atraída por Carlos; de hecho, si yo fuera hombre, y Dios me perdone, procuraría hacerle

un *bombo* y no tendría más remedio que casarme con él a punta de escopeta. Es un decir, claro.

No haría falta una escopeta.

Si lo sabré yo.

Comprobar que Carlos arroja la sudadera a un lado antes de desviar su trayectoria y tomar asiento junto a mí, me alegra la mañana. Lolita le mira con ojos soñadores y expresión arrobada, cosa que le desconcierta visiblemente. Muevo el culo, intentando no perder el equilibrio, y me acerco a él un poquito más sin quitarle el ojo de encima a mi hermana: el enemigo siempre de frente. Aunque he de reconocer que, mientras la observo, he llegado a una conclusión bastante morbosa: voy a presentarle a Tommi en cuanto tenga ocasión. Un ser de carne y hueso, y otro sobrenatural, ¿se puede pedir más morbo?

—¡Corra, corra, señor Tony! —El chillido de Mooni me saca de mis desvaríos literarios.

—¡No, no corra, hágase el muerto! —le aconseja Mick, tres asientos más allá.

—¿Corro o me tumbo? —pregunta Tony con un matiz de irritación en la voz.

—¡Corre!

—¡Túmbate!

—¡Corre!

—¡Tírate al suelo y gira sobre ti mismo!

—¡Desnúdate! —le anima Lolita soltando una estruendosa carcajada.

—¡Noooo!

—¡Sííííí!

—¡Tírate al suelo y cúbrete de tierra!

—¡No, no, eso es para los incendios, no para los toros cabreados!

—¡Ponte algo rojo!

Estoy ensimismada viendo a Tony tumbarse, levantarse, girar, correr, tropezar, volver a levantarse y buscar la sudadera roja como quien busca el Santo Grial, cuando una sirena lanza un pitido de coche policial a nuestras espaldas y no me queda más remedio que perderme el espectáculo y girar la cabeza.

No puede decirse que me sorprenda ver bajar del coche a Aidam, el amigo policía de Carlos. Al verle llegar, una multitud de cuatro personas, pero que gritaban y jaleaban como cien hasta hace dos segundos, nos lo quedamos mirando fijamente. Me parece más alto, más guapo y más... policía que la

primera vez que le vi. Debe de ser porque acaba de sacar la placa y, al apartar la chaqueta a un lado, ha dejado a la vista un arma del tamaño de un obús.

—Me alegro de verte —le saluda Carlos, saltando desde la cerca.

—Me lo dicen mucho —replica el policía, sonriendo—. Sobre todo los que están a este lado de la ley.

—¿Vienes a detener a Anthony? —Carlos hace un gesto en su dirección.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con expresión de asombro.

Sin moverme, tuerzo la cabeza y mis ojos se posan, primero, sobre el inmenso bóvido, que ya se ha cansado de jugar y se marcha con paso cansino hacia el otro extremo del prado, y segundo, sobre Tony. Parece agotado, pero no derrotado, aunque vaya con el traje lleno de desgarrones y cubierto de barro.

—Pregúntale qué más ha averiguado sobre Martin. Pregúntale si puedo quedarme con él. Con el tesoro —le susurro a Carlos, emocionada—. Creo que estoy a punto de cruzar la línea hacia la libertad.

—Buena idea —contesta con una sonrisa.

Me guiña un ojo antes de volverse hacia su amigo.

Qué ganas tengo de que mis tiempos de ser abstracto toquen a su fin.

Ya no seré un ser mágico, pero lo superaré.

Ni volveré a ponerme el pijama de nubes, aunque me maten de nuevo.

Pienso, febrilmente, cuánto tardaré en recuperar mi cuerpo.

¡Dios, la de abrazos que voy a dar!

Lo segundo que haré será correr. Correr hasta que las piernas no me sostengan de puro cansancio. O beber. Sí, beberme un buen lingotazo de algo fuerte. Algo que me raspe la garganta y me caliente el estómago. Algo que me deje las piernas tan temblorosas que prácticamente me quite las ganas de correr. La verdad es que creo que me he precipitado un poco cuando he dicho que iba a correr. No creo que corra. Mejor me siento en una butaca y...

Mi mente sigue divagando y haciendo referencia a la cantidad absurda de alcohol que pienso trasegarme, cuando el tono de voz impersonal y distante del teniente Aidam, característico de quien está acostumbrado a dar malas noticias, me hunde de nuevo en la desesperación.

—No tenemos nada contra Tony. Margaret no ha dicho ni pío. No hay testigos, no hay pruebas en su contra, no hay nada de nada.

¿No han conseguido nada? ¿Ni una miserable prueba que le incrimine? Eso no puede ser cierto. Lo que pasa es que no han indagado donde deberían.

Tiene que haber algo en algún lado, por insignificante que sea. Tampoco vendría mal una confesión ante notario jactándose de sus hazañas.

Meneo la cabeza, tratando de alejar un montón de campanas de alarma que empiezan a sonar en mi cabeza. Me digo que es una broma; tiene que ser una broma. Pero tañen con tanta fuerza... ¡Mierda, soy el hilo conductor! ¿Por qué? Si yo me conformo con poca cosa: justicia... Yo no quería una granja, pero ya le he cogido el gusto a la verde campiña y a la lluvia sin fin... Yo no buscaba un paladín; él se presentó de repente, aunque no pegamos ni con cola... Si ni siquiera coincidimos en el gusto por volar... Pero a los dos nos atrae la navegación..., sobre todo cuando no me arroja por la borda..., bueno, y el gusto por los vinos buenos... y el gusto por el buen sexo..., las bromas y las charlas disparatas y el humor negro... y... Y... aunque no tengamos nada en común, yo le amo. Y todo este absurdo ha sido única y exclusivamente para poder localizar a un niño y salvarle de las garras de Tony... y me siento aliviada y feliz por el pequeño y... no me importa tener que abandonar este mundo a la maravillosa y temprana edad de veinticuatro años, siempre y cuando sea por una causa noble...

¡Maldición! A quién quiero engañar, no quiero largarme tan pronto. Yo quiero todo con lo que he soñado, niño incluido.

Y sí, no me pongas esa cara, le amo.

Ya sé que le conozco desde hace dos días, pero ha sido un tiempo intenso. Hay personas que no comparten tanto en toda una vida. Le amo y quiero quedarme con él. Con los dos.

Me concedo un minuto para tranquilizarme, para tratar de ver más allá de las palabras sin sentido de Aidam, por muy explícitas que estas sean. Debe haber un error, en algún sitio tiene que haber alguna prueba contra Tony.

—Y con respecto al niño... —continúa hablando Aidam con voz monótona, informando a Carlos de lo que ya sabíamos por Tommi—, he averiguado que es el nieto, huérfano de padre y madre, de un amigo del señor Nelson. Los papeles del proceso de adopción por parte del señor Nelson estaban muy avanzados, pero no creo que la señorita Willi pueda quedarse con él. No creo que le concedan la custodia a una persona que está en coma.

No puedo hacer menos que echarme a reír.

Una risa con connotaciones histéricas.

Si hay situaciones auténticamente horribles, esta sin duda lo es.

Voy a tener que hacer algo urgente.

Antes de que un periodo de inmensa soledad se cierna sobre mí.
Y la eternidad se puede considerar como un tiempo enorme de soledad.

Con gran presencia de ánimo, consigo bajar de la valla. No es tarea fácil, teniendo en cuenta que mis manos están rígidas y mis piernas se niegan a dar un solo paso. Tan entumecida estoy que tengo que flexionar unas cuantas veces tanto dedos como rodillas, por temor a que se me rompan.

Carlos deja de hablar con su amigo y se me acerca. Cuando nuestras miradas se encuentran, los dos dejamos ver nuestras intensas emociones. Mis ojos reflejan cansancio, derrota, incredulidad. En la profundidad de los suyos, permanecen firmemente anclados el dolor y la compasión.

—Lo conseguiremos. No nos daremos por vencidos, Willi —musita.

«No puedo mirarle. No puedo —pienso—. No, si no quiero derrumbarme delante de todo el mundo. Delante de él».

Dejo de abrir y cerrar las manos, me enderezo y adopto un gesto inexpresivo. Y, a pesar de que me hubiera quedado en esa posición hasta que los burros vuelen, me sobrepongo al increíble dolor que me oprime el corazón y empiezo a caminar sin rumbo fijo. Necesito estar a solas. Necesito pensar en mi siguiente paso. Una estrategia que desarme por completo a Sachiel y me permita cumplir mis sueños. Son negocios, solo negocios. Utilizaré ese frío e impersonal tono de las personas de negocios... y esperaré a que no me parta por la mitad con el espadón que lleva a la espalda.

—¡Qué haces, Willi! —susurra Mooni a voz en grito.

—Me largo.

—¡No te vayas, Willi! —Carlos intenta sujetarme por la camiseta, que es tan etérea como yo—. Quédate, algo se nos ocurrirá contra Tony.

—¡A la mierda Tony y la chapucera de su psicópata hermana!

Arranco a correr cada vez más rápido. No paro hasta llegar junto al puente que separa el prado norte del resto de la propiedad. Lo cruzo y me dejo caer a la orilla del río, intentando pensar con claridad, con la mirada perdida en el vacío y el cuerpo tembloroso.

¿Cuándo acabará esta locura? ¿Cómo podré convencer a Sachiel para que me dé una segunda oportunidad? ¿Cómo demonios voy a aguantar el tipo si deciden que me quede para siempre en perpetuo estado ectoplásmico? Y si no despierto nunca, ¿qué será de mi familia? ¿Qué será del pequeño? Me necesita, les necesito. Ay, Dios santo... Perdón, Sachiel.

Cada vez más desanimada, no paro de pensar que, efectivamente, soy el hilo conductor. Me quedaré toda la eternidad vagando como un alma perdida en un mundo de vivos. Seré como un soplo de aire que nadie aprecia. Seré como una mota de polvo que nadie ve. Seré... como el amigo invisible.

Maldición, a nadie le gusta el amigo invisible, hace unos regalos de mierda.

Y mientras mi mente sigue divagando y empieza a hacer referencias a caballos regalados que no hay que mirarles el diente, a suicidios inducidos y, más concretamente, a escopetas cargadas con unos miles de cartuchos en manos de Tony —a ser posible, apuntando a su cabeza—, a tratados celestiales y a que a la maldita gallina ponedora le queda una pelada, hago dos descubrimientos; el primero me acelera el pulso y el segundo me llena de consternación.

Mi primer descubrimiento me dice que, si se me acelera el pulso, se me dispara el corazón, puedo oler, además del perfume de las flores, mi propio miedo, los pelos los tengo de punta y la cabeza me duele como si me hubiesen vuelto a atizar con una cachiporra, eso quiere decir que vamos por el buen camino. El segundo descubrimiento, el que me llena de consternación, lo tengo a unos tres metros de distancia y le acompaña su posesión más preciada: el cerdo.

Verlo me deja bien chafada. De esto no puede salir nada bueno.

Pero, por supuesto, ¿cuándo me ha salido algo bien desde que soy lo que soy?

De hecho, ¿cuándo me ha salido algo bien?

Y entonces constato una realidad: nunca, jamás, recuperaré mi cuerpo.

Dos realidades: nunca podré tener una vida junto a mi maduro paladín.

Tres realidades: nunca podré quedarme con Martin.

Cuatro realidades: no sirvo para ser espíritu de la justicia ni amigo invisible.

Cinco realidades: no sirvo para nada.

Y ya no sigo constatando realidades porque no acabaríamos nunca.

Con el rostro ensombrecido, lanzo un profundo suspiro y me obligo a

levantarme. Lo único que quiero es marcharme de aquí. Le echo un último vistazo al agente Caramelo. Se le ve feliz y va dándole a Choped conversación mientras se ajusta una funda de escopeta a la espalda. Me deslizo como un fantasma por su lado con la intención de dejarlo atrás. Y me detengo en seco cuando hace una cosa que me desconcierta visiblemente y que debería estar expresamente prohibida en cualquier circunstancia: abre una bolsa de cortezas de cerdo y, sin cortarse ni un pelo, le da una a Choped, que gruñe feliz de poder comerse a uno de sus parientes. Me quedo sin aire. ¡Qué asco! Pero... ¿acaso no se percata de que está induciéndolo al canibalismo? ¿Que se está comiendo a los de su propia especie? No, claro que no. ¿Cómo se va a dar cuenta de algo si me ha tocado en suerte el peor investigador del mundo? En fin, menuda mierda.

Me quedo mirándole mientras se aleja y, por unos instantes, recuerdo esa sensación de caminar relajada por la vida, sin temor, con un propósito. Recuerdo la cara de angustia de Carlos y me recuerdo a mí misma que se muere cuando se abandona, y no antes. Y entonces caigo en la cuenta de lo que tengo que hacer: necesito una nueva meta, una nueva motivación que dé sentido a mi vida. Un rumbo a seguir. Y mi rumbo, ahora mismo, va dándole al pico con un cerdo. Lo cual me lleva a hacerme una pregunta: ¿la constante exposición a esas charlas interminables con un gorrino son la causa de los efectos devastadores en el cerebro del siempre atontado agente Caramelo?

Esbozo una sonrisilla y le sigo, dando pequeños saltos a su alrededor mientras escucho los alegres gruñidos de Choped. Salta a la vista que le encanta alimentarse de sus desgraciados congéneres. No pienso perderme la cara de Aidam; va a ser el único momento de diversión que voy a tener en mucho tiempo. Aún no conoce al agente al mando, pero cuando lo haga, seguro que estará más predispuesto a investigar como es debido. Y yo saldré de esta y me aferraré con uñas y dientes a lo que realmente importa. Pienso agradecer y disfrutar de cada momento, de cada situación, de cada ser querido. Y si no salgo...

Saldré, seguro. Así que ya está todo dicho.

Así pues, desechado todo pensamiento negativo, retrocedo el camino andado y llegamos junto al cercado. Lo primero que veo es al teniente Aidam interrogando a Tony. Es más un intercambio de palabras que otra cosa. Para empezar no está mal, pero no puede compararse ni por asomo con el interrogatorio que yo habría preferido: uno lleno de malos tratos policiales.

Maldigo entre dientes por no poder empezar a dar cachetazos y empiezo a pasear sin rumbo durante cinco minutos o así, aferrándome a la absurda esperanza de que el agente Caramelo, que se acerca con ímpetu arrollador y una sonrisa que no le cabe en la cara, no sea tan considerado en sus métodos policiales.

—Perdón, soy el agente al mando —explica nada más llegar.

—¿Qué? —pregunta Aidam, extrañado (creo que por ver al cerdo caníbal, pero no te lo aseguraría).

—El agente al mando de la investigación —aclara, dándole unos golpecitos cariñosos en toda la testa a Choped.

—¿Cómo dice?

—He resuelto el caso —replica, contento, mientras de manera deliberadamente cruel le lanza a Choped otro trozo de su abuela.

—¿Ha resuelto «el caso» mientras le da de comer a un cerdo? —Aidam parece horrorizado.

—No, hombre, no diga usted sandeces —replica el futuro agente de tráfico—. Ahora mismo se lo explico.

—Dispare.

Y vaya que si dispara. Porque, sin mediar más palabras, abre la funda de la escopeta y, cuando ya están todos cubriéndose la cabeza y arrojándose al suelo, muestra un trozo de palo que lleva bien resguardado en una bolsa de plástico y apunta con él a Tony. Lanzamos un suspiro de alivio colectivo. A primera vista, parece un trozo de palo sucio, sin ninguna gracia; es más, parece un trozo de los muchos que se quemaron en el incendio del gallinero.

—Esto, señor —agita el palo bajo la nariz de Tony—, es lo que va a mandar a usted a prisión durante mucho, muchísimo tiempo. ¿Verdad, Choped?

Tony se le queda mirando y arruga la nariz, como si le hubieran puesto delante un plato maloliente.

—¿Y qué piensa que puede hacer con un palo seco y medio quemado? —Suelta una carcajada ofensiva—. Hay decenas de esos. ¿No recuerda que una chica intentó quemarse a lo bonzo?

Eso me parece que ha estado fuera de lugar. Y, además, es mentira.

—Tiene usted razón. —El agente Caramelo sonríe con aire misterioso y le guiña un ojo a Aidam. Este, haciendo caso omiso de la velada declaración de amor, eleva una ceja y le mira con aire especulativo.

—Si me disculpa un momento... —se excusa levantando un dedo.

El agente se dispone a protestar, pero finalmente cambia de parecer y le vuelve a guiñar el ojo.

Aidam le lanza una mirada silenciosa, que dice a gritos que lo va a mandar de cabeza a archivar expedientes, y se aleja unos cuantos pasos llevando a Carlos con él. Tras quedarse pensativo unos instantes, le lanza a Caramelo una mirada de soslayo y susurra en voz bastante alta:

—¿Ese tipo es poli?

—Sí —es la escueta respuesta de Carlos.

Demasiado sorprendido como para poner en duda esa afirmación, se permite un gesto de incompreensión antes de abrir la boca, volver a cerrarla y sacudir la cabeza tratando de aclararse las ideas. Tras dejar la cabeza quietecita, se queda observando detenidamente durante unos cuantos minutos al agente en cuestión y llega a la misma conclusión que todos los demás: el agente Caramelo está borracho o drogado.

Opinión que se ve reforzada cuando compruebo que dicho agente felicita efusivamente a Choped por su impecable labor policial. Y, visto lo visto, me da por pensar que, como Tony no confiese *motu proprio*, me veo ejerciendo un oficio, para el cual no me siento capacitada ni motivada, por los restos de los restos mientras mi cuerpo se mantiene en perpetuo estado de descomposición.

—Bueno, pues yo me marchó —dice Tony desde el otro lado de la valla, enderezándose la corbata con aire ofendido. Y pese a lo mal que me cae, tengo que reconocer que es mucho mejor actor que yo. Una interpretación magistral, sin duda alguna.

Cierto que no tenemos nada en su contra. Cierto que tanto Carlos, como Tommi, como el teniente Aidam han hecho todo lo posible por resolver mi casi crimen. Cierto que, si por mí fuera, ahora mismo me dedicaría a hacer unas cuantas posesiones demoníacas, pero, como mi alma no está hecha para irrumpir de pronto en el cuerpo de Tony y ponerme a confesar toda una serie de crímenes chapuceros, me conformo con acercar la boca a la oreja del agente al mando y gritar con todas mis fuerzas:

—¡¡¡Deja de agitar ese palo y di algo, maldito... imbécil!!!

—Vaya —replica, dolido, al tiempo que vuelve a guardar el palo en su funda y le lanza una mirada afligida a Aidam—, no hace falta ser grosero. Si no le gusta un poco de misterio antes de detener al sospechoso, iré al grano. — Se gira hacia Tony con rostro inexpresivo y dice—: Queda usted detenido por

el intento de asesinato de la señorita Willi Nelson. No dé ni un paso más.

Me pregunto si es necesario que Tony sepa que no hay nada en su contra.

—No tienen nada en mi contra —replica Tony, soltando una estruendosa carcajada.

Y confío... en que esté totalmente equivocado.

—¡Está usted totalmente equivocado! —ruge el agente al mando, al tiempo que le hace una señal a Aidam para asegurarse de que Tony no escape.

Y espero... que los engranajes de la justicia estén bien engrasados y se pongan en funcionamiento.

—¡Los engranajes de la justicia son lentos, pero imparables!

Oh, Dios mío, estoy sembrada.

—No pienso tolerar más insultos por su parte, ahora mismo iré a poner una denuncia por acoso contra usted —anuncia Tony, fingiéndose ofendido; luego salta la valla y añade—: Esto es una tropelía, un atropello, una arbitrariedad... —Si algo hay que reconocerle a Tony, es que se repite más que el ajo—. Y... ¿no se ha enterado usted de que se necesitan pruebas antes de acusar a alguien? —Agita un dedo admonitorio frente a la cara del pobre agente Caramelo—. Menudo policía. No tiene más que un palo quemado y un cerdo... que es un marrano.

Miro al agente con gesto compasivo y, automáticamente, me acerco a él y le froto la espalda con el corazón lleno de aflicción. Le miro a los ojos y veo que intenta mantener las lágrimas a raya. Pobrecillo, no se merece semejante trato vejatorio. Me fijo un poco mejor y... ¿son lágrimas de risa? Se me corta la respiración de la impresión y, antes de que a ninguno de nosotros le dé tiempo a detenerlo, abre otra vez la funda que lleva colgada a la espalda.

Todos vuelven a retroceder, vacilantes, cuando coge el palo de gallinero, lo levanta con ambas manos y apunta a Tony con él. Tras un incómodo silencio, en el que estamos convencidos de que va a dispararle con el puñetero palo, no en vano las armas las carga el diablo, anuncia con un brillo de determinación en los ojos:

—Sí, pero no todos llevan sus huellas y las de su hermana impresas en él. Y tampoco creo que contengan cabellos y sangre de la señorita Willi. Venga, ríase otra vez si puede.

Si no fuera porque me provoca un elevado grado de repelús, le habría besado ahora mismo. Bueno, si hubiera podido superar la barrera de la inconsistencia y todo ese rollo, claro.

A falta de beso, le miro como si acabase de descubrir la penicilina.

El teniente le mira como si fuera un completo imbécil.

Y Carlos me mira como si yo estuviese chiflada.

Y tras el intercambio de miradas, el agente al mando comienza con su explicación de los hechos:

—Tal y como yo lo veo... —le arroja otra corteza a Choped—, los sucesos acaecidos acaecieron de la siguiente manera. Usted —señala a Tony con el palo acusador— y su hermana confiaban en que la lejanía y el poco trato existente entre el señor Nelson y su familia americana actuarían como baza a su favor a la hora de heredar la heredad propiamente dicha. Con lo que no contaban era con el inconveniente añadido de una adopción en toda regla por parte del señor Nelson. Eso supondría un heredero. Un heredero legítimo. —Chasquea la lengua con asco—. ¡Qué terrible injusticia!

Gratamente impresionados, llegamos todos a la conclusión de que el agente Caramelo es un narrador increíble.

—¡Nadie se merecía esa herencia más que ustedes! Pero ¡oh, cruel destino el que les esperaba! —Pegamos un bote, profundamente alarmados—. Así que, llegados a este punto, dejaron fluir lo peor que llevan dentro y no sé de qué manera se las arreglaron para secuestrar al pequeño. La cuestión es que lo consiguieron, lo encerraron en una casona en Edimburgo y lo dejaron en manos de una chica sin experiencia. La amedrentaron para que callara. Y después, se plantaron delante del señor Nelson y le dieron la mala noticia del secuestro. Solo que lo adornaron con detalles tan sórdidos que el corazón del pobre señor Nelson no pudo soportarlo y se paró, de pena, de sufrimiento, de dolor. —Se sujeta su propio pecho con una mano en forma de garra—. ¡Ustedes le mataron a él también! —Oigo a Mooni dar un grito ahogado, y se lleva una mano a la boca al tiempo que intenta reprimir las lágrimas que tiemblan en sus pestañas—. Cuál no sería su sorpresa cuando vieron cómo la codiciada herencia se les escurría entre los dedos al dejar su tío como única heredera a una jovencita que no pensaban ver en su vida. ¿Y qué hicieron?... —La pregunta está cimentada por una mirada a la concurrencia, que no pierde ripio, de: «No espero que digáis nada, que ya lo hago yo, que para eso soy el agente al mando»... Pues yo se lo diré. Una noche lluviosa y sin luna... —se escuchan varias exclamaciones ahogadas—, con la excusa de traerle un regalo, una gallina ponedora para ser más concretos, consiguieron engañar a la pobre e inútil americana —se escucha una sola exclamación indignada. Bueno, en

realidad solo la escuchan Carlos y Mooni, son los únicos que pueden oírme— y conducirla hasta el antiguo gallinero. Una vez allí, los dramáticos acontecimientos se sucedieron uno tras otro a una velocidad vertiginosa. Primero le asestaron un golpe con este palo y después prendieron fuego al lugar de los hechos con la clara intención de acabar para siempre con la infeliz muchacha, segar su espíritu era su principal intención... Por desgracia para ustedes, todo se les ha ido al garete.

Intentamos no reírnos, pero no terminamos de conseguirlo.

Se puede ser más ñoño.

—Enhorabuena, agente... —le felicita el teniente Aidam mientras se sitúa tras Tony y le pone las esposas.

—Toffee —le sopla Carlos desde atrás.

—... Agente Toffee. Sin usted no lo habríamos conseguido.

—Eso es cierto —admite el agente Caramelo sin ningún pudor—. Pero no debemos restarle mérito a Choped; él fue quien descubrió el arma del delito.

—¿Qué?

—Hurgando entre los restos del viejo gallinero en busca de pollo asado.

—¿Qué? —repite el detective.

—Sí, le gusta jugar entre los escombros —afirma con orgullo, y le da otro trozo de corteza al héroe del día antes de continuar hablando—. El otro día se quedó prendado de este palo. No lo soltaba ni a sol ni a sombra. Cuando Mick fue a arrebatárselo para cargarlo en el camión, él se negó en rotundo a soltarlo. Tras un tironeo, en el que Choped no hacía más que gruñir, Mick se dio cuenta entre maldiciones de que, pegado al palo, colgaba un buen mechón de pelo negro. Y como Choped es rubio... no tuvo más que sumar dos más dos.

—¡Joder! Freud se revolvería en su tumba —susurra Carlos.

—Sí, pero que no asome mucho, si no Choped se lo comería. —Le da unas cuantas palmaditas en la cabeza al cerdo caníbal—. Estoy muy orgulloso, él solito ha resuelto el caso.

—Efectivamente —se burla el teniente—. Y ahora, si me disculpan, tengo que hacerme cargo del caso de una prostituta asesinada en Whitechapel.

—¿Has oído, Choped? Prostituta y Whitechapel —susurra el agente Caramelo, entusiasmado—. Qué no podríamos hacer tú y yo en un caso como ese.

El teniente Aidam se pone lívido al escucharle y, después, de prisa y

corriendo, le tiende una mano y se despide del agente al mando. Acto seguido, con gesto descompuesto, da media vuelta y le lee sus derechos a Tony a toda velocidad, mientras este tiembla como una hoja dentro de su embarrado traje de marca cara y sus no menos embarrados mocasines de diseño.

—¿Crees que deberíamos ir a ver cómo estás?

Todo el mundo se ha dispersado, siguiendo las órdenes de Mooni, y ahora me presta toda su atención. Tiene la voz ronca, legado de tanto forzar la garganta, y los ojos le brillan con una mezcla de emoción, dolor y alegría.

—Lo primero es lo primero —contesto frustrada—. Tengo que encontrar a Tommi.

—¿Para qué?

—Por si no te has dado cuenta, sigo aquí.

—¿Y dónde mejor que con la tía Mooni?

Hago una mueca.

—¿Te dice algo «caso resuelto. Willi de vuelta»?

—Ah, eso —contesta sorprendida.

—¿Dónde se ha metido? No hay señales de él desde que ha sacado al niño del campo. ¿Y si se lo han llevado ya y no me da tiempo ni a despedirme? Y, por cierto, ¿dónde está el niño?

En serio, como se haya largado sin despedirse, me va a oír.

—Ah, sí, está en casa —dice Mooni, haciendo una seña para que la sigamos—. Me ha llamado al móvil y dice que Martin está allí, sano y salvo.

—¿Y qué más ha dicho? —pregunto ilusionada.

Mooni ahoga una risita.

—Que te va a encantar lo que te ha puesto —contesta lacónica, y de pronto me entran los siete males de pensar qué me habrá puesto y si habrá cerrado los ojos mientras lo ha hecho.

Y sin más, nos encaminamos hacia la casa con paso lento y el corazón ligero, a pesar de estar comiéndome las uñas mentalmente. Nunca he estado tan nerviosa, si bien es cierto que nunca antes había perdido mi cuerpo. No sé si echar a correr o seguir observando a Carlos y a Lolita con el rabillo del ojo. Van caminando por delante de mí, con las cabezas unidas, y de vez en

cuando sueltan alguna risita tonta.

Me estremezco al pensar en ellos dos juntos. Eso sería antinatural, como las rosas azules. Como..., como... el bronceado color naranja. Como..., como... Vaya, es desconcertante tener las neuronas desparramadas por ahí. Bueno, en todo caso sería horrible, devastador. No, no debo adelantar acontecimientos. Carlos siente algo muy fuerte y muy profundo por mí. Y mi hermana no me la jugaría otra vez. Ahora está casada. Y hablando de amores imposibles... ¿Dónde se ha metido Frank?

—Me tengo que ir —anuncio de repente—. Nos vemos en casa. —Arranco a correr como alma que lleva el diablo sin hacer caso de las llamadas de Mooni y de Carlos.

Después de que toda clase de disparates en la línea de catastróficos me pasen por la cabeza, llego a la puerta principal de la granja. No he obviado el hecho de que Tommi no ha dicho que nos espera en la casa. Ha dicho que ha dejado al niño, pero no que esté con él en persona. Seguro que lo ha dejado al cuidado de Frank. ¿Se habrá marchado ya? ¿Se lo habrán llevado vete tú a saber dónde sin siquiera dejarle despedirse de mí? Respiro hondo, intentando tranquilizarme. «Por favor, por favor —ruego—, que no se haya marchado todavía...». Y algo que creí que nunca volvería a sentir me oprime el pecho hasta casi cortarme la respiración: dolor. Un dolor agudo y penetrante. Un dolor que me golpea con la fuerza de una gigantesca ola hasta casi ahogarme.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces, y entro en la casa. Echo un vistazo por el salón. Nadie. Alzo la vista hacia las escaleras y me encamino al cuchitril; aún tengo la respiración agitada y el corazón me late demasiado fuerte. No sé si tengo fuerzas para enfrentarme a una despedida. Abro la puerta.

No está. Aquí tan solo se encuentra Frank, sentado en una silla junto a la cama, y me sujeta la mano con cuidado y ternura —yo sigo sobando—. Me acerco a él y escucho sus murmullos.

—Joder, Willi, me dejas sin palabras. ¿Por qué te dejé?

Esbozo una sonrisa torcida. A lo mejor fue por eso. Siempre te quejabas de que hablaba demasiado.

—Eres tan distinta a Lolita...

Sí, eso también tuvo algo que ver.

Levanta mi lánguida mano y me da un beso en la palma.

—Debería haberte dicho que, aunque te quería con toda mi alma, pensaba casarme con tu hermana...

Sí, habría sido todo un detalle por tu parte.

—Debería... No importa —se interrumpe, negando con la cabeza—. Mañana te vienes conmigo a Nueva York.

—Ni lo sueñes —digo en voz alta, dejando entrever lo indignada que estoy—. Tú no me sacas de aquí ni con palanqueta.

—En un buen hospital te dejarán como nueva y podremos...

No me interesa para nada lo que tiene que decir. Una revelación no tan sorprendente si tengo en cuenta que mi corazón late desbocado cada vez que pienso en otro. Y que, en estos momentos, lo único que me interesa es encontrar a Tommi antes de que vuelva a darme una trombosis de la preocupación que llevo encima.

A pesar de que debería haberme largado sin hacerle el menor caso, puesto que él no tuvo ningún reparo, como bien dice Carlos, en tirarme por el retrete y tirar de la cadena después, me siento incapaz. Con calma, me acerco y le susurro al oído:

—Tú no me quieres, tú solo te quieres a ti mismo. Yo tampoco te amo. Estoy en serias relaciones con un hombre bueno, trabajador y que me quiere tanto como yo a él. Lo mejor para todos será que te marches y que te lleves a tu esposa contigo.

No sé si me ha oído, pero me da igual. Después mandaré a Mooni para que le acompañe hasta la salida. Además, no creo que le dure mucho el disgusto; hasta que encuentre alguna otra desdichada empeñada en ser actriz.

En cuanto me queda claro que ya no tengo nada más que decirle a mi ex, me dispongo a registrar la casa. ¿Dónde se habrán metido? Vale que Tommi desaparezca, pero un niño de cuatro años no es como una horquilla que puedes ir dejando por cualquier lado y nadie repara en ella.

Decidida a encontrar a Tommi, esté donde esté, me echo un último vistazo antes de abandonar la habitación y observo con sorpresa que el muy gracioso me ha vuelto a colocar el maldito pijama de nubes rosas. Menos mal que por lo menos está limpio.

Al punto, y sin mirar a Frank, doy media vuelta y me marchó por donde he venido. Oigo la voz un instante antes de verle. Se encuentra en el jardín, justo en el mismo sitio donde le conocí hace dos semanas escasas. Dos semanas que unen más que toda una vida junto a otras personas, puesto que las circunstancias que nos han unido han sido tan extremas que me resulta difícil definir el grado de conexión que existe entre nosotros. En cierto modo, somos

como dos supervivientes de una catástrofe que se ven obligados a apoyarse y ayudarse mutuamente durante un corto periodo de tiempo bajo circunstancias límite. Pero es un tiempo tan condensado, tan vehemente, que ha caldeado nuestras almas hasta fundirlas en una.

—Es la hora —anuncia, ladeando la cabeza y mostrándome esa sonrisa socarrona que tan de los nervios me ponía la primera vez que le vi.

Va vestido con la misma ropa: los vaqueros, la camisa con chorreras y el pelo recogido en una cinta negra. Presa del pánico, pienso que esta puede ser la última vez que le vea en mi vida. Cierro los párpados con fuerza y después los vuelvo a abrir. Le contemplo fijamente, sabiendo que Sachiel no tardará en reclamarlo. Pronto desaparecerá y yo me quedaré hecha polvo y, si bien mi corazón no se para al instante, ya nunca volverá a ser el mismo; quedará dañado para siempre por el hecho de haberle perdido.

Oh, Dios, no creo que pueda desprenderme nunca de esta mierda. Va a ser doloroso.

Y como buena masoquista que puedo llegar a ser, mientras recorro con lentitud cada uno de sus queridos y atractivos rasgos, no puedo dejar de pensar en los típicos clichés de siempre: si estará bien, si pasará frío, si estará solo, si le tratarán con cariño, si me echará de menos tanto como yo voy a añorarle a él. Que no debo llorar por no volver a verle. Que he sido muy afortunada al conocerle. Que le quiero, que le quiero tanto que duele...

Durante unos minutos, nos miramos sin decir nada. Y entonces, con una voz extraña y casi irreconocible, Tommi rompe el silencio en el que nos hemos sumergido.

—Estaré bien.

Asiento con la cabeza tragando el nudo de emociones.

—Yo también.

—Tienes que ocuparte de Martin. Tenía pensado ayudarte, pero...

—Lo sé. Y te lo agradezco.

—Iba a pedirte matrimonio, ¿sabes? —Pone cara de ir a vomitar.

—Sí, yo me siento igual. Pero formamos un buen equipo. Lo hubiéramos hecho bien.

Otro momento de silencio.

—¿Te duele algo?

—¿Y por qué habría de dolerme nada? —inquire extrañado.

—No sé..., es todo tan raro. ¿Quieres tu manta? —añado de pronto. Seguro

que la va a necesitar. A lo peor sí que hace frío allá donde le lleven.

—Willi... —murmura visiblemente aterrado—. Creía que quería esto, pero ahora...

Durante los interminables cinco segundos que tardo en recorrer los interminables cinco metros que me separan de él, deseo encarecidamente que ocurra un milagro y que Sachiel se haya olvidado del contrato de Tommi. No quiero que se marche, no quiero que me deje. Resulta escalofriante y aterrador saber que no voy a verle nunca más. Me precipito en sus brazos y nos abrazamos con fuerza, dolorosamente conscientes de que nuestro tiempo ha llegado a su fin.

Nos quedamos así, unidos, quietos, silenciosos.

—Te quiero, Willi.

—Y yo a ti —susurro mientras aprieto el abrazo—. Nunca sabrás cuánto.

Y así, sin saber qué más decir, permanecemos abrazados.

Y de pronto noto cómo se desvanece entre mis brazos. Tan repentinamente como los últimos destellos de un maravilloso sueño. Tan dolorosamente como cuando abres los ojos a la fea realidad. Y aun sabiendo que se iba a marchar, ni por un momento se me ha pasado por la cabeza que iba a ser tan pronto.

Durante un momento, me planteo si no debería pedirle a Sachiel que me lleve a mí también con el único propósito de poder abrazarle de nuevo, para poder estar un poco más con él; solo quiero ver una vez más su sonrisa, sus carcajadas, su rictus travieso y desenfadado, pero no lo hago y el momento pasa. Cansada, me dejo caer de rodillas. Miro a mi alrededor, como desorientada. El día es soleado, los pájaros trinan desde las copas de los árboles, una húmeda brisa que anuncia lluvia me acaricia la cara y la voz de Mick resuena, dando órdenes a mis espaldas. Los aromas, los sonidos, las imágenes siguen siendo los mismos de siempre. Sin embargo, nada es igual, todo ha cambiado.

Y me derrumbo. Y aunque sé que los chicos no pueden verme ni oírme, inclino el cuerpo hasta casi rozar el suelo, me tapo la cara con las manos y me convulsiono en desgarradores y silenciosos sollozos mientras noto cómo las lágrimas se deslizan calientes por mis mejillas. Se ha marchado.

Tendría que haber pensado en un plan alternativo. Debería haber sabido que siempre hay una segunda opción. No tenía ni idea de que...

Tendría... Debería... Ojalá...

—¡¡¡SACHIELLLLL!!! —grito con toda la fuerza de mis pulmones—. Tengo

algo que decirte. —Miro al cielo y no espero contestación antes de empezar con mi diatriba en pro de los derechos de los espíritus justicieros—. Como bien sabrás... —me caliento los cascos hasta que casi se puede ver salir el humo—, el poder de la bondad y de la justicia siempre será infinitamente más poderoso que cualquier decisión tomada de antemano. Decisión que puede ser revocada si se demuestra que el sujeto ha cumplido con plena habilidad la misión encomendada. Y si el ángel custodio no se tomase la molestia de meditar, sin precipitaciones de ningún tipo, sobre la petición que el intermediario acabase de expresar en defensa de su alma inmortal..., es cuando el recto camino de la verdad y la justicia se ve oscurecido por la bruma de la incertidumbre y la falta de la...

—¿Estás completamente segura de que no eres abogada? —resuena una voz profunda desde las alturas.

Doy un brinco.

—Segurísima —me repongo rápidamente—. Ya te he dicho que soy granjera.

—Eso es lo que a ti te gustaría —murmura por lo bajini, y después eleva la voz—: Bien, pues deja las cuestiones celestiales a quien corresponda y tú dedícate a lo tuyo. Nos veremos, Willi Nelson... O no.

—Vale, pero no es justo... —protesto con un hilo de voz, tan incapaz de callarme como de contener el dolor que sus palabras me han provocado.

Y ha sido decir y sentir eso, y de repente empiezo a esfumarme.

Cuando unos zarandeos sin miramientos consiguen que me castañeteen los dientes y los ojos me bailen dentro de las órbitas, me despierto por fin con una sensación de dolor extremo y la boca seca. Con los párpados cerrados con fuerza, intento situarme. ¿Estoy en el barco pirata? ¿Me acaban de arrojar por la borda? ¿El helicóptero se ha estrellado? ¿En el cuchitril? Si tengo en cuenta el dolor de cabeza y la profunda aflicción que me desgarran por dentro, donde seguro que no estoy es en la blanca luminosidad. Me armo de valor y entreabro los ojos. Mooni está sobre mí con el ceño fruncido y la mirada clavada en mi rostro. Agita la cabeza con fuerza y el moño le baila de un lado a otro sin control. Si no fuese porque siento como si toda yo estuviese rota, igual me reiría un rato y todo.

De todas formas, se me escapa una risita, seguida de un agudo sollozo.

—Aclárate, ríes o lloras.

—Río, río.

—Eso está bien, porque aquí hay alguien que, como no digas algo pronto, se va a quedar calvo de tanto tirarse del pelo.

Levanto la vista, un poco cohibida, y veo que Carlos se acerca veloz a mi lado.

Me atuso rápidamente los pelos y me incorporo sobre el respaldo de la cama. Vaya, me han trasladado a mi habitación. Qué bien.

—Hola —dice con la emoción reflejada en el rostro—. Me alegra conocerte en persona, por fin. —Acompaña sus palabras con una suave caricia en mi brazo—. Vaya, creí que nunca podría hacer esto.

—Hola —contesto con voz ronca, olvidados ya el dolor de cabeza, la pena, la desesperación, todo—. Yo también me alegro de verte en persona.

Por la periferia de mi todavía borrosa visión, veo que no estamos nosotros tres solos. Lolita llora como una Magdalena junto a la ventana, Teresa y Mari se encuentran justo a los pies de la cama y un niño moreno y de grandes ojos azules levanta la vista y me saluda con una manita antes de volver su atención a lo que sea que haya dentro de una caja de cartón.

—Ven, Martin, acércate para que te presente a tu tía Willi —le anima Mooni.

Vaya, tía Willi, qué mayor y qué responsable me siento de repente.

—Hola, tesoro —le saludo en cuanto mis ojos consiguen enfocar con claridad—. ¿Qué tienes ahí?

Corre con celeridad hasta la caja, la levanta del suelo con cuidado y regresa junto a la cama. Después, con lentitud, la deposita junto a mí antes de meter sus manitas y sacar un polluelo amarillo y bastante birrioso para dejarlo sobre la cama.

—Mira, tía Willi —dice con toda la confianza y la seguridad de un niño de cuatro años que se sabe querido y protegido—. Me lo ha regalado la voz. —Una punzada de feroz dolor me atraviesa al recordar a Tommi—. Me dijo que esta es la famosa gallina ponedora y que tú sabrías a qué me *pefiero*. Y que tenemos que ponerle un nombre los dos juntos. Por los viejos tiempos y por todo el amor que te *po... po... pofesa*.

—Claro que sí, cariño. —Trago con fuerza. Maldito mamón, mira que le gusta el drama—. ¿Qué te parece si la llamamos Tommi?

Así aprenderá.

—Pero es una chica... —protesta Martin—. Tenemos que ponerle un nombre de chica.

—¿Maggi? —sugiero, pensando en hacerle la puñeta un rato a mi prima.

—Sí, Maggi me gusta. —Sonríe mostrándome una mella.

—Dame un abrazo, tesoro —le pido con la voz quebrada y los brazos extendidos.

No sé por qué estoy tan blandita. A mí no se me suele quebrar la voz. Lo mío son los desmayos. Y, para mayor vergüenza, noto que me estoy poniendo colorada y las lágrimas se me acumulan en los párpados al sentir su pequeño cuerpecito abrazado al mío, y la verdad me golpea como un puñetazo en el estómago: sí que es el mayor tesoro que alguien pudiera desear. Y va a ser todo mío.

Mooni recoge la gallina y le da un golpecito en el hombro a Martin. Después, sorbiendo ruidosamente por la nariz, le dice:

—Hala, Martin, ya está bien, que la tía Willi no se va a ir a ningún lado. Ahora coge a Maggi, métela otra vez en la caja y vete con Teresa y con Mari a merendar a la cocina, que la tía Willi tiene que darse una ducha y comprobar si puede andar.

Muy sutil.

—¿Cómo has conseguido que se quede?

—Ha sido el amigo policía de Carlos. —Levanta una mano restando importancia a sus palabras—. Nuestro arquitecto favorito le ha chantajeado un poquito: le amenazó con no declarar. Cosas de chicos, ya sabes.

El chico en cuestión se pone como un tomate y, tras dedicarme una sonrisa azorada, se gira hacia la ventana.

Le sigo con la mirada y el cerebro me bulle con toda clase de pensamientos perturbadores y promiscuos. Parpadeo para aclararme las ideas y, con un calentón del tamaño de una bomba nuclear, llamo a mi hermana para consolarla y poder quitármela de encima cuanto antes.

Nunca la había visto tan descompuesta. Pobrecita, demasiadas emociones para una mente tan simple.

—¿Estás bien, Lolita? —Hago un gesto para que se siente a mi lado.

—Ahora sí, Wan Tun.

Reprimo el impulso de insultarla.

—¿Y Frank? —pregunto con curiosidad.

—Le he dicho que se marche. Aquí no pinta nada. —Suelta una risita—. Y Carlos también ha sido muy convincente cuando lo ha zarandeado sujetándole por las solapas del traje en el momento en que le ha visto dudar.

Ante semejante declaración descabellada, me muestro asombrada; luego, sinceramente aliviada; y, por último, pienso, con inquietante franqueza, que un cierto toque de comportamiento cavernícola me atrae. Me atrae mucho.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —inquiero, desviando la vista de mi impetuoso paladín.

—Yo... había pensado... quedarme una temporadita por aquí. Así te echo una mano, Wan Tun. —Mueve la cabeza de un lado a otro—. A saber en qué lío puedes meterte si no te vigilo...

¿Cómo le digo a mi hermana que la quiero, pero que la quiero más si nos separan ocho mil kilómetros de distancia?

—Por supuesto —me oigo decir, asombrada—. Solo te pido una cosa, que no me llames Wan Tun.

Tras cavilar unos segundos, pregunta:

—¿Y cómo quieres que te llame, Wan Tun?

—Ese no es mi nombre.

Tuerce la cabeza hacia un lado con la boca fruncida y los ojos entornados, y luego dice:

—No pienso llamarte Wan Tun frito. Es ofensivo.

Cuando Lolita sale por la puerta, dispuesta a ejercer de tía enrollada, y yo lanzo un suspiro de derrota, Mooni se me acerca, todavía atrapada en el remolino de vaivenes emocionales.

—¿Puedes moverte? —pregunta preocupada.

—No exactamente —contesto risueña.

—¿Necesitas que te ayude a ducharte y a vestirme?

—No exactamente. —Me vuelvo y le echo una mirada fugaz al culo de mi maduro calentorro, de mi seductor cuasi cuarentón, de mi pirata sanguinario, de mi protector, como si fuese la octava maravilla del mundo.

—¿Entonces...?

Señalo al susodicho con un gesto de la cabeza y Mooni no parece pillar de qué va la cosa. Señalo con un poco más de énfasis y ella pone cara de poema.

—Vale, ayúdame a darme una ducha —claudico en cuanto tengo claro que, por más gestos que le haga, no va a pillar las indirectas.

—¿Qué quieres ponerte?

—Lo que sea, menos un pijama.

La miro a los ojos, asegurándome de que se refleja en mi cara lo mucho que necesito ropa cómoda y favorecedora.

Mooni me mantiene la mirada, evaluándome, y así permanecemos, esperando. Ella a que yo dé mi brazo a torcer y yo a que lo dé ella. Cuando por fin da media vuelta y se dirige hacia el armario, va rezongando:

—Pues un pijama es precisamente lo que deberías ponerte después de pasarte casi dos semanas fuera de combate, pero claro, ¿quién soy yo para decir nada? Luego la señorita va a hacer lo que le dé la realísima gana, como de costumbre... De todas formas, has estado yendo y viniendo de un lado a otro con el descerebrado de mi tátara, tátara, tatarabuelo, sin contar con mi opinión ninguno de los dos, y...

Y pienso: «Hay que ver lo que quiero a esta vieja cascarrabias».

A pesar de que me he duchado y he conseguido ponerme un chándal de color rosa —regalo también de mi madre, que es posible que sea una reputada científica, pero que como estilista se moriría de hambre— y, no sin algunos problemillas leves de coordinación, puedo andar sin ayuda, no termino de sentirme del todo satisfecha, me falta algo: Tommi.

—Mañana podrás salir corriendo, ya verás —me anima Mooni al salir del cuarto de baño, justo un segundo antes de darme un fuerte empujón y lanzarme a los brazos de Carlos, como si le hubiera dado un espasmo muscular.

No es que me queje, pero podía haber tenido la deferencia de comunicar sus intenciones a los interesados y así Carlos no habría puesto la cara de susto que ha puesto antes de conseguir sujetarme con una complicada maniobra.

Inclino la cabeza hacia atrás y le sonrío, roja de vergüenza.

Una leve expresión de extrañeza se dibuja en su rostro.

No estoy muy segura de por qué.

Sigue con esa expresión.

Me empiezo a encontrar un pelín cohibida.

Me mira raro.

Caigo en la cuenta y me bajo un poco los pantalones del chándal; el estilo sobaquillo no favorece nada.

Me sigue mirando raro, incluso con los pantalones en su sitio.

—¿Te pasa algo? —espeto de malas maneras.

Niega con la cabeza.

—¿Y por qué me miras así de raro?

Se encoge de hombros.

Vamos a tener que trabajar mucho y duro con esa tendencia al mutismo de mi *sexy* paladín. Se queda callado un momento y al final dice:

—Me gusta tenerte así, entre mis brazos, es mucho más agradable que en sueños.

Me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada. Como una competición de a ver quién aguanta más tiempo sin esquivarla. Es ese tipo de miradas que lo dicen todo y a la vez lo esconden todo. Y cuando digo que lo esconden todo, me refiero a emociones, no a ocultación de datos como, pongamos, por ejemplo: «¿Cómo dice, señor agente? ¿Que el cadáver del coñazo de mi vecino se encuentra en una tumba poco profunda en el jardín trasero de mi casa? Pues no sé qué quiere que le diga. En esta casa, la que se encarga de la jardinería es mi mujer».

Definitivamente, no es ese tipo de mirada. Lo que esconde y no se atreve a sacar a la luz son nuestros sentimientos. Tan frágiles, tan nuevos y tan hermosos como una delicada figurita de cristal.

Seguimos sin decirnos nada. Solo nos abrazamos. Poca cosa para todo lo que tenía pensado. Lo mejor va a ser que le rodee el cuello con los brazos y lo asfixie con un beso profundo y con lengua incluida. Sin embargo, antes de poder llevar a cabo mis calenturientos planes, me suelta, se pasa la mano por el pelo, dándose un aire más *sexy* si cabe todavía, y me dice:

—Siento mucho lo de Tommi.

Me muerdo los labios y me encojo de hombros.

—Ya tenía doscientos años... Era muy viejecito...

Se acerca hasta rozarme y baja la voz.

—¿Estás bien? —Sus ojos bucean en los míos en busca de la verdad. Habla con tanta ternura que la coraza protectora que empezaba a levantar se resquebraja y le dejo ver mis verdaderos sentimientos.

—Sí. Lo estaré. —Trago saliva y los ojos se me empañan de lágrimas—. ¿Y tú qué vas a hacer ahora? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Lo primero, darte un beso tan real como la vida misma. Lo segundo, pasar la noche contigo; la realidad siempre supera a los sueños. Y lo tercero..., reconstruir el antiguo gallinero y empezar la nueva construcción de un invernadero. Como podrás comprobar, trabajo no me falta. —Se queda callado, pensativo durante unos segundos, dudando; luego agita la cabeza y compone una sonrisa pícaro—. ¿Y tú, que eres tan lista, me puedes decir qué me pasa que no puedo separarme de ti?

—Esa es fácil: que has podido ver mi alma.

Hay ocasiones en que las palabras sobran. Y esta es una de esas ocasiones. En estos casos sí es aplicable el dicho: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Así que me abrazo a él, agradeciendo a la Providencia que me lo haya enviado justo cuando más le necesitaba. Puedo escuchar el errático latido de su corazón a través de la camiseta; oler la frescura de su piel; sentir el tacto de sus manos, cálidas, masculinas y cariñosas; saborear la sensación de sentirme amada, mientras sus brazos, fuertes y duros, me envuelven con delicadeza.

¿Qué habría sido de mí sin la ayuda de mis dos grandes amigos? Uno ha desaparecido para siempre, pero del otro no pienso alejarme. He aprendido que debemos aferrarnos a las cosas valiosas, las que aparecen cuando menos te lo esperas. Son preciosas, únicas, sorprendentes y tan inalcanzables que, por mucho empeño que pongas en buscarlas, rara vez son halladas.

Y a pesar de haber perdido a Tommi, soy feliz, no puedo evitarlo, pienso mientras nuestros alientos se entremezclan y su deliciosa boca se une a la mía con un muy expresivo:

—¡Mierda, Willi, no sabes cómo deseaba hacer esto!

Tengo mariposas en el estómago.

El corazón se me acelera.

Me hace sentir bien, muy bien.

Es una pena que Tommi no pueda verme.

Si estuviese aquí, igual le decía que se nos uniera y todo.

Sin manta, por supuesto, tan solo un abrazo en plan fraternal.

Y entre caricia y caricia, beso y beso, y jadeos y frotamientos mutuos, me encuentro pensando en Lolita y deseando intensamente que algún día pueda encontrar el amor.

No importa el sexo de su amado-a.

Porque, cuando se trata de amor, todo es válido. Porque es un sentimiento donde lo fundamental es compartir, ayudar, dar seguridad y alegría a la persona que te acompaña por el complicado y arduo camino de la vida.

Definitivamente, el golpe me ha trastocado el cerebro.

Ahora resulta que, además de friki, también soy cursi.

Aterrador.

Hace aproximadamente dos días que me resulta imposible desprenderme del sentimiento de impotencia que me aqueja, centrarme en lo que me rodea, y ni siquiera consigo plantar ninguna otra cosa que no sean las malditas cebolletas. Y no es porque le tenga un apego especial a este tipo de alimentos, es que no tengo ni idea de qué hacer para sentir la felicidad absoluta que debería sentir acorde a mis nuevas circunstancias. Lo cual me lleva al siguiente dilema: ¿debo realizar la tarea que me ronda por la cabeza desde hace dos días o debo quedarme en casa, cruzada de brazos, esperando que el tiempo siga su curso? También existe una tercera opción: agenciarme una buena botella de tequila y olvidarme de todo lo demás hasta nueva orden.

No, no creas que he perdido la memoria y voy a someterte a la tortura de volver a acompañarme. Disculpa, no me he expresado bien, perdóname. Sí voy a someterte a la tortura de volver a acompañarme. Así que te recomendaría que me prestases atención porque voy a explicarte todo cuanto ha ocurrido desde hace dos meses.

Está bien, vamos allá.

Como bien sabes, Tommi desapareció de mi vida hace dos meses. Recuerdo perfectamente todo lo que ocurrió aquel día: principalmente, lloré. Y vale, lo admito, también me pasé casi todo el día en la cama ganduleando y haciendo lo que todo adulto en su sano juicio debería hacer siempre que tenga ocasión. Ah, entre interludio amoroso e interludio amoroso, también comimos. Lo que provocó algún que otro comentario mordaz por parte de la vieja cascarrabias: «Tú estarás muy mal, pero comer y beber..., comes y bebes como una reina, hija mía. Y no me hagas hablar más de la cuenta que tenemos un niño en casa».

Fue gracias a las eficaces diligencias de Aidam que pude quedarme con Martin en un tiempo récord. En aproximadamente un mes ya había resuelto el tema de la custodia legal. Era mover cielo y tierra o la alternativa: Carlos no pensaba declarar ante ningún juez. No lo he adoptado; no pretendo sustituir a

sus padres. Creo que es mi deber hablarle de ellos e inculcarle todo el amor y el respeto que debe sentir por las personas que le dieron la vida. Que debe recordarles y amarles, mantener sus raíces, como quien dice. Desde entonces, todo ha sucedido a una velocidad vertiginosa y todavía no creo que todo esto me esté pasando a mí.

Me despierto todas las mañanas junto a Carlos y, aun después de tanto tiempo, siento una punzada de incredulidad. Algunas veces le miro la espalda rematada con los hoyuelos y el corazón me revienta de gratitud.

Lo que más me gusta es cuando dejamos pasar las horas lentas y cadenciosas de las tardes frías y lluviosas de primavera entre caricia y caricia y suspiro y suspiro, mientras los cristales de las ventanas crujen con la fuerza de la tormenta, y escuchamos a lo lejos los sonidos del cotorreo y del correteo despreocupado del pequeño Martín por toda la casa.

Y para rematar mi perpetuo estado de dicha, hace dos semanas acudimos al bautizo del sobrino de Carlos, un bebé moreno de grandes ojos color miel, como su padre; un chico realmente guapo. Yo estaba un poco nerviosa. Ya sabes, siempre he sido un bicho raro, pero todos mis reparos se fueron al garete en cuanto conocí a sus amigos; menuda panda de inadaptados. ¿Y su madre? No me quitaba el ojo de encima desde que puse un pie en su casa. Y ya estaba empezando a ponerme nerviosa, pensando que me iba a echar la culpa de que su hijo fuese uno de los beneficiarios del subsidio por desempleo, cuando de repente se me acercó, me abrazó y me dijo:

—Las posibilidades de que mi hijo sentara la cabeza eran mínimas, por no decir inexistentes. Me alegra que lo haya hecho con una chica tan sensata como tú. —Y ahí no quedó la cosa, no, fue a peor cuando de pronto añadió—: No como mi Crisi, mi Crisi siempre ha sido un dolor de muelas. No sabes lo que me costó arrojarla al Rubicón.

Y yo no entendí nada de nada, pero agradecí en silencio no ser hija suya. Entre tú y yo, creo que no anda muy bien de la cabeza. Pero al regresar a casa, mi primer pensamiento fue para Tommi. No podía evitarlo, le echaba de menos.

Mientras me duchaba a la mañana siguiente, me empezó a entrar un cargo de conciencia horrible. La culpabilidad emponzoñaba mi buena fortuna. Yo sabía que esto iba a ocurrir. Pero, por algún extraño motivo, no me parecía justo. ¿Por qué mi felicidad tenía que cimentarse sobre la desgracia de Tommi?

¿Entiendes ahora lo de mi desazón? ¿Entiendes que debo hacer un último

esfuerzo? ¿Entiendes por qué desde hace dos días no consigo concentrarme? El cargo de conciencia me está matando. Nunca debería haber dejado que se marchara tan fácilmente, debería haber peleado por él.

Por eso, cuando nada más despertarme he comprendido que mi dicha no será completa hasta que haga un último intento por traer a Tommi de vuelta a casa, he ideado una estrategia que me ha llenado de esperanza. Es un proyecto simple y bastante disparatado, pero no tengo nada que perder y sí mucho que ganar. En fin, nada extravagante que dé por pensar a mis amigos que me he vuelto loca. Una especie de conjuro o algo así.

Así pues, hoy, 24 de junio, día de brujas, no pienso dejarme distraer por la curva de los hombros de Carlos, ni por su pelo alborotado, ni por la dureza y suavidad de su espalda... Ni por sus manos de dedos largos, situadas bajo el primer rayo de sol... Ni por su cuerpo metido entre mis piernas...

—Si continúas mirándome así, Mooni va a tener que sacarnos de la habitación a escobazos. —En la boca de Carlos se dibuja lentamente una sonrisa perezosa.

Lanzo un suspiro.

—Tienes razón, además, tengo algo muy importante que hacer hoy.

—Sí, muy importante. —Carlos alarga una mano y me coge por la cintura arrastrándome debajo de él hasta convertirnos en una sola unidad, un solo cuerpo, incorpóreo de nuevo, que me hace elevarme sin dificultad por encima de decisiones y obligaciones, rodeada por su cuerpo y la suave brisa veraniega que penetra por la ventana.

Lo siento, no puedo resistirme a su cuerpo metido entre mis piernas.

Una vez acabado el interludio amoroso, una súbita determinación se apodera de mí, a la par que una insistente vocecilla interior me susurra que me quede en la cama, que es mucho más divertido y gratificante que la ardua tarea que me he impuesto.

La mando cerrar el pico y me meto en la ducha. Quince minutos después, y pertrechada con un paraguas —una no puede fiarse de la inconstante climatología inglesa—, cojo el coche y me dirijo al pueblo en busca de todo cuanto necesito para poner en marcha mi plan.

Una vez realizadas las gestiones pertinentes, me siento henchida de confianza. Es imposible que no tenga éxito con el estirado de Sachiél. Estoy convencida de que mi nuevo plan es del todo infalible.

Sin decir ni una palabra a nadie de mis maquinaciones, nada más regresar a

casa me encamino hacia mi habitación.

—¿Adónde vas? —pregunta Mooni al verme poner un pie en el primer escalón—. ¿No crees que te estás pasando? Una cosa es el uso y otra, el abuso —refunfuña por lo bajo.

Consigo aguantar la risa, no sin esfuerzo.

—Tengo que hacer una cosa.

—Ya la has hecho demasiadas veces. —Suelta un breve resoplido—. Lo que tienes que hacer es descansar.

—Tengo que hacer otra cosa.

La dejo con la palabra en la boca y me encierro en mi habitación. Saco todo lo que he comprado y cierro las cortinas. Sin perder tiempo, enciendo unas velas y me siento en el suelo con una güija entre las piernas y las manos con las palmas hacia arriba, elevadas al techo. Roto los hombros para descargar tensión. Bajo la mano derecha y poso el dedo índice sobre un vasito colocado boca abajo para dar comienzo a mi sesión espiritista.

—Yo te invoco, ven a mí... Yo te invoco, muéstrate...Yo te invoco, ven a mí...

Veinte minutos después, aporreo tres o cuatro veces el vaso comunicador con el más allá y que parece que está escacharrado. Descruzo las piernas, con dolor de ingle, y lanzo al techo una mirada acusadora.

—Si me vas a obligar a gritar hasta desgañitarme, no te lo perdonaré en la vida.

—Vale, está bien, ¿qué quieres y por qué me has invocado? —La voz de la mujer que escucho me obliga a dar un brinco. ¿Acaso Sachiel es unisex?

Tras una pausa, en la que me tomo mi tiempo para recuperarme de la sorpresa, ordeno con voz ligeramente temblorosa:

—Muéstrate.

La señora que aparece frente a mí no se parece en nada a Sachiel. Es rubia platino, va vestida con un traje de diseño y su porte es a un tiempo orgulloso y accesible.

—¿Y tú quién eres?

—Eva Perón.

—¿Eva Perón? —No salgo de mi asombro.

—Evita. Ya sabes, no llores por mí, Argentina.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Me has invocado.

—¡De eso nada!

—¡Has pedido que me mostrara!

Me inclino hacia delante y la miro bien a través de la oscuridad reinante.

—Vale, pues ya te he visto, me alegra saber que estás bien. Ahora puedes marcharte. Gracias por la visita.

—¿Y entonces, para qué me has invocado? —Al darme cuenta de que aprieta los labios y frunce el ceño, me da por pensar que igual la he sacado de su muy merecido reposo y se ha enojado un poco.

—Ha habido un error. —Me hago la inocente—. El intercomunicador con el más allá da fallos.

—Muy bien, pero quizá la próxima vez que intentes comunicarte con alguien no estaría de más que dijeras su nombre en voz alta. Más que nada para ahorrarte hacer el ridículo, ¿sabes?

La miro, entre desconcertada y avergonzada. Vaya, menuda metedura de pata. Y encima lleva razón. Seguramente por eso ella llegó a presidenta y yo sigo despatarrada en mi habitación con un vaso entre las piernas.

—No entiendo cómo ha podido ocurrir. Ha debido de ser a causa del vaso, igual está sucio y crea interferencias con el más allá. —Cojo el vasito y soplo dentro, fingiendo una profunda consternación—. Te aseguro que no era mi intención molestarte.

—No te preocupes, no es la primera vez que me ocurre. —Suaviza el gesto y levanta una cuidada mano en ademán de despedida—. Con un poco de suerte, espero que no me vuelvan a invocar los de la charcutería.

Sin darme tiempo a preguntarle por los de la charcutería, se desvanece ante mis ojos envuelta en una nube de humo.

Vale, de acuerdo, ha sido el error del principiante, pero ahora lo haré mucho mejor.

Vuelvo a cruzar las piernas e invoco al esquivo ángel de la justicia y la benevolencia en un último intento por mediar por Tommi. Lo hago a grito pelado, vocalizando bien su nombre y especificando su profesión. No quiero más errores. Nada, no pasa nada. Es obvio que está haciendo oídos sordos. Y en cierto modo, le disculpo por su escasa o, en mi caso, nula cooperación. Entiendo perfectamente que no desee aguantar otra perorata sobre tratados celestiales y lindezas por el estilo.

Así que cambio de táctica y me paso como tres horas rogándole y presionando con todo un arsenal de llantos, disculpas, ruegos múltiples de

toda índole y hasta incluso, en un momento de desesperación, le prometo que le pondré su nombre a mi primer hijo.

Menos mal que no me ha contestado.

Ni para bien ni para mal. No piensa hacer acto de presencia.

Tal vez mañana, si me encuentro con ánimos, lo intente de nuevo.

Incapaz casi de respirar debido a mi nuevo fracaso, paso el resto del día en un estado de aturdimiento tal que Carlos ha llegado a preocuparse y Mooni se ha empeñado en que me acueste temprano. No me importa, estoy muy cansada. Acabo de reconocer que he perdido a Tommi para siempre.

Mi perpetuo estado melancólico ha afectado a Carlos más de lo que yo pensaba, porque también ha subido conmigo a la habitación. Su rostro, extraordinariamente familiar, vuelto hacia mí con gesto preocupado.

—Willi... —dice, acariciándome la mejilla—, ¿tienes frío?

La temperatura de la habitación debe de estar como a dos mil grados centígrados y, sin embargo..., los escalofríos parecen haberse adueñado de mi espalda. No sé, igual estoy pillando un resfriado.

—Ven aquí, preciosa, que yo te caliento en un abrir y cerrar de ojos — propone con voz melosa.

—¿Tú no notas como una especie de aire frío? —Me tumbo encima de él, ignorando los escalofríos, y le paso el dedo pulgar por el labio inferior.

—No. Y cuando te haga todo lo que tengo pensado hacerte...

En fin, no consigo nada dándole más vueltas al asunto. Así que me dedico a darle vueltas a otro asunto. Es mucho más gratificante. Es... delicioso. Es... duro, placentero y excitante.

Justo cuando más emocionada estoy dándole vueltas al asunto que me traigo entre manos..., las luces parpadean sobre nuestras cabezas.

—¡¡¡Oh, Dios mío, me acabo de quedar ciego!!!

—¡Joder! —exclama Carlos en medio del respingo que acabamos de dar—. ¿Quién está ahí?

—¿Quién va a ser? Yo.

—¿Y quién eres tú? —pregunto inmediatamente con voz acusadora.

—¿Tan pronto me has olvidado? —Las luces se encienden del todo y Tommi está en pie, apoyado en el vano de la puerta, sonriendo como si fuera el dueño del lugar—. Qué decepción, Willi. —Mueve la cabeza y me sonrío con la sonrisa pícaro cruzándole la cara.

Le contemplo durante unos instantes, maravillada.

Oh, Señor, está aquí. Está aquí y yo estoy desnuda, otra vez. Me embargan el temor y la emoción, y una sensación difícil de definir se enrosca por todo mi cuerpo. Le observo con la boca abierta, pero no tanto como Carlos. No sé por qué cada vez que le veo me tengo que sorprender tanto. Está igual que hace dos meses: alto, guapo, rubio, vestido con los vaqueros y la camisa blanca con chorreras. Y en ese preciso momento, sé que no podré soportar verle desaparecer de nuevo. Le necesito a mi lado y, como un bosque que ha sido arrasado por plagas e incendios nunca recuperará su estado original, sé que yo tampoco volveré a ser la misma si le pierdo de nuevo.

No quiero pensar en que algo tan terrible y doloroso pueda volver a ocurrir. Lo importante es que ha regresado. Ha vuelto, ha vuelto por... No habrá vuelto como castigo por toda la lata que le he dado, ¿verdad? Bah, qué más da.

—¡Tommi! —exclamo exultante—. ¡Has vuelto!

Me levanto de un salto.

—¡Tápate, por Dios! —gritan los dos a coro.

Le doy un tirón a la colcha y me cubro con ella. No voy a permitir que un incidente sin importancia, como es ir mostrando mi cuerpo desnudo, me desanime ni me avergüence. Pienso abrazar a Tommi, sea como sea.

Con prisas y a trompicones, corro hacia él y le rodeo con mis brazos. Tommi saca el mayor provecho de la situación y me apretuja con fuerza, como si necesitara estar muy cerca de mí.

Me tiembla todo el cuerpo, me cuesta respirar, las lágrimas de alivio se me mezclan con las de alegría, tengo una dolorosa punzada en el pecho y los ojos me escuecen como si me hubiesen clavado agujas, pero no me importa, y así, entre abrazos y apreturas..., decimos al unísono...

Con prisas y a trompicones, veo que Willi corre hacia mí y me rodea con sus brazos.

Mi pequeño tormento saca el mayor provecho de la situación y me apretuja con fuerza, como si necesitara estar muy cerca de mí.

Me tiembla todo el cuerpo, me cuesta respirar, las lágrimas de alivio se me mezclan con las de alegría, tengo una dolorosa punzada en el pecho y los ojos me escuecen como si me hubiesen clavado agujas, pero no me importa, y así, entre abrazos y apreturas..., decimos al unísono...

—Cuéntamelo todo. Ha sido por la güija, ¿verdad?

—¿En serio estás con el viejo verde?

—¡Tommi!... —Le doy un golpe en el hombro.

—Hola, tío —saluda a Carlos, que se ha levantado de la cama con una carcajada y se acerca a saludarle—. Me alegro de verte. Y aún me alegraría más si te taparas.

Qué curioso que, en medio de semejante situación bochornosa, pueda sentirme tan dichosa y halagada.

Y Tommi ha vuelto para quedarse.

Y la tranquilidad solo me ha durado tres días, porque desde que ha regresado no para de darme la tabarra. Es peor que un niño pequeño. Es como el adolescente que nunca llegó a ser, pero con doscientos años a cuestas. En otras palabras, una pesadilla en toda regla.

En fin, supongo que poco importa, porque desde que disfrutamos de la presencia de este ser tan especial, tan joven, tan indomable, tan celestial, a Mooni no le cabe la sonrisa en la cara. Y Martin está encantado con él. Y Carlos no para de gastar bromas y hacer preguntas sobre la época de la mugre, a las que Tommi contesta con una sonrisa de suficiencia en la cara.

Y con respecto a nuestra relación, te diré que cada vez que me siento en la cocina con una taza de té en la mano, a la que le echo un chorrito de coñac para poder tragármelo sin poner cara de asco, él se entretiene a mi costa con coletillas del estilo:

«Oye Willi, que dice Sachiel que te prepares, que está deseando echarte el guante».

«Sabes qué te digo, Willi, que ser el ángel de la guarda de Martin está resultando ser toda una aventura. Mañana le voy a llevar con Mooni al zoo».

«Willi, he conocido a un ser glorioso, estoy enamorado. Tu hermana es... increíblemente maravillosa, extraordinariamente bella. Qué simpleza de pensamientos. Qué refrescante contraste con las marisabidillas con las que me he tropezado a lo largo de los siglos. Y no es que yo tenga algo en contra de los derechos de la mujer, pero no sabes cómo eran las sufragistas: feas y con bigote».

«Ah, por cierto, necesito otra manta; esta Lolita es una fiera».

«El viejo verde me gusta. No en ese sentido, eh, me gusta porque trabaja como una mula y eso que me ahorro. ¡Anda que no me deslomé yo ni nada a las órdenes del cabrón del conde!».

«¿Estás ya embarazada? —Suelta una risita burlona—. Espero que sea niña, porque como sea chico...».

Y yo muevo la cabeza asintiendo y muevo la cabeza negando. Y pongo los

ojos en blanco y los entrecierro con ganas de fulminarle, y una vocecilla en mi interior me susurra: «Ya sabías que esto iba a pasar. Ahora no te quejes, disfrútalo». Y a pesar de todas sus tonterías y de todas sus pullas, la sonrisa que muestro todo el tiempo va a conseguir que me salgan patas de gallo antes de tiempo. Y no me importa y... soy feliz. Tengo todo cuanto necesito: un hogar bullicioso donde reina el amor, rodeada de las personas que más quiero.

Y... ¿qué más puedo decirte?

Pues que hasta pronto y que gracias por acompañarme durante estos intempestivos días.

Ah, sí; sí hay algo que te recomendaría que hicieras:

¡Pon un fantasma en tu vida!

Hace que lo ordinario se transforme en extraordinario.

Agradecimientos

Nunca pude imaginar que no uno, sino dos de mis libros pudieran llegar a miles de lectores.

Tampoco me cansaré de agradecer todo el apoyo y las muestras de cariño recibidas por vuestra parte; desconozco el motivo, pero me considero una persona muy afortunada. Quizá tiene algo que ver aquella vez en que me lancé a un mar embravecido, al rescate de aquel anciano que se confió y al que tuve que sacar a rastras hasta la orilla. O tal vez es que sois geniales y depositáis en mí una confianza que me halaga, aunque no merezco. O tal vez sí.

Bien, en cualquier caso, muchísimas gracias a mi marido, siempre paciente y siempre resignado a verme desaparecer durante horas frente al ordenador.

Y mil gracias a los blogs literarios por vuestras sagaces y maravillosas reseñas: Sol Taylor, con *Rebelión de libros*. Isabel María García Sierra, con *Las lecturas de Isabel*. Analiz, con *La biblioteca de Analiz*. A Rubíes Literarios. A Thelma García, con *Escritorio Búho*. A Pili Doria, de las *Lecturas de Doria*. A Calu Amor, toda ella amabilidad y comprensión.

Gracias a mi familia y a mis amigos. Gracias por estar en mi vida, gracias por quererme. Os agradezco el detalle, a veces soy un poquito insoportable.

Y, por supuesto, mil gracias a todo el equipo de Espasa y en especial a mi editora, fantástica toda ella, Miryam Galaz.

Pon un fantasma en tu vida

Rosa Grau

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la imagen de la portada: M. Unal Ozmen y Mathom-Shutterstock

© del diseño de la portada, Ballet®, 2018

© Rosa Lucinda Grau Lillo, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-270-4449-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!





pon
un fantasma
en tu vida



ROSA GRAU

